

ABEL ARANA

A man with short brown hair, wearing a dark brown suit jacket over a white shirt that is unbuttoned at the top, and gold-tinted sunglasses. He is smiling and looking slightly to his right. He is holding a slice of orange in his right hand. The background is a bright blue sky with white clouds. At the top, the name 'ABEL ARANA' is written in large, white, bold letters with a dark outline. At the bottom, the title 'CRÓNICAS DE UN SOLTERO' is written in large, white, bold letters with a dark outline. In the bottom right corner, there is a blue banner with the word 'Lectulandia' in white.

CRÓNICAS DE UN SOLTERO

Lectulandia

«Un buen día, Abel se ha quedado soltero y regresa en un tren a su casa con una maleta llena de malos recuerdos y el corazón vacío. ¿Cómo se pasa de la infelicidad a la plenitud? ¿Cómo se supera una ruptura? ¿Se puede reparar un corazón roto en el suelo de la cocina mirando al cielo?».

Tras el imparable éxito de la «trilogía de Chueca» Abel Arana ha decidido regresar a la literatura con *Crónicas de un soltero*, un fenómeno de Internet donde miles de personas han leído cada noche, un diario personal donde la línea entre la realidad y la ficción se mezcla con resultados sorprendentes.

«Es posible que después de leer *Crónicas de un soltero* vuestra vida no cambie. Ese no es el objetivo. Pero estoy completamente segura de que jamás volveréis a pensar que vuestras vidas son aburridas o poco interesantes, porque descubriréis que solo una mirada curiosa e ilusionada es capaz de transformar vuestro entorno. Ahora solo os quedará elegir si queréis ser los protagonistas de un drama o de la mejor comedia romántica de todos los tiempos. La vuestra».

Lectulandia

Abel Arana

Crónicas de un soltero

ePUB r1.3

17ramsor & Polifemo7 15.11.14

Título original: *Crónicas de un soltero*

Abel Arana, 2011

Diseño de portada: Nieves Guerra

Fotografía de portada: JP Santamaría

Editor digital: 17ramsor & Polifemo7

Corrección de erratas: karlos1974

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A mi madre,
por ser la luz que siempre me ha guiado a través del túnel.*

*A José Manuel Martín,
por estar esperando al final del túnel.*

AGRADECIMIENTOS

De alguna manera, y especialmente esta vez, tengo que expresar mi agradecimiento a las siguientes personas que han formado y forman parte de esta historia todos los días. Sin quererlo, ellos son los protagonistas por sorpresa de esta aventura:

José Castaño, Matías Fernández, Silvia Durán, Natalia Rodríguez, Jota, Pablo Robledo, Ana Mazuecos, Daniel Herrón, Isidro García, Eduardo Mendicutti, Juan Ramón Fernández Villanueva, Gustavo Esquivel, Begoña Antón (y su escuadrón de chicas malignas), Janneth & Tony, Ángel del Olmo, Mar & Mili, Carmen Carcelén, Josep Lobato, Jordi González, Carme Chaparro, Ana Milán, Philippe Servais, J. P. Santamaría, Pepa Fuster, María Novo, Dolly, Antonio Albella, Víctor Conde, Vanessa Bautista, M^a José Giner, Nando Gordillo, Ana Lapi, Amalia Enríquez, Triz Vega, Abril (sigo teniendo todos esos besos guardados para ti), Manuel Ordóñez y Tony, mi yaya Josefina, mi padre Abel, Isabella Catalán, Lola Cidoncha, Carmen Suárez, Leo Cerrud, Lanka, Jake Boncutiu, Julio Mascaraque, Juan Marrero, Jhan Torrenegra & Lola Del Prado, Andrés Romero, Chris Luna.

Gracias especiales para todos los lectores del blog, los seguidores en Facebook y Twitter y los miembros del club de fans. Vosotros, en gran parte, sois los responsables de que esta historia haya terminado convertida en un libro. Mi gratitud eterna.

Y para dos hombres que han dejado la huella más grande en mi vida: mi abuelo Raimundo Ruiz y mi hijo Sam Arana. No sé qué narices hubiera sido mi vida sin vuestro amor.

PROLOGO

Las historias de amor solo son especiales si alguien es capaz de contarlas de tal manera que cada instante se convierta en una escena única y que parezcas el protagonista de un videoclip.

Un simple café con un amigo puede convertirse en todo un acontecimiento si es Abel Arana quien te cuenta los detalles de su día a día... y en realidad, poco importa si lo que escuchas es totalmente real o está salpicado de detalles inventados. Yo me levanto todas las mañanas imaginando que atravieso el pasillo de la oficina con una bruma tremendamente favorecedora y con una alfombra roja agujereada con mis tacones... pero la triste realidad es que ni llevo tacones ni entro como Carrie Bradshaw. A diario vivimos en el limbo de nuestra fantasía y la realidad, y en parte es lo que nos mantiene vivos... Y si no, que tire la primera piedra quien no vaya por la calle imaginando que está dentro de una película donde uno es el absoluto protagonista. Yo lo hago todos los días. A veces es un drama y otras, una comedia romántica de final feliz.

Me sorprende oír de algunas personas cosas tan terribles como que en su vida nunca pasa nada... Si se fijaran en los detalles de su día a día descubrirían que ya desde la ducha mañanera pueden sentirse parte de un videoclip diferente. Unas veces será uno de Rocío Jurado, otras uno de Lady Gaga, los lunes de Amy Winehouse y otros días, uno de Camela. Si ya le añadimos que gracias a la tecnología y los medios sociales se lo podemos contar a medio mundo, la cosa se pone tan interesante como para volver a cuestionarnos si nuestra vida es un rollo o una película de Woody Allen.

Crónicas de un soltero nació de la necesidad que tuvo Abel de contarle a sus *followers* que, a pesar de que había roto con su novio, la vida todos los días te da motivos para reír, sonreír, llorar y decirle al mundo que no estamos solos. Creció poco a poco, sin apenas hacer esfuerzos, porque miles de internautas sentimos la necesidad de creer que la vida es bonita.

En su blog pudimos seguir su día a día con el amor, la amistad, el sexo y los encontronazos casuales con el destino, convirtiéndose en una especie de Bridget Jones, pero con pene... y así acabamos totalmente enganchados. Como si de una droga dura se tratara, con cada nuevo post todos nosotros dejábamos reuniones de trabajo o eventos sociales para devorar las últimas novedades desde nuestros dispositivos móviles, o desde donde pudiéramos. Los personajes (muchos de ellos somos reales) eran ya de todos nosotros. La historia nos pertenecía, porque el simple hecho de sentir que formábamos parte de ella la convirtió en real. Al fin y al cabo, la verdad es algo íntimo que nos pertenece y, cuando nos imaginamos parte de una historia, no se convierte en una mentira.

Vivimos en un momento en el que hay dos tipos de internautas: los que tienen

miedo a mostrar su vida porque necesitan el refugio de la intimidad y los que la contamos sin pudor alguno, incluso añadiendo detalles inventados, como en esta historia que estáis a punto de descubrir.

No os quiero adelantar acontecimientos. Solo deciros que es una historia de amor corriente contada de una forma especial. Es posible que después de leerla vuestra vida no cambie. Ese no es el objetivo. Pero estoy completamente segura de que jamás volveréis a pensar que vuestras vidas son aburridas o poco interesantes, porque descubriréis que solo una mirada curiosa e ilusionada es capaz de transformar vuestro entorno. Ahora solo os quedará elegir si queréis ser los protagonistas de un drama o de la mejor comedia romántica de todos los tiempos. La vuestra.

BEGOÑA ANTÓN
Social Media Manager

UNO

Ya saben ustedes que no soy Mar Flores (ella tiene mucho mejor tipo, incluso después de dar a luz) y no uso este blog para hablar de mi vida. Pero es que hoy les vengo a hablar de algo que sí tiene que ver con mi vida. Y es que acabo de divorciarme...

Fíjense en que lo mismo soy subnormal profundo y estoy cayendo en el error de Carrie Bradshaw (el personaje más estúpido que conozco), y el caso es que hace unos meses escribía un artículo para una publicación donde hablaba de que los divorcios son una cosa mucho más de celebrar que las bodas. Uno en las bodas se ata, pero en los divorcios se desata. Y visto así, me parecía mucho más oportuno lo del «selebreision». Pero es que luego encima están las redes sociales, donde retransmitimos puntualmente fragmentos de nuestras vidas. Total, que anoche me decidí a poner la foto que ven ustedes arriba y a anunciar a mis casi 3000 amigos (y amigas) que estaba soltero. Me rasqué una barbaridad la cabeza pensando si tenía que apretar el botón o no. Me lo pensé muchas veces, pero al final decidí apretar el botón. Desde entonces apenas he visto el Facebook. Pero esta mañana, créanlo o no, tenía 94 mensajes de pretendientes y pretendientas en el buzón de entrada.

Hay quien pensó que la foto que encabeza el post era una exhibición de físico, pero no. Como pueden ustedes ver, tengo los puños contra una pared. No sé muy bien si estoy intentando mantenerla en pie o derribarla: ni idea, la verdad. ¿Y ahora qué hago? Porque resulta que no me apetece celebrar nada. No estoy nada triste, pero sí estoy aturdido. Y claro, la vida empieza hoy ¿Quedo con el vecino sexy que me quiere llevar al cine y a cenar en cuanto se ha enterado de mi soltería? ¿Llamo a Vanessa Bautista y le obligo a comportarse como una mariliendre oficial? ¿Me quedo en mi casa mirando el techo mientras pienso que Lady Gaga, al final, es un travesti con un Casio?

Ni idea. Soy un animal (mi madre me llama «animal» desde los dos años) pero tampoco soy un asilvestrado de la vida. Es decir, el corazón me funciona a ratos. Ahora muy poco. Y es de un incómodo que no se imaginan. O sí se lo imaginan. Entonces, ¿qué hago? ¿Tiene alguno de ustedes un remedio para pasar página y ponerme de un «Flash-dance» que te mueres en 48 horas? ¿Es necesario esto del duelo, o es una excusa para justificar un llanto por el muerto? ¿Es bueno llorar, o es mejor cogerse una cogorza enorme y caerse del taburete de un bar? Y no se crean que me hago el longuis. Hasta he pasado por la fase esa en la que el otro quiere ser mi amigo. No me ha dejado ni 24 horas de respiración. ¿Amigos? No te jode... ¿Amigos? ¿Tustastonto? ¿En 24 horas? Empiezo a pensar que lo mejor es lo del pedo de coñac en un bar de extrarradio mientras me ponen canciones de Julio Iglesias y le cuento a la camarera que, como Madonna no saque un disco en condiciones, lo

mismo me subo a una puta azotea con una escopeta y la lío parda.

Mi madre me dice que, a pesar de que soy una bestia, siempre hay un roto para un descosido. Y las palabras «roto» y «descosido» ahora mismo me dan una alergia enorme. No me siento roto. Me siento un poco incompleto, pero no roto. ¿Y un descosido? Pues para su madre, que yo quiero alguien con los respuntes en su sitio y el dobladillo del pantalón (o la falda, si se terciá) bien cosidos. Y les cuento esto porque me encuentro en una situación absurda de narices (sí, estoy mirando al techo y no dejo de pensar que, cuanto más loca está Britney Spears, mejores canciones hace) mientras el gato prefiere taparse los ojos con la pata y hacer como que la cosa no va con él.

Si ustedes tienen alguna idea para salir de este estado ameboide en el que me encuentro, no me sean cabrones y mándenme la receta. De momento, las ofertas de matrimonio serio para toda la vida pueden esperar...

Ya saben, les agradezco cualquier idea (¿algún experto en coaching en la sala?), y sobre todo piensen en mi hijo Sam, que según pasan los minutos me mira con cara de ir a estamparme la discografía completa de Robyn (mi nueva cantante favorita) en los belfos. Porque a Robyn no le ha hecho falta estar loca para hacer temazos. Pero claro, es que Robyn me recuerda a él, y entonces vuelvo a sentirme aturdido.

Les quiero. No tanto como para casarme, pero les quiero.

POSDATA: Estoy pensando seriamente en hacer una sección de esto, y así les voy contando cómo me van las cosas. ¿Les molaría? ¿Estoy muy mal de la cabeza? ¿Es Karmele Marchante la madre de Lady Gaga? Necesito sus respuestas...

DOS

Como esta sección puede que se acabe mañana (porque yo también soy muy «Born This Way», no te jode), pues les sigo contando cómo me va y así ustedes se van descojonando, asustando o directamente toman la decisión de cruzarse de acera y agarrar fuerte el bolso si me ven por la calle.

Anoche estuve pensando en lo de Libia y Japón. Sobre todo en lo de Libia. Ustedes dirán: ¿Tustastonto? Pero no. Como me cuesta un poco dormir, estuve hasta las tantas viendo las noticias en veinte mil canales de esos que me da Imagenio a cambio de una pasta, y les prometo que no entiendo nada. ¿Estamos en guerra? ¿Es esta guerra menos chungueta que la de Aznar? ¿Es la ONU la que decide cuándo una guerra mola y cuándo no? Me doy cuenta también de que no entiendo a Zapatero para nada. Por lo tanto, a las dos de la madrugada, hago lo que cualquier persona sensata: me hago un bol de palomitas y me veo una película gore para descargar ansiedades varias. Porque ver asesinar clones de Hannah Montana me relaja mogollón. Disfruto como un puerquillo con los hachazos (sí... me lo voy a hacer mirar).

Pensé en lo de Libia y las lechugas radioactivas de Japón después de colgarle el teléfono a mi amigo Daniel, al que tuve dos horas conectado (desde Alemania) contándole cosas. Es obvio que Daniel se ha ganado el cielo, de la misma manera que el resto de mis amigos. Fíjense ustedes en que cada vez soy más consciente de la importancia de la amistad. Mis amigos no me han dejado solo un minuto. Literalmente. Y como son modernísimos y también tienen redes sociales, me han hecho saber de su amor por Facebook, por Twitter, por sms, por mms... Vamos, les ha faltado mandarme un burofax, porque hasta me han mandado bombones Godiva (Daniel desde Alemania). Y digo yo que son grandes personas porque, a pesar de que estoy mudo como Belinda (¿o era ciega?), ellos insisten en lo de «escupe, Guadalupe», que dicen que hay que sacarlo todo para afuera. Que lo mismo se me queda dentro y me pongo hecho una foca y que a las focas les va mal en la vida, que mira tú Raquel Mosquera.

De hecho, me he quedado sorprendido un poco y todo. Ustedes esto no se lo van a creer, pero a pesar de ser «una ardilla con un machete» (así me describe alguien que me quiere), soy muy tímido y bastante reservado en mi día a día, que la mala hostia ya la saco por aquí. Y estoy abrumado y rodeado del cariño de mis amigos y les prometo que es una pasada. Es curioso que se diga que las redes sociales alienan a la gente. A mí, fíjense ustedes, me han servido para recibir el cariño de mucha gente. Al final, el dueño de Facebook se ha ganado el dineral que le han pagado. Mi amiga Ana, con la que he comido en un centro comercial (me fascinan), me mira con cara de que me quiere. También me mira con cara de que me quiere... abofetear, pero todo cariño es bienvenido. Ana me dice siempre «Esos brazos no son normales... ¡para

ya!», pero yo le digo que el gimnasio viene de maravilla para templarse y para no gritar a la gente y sacar el machete a la primera de cambio. Porque he tenido cinco minutos en que, si alguien me llevaba la contraria, lo mandaba a su casa con la cabeza introducida en su ano. O algo así.

He visto en la tele a una que se llama Indhira y que, después de ir a GH (donde uno se la ha trincado hasta el éxtasis), se ha ido a encontrar el amor a otro *reality*. Claro, esto me hace pensar. Lo mismo tengo que dejar de pensar que Indhira es un petardo terrible y que la pobre mujer lo único que quiere es un gogó que la ame como ella y sus dientes se merecen. Y si ella lo quiere buscar en un plató, pues a ver si tiene suerte y nos deja a todos tranquilos de una vez.

Mi amigo Philippe me envía desde Bruselas una página web que se llama Tiny Buddah (creo), donde me dice que tengo que leer un artículo sobre cómo superar una pérdida. Lo leo y me doy cuenta de que lo que dice es de cajón, y por lo tanto decido actuar como un hombre maduro y sensato y hago lo que tengo que hacer, es decir: decido firmemente que Rihanna es la Raquel Bollo del pop mundial y que una peluquera de Mataró en horas bajas tiene más rollo que ella, pero también decido (y así se lo hago saber a Sam) que tiene unos temazos por los que le perdonaría la vida una y otra vez.

Hablando de Sam, me tiene preocupado porque le veo alejadísimo del drama que vivimos en casa. Me pasa por delante y ni me mira. Y cuando me mira lo hace con cara de «estoy hasta los huevos de este pienso barato que me pones para comer... ¡quiero latitas!». Yo actúo como un padre soltero sensato y le digo que, si quiere latitas, lo que tiene que hacer es prestarme atención, hacerme la rosca y, sobre todo, dejar de afilarse la uñas con el puto sofá, que no somos ricos como la Preysler. Él me mira con cara de que no sabe quién es la Preysler, que estoy equivocado en lo de Rihanna y que, me ponga como me ponga, él quiere latitas.

La verdad es que, que la primavera haya llegado y haya un sol maravilloso en Madrid ayuda una barbaridad, porque enseguida uno saca las camisetas de manga corta y sale a la calle con la actitud de Miss Cuenca. Es decir, consciente de su físico «engorilao» pero orgulloso como si no hubiera un mañana. Antes de despedirme les quiero contar que, de momento, he alejado de mi cabeza la idea de comprarme un CD de Julio Iglesias y agarrarme un pedo de carajillos. Un lector del blog me ofrece su casa en Alicante, y un matrimonio (gracias, Paula) me ofrece una casa en la playa en Mallorca para que vaya a olvidarme de Gadafi y las lechugas radioactivas. Por eso le he echado cojones y he hecho lo único que podía hacer: seleccionar en iTunes los *greatest hits* de Rihanna y salir a la calle sabiendo que cada rato que pasa me queda menos para volver a bailar en los semáforos y que la gente vuelva a pensar que estoy muy mal de lo mío.

Muchas gracias por la acogida de la nueva sección. De nuevo les quiero, pero no

lo suficiente para casarme.

TRES

Tanto les he hablado de mi hijo Sam que no me ha quedado más remedio que obligarle a hacerse una foto conmigo para que él también dé la cara. Yo seré un padre soltero viviendo un drama, pero él es el hijo de una familia monoparental y, si María José Campanario saca a sus hijos en el ¡*Hola!*, sin que se le despeinen las mechas, pues yo tengo todo el derecho del mundo a explotar al mío. Que un hombre soltero con un hijo da una ternura terrible, y de eso se trata ahora mismo.

Anoche cené con mi amiga Pepa y, mientras ella me aleccionaba de la vida y al mismo tiempo me avisaba de que no se me ocurriera volver a meterme con los labios (faciales) de Paloma San Basilio, yo me ponía ciego de unos «Agnolotti rellenos de *foie* y aliñados con Grana Padano». Vamos, que estaba cenando light porque las rupturas te dan una ansiedad muy grande y hay momentos en los que te da lo mismo terminar con el contorno de cintura de Fernando Esteso. Total, nadie te va a ver desnudo en la ducha y el gato está acostumbrado a los horrores.

Pepa ha formado parte del «ejército de rescate» del que les hablaba ayer. Y antes de quedar con ella le decía a mi amigo Daniel (conferencia desde Alemania) que estaba sintiéndome como una niña africana del Domund que da una pena tremenda. Y no. Pena da la carrera musical de Los Calaitos. Pero mi vida no. Ya me ven... hecho un prodigio de la autoafirmación durante dos minutos.

Después de cenar, Pepa (que tiene un cochazo que te mueres) me deja en la puerta de casa y una vecina un poco jodida del segundo me mira con cara de «este es gigoló». Y si a estas edades alguien piensa que estoy como para ejercer de gigoló de señoras ricas, eso solo puede ser una buena señal. Cuando llego a casa decido ver un programa que dan en Tele 5 y que se llama *Enemigos íntimos*. No suelo ver estos programas, pero hoy me lo voy a tragar entero porque no tengo sueño, porque estoy hasta el moño de las lechugas radioactivas y de Gadafi (por Dios, si se ha hecho eso en la cara... ¿cómo coño iba a gobernar bien un país?) y porque en estos programas la gente se lleva fatal, se insultan sin parar (la palabra «guarra» es muy tendencia ahora) y, por lo tanto, hacen que mi vida parezca un puto musical de Disney. Esta noche sale una que dice que era amiga de Belén Esteban y que es más mala que la tiña. La verdad es que han pasado veinte minutos y nadie ha dicho «Yo te mato», «Esto está en manos de mis abogados» o la maravillosa frase «Mira, hija de puta, yo te arranco las extensiones a mordiscos». Por lo tanto, me aburro y hago lo único que un hombre soltero puede hacer: encuentro un DVD de una película de Leonor Waitling y hago de él el mejor uso que se le ha hecho nunca... lo utilizo de posavasos mientras me voy a la cocina y rebusco una bolsa de chuches que compré ayer.

Debe de ser que esto de los divorcios te deja una adicción al dulce que cualquiera que me hubiera visto anoche desvalijando la cocina pensaría que era yonqui de toda

la vida, de esos de chándal bicolor de táctel. Como no encuentro las chuches, me da por hacerme un bocata de jamón serrano «porque puedo engordar lo que me dé la gana» y sentarme delante de la tele para enterarme de que un exnovio de una sobrina de Rocío Jurado no va a la tele porque le ha dado un ataque de ansiedad. Lo mismo él también buscaba las chuches y le ha dado un chungo.

Me duermo oyendo gritar al presentador: «¡Que yo reparto los turnos!».

Me despierto pensando que a ver cuándo narices me dan el turno.

Vuelvo a la vida laboral y tengo una reunión sobre dos proyectos de los que tengo ganas. A veces creo que tengo un poco de pánico escénico, pero la reunión sale bien y, claro, se supone que ahora mismo refugiarme en el trabajo es una buena idea. Un poco como cuando a Rihanna (la Raquel Bollo del pop mundial) le sacudió dos hostias un novio y ella se puso a grabar discos como si aquello fuera el fin del mundo. Si a ella le ha ido bien (con ese pelo), a mí no me puede ir mal. Digo yo.

Café con Gus. Es un amigo con un perfil altísimo en el mundo de la moda, lo que me viene de perlas porque yo soy un poco garrulo para vestirme. Gus me dice que «yo no tengo ningún problema, porque el problema son LOS OTROS», y en ese momento pienso en que cualquier momento podría acabar como Nicole Kidman, divorciado de una loca y con una cara de permanente sorpresa gracias al Botox. Y ni hablar del peluquín.

¿Y cómo estoy? Pues miren ustedes. Estoy a ratos. Iba andando por la calle Fuencarral y me di cuenta de que mi vacío existencial se iba a llenar muchísimo si encontraba unas zapatillas molonas. Entonces me fui a una tienda supermoderna y me pasé veinte minutos de reloj mirando zapatillas. Y no he sido capaz de decidirme por ninguna. Y creo que lo mismo me pasa con la gente. Tengo a los amigos divididos en dos sectores: por un lado están los que me dicen que me tengo que dejar llevar y hacer lo que me venga en gana, y por otro están los que te miran con mirada bovina y te dicen: «Abel Arana, tienes que follar». Y en cuanto al sexo, estoy con una pereza que incluso Sam creo que está un poco asustado. No me he convertido en María Ostiz, pero tampoco tengo ganas de que me posea el espíritu de María Lapiedra, que debe de ser cansadísimo.

La solución no está en unas zapatillas. Es más, empiezo a estar convencido de que la solución no está en ningún sitio. Hoy se ha puesto a llover y el cielo está gris, y eso me tira de espaldas y me baja los biorritmos. Por eso he pasado el día que ni fu ni fa. Y si me siento desgraciado a ratos, siempre podré enchufar la tele y volver a ponerme *Enemigos íntimos*, porque esta noche también lo ponen y, gracias a Paolo Vasile, mi vida va a parecer de un normal que asusta.

Sigo echando de menos muchas cosas y me da a mí en la nariz (y miren que tengo una tocha en Cinemascope) que al que más echo de menos es a mí. A ver si me encuentro, me saludo, hago las paces y dejo de tener esta imperiosa necesidad de

tomarme tres Frapuccinos cada dos horas, que, como todo el mundo sabe, eso es lo que llevó a Britney Spears a la locura.

Mi hijo Sam me mira con cara de que, ya que me he puesto a explotarle, lo menos que puedo hacer es darle una latita. Los mismos ojos que el gato de *Shrek* sabe poner el cabrón cuando quiere algo. Les dejo, que me bajo al chino a ver si encuentro algo que le indigeste, que no estoy hoy ni para chantajes emocionales ni para fans de Kylie Minogue, dos cosas necesarias pero igualmente molestas.

Mañana será otro día. Eso si a Gadafi no le da por borrarlos de la faz de la tierra y si la lechuga que me estoy comiendo no está contaminada.

CUATRO

Esto que van ustedes a leer me lo manda mi amigo Philippe y lo ha escrito Paulo Coelho en su blog:

Todos los amantes, independientemente de cuál sea su sexo, quedan advertidos de que el amor, además de ser una bendición, también es algo extremadamente peligroso, imprevisible, que puede acarrear serios daños. Por lo tanto, quien tenga la intención de amar, debe ser consciente de que está exponiendo su cuerpo y su alma a heridas de muy diferentes tipos, sin poder culpar por ello a su pareja en ningún momento, puesto que ambos corren el mismo riesgo.

Es decir, que ahora sí que me han entrado ganas de subirme a una azotea con una escopeta y el último disco de Marta Sánchez, para que el desastre sea completo. La verdad es que no me apetece un pimiento leer cosas así ni que me las recuerden. Es como si cuando estás ilusionado al comprarte un coche viene un filósofo plasta y te dice: «Recuerda que es probable que te estampes y te quedes lisiado en un choque frontal». De verdad...

He dado un paso adelante en el gimnasio. Siempre entreno con cascos porque, aunque nadie me crea, soy bastante tímido y me cuesta mucho hablar con personas que no conozco. Pero hoy había un chico entrenando y me ha pedido ayuda para levantar peso. El chico entrena muy bien, y en un momento me he atrevido a decirle que estoy un poco cansado de entrenar solo y que, como él entrena muy bien, pues que a ver si podemos entrenar juntos, que así uno se motiva más. El chico ha dicho que sí y bueno, por lo menos es un paso para mí, que siempre pienso que me van a decir que no.

Insisto una noche más en la comida que engorda (hoy McDonald's... tres hamburguesas pero Coca-Cola Zero) y en *Enemigos íntimos*, donde hoy sale uno que dice que se zumbaba a Belén Esteban al mismo tiempo que esta se zumbaba a Jesulín. Y me siento fenomenal. Entre otras cosas porque el presentador se empeña en repartir turnos cuando debería repartir hostias, y porque me tranquiliza mucho saber que tengo suerte al no haberme quedado embarazado de un torero.

Me siento un poco solo y creo que ha llegado el momento en hacer feliz a alguien. Y decido darle su latita a Sam, que anoche al final no bajé al chino. Por lo tanto, se la pongo en un plato y me siento a su lado y miro lo feliz que es comiendo esa cosa que huele a pies. Estoy sentado en el suelo de la cocina mientras Sam ronronea y come a la vez con una ansiedad que ya la quisiera la madre de Hannah Montana y, por primera vez en días, respiro un poco tranquilo y siento que las cosas están en calma, a

pesar de que sigo echando de menos muchísimas cosas y a pesar de que me niego a escuchar nada que cante Robyn, al menos durante una temporada.

Que darse una hostia es inevitable es como decir que la carrera musical de Nena Daconte tiene el mismo futuro que yo haciendo tecno-copla. Para los que no lo saben, canto como un perro de mal. Y que las hostias duelen es una verdad como un templo. Y no crean ustedes que pretendo convertirme en una Bridget Jones con bigote y pene. Para nada. Les cuento esto porque lo único que sé hacer es escribir y porque tengo terror de que se me quede algo dentro y termine con la expresión facial de Terelu Campos, entre el susto y el mordisco.

Me voy a la cama mientras escucho al de la tele suplicar que «yo reparto los turnos».

Me despierto pensando que alguien me está comiendo la boca. Y efectivamente es así. Sam quiere desayunar y ha decidido lamerme los bigotes hasta que me despierte. Por otro lado, siguen sin repartirme el turno.

Me asomo a la ventana y veo que sigue lloviendo, lo cual es una mala noticia, un poco como cuando te enteras de que Nawja Nimri va a grabar otro disco. Mientras voy a la primera reunión de la mañana encuentro una canción de 50 Cent que me gusta mucho y llego animado y todo. Y es que la música cada día es más fundamental para levantar el ánimo. Y me lo levanta tanto que llego a la productora con actitud de negro chungo, lo que les deja un poco descolocados. Sobre todo porque digo mucho «*Fuck yeah!*».

Hablo con mi amigo Juan Ramón (que se aburre como un hongo en un hotel de Bcn) y le digo que tengo terror al vacío del fin de semana. Y es que antes tenía planes y una vida un poco ordenada, y eso, para un desastre como yo, es muy bueno. Y de repente me encuentro con que no sé qué hacer. Y me da miedo. Juan Ramón me dice que hay que pasar por eso y que es una putada, pero que es bueno porque a la larga uno sale reforzado. Vanessa (la única mujer a la que le permito pegarme repetidamente con un bolso de marca) me dice que este fin de semana me va a sacar una noche me ponga como me ponga y que la vamos a armar. Literalmente me dice que desempolva «esas camisetas con escotazo» porque un pecho masculino como el mío es un imán para la aventura. Y yo tengo tantas ganas de aventura como de que un oso polar se me siente en la cara. Un oso polar o Rosa de Benito, que viene a ser la misma cosa pero con mechas rubias.

Quedo a comer con Gus (la moda soy yo) en un Vips, y como terapia de choque me dice que ponga la revista ¡*Hola!* enfrente y le diga a María José Campanario de qué mal se va a morir. También me dice por WhatsApp que si esto no funciona es capaz de hacerme vestir de Bershka un mes entero. Ante el terror, decido lapidar verbalmente a María José.

Por la tarde me llaman por teléfono y me dicen las fechas de rodaje de mi

participación en la serie de Internet *A solas con Chola*. Me hablan de mi personaje y me da un poco la risa floja. Creo que puede ser divertido, aunque me vuelve a dar el pánico escénico, pero lo soluciono con una palmera de chocolate, un bollicao y un Frapuccino. Cada vez estoy más cerca de Britney Spears.

Tengo otra reunión por la tarde con la editorial que publica mis libros y les digo que estoy como bloqueado con la nueva novela. Les explico que estoy tan confundido como Justin Bieber atrapado en una puerta giratoria y mi editora jefe se lleva la mano a la boca como entendiendo el horror en el que estoy instalado. Me dice que no me preocupe, que la inspiración viene sola. Pues ya está tardando, coño. Al mismo tiempo, y por arte de gracia, se me ocurre una idea para un nuevo libro y cuando llego a casa se lo cuento a Sam, que me mira con cara de «¿No latita? No atención». Y dicho esto, se levanta y se va a mear.

Les estoy muy agradecido por el apoyo a esta nueva sección y, de momento, les voy a contar todo lo que me pasa de lunes a jueves a las nueve de la noche. Ya les digo que no soy Bridget Jones (tengo los muslos mucho más torneados), pero si el leer estas tonterías le ayuda a alguien que está como yo, pues con eso ya me doy por pagado.

El próximo lunes les contaré cómo he sobrevivido al fin de semana (porque antes de esto yo tenía planes para el finde), si al final he ido a ver *Piraña 3D* (que ya la he visto, pero que me encantaría volver a ver) o si me he quedado encerrado en casa aprendiendo a cocinar y, por lo tanto, la cocina ha explotado y las vecinas lesbianas de arriba han intentado romperme las piernas con una bonita llave de kárate.

CINCO

Así ha sido mi fin de semana:

VIERNES

Por la mañana Gus (yo soy la moda) decide que vida nueva, estilismo nuevo. Por lo tanto, me lleva de compras. No tengo mucho interés en lo que me compro, pero confío en su criterio. Si él dice que me queda bien, pues me lo llevo. Me río un poco. Gus me hace reír mucho, y eso solo puede ser bueno. Incluso cuando pillo una camiseta y me dice con intención de reventarme la cara: «¿Eso es para regalárselo al exmarido peluquero de Karina?».

Soluciono cosas de curro para la semana que viene. Cero interés. Luego me voy al súper de El Corte Inglés y me compro todo lo que engorda. Todo.

Por la noche mi amigo José me saca (sí, como al perro) a un bar a tomar una copa. Mientras me visto me da un chungo y me entran muchas ganas de mandar un mensaje. Pero no lo mando. Ni lo voy a mandar. Esta tarde en el gimnasio entrenando con Chris (mi compañero de entreno) me he dado cuenta de que tengo una fuerza de voluntad animal. Por mis huevos que no voy a mandar un mensaje. Sobre todo... porque no me hace falta. Y para dejar de pensar enciendo Tele 5, esa cadena donde todo el mundo tiene una vida peor que la mía, y respiro aliviado porque Belén Esteban, en conexión telefónica, cuenta a España que está dolida pero serena y firme. Y en ese momento pienso que fíjate, la Esteban y yo en la misma tesitura. Ante el pánico que esto me provoca, me pongo la ropa nueva y me doy cuenta de que me estoy poniendo como un armario de tres puertas. Será excesivo, pero entre parecer un armario o Natalie Portman en *Cisne negro* (muy tendencia en disfraces gays ahora mismo), pues casi que me quedo con lo primero.

Y en medio de mi idiotez, Raquel Bollo (la Rihanna española) dice en la tele que «le pesa la mochila». Y me doy cuenta de que estoy hasta los cojones de la gente que habla de su mochila. Todos tenemos mochila; si no, seríamos lechugas en lugar de personas. No me jodas, Raquel...

Me piro a la calle, que José ya está aparcando...

SÁBADO

Anoche, sinceramente, fue un coñazo a nivel social. Menos mal que me río mucho con José. Estuve en GIFT (el bar del Hotel Óscar) y me escapé a casa lo más rápido que pude. Nada más llegar, me hice un descafeinado y me comí tres donuts de chocolate mientras trato de averiguar quién es Paqui la Fandanguilla, un personaje que tiene al Facebook enamorado. Como no lo descubro, opto por ver dos capítulos de *Hawai 5.0* y me quedo frito en el sofá a pesar de que a las tres de la mañana Sam se pone como las Grecas porque resulta que tiene sed. Si lo llego a saber, ni me

arreglo...

Me despierto tardísimo y me acuerdo de que he quedado con dos amigas para celebrar la Feria de Abril a los pies del Bernabéu. La cosa es surrealista y una llamada de teléfono me aleja de los faralaes. Eso sí, he comido un jamón para morirse. Más tarde, una amiga psicóloga que sabe todo lo que pasa me dice que me ve muy maduro y muy asentado, y que eso es buenísimo, que mucho peor lo tienen otros. Y me doy cuenta de que «los otros» me la soplan cada día un poco más. Y eso sí que es bueno.

Por la tarde me quedo escribiendo en casa y vuelvo a encontrarme a Raquel Bollo haciendo zapping a lágrima viva. A lágrima viva ella, no yo. Por lo tanto, y ante el riesgo de que Tele 5 me vuelva a demostrar que mi vida es una puta maravilla, me piro a la calle y me compro una camiseta de Nike de esas retro (mi amigo Gus la aprobará) y una gorra más para la colección. No sé qué me pasa, pero siempre llevo gorra. Cada vez me gusta menos que la gente me mire a la cara.

Voy por la calle y un señor que debe de pesar 150 kilos de masa muscular y tiene pinta de haber jugado al rugby toda su vida me pide fuego, luego me pregunta por una tienda y al final me dice que a ver si tomamos un café. Le doy fuego, le digo que no conozco la tienda y que no tomo café, porque como me ponga nervioso incluso a él podría partirle las piernas. A él le hace mucha gracia lo de que le parta las piernas y quedamos en que al día siguiente me llama para invitarme al cine. Eso sí, cuando le digo que quiero ver otra vez *Piraña 3D* se le queda la cara un poco raruna...

A la noche estoy invitado a dos cenas, porque es divorciarte y a la gente le da pavor que te quedes solo. Yo creo que piensan que puedo agobiarme o incluso peor, que podría ponerme un disco de Miley Cyrus y darlo TO-DO en mi salita de estar. Ni una cosa ni otra. No voy a las cenas, pero accedo a tomar una copa más tarde. Además, en *La Noria* le van a hacer un *extreme makeover* a Paqui la Fandanguilla, y eso va a ser el momento de calidad de mi fin de semana.

Tomo la copa y me aburro como un hongo. A las dos ya estoy en mi casa y el gato me recibe con la actitud de alguien al que pillas fumando un porro a escondidas de sus padres. Mientras me duermo, pienso en el cambio de imagen de Paqui y también pienso que, si la vida te mejora mucho poniéndote extensiones, pues igual me lo pienso.

DOMINGO

He decidido seriamente que no. No me voy a poner extensiones, que como me queden como a Britney Spears casi mejor me rapo la cabeza, que por lo menos doy miedo. Mientras me hago el café con leche, me llega un mensaje del señor del rugby que dice que si lo del cine sigue en pie. Yo le digo que sí y le insisto en lo de *Piraña 3D*. Él tarda en responderme, pero me dice que le apetece mucho. Y eso que tiene pinta de trabajar ocultando cadáveres...

Me bajo a la calle, me compro todos los periódicos, el *Fotogramas*, el *Cinemanía* y una revista para mujeres que regalan unas gafas perfectas para Vanessa. El camarero me pone cara rara cuando me ve muy interesado leyendo un artículo sobre «la eliminación definitiva de la celulitis».

Llego a casa con unas ganas de siesta de morirme. Y en un momento en que estoy soñando con que subo por una colina que no hace más que crecer y crecer, me llega un sms del armario empotrado que me comunica lo de quedar con él para lo del cine. Supongo que la cita va a ser un desastre del tamaño del culo de Beyoncé, pero creo que es parte del proceso... ¿no?

Mañana les cuento si he sobrevivido a un nuevo visionado de lo de las pirañas, y que no se me olvide contarles que, desde que me divorcié, no he vuelto a dormir en mi cama...

Les sigo queriendo mucho, pero con la distancia que da el cariño, porque resulta que Dios aprieta, ahoga y probablemente es fan de Kylie Minogue.

SEIS

Volver al sexo después de tener una relación no es nada fácil. Pero nada de nada. Al menos para mí. Obviamente, les cuento esto porque he vuelto a ello. No pienso dar detalles escabrosos, porque no es mi estilo ni soy Paqui la Fandanguilla, pero la cosa ha sido más complicada de lo que pensaba...

Efectivamente, he vuelto a tener sexo. Han pasado muchos días desde la última vez. Y no ha sido sencillo. Supongo que principalmente por la falta de concentración. Volver a tener sexo después de un divorcio significa, sobre todas las cosas, que la vida se mueve hacia adelante y que estamos dando un paso más para recuperar la libertad. Porque yo no les voy a engañar, pero aún no me siento libre del todo. Cuando alguien nos atrapa en los sentimientos, no es fácil dejarlo ir, aunque eso sea lo mejor de todo. Y vaya que si voy a dejarlo ir... Porque yo lo valgo.

Lo bueno ha sido que no hemos ido al cine. Lo malo ha sido que la otra persona quería más y yo no. Lo mío era casi una prueba de resistencia y me lo tomé como un deporte desprovisto de sentimientos, la otra persona quería mimos, cariños y repetir. Un poco lo que Al Bano siente por Lydia Lozano (un conflicto de intereses enorme), pero sin ropa y en un colchón extragrande. Oír ahora mismo la palabra «relación» me provoca un rechazo un poco grande. Y aunque por momentos sigo echando de menos muchas cosas (sobre todo, que me hagan reír), una parte fundamental de salir adelante es estar contento con uno mismo. El señor del rugby se lo ha tomado un poco mal y me lo hace saber...

Y de todas estas cosas hablo con Vanessa poniéndome tibio a arroz a la cubana y solomillo en el Vips de Fuencarral. Vanessa es una persona esencial en todo esto, y cuando pongan la palabra «mariliendre» en el diccionario debería salir una foto suya como jefa de todas las mariliendres del planeta. Vanessa me dice que me ve mucho mejor y se ríe mucho cuando le cuento las barbaridades que le he hecho al señor del rugby. Dice «Oooh», «Aaaaah» y «No te puedo creer» sin parar. Y con ella me río mucho y sé que reírse es fundamental, porque, como no encuentres un rato para reírte de ti mismo y de tus desgracias, lo mismo acabas como Raquel Bollo, arrastrando de por vida a Chiquetete. Con lo que debe de pesar Chiquetete.

Me llega una invitación VIP para ir a una fiesta en La Riviera, donde Carmen Lomana hace el *hosting* y canta Rebecka Brown, una de las cantantes favoritas de Vanessa. Me lo voy a pensar.

Entreno con Chris en el gimnasio y él piensa que voy a tener una temporada de esas de «a follar, a follar, que el mundo se va a acabar». La verdad es que no tengo pensado eso ni de coña. Ojalá fuese así, pero no. Tampoco tengo edad para convertirme en un cacho carne, ni el sexo esporádico es lo que más me llame la atención del mundo.

Pongo Tele 5 nada más llegar a casa con la ilusión enorme de que Paqui la Fandanguilla me ilumine la vida a través de alguna declaración de esas que ella hace. Paqui me entretiene una barbaridad, y en estos momentos de mi vida he decidido hacerle mucho más caso a ella que a Punset, que desde que leí *El alma está en el cerebro* me ha dado por pensar las cosas de manera raruna. Pero no sale Paqui, vuelve a salir Raquel Bollo llorando (¿esta mujer qué tiene, lagrimales o pantanos?). Y la cosa me carga. Tengo que ir al supermercado. Pero justo antes de apagar la tele me entero de que un maltratador tiró a Paqui la Fandanguilla por una escalera. Esto me está superando.

Tengo una reunión por la tarde y no me termino de concentrar. Me noto un poco raro, como si algo me rondara la cabeza y no sé muy bien qué es.

El señor del rugby me manda un mensaje de texto diciéndome que quiere una oportunidad, que mañana se vuelve a Lisboa (vive allí) y (literalmente) «que no le deje así porque eso es de egoístas». Sigo sin concentrarme y no contesto porque si contesto le voy a decir en qué parte que yo sé le gustaría que le metiera mi egoísmo.

Salgo de la reunión todavía más desconcentrado y aturdido. ¿Egoísta? Pero vamos a ver... ¿cómo coño me lío yo sin ganas con alguien que vive en Portugal y que (atención) dice que quiere separarse de SU NOVIO? Y es que resulta que el señor del rugby tiene novio y se quiere divorciar. Y eso es un antipunto como para morir. Miren que me gusta el rugby y sus consecuencias, pero cuando uno no está preparado no lo está. Y eso de «lo de la mancha de mora con otra mora se quita» siempre me ha parecido una soberana estupidez. Necesito frambuesas, no moras, coño.

Total, tengo una reunión con mis editoras en la que hablamos de dos libros. Uno de ellos ya está absolutamente decidido, pero sé que me va a costar mucho escribirlo porque la trama es muy complicada. Ellas me dicen que no tenga prisa. El otro es más accesible y probablemente saldrá a la venta este verano.

Salgo de la reunión y el teléfono me dice que tengo otro sms y ya, por mis cojones, lo reproduzco a continuación LITERALMENTE: «He estado media hora en tu puerta sin saber si llamarte o no o tal vez esperando que salieras, pero la razón me dice que no. Gracias a Dios me voy mañana y se acaba esto».

Como ustedes comprenderán, este tipo de cosas desestabilizan una barbaridad, y ya no les cuento si ustedes vieran al señor del rugby. Porque da gloria verlo. Pero lo siento mucho. Ahora me toca a mí el papel de malo, de insensible y de cabrón y lo acepto. Es más, creo que se me nota en la cara que no quiero cenar con nadie, no quiero salir con nadie y no quiero despertarme con nadie. Sobre todo no quiero despertarme con nadie. Bastante tengo con Sam lamiéndome los bigotes por las mañanas. Y creo que hay mucha gente que no asume el rechazo. Y también creo que hay mucho desaprensivo al que le gustan los imposibles.

El señor del rugby mide 1,82 y pesa 93 kilos (eso me ha dicho). Tiene el pelo negro y los ojos verdes. Tiene 42 años. Y un cuerpo de esos de las películas porno. Incluso Vanessa, que ella es más clásica, al ver la foto ha dicho: «Santo Cristo, Abel Arana... ¿y a esto le has dicho que no? A este hay que decirle que sí todo el rato». Claro, me lo ha dicho de coña. Bien es cierto que el señor del rugby se puede zumar lo que le dé la gana y conozco a varias decenas de personas que se desmayarían como una exconcurante de *Gran Hermano* al ver de cerca a un tronista de *Mujeres hombres y viceversa*. Pero yo ni estoy preparado ni quiero estarlo. Me espanta la idea de pasar de una relación a otra, y eso que estoy más necesitado de mimos que Paqui la Fandanguilla. Y eso son palabras mayores.

Total, que llego a casa entre nervioso y contrariado y pensando que todo es una cuestión de *timing*. Pero liarme con una persona que está al borde del divorcio y que, de momento, vive a cientos de kilómetros, pues no me parece un planazo, precisamente. Y además no me hace falta. Me hace falta salir a la calle y sentir que (como siempre) todo me toca un pie. Ahora mismo, con más esfuerzo que una tertuliana de *Sálvame* diciendo que no a un vaso de ginebra (ustedes saben de quién hablo), estoy empezando a recuperar la libertad y a estar un poco tranquilo. De hecho creo que hoy ha sido el día de todos que menos he pensado en «el difunto». Y me da a mí que esa es la única clave de todas, que pase el tiempo pensando lo mínimo posible. Y que los muertos sigan muertos, que tengo un vestuario que te mueres para escapar de los zombis. No te jode...

Sam me recibe a gritos porque se le ha vaciado uno de los boles de pienso. Y estoy por agarrar un DVD de *Baila con Marbelys* y estampárselo en el hocico. Pero ni Marbelys ni él son culpables de la intensidad que tiene todo últimamente. Por lo tanto me hago un té (sí, ya sé que es muy de lesbianas tomarse un té cuando se está nervioso) y utilizo el DVD de Marbelys de posavasos, porque no necesito aprender a bailar salsa y porque a Marbelys, sinceramente, se la va a traer floja.

Me empiezo a preparar un sobre de pasta «a los cuatro quesos pero bajo en grasas» mientras Sam me demuestra que tiene las cuerdas vocales en plena forma. Me debato entre largarle por la ventana, ponerle un disco de Alejandro Sanz o varias maldades más. Pero decido sentarme en el suelo y contarle lo del señor del rugby y le digo que estas cosas me agobian mucho y que se me hace un nudo en la garganta y que solamente tengo ganas de estar solo. Una pena que no alquilen islas desiertas *low-cost*. Porque eso es justo lo que necesito.

Me he comprado la última temporada de la serie *24* y empiezo a verla. Pero no consigo concentrarme, y si lo llego a saber me pongo una de Julio Médem, que con eso me hubiera quedado como un tronco en diez minutos. Le doy muchas vueltas a la cabeza y es un rollo, porque el lunes había empezado fenomenal.

Me duermo pensando que, como me toque la lotería, voy a poner una empresa de

islas desiertas de alquiler porque, teniendo en cuenta como está el patio, me forro...

Les quiero más que Chiquetete a Raquel Bollo, pero menos de lo que me quiere el señor del rugby a mí.

SIETE

Me he levantado raro. Ayer me quedé hasta las tantas comiendo palomitas y viendo capítulos de 24. Y pasa lo que pasa. Había quedado para entrenar con Chris y he llegado tarde y de un humor extraño. Menos mal que me río mucho con él y hemos desdramatizado lo del señor del rugby, al que supongo (por la cuenta que me trae) metidito en un avión a Lisboa. A ver si le cantan un fado cuando llegue a casa y se relaja un poco. Que estas intensidades me dejan atascado.

Vuelvo a casa a dejar la bolsa del gym y a contestar un montón de correos que llevo atrasados. Hoy es el día oficial de la pereza en casa. Incluso le miro a Sam con cara de «ya podías hacerme de secretario» y él me mira con cara de «sin latitas no hay paraíso». Y es que tener un gato que se comporta como un adolescente macarra es un poco estresante a veces.

De ahí me voy al rodaje del nuevo videoclip de Lanka. Muchos de ustedes quizá no lo sepan, pero durante muchos años fui productor y compositor musical. Y las pasadas navidades conocí a Lanka y me dijo que quería que yo le escribiera y le produjera el primer single de su nuevo disco. Y lo hice y supongo que dentro de poco escucharán la canción. Y en medio del rodaje, al escuchar el playback he caído en la cuenta de que la letra de la canción me hace mal. Muy discretamente les he dicho que me salía del plató y he salido a un patio interior. Me he fumado un cigarro y he intentado dejar la mente en blanco. A todos nos persiguen nuestras palabras, y la letra de esa canción me persigue especialmente hoy. No la quiero escuchar. Ni de coña.

Les digo que volveré por la tarde y pillo un taxi para ir a comer con mi amiga Janneth. En el taxi saco el iPod y me pongo la canción. Los miedos hay que enfrentarlos. Como llevo unas gafas de esas de folclórica en el aeropuerto, el taxista no se da cuenta de que lloro un poco. Y creo que es la primera vez que lloro en mucho tiempo y, por lo tanto, estoy a un paso de caer en lo de Raquel Bollo. Y ese pensamiento me aterra tanto que se me corta la lágrima de golpe.

Hoy hace un poco más de sol, y cuando el taxi me deja en Gran Vía con Fuencarral hay mucha luz, y eso ya saben que me anima una barbaridad. Tengo que rodearme de cosas que me gusten y que me animen y me hagan feliz. Tengo unos amigos excepcionales, tengo un gato que, cuando no es un cabrón, me hace reír mucho y me despierta todas las mañanas a besos, tengo la mejor madre del mundo... y, sin embargo, sigo muy incompleto. No tanto como Karmele sin los pómulos, pero casi. De camino a la comida en Fuencarral me pongo «Firing Line», de Digital Dog, que es una canción trance de subidón, y llego a la cita con Janneth sobreexcitado, con los ojos hinchados y las gafas de folclórica. Y cada día entiendo más a las folclóricas, aunque al mismo tiempo me dan un miedo muy grande.

Por la tarde, antes de volver al rodaje del clip, hablo con Juan Ramón y le cuento

lo del señor del rugby. Incluso le mando por mail una foto, y la actitud de Juan Ramón es un poco de «yo a este le dejo hasta que me robe». Pero cuando le cuento los detalles, Juan Ramón piensa que alguien está envenenando los batidos de proteínas en Lisboa.

Siempre se me olvida contarles que, desde el divorcio, no he vuelto a dormir en la cama. Tengo una cama inmensa de 1,60 de ancho. Una barbaridad de cama. No sé por qué, pero me encuentro mucho más a gusto en el sofá viendo pelis y tapado con una manta cojonuda que me regalaron por mi cumple. Obviamente, el sofá es mucho más pequeño que la cama, pero me siento más arropado. Y Sam, que se está currando las latitas y no deja de abrazarme por las noches, pues lo hace todo mejor. Supongo que hay algo en mi cabeza que no quiere que vuelva a la cama durante unos días. Se me hace demasiado grande, hay quizá demasiados recuerdos, y como mejor puedo estar es una temporadita lejos de esos recuerdos. Eso, o tengo una alergia a las sábanas de cojones.

Me vuelvo a pasar por el rodaje del clip. Y la canción me sigue fastidiando. Sigo siendo víctima de las palabras que escribí hace tiempo. Por un momento creo que estoy instalado en el pantojismo y me preocupa, porque ni pienso dejarme melena, ni me gustan los claveles, ni en la vida me he tocado los genitales con un alcalde de la Costa del Sol. Menudo soy yo para las jerarquías.

Al salir me encuentro con un amigo actor (el nombre no lo digo ni de coña) que ahora mismo está teniendo un subidón de popularidad, y nos alejamos del centro para tomar un café y contarnos cosas. Es siempre una alegría verle y escuchar sus proyectos. Nos tomamos un café en una terraza (para poder fumar) y, cuando le cuento la historia del señor del rugby, me entra frío. El señor del rugby, en estos momentos, está ya volando a Lisboa y me siento como el culo. El papel de malo insensible es muy goloso, pero difícil de llevar a cabo. No me mola la idea de que me haya tocado ser el malo. Y me acuerdo de que «el difunto» me decía que todo es cuestión de *timing* (para los no amigos de Gwyneth Paltrow, el momento adecuado). Y el señor de Lisboa no ha podido tener peor *timing* en su puta vida. Es como si a Lady Gaga le da por sacar disco el mismo día que Britney Spears. Una de las dos va a salir mal parada, y eso siempre es chungo. Se me encoge un poco el corazón pensando en el señor del rugby. Espero que se arregle con su novio (que tiene unos cuernos estupendos y un novio muy relajado), que se le pase el tabardillo que le ha dado y que no se cambie de acera la próxima vez que me vea.

Tengo que volver a casa porque me van a llamar de Nueva York para una historia en la que estoy echando una mano a una amiga y, aunque la conversación va bien, sigo sin poder concentrarme y me sigo encontrando espeso. Como cuando una tertuliana de *Sálvame* habla de los gays (y ustedes vuelven a saber de quién hablo). Solo me animo un poco cuando leyendo el periódico me entero de que esta noche

vuelve *Enemigos íntimos*, y claro, yo volveré a sentirme una persona supernormal con una vida estupenda, sobre todo si sale Paqui la Fandanguilla y me ilustra con ese acento tan suyo que hace que las desgracias parezcan una peli de Ozores. Y si no sale Paqui, pues no pasa nada, que seguro que alguien se insulta, alguien tiene tres querellas criminales o alguien se ha puesto más tetas de las que debería.

Salgo porque resulta que desde el divorcio me encuentro especialmente despistado y se me ha acabado el pan de molde. Bajo al chino y, además del pan, compro cuatro donuts de chocolate para desayunar mañana, una bolsa de chuches, una de patatas fritas (pero light), unos yogures griegos y, ya de paso, dos paquetes de chicles de fresa ácida.

Además de no dormir en la cama, últimamente me ha dado por sentarme en el suelo de la cocina y echar un cigarrito mirando por la ventana, lo que es una soberana estupidez, porque desde la ventana de mi cocina se ve el apartamento de arriba, donde vive un divorciado calvo con muy mala hostia y un hijo con pinta de ser gogó en un par de años. Al tiempo. Y cuando Sam ve que entro en la cocina, viene y se sienta al lado, porque el pobre vive con la ilusión de la latita. Lo que quiero decir es que Sam y yo vivimos con una ilusión. Él de ponerse hasta el culo de una cosa que huele a pies, y yo de hacerme una lobotomía que me deje esa expresión facial de «vaca mirando al tren» que tan grande ha hecho a Paris Hilton (modelo, actriz y cantante).

Cocino ansiando el momento en el que la gente de Tele 5 comience a insultarse, pero me llama mi madre y decide que tiene que hacerme una visita. Ella no pregunta, ella viene y punto. Y si ella decide que estoy mal y que me hace falta comida casera, pues es así. Ya no tengo miedo. Ahora tengo terror.

Y más miedo me entra cuando me mandan un vídeo donde sale Britney Spears presentando su nuevo disco en la tele. Si con toda la medicación que toma está así... ¿qué pasaría si le quitaran las pastillas? Me consuela saber que a mi edad puedo bailar con más gracia que Britney, y todo esto lo pienso mientras me tuesto tres sándwiches de pavo con queso.

Me duermo esperando a que empiece *Enemigos íntimos* mientras compruebo que el arte de la interpretación persigue a Mar Saura, pero ella es más rápida.

A ver qué pasa mañana... que antes de cerrar los ojos he visto en la BlackBerry que el señor del rugby había mandado un mail.

Terror.

OCHO

Me levanto con una energía para morirse. Debe de ser que, como no vi *Enemigos íntimos*, tengo el alma mucho más blanca, aunque sigo preocupado por las celebrities *low-cost* que me están llegando al corazón de una manera tremenda. Me levanto tan, tan optimista que le pongo media latita a Sam, que me mira con cara de «no me fío... tú quieres pedirme algo».

Y es que hay que relajarse. Me tomo el primer café con leche de la mañana otra vez en el suelo de la cocina y me noto más tranquilo que ayer. Sam está dándolo todo con la latita y pienso que tengo muchas ganas de que pase el tiempo para encontrarme en otro lugar. Y también pienso que quiero hacer todo lo posible para que el tiempo pase rápido.

Abro el mail y leo lo que me escribe el señor del rugby. Básicamente me dice que ha vuelto a Lisboa y que está hecho un lío, que no me voy de su cabeza y que quiere volver a Madrid para buscar curro aquí. También me dice que no sabe qué va a pasar con su novio y que le duele mucho la cabeza de tanto pensar en mí. Lo que me faltaba, provocar dolores de cabeza a estas alturas. Yo me quedo mirando el mail cinco minutos y no sé qué contestar. Por lo tanto no contesto. Cuando lo tenga claro ya le diré algo, o lo mismo le dejo con la intriga hasta el viernes por la noche rollo *Sálvame Deluxe*. ¿Le hago un previo? ¿Le mando un mail que diga: «El viernes por la noche... LA RESPUESTA FINAL»? ¿Me vuelvo loco y me hago una permanente como la de Rihanna? No sé.

Hablando del viernes, que sepan que he decidido acudir a la fiesta esa que se celebra en La Riviera. Se llama «Live to be free» y el nombre me ha convencido. Además Vanessa me dice que ella también está falta de una juerga flamenca. Porque lo de Vanessa es como para otro blog. Probablemente la fiesta sea un cuadro, pero hemos decidido que vamos a ir con la actitud de «darlo todo», y lo peor que nos puede pasar es que nos emborrachemos con marcas blancas de alcohol.

Tengo una reunión superpronto y luego voy al gimnasio, donde me espera Chris para entrenar. Hoy nos toca pecho, que es una parte fundamental para recuperar la autoestima. Lo de «dos tetas tiran más que dos carretas», desgraciadamente, es una verdad muy grande. Y en el gimnasio, también lo doy todo. Chris me pronostica, mientras yo tengo cien kilos sobre el pecho, que en dos meses me ve con pareja. Yo le comunico que es más probable que la inteligencia aterrice en casa de Yola Berrocal.

Una de las cosas que más me animan hoy es que mi amigo Isidro de Barcelona (y su hermana Cristina) están en Madrid. Siempre me río mucho con Isidro, que es policía y además es la única persona del mundo a la que le dejo llamarme «Kimberly del Rocío». Claro que yo a él le llamo «Jéssica Macarena». Isidro es también un

armario de tres puertas y tiene los pezones tatuados, lo que le convierte en el agente de la ley más exótico que he conocido nunca. Pero no se piensen mal, que Isidro es una especie de hermano pequeño que pone multas. A la comida se nos une Vanessa, que está viviendo un momento de plenitud que ya lo querría el dietista de Falete.

Y por la tarde, la sorpresa. Llega un mail de «el difunto». Le llamo así por una amiga de mi madre que llamaba eso a su exmarido. «El difunto» es un muy buen tipo y una persona muy inteligente, y nunca sabrá (bueno, sí lo sabe porque lee este blog todos los días e incluso pone links en su muro de Facebook) lo agradecido que le estoy por ese mail. Un mail que aclara muchas cosas y un mail que confirma que mi decisión de hacer la maleta y marcharme fue correcta. Difícil pero correcta. Y esto es todo lo que se va a decir aquí de «el difunto». Ya no hay más. Porque, en realidad, «los otros» no son importantes una vez que desaparecen. Lo importante somos «nosotros». Me tengo que centrar en lo que hay, en lo que soy y en lo que puedo ser y sacarle el máximo jugo posible. Por supuesto, el mail no va a tener respuesta. Menudo día que llevo de no contestar mails. El señor del rugby y este tienen que estar contentos conmigo.

Tengo una reunión en la zona de Alonso Martínez y ando por la calle como en mucho tiempo. Es como si me hubieran quitado 100 kilos de la espalda. La reunión (que tiene que ver con una cosa de derechos de propiedad intelectual) va de coña marinera y supongo que ayuda mucho que yo tenga una actitud positiva. Cada minuto que pasa sé lo importante que es reírse y sobre todo, las personas que te hacen reír porque te quieren. Estaré soltero y tengo un hijo que es un egoísta de mierda, pero tengo unos amigos que son gloria (Estefan) bendita.

Y mientras tanto, en la tele, una que peinaba a Rocío Jurado afirma que uno que se va a casar con su hija no es un putero. ¿Lo ven? Mi vida es la hostia. Eso sí, tengo el alma desecha porque llevo 48 horas sin saber nada de Paqui la Fandanguilla, *a.k.a.* Paqui la Coles. No sé qué va a ser de mí. Menos mal que una tertuliana de *Sálvame* reconoce que se toma tres pastillas para ir a trabajar y yo así pienso que, como no me medico, pues tengo un futuro. Si esta mujer tiene trabajo, yo puedo ganar el Pulitzer.

No sé muy bien qué contestarle al señor del rugby. Cuantas más horas pasan, menos sé qué decir. Tengo claro lo que me gustaría hacerle, pero no tanto lo que querría darle. También no sé qué hacer con un chico que me quieren presentar para que tome un café. Miren que esto de las citas a ciegas es de terror. ¿Qué me va a decir el pobre? «Hola, tú eres el divorciado... ¿no?». Ya les digo, miedo me da todo, y cada vez encuentro más refugio en el suelo de la cocina con Sam y las latitas.

Por cierto, que llevo una temporada que voy tanto al baño que me siento un poco Carmen Machi. Es decir, que el divorcio deshinchó una barbaridad. Pero lo mío es sin yogures.

Vanessa y yo comentamos el ¡*Hola!* ante la mirada atónita de Isidro y Cristina. Es

un rato en el que me descojono vivo. Más tarde me vuelvo a casa, que ya hace un poco de frío, y voy muy escotado para estas horas. Nada más llegar enchufo la tele y descubro que esta noche va a ocurrir un «Deconstructing Paqui» en mi terapia favorita de Tele 5 y decido que no voy a quedar para tomar el café con el chico de la cita a ciegas. Ahora mismo, lo de Paqui me merece mucho más la pena. Adónde va a parar. Y miren que no lo cuento todo, pero la verdad es que estoy sorprendido de la cantidad de ofertas que tengo de cines, cafés, paseos e incluso masajes. Un chico me ha dicho que cuando quiera me da un masaje, y yo le he dicho que eso es de lesbianas. Me ha mirado con cara rara y se ha ido. Ahora mismo no estoy por la labor; para una vez que acepto una cita, miren ustedes lo que ha pasado con el señor del rugby...

Mientras me cocino una pasta, aprovecho para hacer unas fotos en el suelo de la cocina, así ustedes visualizan el momento idiotizado que estoy viviendo. Y ya el colmo de los colmos llega cuando recibo un e-mail de un «actor» de la industria de cine para adultos en el que me anima a compartir mi soltería con él. Y no puede ser. Inmediatamente me viene a la cabeza la idea de que se lo presento a mi madre y le cuento en qué trabaja. Y mi madre, por cierto, llega el domingo para rodearme de amor. Y me tiembla hasta el esternón del pavor. Miren que quiero a mi madre una barbaridad, pero me apetece mucho estar solo.

Me dispongo a enterrar el culo en el sofá, cuando llega un sms que sí me llama la atención. Un amigo al que no veo hace muchos años ha vuelto a Madrid para trabajar en un puesto ejecutivo en la industria de la moda, después de varios años en Italia. Me hace mucha gracia recordarle y le llamo para saludarle. Casualidades de la vida, está muy cerca de mi casa y, a pesar de que es tardísimo, quedamos para tomar un café. Casualidades de la vida en estos años, se ha apuntado a un gimnasio, se ha rapado la cabeza y se ha dejado barba.

Pero no pasa nada de nada. Y menos mal, que no estoy yo para perder amigos recién recuperados. A pesar de que mientras tomamos el café (yo a este paso no pego ojo en un mes) me pone morritos y cara de que hay que recuperar el tiempo perdido, yo me hago el cansado porque además de la pereza interna y de las horas que son, tengo la casa hecha unos zorros y no pienso arreglarla hasta el sábado por la tarde, que el domingo llega mi madre y, como no esté todo en orden, lo mismo me pega un grito que me deja sordo. Por lo tanto, le acompaño hasta la puerta de su nueva casa (casualidades de la vida, vivimos cerquísima) y me largo a la mía escuchando el disco nuevo de Britney. No crean ustedes que voy subido en el ego, me voy a casa solo porque me da la gana. Y también porque no me atrevo. Y también porque no quiero contar según qué cosas...

Me he levantado con las pilas puestas, me pongo como un zampabollos a desayunar mientras Sam se frota contra mí con la esperanza de que me apiade y le dé

lo suyo. Lo tiene claro. Con el café en la mano, y sentado en el suelo de la cocina, tengo un videoencuentro con el señor del rugby, que me dice que no entiende lo que le pasa y que no es normal colgarse así en dos días. Yo le digo que tiene razón y que no es normal. También le pregunto por su novio. Me pongo un poco nervioso cuando le veo por la cam, para qué nos vamos a mentir, porque el señor del rugby es de esos a los que me gustaría hacerle un par de hijos. No saco nada en claro de la conversación, y cuando apago me entran más ganas que nunca de salir a la calle y dar dos patadas a algo. Lo del señor del rugby me supera un poco, sinceramente.

Mañana por la noche iré a la fiesta de La Riviera e intentaré divertirme (a pesar de lo espeso que estoy) con Vanessa. También intentaré no pensar en el señor del rugby, en mi amigo de la moda o en cualquier ser humano susceptible de querer dar un paso más allá. Vivo un drama porque me he perdido el escarnio de Paqui la Fandanguilla en Tele 5, pero no me importa. Eso debe de ser una buena señal, porque no me ha hecho falta ver vidas más tristes que la mía.

El próximo lunes, puntual como siempre, les contaré cómo ha ido el fin de semana, y ya les aviso que escribiré con mi madre en casa y, por lo tanto, deberé moderar mi lenguaje y Sam también deberá moderar las ansias de latita, que lo mismo mi madre se piensa que tengo un hijo yonqui. Sigo teniendo miedo al fin de semana, a pesar de que tengo la agenda a tope. Mis amigos siguen instalados en la necesidad de no dejarme solo. Y de momento, ese es el único cariño del que soy capaz de disfrutar.

Nos vemos el lunes...

NUEVE

Les prometí que les iba a contar todo lo que ha pasado hasta hoy, y aquí me tienen. Así ha sido el fin de semana.

VIERNES

Me levanto medio somnoliento. Me queda una hora y media para entrenar con Chris y me duele un poco la espalda. Le doy media latita a Sam, que me sigue mirando con cara de pensar que le estoy envenenando. Decido bajarme a una terraza a desayunar porque hoy me he tomado el día de vacaciones y no pienso currar. Mientras leo el periódico, conozco a un señor al que llamaremos «el señor masajista», sorprendentemente parecido al señor del rugby. Le invito al té, porque es inglés aunque vive aquí y él me invita a un masaje. Le digo que casi mejor después del gimnasio, que me va a venir de perlas. Él accede inmediatamente y me da su teléfono y su dirección. Sorprendentemente, vive a dos calles de la mía.

Me voy al gimnasio y le digo a Chris que luego me voy a dar un masaje. Él me dice que yo dije que los masajes eran de lesbianas. Yo le digo que sí, pero que tenía que ver al masajista.

Me dan un masaje que dura exactamente tres horas.

Salgo pitando para el súper porque mi madre llega el domingo y tengo la nevera temblando. Y si una madre ve una nevera vacía se instala en el terror y ya es un no parar. Paso la aspiradora, persigo a Sam con la aspiradora, cuelgo una lavadora (de color) y limpio el polvo. Con estos calores, lo hago en chándal y con los pectorales muy relajados gracias al masaje. El señor masajista, sorprendentemente parecido al señor del rugby y que es inglés, me manda un sms que dice: «*Hey big man, it was very nice to meet you*». Pues mira qué bien.

Como a todo correr con el equipo de Kiehl's, que tenemos que preparar un fiestón para el día 29 donde voy a hacer de anfitrión. Ellas se interesan por mi soltería y, cuando les cuento lo del masaje miran al techo con cara de «esto no nos pasa a las mujeres». Estoy por pasarles el teléfono del masajista, pero decido que lo mismo a él no le hace gracia.

Vanessa se pone indispuesta y no puede salir esta noche. Me rescatan Gus, Germán y otros amigos. Me río mucho en la fiesta. De hecho, hay un momento muy gracioso. Antes de ir, recibo un e-mail de un chico que vive muy cerca de mí (joder, cómo está el barrio) y que tiene cara de novio, no de polvo. Me manda las fotos y, gracias a Dios, no tiene nada que ver con el señor del rugby y sucedáneos. Y me cuenta que sus amigos le han preparado una cena de bienvenida y no sale. Pero, sorprendentemente, aparece en la fiesta de La Riviera mientras Gus hace de Natalie Portman y el resto comprobamos que las drogas destrozan familias, porque menudo percal, señores.

Antes de irme de la fiesta me despido del señor vecino, que es más guapo y más simpático que en las fotos y no tiene pinta ni de heroinómano ni de tomar anabolizantes.

Llego a casa y me duermo viendo un capítulo de 24, y me da rabia porque justo iban a rescatar a alguien. Sigo esperando a que me repartan el turno.

SÁBADO

Me despierto con un mensaje de «¡Buenos días!» (así, con exclamaciones) del nuevo vecino. Le digo que le invito a desayunar y desayunamos en el barrio. Después llego al gimnasio tarde y Chris ya está acabando, pero nos da tiempo a comentarlo todo. Cuando termino de entrenar, si se le puede llamar así porque hoy estoy perruno, de camino a casa literalmente me encuentro con el nuevo vecino en una calle. Nos quedamos hablando en un portal media hora y yo me subo a un escalón porque mido 1,75 y él mide 1,88. Y en ese momento alcanzo a comprender lo de Tom Cruise y Nicole Kidman. El vecino nuevo me hace reír tanto que nos vamos a tomar una Coca-Cola a otro bar del barrio. Le llegan a recoger dos amigos y me dicen a ver si voy a comer con ellos. Pero digo que no, que lo poco gusta y lo mucho cansa.

El señor del rugby reaparece y me dice literalmente que se está volviendo loco porque no le hablo. Yo le digo que le dé recuerdos a su novio, al que le debe de seguir haciendo terriblemente feliz. Me contesta que sigue sin saber lo que le pasa, porque él no es así y no me voy de su cabeza y que cada día es más difícil. ¿Qué haría Paqui la Fandanguilla en estos casos?

He pasado la tarde con el vecino nuevo y es un tipo encantador. Acaba de llegar a Madrid para instalarse. Y con eso está dicho todo. Luego hablo con Vanessa, que sigue indispuesta y completamente enganchada al Aquarius. Se le va a quedar un tipazo maravilloso. Lo mismo tiene el síndrome de la «top model enamorada» y no lo sabemos.

Por la noche ceno con un amigo en un mejicano y me encuentro contento, para qué les voy a engañar. Creo firmemente que uno de los trucos es estar entretenido y abierto a todo lo que venga. Hay que ser proactivo todo el rato, pase lo que pase. Eso de los duelos y de quedarse instalado en la lágrima cada día me parece más una pérdida de tiempo. Y yo siempre tengo cosas que hacer...

El señor del rugby me comunica en un sms que piensa que soy un cabrón porque le he roto el corazón y no le hago caso. Mientras me cepillo los dientes antes de meterme en la cama, vuelvo a pensar en lo importante que es el *timing* para todo. El *timing* y el Lexatin, porque cada día conozco más gente que estaría fabulosa pasada de Lexatines. Miren ustedes los discazos que hace Britney Spears desde que se medica correctamente.

DOMINGO

Me levanto contento de narices (es lo que toca) y desayuno con el vecino nuevo. Aprovecho que toma té verde con churros para tomar uno yo también, que últimamente se me va la mano con la cafeína y el vecino nuevo parece una buena influencia gastronómicamente hablando. Y además no soporta a Lady Gaga. Vamos, que nos caemos bien, digo yo.

Antes decía lo del *timing* precisamente por el vecino nuevo (que no tiene nada que ver con el vecino nuevo masajista que se parece al señor del rugby). El vecino nuevo acaba de llegar a Madrid y ahora le toca asentarse y divertirse. Pero el vecino nuevo tiene cara de novio, no de polvo. Y tiene una cosa cojonuda, y es que me hace reír porque a veces tiene momentos de «rubia natural». Y no hay nada que me haga reír más en el mundo que una rubia natural. Vanessa es la prueba de ello, porque consigue estamparme un bolso en la cara y que yo me siga riendo. Por cierto, la echo de menos una barbaridad.

Por supuesto, me levanto y agarro todos los productos de limpieza que hay en casa porque mi madre llega a eso de las dos, y ya saben ustedes como son las madres de terribles con el orden en casa ajena. No se lo he contado nunca, pero me fascinan los productos de limpieza. Los supermercados no me gustan especialmente, pero cuando llego a la sección de productos de limpieza me pongo verraco. Literalmente. Es ver un nuevo KH7 antigrasa, antical o anti lo que sea y tengo que probarlo. Y por supuesto, en menos de dos horas tengo la casa como los chorros del oro, a pesar del disgusto que le doy a Sam, que odia la aspiradora y me mira con cara de «yo te estampo, cabrón». Para remediar el mal rato, le doy media latita de esa cosa que huele a pies, y me como tres mandarinas en el suelo de la cocina esperando a que mi madre me avise de que «la invasión» ha comenzado oficialmente.

Miren que ya me río mucho, pero es que ha sido llegar mi madre y reírme más. Como es mi madre, ella, con solo oír el tono de voz, sabe que no todo está en su sitio. Y por eso me echa la bronca (córtate ese pelo, por Dios, que pareces Ricky Martin), y nos vamos de compras. Ella tiene un momento muy de raya marinera y me compra unas zapatillas y dos gayumbos que los reservaré para ocasiones especiales. Porque una de las claves para que la vida sea la hostia es que uno mismo haga que todo sea especial. Podría estrenar los gayumbos hoy mismo, claro que sí. Pero ya ven, los he dejado en el cajón para que, la próxima vez que tenga un «momento sexy», me los ponga.

Y justo antes de irme a la cama, recibo un mensaje que me hace gracia también. Un armario de cuatro puertas (definitivamente, no tengo tirón entre las amigas de Kate Moss) que sabe que me gustan las películas de terror me dice que estaría encantado de llevarme al estreno de *Scream 4*, que es la película que más ganas tengo de ver desde *La que se esnucó por vérselo 2*. Estoy tan entretenido que llevo 24 horas sin pensar en Paqui la Fandanguilla. Y me duermo con una sonrisa enorme por

primera vez en muchos días.

Me duermo queriendo que me repartan un turno.

Me despierto pensando que cada vez estoy más seguro de lo importante del «chocarse», y cada vez me creo eso de «el que busca encuentra». Yo no busco nada y no hago más que encontrarme cosas. No hay que buscar. Nunca hay que buscar, solamente hay que estar atento. ¿Luto? ¿Quién dijo luto?

Sam les manda besos. Yo sigo queriéndoles, pero no tanto como para casarme...

DIEZ

Todo sobre mi madre. Así lo hubiera titulado si Almodóvar no fuera mil veces más listo y más ingenioso que yo. Y es que «la invasión Maribel» es ya a estas alturas un hecho consumado...

Me levanto por la mañana y la señora, que quiere que su hijo la trate como una reina, me dice desde la cama que a ver si le he preparado el desayuno. Y con la ojera pegada y Sam con cara de «hay que ver lo heavy que es la abuela...» preparo una cafetera, tengo dos llamadas de curro, preparo la mesa y sueño con que no me pegue cinco gritos porque se me ha ido la mano con el café. Porque los que conocen a mi madre saben que sobreexcitarla con cafeína no es necesariamente una buena idea.

Ella ha venido a ejercer de madre, y vaya si lo va a conseguir. Mientras me visto para una reunión que tengo fuera del centro, ella se me pone en jarras y me dice que mientras vuelvo le va a dar un repaso a la nevera, porque alguien me tiene que «salvar del botulismo» (literal).

Me voy a la reunión pensando en su concepto del botulismo y cuando vuelvo me encuentro la nevera que, para ser sinceros, está impresionante. Y yo creo que es por el cariño con el que hacen todo las madres. Una cariño que me está viniendo de perlas, porque tengo la enorme suerte de reírme con ella muchísimo. Nos ha costado un tiempo tolerarnos, porque somos unos intensos, pero lo estamos consiguiendo.

Cuando regreso, aparte de una nevera nueva me encuentro a mi madre hecha un pincel que me dice que mueva el culo, que tenemos mucho que hacer. Mucho que hacer consiste en comprar lotería en Doña Manolita (la obsesión que tiene mi madre no es normal), comprarse unas Converse nuevas porque de repente ella quiere ser moderna y alternativa, y luego quiere que comamos en su restaurante favorito (Casa de María), en la plaza Mayor. Y con el calorcito, el Martini y el vino blanco, en una hora estamos a berrido limpio hablando de política, de lo horrorosa que le parece la programación de Telemadrid y aún no hemos llegado al momento «Esteban vs. Campanario», que eso puede ser la apoteosis, porque ahí estamos enfrentadísimos. Y mientras comemos en la terraza, veo pasar por delante de mis narices al vecino guapo. Y es que no paro de encontrármelo. Y siempre se me pone la misma sonrisa de idiota en la cara. Ni quiero nada ni busco nada, pero hay que ver lo entretenido que estoy, que no paro de chocarme con él.

Luego nos vamos a Atocha porque quiere pillarse un billete de AVE (se va el miércoles a la casa de la playa en Huelva), y así, como si tal cosa, me dice que le ha entrado un deseo irrefrenable de hacerse unas mechas. Y de camino a la peluquería, en la misma acera, aparece el vecino guapo y yo se lo presento a mi madre. Como el vecino siga apareciendo, me va a dar un tabardillo.

Por supuesto, dejo colocada a mi madre en la peluquería y en cinco minutos estoy

tomando un té verde con el vecino. Y en ese momento aparece mi amigo Nando y me da un abrazo de esos que se agradece de por vida. También me pregunta por Twitter por mi vecino, y me pregunta ya de paso si está soltero y si, en caso de que no lo esté, podríamos contemplar la posibilidad de la clonación amistosa. El vecino está completamente soltero y yo creo que quiere seguir estándolo. Igual es por eso por lo que me siento relajado cuando tomamos el té verde, que será muy sano, pero sabe raro.

Llevo dos días sin ver a Vanessa y la echo una barbaridad de menos, pero la mujer está dando unos cursos de «deja de ser una penca y apúntate a las buenas maneras», y como mi madre me tiene abducido, pues no nos coinciden los horarios.

El señor del rugby sigue escribiendo sin parar y está empezando a hincharme las narices. Hace ya unos días que no contesto ni a los mails ni a los mensajes de texto. Sinceramente pienso que al pobre, más que otro novio, le hace falta una lobotomía. No se puede ser más pesado, joder.

¿Y la tristeza? Pues hoy un poco más lejos que ayer. Si alguno de ustedes se encuentra en medio de un divorcio, no se olviden nunca de la visión periférica. «El difunto» nunca es ni debe ser el protagonista de nada. Mi vida sigue, y sigue de maravilla gracias al curro, al amor de mi madre (y a sus gritos), al cariño de mis amigos e incluso gracias al vecino nuevo, con el que tomo más té verde en dos días que en toda mi vida. Mi existencia será un desastre, pero creo que tengo el intestino más depurado del planeta (jódete, Gwyneth Paltrow).

Por la tarde me llega un mail de un lector (anónimo, claro) diciendo que esta sección es básicamente una mierda y que tengo demasiado ego. Pero es que esto es un diario de mi vida. ¿Cómo cojones escribo mi diario sin hablar de mí? Me pregunta que por qué lo escribo. Y lo escribo porque escribir es lo único que siempre me ha sacado a flote. Hay gente que canta, gente que llora e incluso está Paqui la Fandanguilla, a la que extraño una barbaridad por esa cualidad de «superviviente a pesar de ESA cara». Pero yo no, yo escribo. El lector me dice que vivo en una caja y que a ver si alguien me saca. Pero me encuentro bien en la caja esta, porque estoy acompañado de gente que me quiere.

Llego tardísimo al gimnasio y Chris me mira con el morro torcido porque ha tenido que empezar sin mí. Le explico que una madre y unas mechas californianas pueden complicarte la vida hasta extremos impensables. Así que me pongo en un banco al lado de él y nos contamos la vida. Chris sigue mirándome con cara de «te vas a enamorar» y yo sigo pensando que lo veo complicado, por ser fino.

Salgo corriendo del gimnasio y Vanessa cancela la cena por cosas del curro, así que cenó en casa con la jefa viendo la peli de la Duquesa de Alba, una persona que a mí me cae fenomenal pero que mi madre detesta profundamente. Y claro, en diez minutos tenemos montando en casa el plató de *La Noria* y el pobre Sam se ve

abocado a hacer de Jordi González. Y encima sin latita.

A última hora me llama un amigo para ver si nos tomamos algo y descubrimos un restaurante al lado de mi casa que tiene un patio interior con jardín para morirse. Y ahí estoy, con un tinto de verano y comiendo un postre que se llama «Hello Kitty», escuchando cosas del curro de mi amigo y pensando que hay que ver que hace dos semanas estaba hecho un trapo y que parece que en cualquier momento voy a volver a sacar la cabeza del agua y a respirar otra vez.

De camino a casa pienso en si quizá me equivoqué, hice algo mal o simplemente aquello no tenía que haber pasado. Pero a los cinco minutos me doy cuenta de que es una pérdida de tiempo. Da igual lo que haya sido, el resultado final siempre es el mismo.

En casa, mi madre se despierta al oírme entrar. Y ella será muy moderna para las zapatillas y las mechas californianas, pero es una madre genuina, de esas que no se duerme hasta que el hijo llega. Me pide un vaso de agua y me la encuentro abrazada a Sam. Y cuando me pregunto por qué Sam la quiere tanto, ella me aclara que el gato le ha dicho que está hasta las zarpas de pienso y que ella le ha puesto jamón de york. Por supuesto, Sam la mira como una niña inconsciente a Justin Bieber. Porque cualquiera sabe lo de Justin Bieber. Y Sam por el jamón de york... es capaz de todo.

Me fumo un cigarrito antes de dormirme en el suelo de la cocina y pienso que de este fin de semana no pasa que vuelva a dormir en mi cama.

Me despierto de golpe, me meto en la ducha y me arreglo a todo correr. Voy tarde y tengo una reunión con Lanka, un cantante al que le acabo de producir el primer single (con su remix y todo) de su nuevo disco. Hoy tenemos que hablar, porque quiere que le produzca y le escriba otra canción y vamos a tener un *brainstorming* creativo.

Y después, mi madre quiere ir a ver al Cristo de Medinaceli. Supongo que la pobre espera fervorosamente que algún poder divino me dé inteligencia. Y es que las madres no desfallecen nunca. Les dejo, que me ha llegado un sms del vecino guapo...

Mañana más.

ONCE

Estoy melancólico. Y todo porque mi madre y yo estábamos en la calle y ella me ha contado que hay una canción muy especial para ella pero que no sabe cómo se llama. Inmediatamente, y no me pregunten por qué, yo sabía qué canción era. Así que nos hemos ido a El Corte Inglés y nos hemos comprado el disco de Pablo Alborán. Porque la canción se llama «Solamente tú».

Esta mañana he tenido una reunión con Lanka, un cantante que está a punto de lanzar un single que he compuesto y producido. Tengo un poco de vértigo porque hace muchos años que no se oye una canción escrita por mí y no sé cómo la gente la va a recibir. Pero Lanka está tan contento que esta mañana hemos cerrado el trato para componer y producir su segundo single, que saldrá a finales de verano. Es una de las cosas que ayudan mucho ahora. Cuando escribo una canción, en cierta manera se queda un trocito de mí. Y les prometo que la próxima canción va a tener más de un trocito. Lanka me mira a los ojos y entiende la letra, se emociona y es una manera especial de vivir. Y es bueno para mí.

Esta mañana nos hemos ido al banco (un banco vasco, que mi madre es muy suya) y después nos hemos ido al Mercado de San Miguel a tomar unos rebujitos. Por unos momentos pienso que, a este ritmo, mi madre y yo estamos mutando en Paris Hilton, pero ella me tranquiliza cuando me dice que estamos los dos viviendo un momento muy hippies, que cualquier día nos atropella un autobús y que mientras tanto tenemos que ser felices. Y las madres siempre tienen razón.

Me llega a la BlackBerry otro mensaje del señor del rugby y estoy a punto de deseárselo una vaginitis agresiva. Por supuesto sigo sin contestarle, porque esto ya raya en la idiotez suprema.

Del rebujito nos hemos ido a comer a la terraza de El Corte Inglés de Callao (nos atienden fatal) y por la calle nos vemos rodeados de fans de Justin Bieber. La cosa es de miedo. ¿Están ciegas estas niñas? Pero claro, me alegra mucho porque hay gente que tiene la cabeza mucho peor que yo, y eso que ellas no están divorciadas ni tienen un gato macarra que se prostituye por jamón de york.

El poder de una madre es increíble. Ni rastro de «el difunto» en mi cabeza. Nada de nada. Y mientras ella se pone a plancharme camisas como si no hubiera un mañana, yo me echo un cigarrito en el suelo de la cocina y le digo que la quiero mucho y que con ella cerca las cosas duelen mucho menos. Y de fondo nos ponemos el disco de Pablo Alborán y en ese ratillo no existen difuntos en el mundo para despistarme.

Por la tarde, el vecino nuevo (y guapo) me invita a una cerveza y me comenta sus planes de curro, que tienen una pinta muy buena. También me dice que a ver si me parece bien salir el sábado con sus amigos para tomarnos algo. Yo le digo que sí,

porque estoy en un momento en que me apetece mucho conocer gente nueva, sitios nuevos...

Me choco por la calle con el vecino masajista (no se imaginan cómo está el barrio) que se parece al señor del rugby. Me pregunta por mis contracturas y me dice que cuando quiera me relaja. Le doy las gracias y le digo que las tengo muy apañadas y que de momento no necesito un masaje. Me tuerce un poco el morro. Qué le vamos a hacer.

Hoy hablo mucho con Vanessa por teléfono y me doy cuenta también de que la quiero mucho. Como nos reímos tanto, no tenemos demasiados momentos para la ternura, pero si algún día vuelvo a ser heterosexual, ella debería ser la madre de mis hijos, de todos mis hijos.

Por la noche en casa mi madre habla incansablemente por teléfono con sus 7512 mejores amigas íntimas y presume de hijo. Mientras tanto yo me pongo los cascos, me pongo a escribir y escucho el disco que me ha regalado. Y me gusta mucho una parte que dice «enseña tus heridas, que así se curarán». Supongo que yo estoy haciendo eso un poco con estas crónicas. Sería idiota contar que mi vida es siempre una maravilla y que no hay heridas: soy un hombre normal y corriente. Claro que hay heridas, algunas más grandes que otras, pero es que no quiero que me sigan escociendo. No hay nada más triste que ser una persona con la mochila cargada. Todos tenemos traumas de infancia, y ahí es donde se deben quedar. Porque los años han pasado y lo deja todo atrás. Es nuestra decisión volver a recordarlos. No siempre es fácil, pero prefiero cerrar los ojos, sentarme en el suelo de la cocina con Sam e intentar recordar (por ejemplo) el día que conocí a Vanessa o cuánto me ha cuidado mi amigo Pablo mientras yo escribía mis novelas. No me ayuda especialmente en lo del divorcio, pero cuando vuelvo a abrir los ojos me siento más cómodo y relajado, como cuando alguien te cuenta que, de momento, Nawja Nimri no va a volver a cantar.

Estos días no estoy viendo nada la tele y el estómago se me encoge al pensar en Paqui la Fandanguilla. Siento que le estoy fallando ahora que ella está embarazada (con lo sensibles que se ponen), que ha sido bonito, que ha sido intenso, pero que el romance con ella llega a su fin. Ya ven ustedes, a este paso voy a parecer Liz Taylor con bigote y pene. Maravilloso.

Mañana se va mi madre a la playa y tardaré en volver a verla unos tres meses. La verdad es que creo que me voy a quedar un poco tristón, porque tal cantidad de energía materna es terriblemente positiva. Me voy a la cama pensando que tengo más suerte de la que pienso. Y me concentro en ese pensamiento a pesar de que la tarada de Esperanza Gracia (mi queridísimo Piscis) me ha puesto al final de la tabla maldita de los horóscopos.

Me duermo solo porque, como Sam se ha convertido en el gigoló de mi madre,

me abandona por ella y una loncha de jamón. Es un poco como lo de Madonna y Jesús Lu, para que se hagan idea.

Me cuesta despertarme una barbaridad. He soñado que estaba en una playa y no había nadie. Y luego sí había alguien, pero no sé quién era. Y yo sonreía. No quería despertarme. Quería quedarme en la playa.

Esta mañana desayuno con mi vecino y luego veo a Vanessa porque tenemos que escribir la sección semanal del ¡*Hola!*, que es una risa tremenda. Mi madre, mientras tanto, sigue empeñada en redecorar mi vida y ha decidido que el baño de casa necesita un repaso exhaustivo como sea.

A los dos minutos de salir del bar, me llega un tweet de Vanessa que dice lo siguiente: «@AbelArana tienes mi visto bueno!!!! jaajajajajaja es ideal de verdad!!!! XDD». Por supuesto, ella se refiere al vecino.

Llego a casa y el baño ahora mismo parece un escenario de Las Vegas. No es que estuviera sucio (no soporto ni la suciedad ni el polvo), pero cada día estoy más convencido de que todas las madres buenas tienen poder desincrustante para la cal y cosas así. Y adonde va mi madre va Sam, que ha decidido que quiere más jamón de york y que las latitas me las puedo meter por donde amargan los pepinos.

Hoy entreno pecho con Chris, y este es un momento fundamental de la semana y ustedes lo saben. La teta es la teta, coño. Caigo en la cuenta de que en el gimnasio hay quien piensa que Chris y yo hacemos más cosas juntos aparte de entrenar. Y pienso que es un error grande. Yo conozco a su novio, que es un tipo encantador, y además... ¿es que no podemos ser amigos? ¿Tan difícil es que dos hombres sean amigos?

Esta noche he quedado para ver el final de temporada de *Spartacus*, una serie de gogós untados en aceite y que la gente ve con cualquier excusa. Tengo un amigo que dice que lo ve porque le encanta «el vestuario de ellas». Y creo que eso es un poco el nuevo «yo leo el *Playboy* por los artículos». Y el final de semana va a ser un poco movidito. Tengo la inauguración del piso del vecino guapo, la presentación de #FashionAsWave (donde he participado en el spot que se presenta mañana en Laydown), una fiesta el viernes en la que voy a conocer a gente nueva, y el fin de semana... que poco a poco me va pareciendo menos vacío y me va dando menos vértigo.

Por supuesto, antes de irme a la cama... hay otro mensaje del señor del rugby.

Mañana les hago la última crónica semanal. Les quiero mucho y me estoy planteando seriamente el casarme con ustedes. Con todos a la vez...

DOCE

Hoy es el día que se va mi madre y estoy un poco ploff. La mujer es un terremoto, pero hay que ver lo que me quiere, lo que me cuida y lo que me entretiene. Además, las estaciones de tren me ponen tremendamente triste. No me pasa lo mismo con los aeropuertos, no sé por qué.

Esta mañana he entrenado solo y he echado de menos a Chris una barbaridad, pero, entre el curro y el secuestro de mi madre, somos muy incompatibles. Putada, porque entrenar con él es mucho mejor.

Despido a mi madre, que llora como si le estuvieran extirpando el bazo sin anestesia, pero en tres meses nos vemos otra vez. Eso, si no me da por liarme la manta a la cabeza y me bajo a la casa de la playa a ver las olas.

Después corro para una reunión que tengo con mi amiga Janneth de Kiehl's, que acaba de llegar de París y tiene que contarme cosas para la fiesta de fin de mes. Siempre que estoy con ella estoy muy a gusto. En cierta manera es una superviviente, pero conserva intacta una dulzura enorme.

Al llegar a casa veo con espanto que tengo SEIS e-mails del señor del rugby. Y me agobia tanto que he decidido borrarlos sin leerlos. Hasta aquí hemos llegado.

Vuelvo a casa y echo un poco de menos los berridos de mi madre. Por lo tanto me pongo Tele 5 para ver vidas más desgraciadas que la mía y me encuentro a Paqui la Fandanguilla, con quien vivo una experiencia casi catártica. Paqui se ha alisado las extensiones y su vida es mejor, y por un momento estoy a punto de bajarme a la calle y buscar una peluquería de negras donde me pongan como a Bo Derek. Inmediatamente desecho la idea. Con esta nariz no me quedaría nada bien.

El vecino nuevo y guapo me llama por teléfono y me cuenta que está en Ikea y en Leroy Merlin redecorando su vida con una amiga. Yo le digo que lo del Leroy Merlin es un parque temático para lesbianas y que tenga cuidado. Le mando una foto al móvil que me he hecho por la mañana en el vestuario del gimnasio. Lo que me ha contestado no lo voy a contar, pero me ha sacado una sonrisa. Y cuando me ha preguntado si quiero ver el final de *Spartacus* con él, le he dicho que sí. Y que sea lo que Dios quiera.

Vanessa sigue liada con lo de los cursos para convertir a tecnocharis en mujeres de ministros, y hablamos por teléfono en sus descansos comentando el ¡*Hola!* que han visto ustedes publicado esta mañana en el blog. La veo fenomenal, y el jueves noche lo vamos a dar todo en la presentación de Fashion Wave Madrid.

Al caer la tarde, me voy a cenar con el vecino nuevo y guapo a Bazaar (un restaurante que me gusta mucho) y pido pollo al curry y *mousse de foie* con queso de cabra gratinado, que quiero causar una buena impresión y no es cuestión de que el chico se entere de que soy capaz de matar por una hamburguesa.

Y luego vemos *Spartacus*, que es un poco como estar en una discoteca gay donde han hecho una fiesta temática con sus mariliendres y todo. No pillo mucho el argumento de la serie, pero a él se le ve entretenidísimo.

Mi madre ha llegado a Huelva y, como el tren se ha adelantado, a mi padre no le ha dado tiempo a llegar y está hecha un basilisco.

Hoy duermo en la cama y vuelvo a soñar que estoy en la playa esa donde no hay nadie pero luego resulta que sí hay alguien. Sueño que estoy durmiendo en la arena y que alguien se acerca. Solo le veo las piernas y, cuando levanto la mirada, el sol me da en la cara y no consigo ver quién es. Y me despierto. Qué raro...

Quedo con Gus para tomar un café, que hace días que no le veo porque está currando en la organización de un macroevento y me tiene que contar. Le pido que me acompañe a un sitio, y nos reímos como tontunos por el camino.

Me llama mi amigo Juan Ramón, que ha llegado de Santiago de Compostela para asistir a la fiesta de Fashion Wave. Juan Ramón es mi médico y mi consultor literario, y le tengo un aprecio gigantesco. Es como un niño grande, que siempre piensa que soy un salvaje y se ríe con las cosas que me pasan. La putada es que no tengo hueco para verle hasta la noche...

Voy por la calle y la BlackBerry me avisa de que tengo un e-mail. Por una cuestión de intimidad, no puedo contar quién me ha mandado el e-mail. No tiene nada que ver con el amor, al menos de manera romántica. Es un mail de alguien a quien quiero con locura y hace mucho que no veo por circunstancias de la vida. Estoy muy bloqueado y no sé qué hacer. Es un e-mail maravilloso. Y es un e-mail de alguien a quien echo de menos todos los días.

Pero todo se soluciona. Al final consigo organizar una comida con Vanessa, Juan Ramón y el vecino nuevo (y guapo). Nos tomamos primero un vermut en la plaza de Chueca y luego nos volvemos a comer a Bazaar, el mismo restaurante donde cené anoche. Parece que el vecino se lleva bien con mis amigos, y eso me pone contento. Vanessa está hecha un circo y no podemos para de reír con ella. Juan Ramón, como siempre, es la sensatez en medio de la tormenta.

Por fin voy a poder entrenar con Chris, y es que el pobre muchacho me ha mandado un mensaje diciéndome que entrenar sin mí no es lo mismo. Y tiene razón, es el perfecto compañero de gimnasio y un tío estupendo con un sentido del humor de lo más apañado. Y cuando salgo del gym me doy cuenta de que no tengo unas zapas decentes que ponerme con la ropa de esta noche. Corro por la Gran Vía como si no hubiera un mañana y al final encuentro unas en un Pull & Bear, donde un dependiente moderno me dice cuando le pregunto si tiene el 43 me dice: «Yo tengo lo que te haga falta». Santo Cristo de la Luz.

Al final vamos a ser un grupo bien majo: Vanessa, Juan Ramón, el vecino nuevo y guapo, Chris y un amigo y un servidor de ustedes. Hoy es un día importante para mis

amigos Ana Lapi y Nando Gordillo, y voy con mucha ilusión y con ganas de que les salga todo justo como ellos quieren. Su felicidad es un poco la mía también.

Mañana se supone que voy a conocer a los amigos del vecino nuevo y guapo (¿será esto una cita?), y estoy encantado porque de verdad me hace mucha falta descubrir cosas nuevas. Cuanto más vea, más aprenderé y se supone que más criterio tendré para elegir. De momento esta semana he vuelto a dormir en mi cama (y muy a gusto), Sam ha vuelto a ser un poco menos egoísta, he recibido un e-mail de un amigo que me ha llegado al corazón y al que responderé muy pronto (con la respuesta que él espera), mi madre me ha dado todo el cariño del mundo y más... y estoy rodeado de buenas personas, que es justo lo contrario de lo que le pasa a Paqui la Fandanguilla, por mucho que mi vecino se empeñe en llamarle Paqui la de las coles.

Quiero cosas buenas a mi alrededor, y estoy por convertirme en un nazi de la felicidad. Ni un solo mal rollo, ni una sola persona con la «mochila cargada», ni un solo gesto triste. Ahora necesito vivirlo todo con una felicidad medida, porque solo así creo que voy a encontrar el camino de vuelta al baile en los semáforos.

Les prometo que el próximo lunes se lo cuento todo. Y no me deseen suerte, que, en el fondo, tengo mucha y cada vez respiro mejor. O eso creo yo...

Sam les manda recuerdos y también levanta la pata y dice «ffffu». Y eso también es felicidad.

Hasta el lunes...

TRECE

Bienvenidos al lunes. Ya saben que hoy les voy a contar lo que ha pasado el fin de semana...

El jueves por la noche fue la presentación de Fashion As Wave y me lo pasé fenomenal. Vi a un montón de amigos que hacía tiempo que no veía y me lo pasé pipa. La noche la terminé en una terraza con un vodka con limón después de cenar con Juan Ramón y el vecino nuevo (y guapo) en un restaurante que nos encanta...

Me duermo enterándome (gracias a Paqui la Fandanguilla) de que lo que me dio hace un mes no era una crisis de ansiedad sino un «parraque» y, por lo tanto, duermo fenomenal.

Me despierto y Sam quiere beber agua del grifo. Como tengo una semana muy como de reencuentro entre padre e hijo, le pongo el agua, le pongo media latita y me piro a la calle a leer la prensa mientras me tomo un té verde.

Este viernes ha empezado espectacular. ¿Por qué? Pues por nada en especial, porque me he levantado de la cama (sin que me repartan el turno) y he decidido que hoy es un día grande. De nuevo, confío mucho en el concepto «redecora tu vida». Mientras uno está entretenido, las cosas pasan rapidísimo y apenas queda tiempo para pensar. Y es que la cabeza es una máquina de generar problemas. Cada vez pienso menos las cosas... ¿Para qué narices voy a pensar si, por muchas vueltas que le dé a una cosa, siempre va a pasar lo inevitable?

Y estoy en un momento de mi vida en que sé que tengo que aceptar lo inevitable. Tengo miles de señales que me indican que mi vida va por un camino bueno. Mientras estoy en el supermercado, veo a una pareja de abuelitos que van cogidos de la mano mientras hacen la compra. Probablemente lleven cincuenta años juntos y ahí están, con tanto cariño después de tanto tiempo. Y el ver eso me parece una señal de que el que quiere puede. Y ya me queda menos para volver a bailar en un semáforo.

Vanessa me llama tarde porque anoche separamos los caminos y ella estuvo en otra cena con unos amigos. Me coge el teléfono con la voz de Gargamel, el villano de los pitufos, pero me quedo más tranquilo cuando me dice que los teléfonos táctiles son una pesadilla para una mujer con una manicura en condiciones. También me dice que «hay que ver el apretón que tiene tu vecino».

Y llega la noche y me encuentro cenando en un sitio que se llama Bufalino con mi vecino nuevo (y guapo), su mejor amigo y dos amigas. Y aquello es un circo. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto. Descubrir gente nueva siempre es excitante, pero si además son gente inteligente y con un sentido del humor a prueba de bombas, pues ya es la leche.

Después de la cena nos vamos a una coctelería y me encuentro tan relajado que he decidido agarrarme un pedito con tequilas. Y es que el tequila me sienta de maravilla

y me pone hecho una ardilla. Y no me deja resaca, y eso hace que cada minuto empaticé más con Paulina Rubio y sus estilismos. También pienso que le doy gracias a Dios por no ser mejicano, que a estas alturas lo mismo tenía una cirrosis o la carrera de Thalía, que no sé qué es peor.

De la coctelería nos vamos a un club «para modernas» que se llama Charada, y nada más entrar lo doy absolutamente todo porque están poniendo una versión instrumental de un temazo de Modern Talking (sí, esas dos) y yo llego ya un poco enchispadillo. El vecino baila y en un momento me doy cuenta de que nos ponemos ojitos. Una amiga del vecino le pone ojitos a un seguridad del club al que, por lo visto, le huele fatal el aliento, y la otra amiga se da cuenta de que mañana tenía que pillarse un AVE a Málaga pero ella piensa (a ella le encanta el tequila también) que no va a ser posible. Yo también lo pienso. Hay un momento de la noche en el que creo que ojalá me quedara un par de semanas así, con gente que me gusta, con el tequila y con los Modern Talking haciéndome vibrar (del miedo).

¿Y el mejor amigo de mi vecino nuevo (y guapo)? Pues uno de los descubrimientos de los últimos años, para qué les voy a mentir. Y encima es vecino también. No me he reído así en tanto tiempo que ni me acuerdo. Es más, entre las risas y el tequila, el vecino nuevo (y guapo) me dice que hay que ver lo guapo que me pongo con los ojos achinados. Yo estoy a punto de decirle que él estaría guapo hasta con una coliflor en la cabeza y una braga faja de las de Lady Gaga, pero prefiero poner cara de ardilla y seguir bailando, que no quiero que la cosa se me vaya de las manos y el tequila me pone muy accesible.

Estamos saliendo del club «para modernas» y decidimos que lo mejor y más sensato que podemos hacer, después de haber bailado toda la noche... es irnos a un after. Y otra vez a darlo todo, pero esta vez con Red Bull, que no me ha dado alas pero hay que ver lo que me hace bailar.

Vuelvo a casa con el vecino nuevo (y guapo) y subimos por la Gran Vía sin decir una palabra. Es un silencio un poco raro, pero estoy tan agotado que solo pienso en llegar a mi cama y quedarme sobado.

Como el vecino es exactamente eso (vecino), su portal llega antes que el mío y le acompaño para despedirme, y cuando le voy a decir que el domingo si quiere nos tomamos un té, me agarra la cara y me da un beso.

Me voy a casa con una sonrisa como cuando a Yola Berrocal le sacaron el demonio del cuerpo.

SÁBADO

Me despierto derramado en la cama. Me despierta el teléfono. Y cuando me doy cuenta de que me han llamado mis padres, mis amigos, y cuando me doy cuenta también de que son las cinco de la tarde, un muelle me saca de la cama y empiezo a devolver llamadas.

Mi amigo José está en el pueblo de sus padres en Huesca y me dice que esta noche se va a vestir de traje regional. Yo le sugiero que se abra un perfil en una web de sexo con el traje regional, porque lo mismo creamos un nuevo fetiche y yo estoy en un momento de mi vida en que sería incluso capaz de vestirme de gitana extremeña con tal de reírme. Él me dice que va a valorar la posibilidad.

Mi madre me da siete gritos por teléfono cuando le digo que lo he dado todo hasta las diez de la mañana. Ella me pregunta si he bebido alcohol. Yo le digo que no. Ella me dice: «¿Tú te piensas que la policía es tonta?». Luego me pregunta que a ver con quién he salido, y yo le digo que con el vecino nuevo y ella me dice: «Cariño, soy tu madre... ¿sigues pensando que la policía es tonta?». Y luego me dice que a ver si tengo algo que contarle. Y le digo que no, porque la verdad es que no tengo nada que contarle, excepto que estoy más relajado y que el tequila sigue sin darme resaca. Ella me tuerce el morro telefónicamente y me dice que tenga cuidado. Y tengo más cuidado del que ella cree.

Uno ya no tiene mucha edad para fiestas y el cuerpo me pide sofá. Solo me muevo para salir a la calle a comprar una pizza, tabaco y Coca-Cola Zero sin cafeína. Vanessa se ha ido fuera de Madrid el fin de semana y le cuento por teléfono a qué huele un after a las diez y media de la mañana. También le cuento que me hice amigo de un culturista heterosexual que me decía con las pupilas dilatadas que, si algún día cambiaba de acera, lo haría conmigo de la mano. Y esto me lo decía con su novia enfrente, que asentía sin parar y decía: «Perdona, pero somos modernísimos».

Apago el teléfono, que el tequila también me da ganas de silencio.

El sábado lo termino viendo a Jordi González en *La Noria* (me fascina Jordi) y me duermo. Esa noche no sueño absolutamente nada de nada. Mucho mejor.

DOMINGO

Me despierto sorprendentemente pronto y con mucha energía. Me pongo a echarle un vistazo a lo que va a ser el nuevo libro y escribo unas páginas.

Suena el teléfono y es Vanessa, que me dice que a última hora llegará al barrio.

Suena el teléfono y es mi amigo José, que me dice que ha triunfado con el traje regional, aunque le hace el culo un poco gordo.

Suena el teléfono y es mi amigo Isidro, que me comenta que está con unas putas en un polígono. Les recuerdo que Isidro es policía y está cumpliendo con su deber.

Suena el teléfono y es mi madre, que dice que en Huelva hace un tiempo que te mueres y que estaría mucho mejor con ella que dándolo todo en un after.

Suena el teléfono y, cuando estoy a punto de estamparlo contra una pared, veo que es el vecino nuevo y me dice que a ver si me apetece comer algo.

En menos de lo que Sonia Monroy te graba un maxi-single, estoy detrás de la Puerta del Sol comiéndome unos huevos rotos con jamón (mi comida favorita) con el vecino.

No hablamos para nada de lo del beso, pero le digo que sí cuando me dice que a ver si nos hacemos un cine por la noche.

Paso la tarde escribiendo sentado en el suelo de la cocina y veo que sale un poco el sol. Sam se me acurruca justo al lado y me mira con cara de «anda, dame un poco de jamón de york».

Mi vecino me recoge para ir al cine y nos vamos dando un paseo hasta Príncipe Pío. Decidimos ver una que se llama *Invasión a la Tierra* y, mientras vemos la película, se produce esa cosa de que los dos metemos la mano a la vez en las palomitas. Nadie dice nada, pero es un momentito sexy.

La película es tan mala que nos vamos a los cuarenta y cinco minutos y volvemos a casa, que ha refrescado. Volvemos riéndonos de una pareja de heavies a los que les han hecho un 2x1 en el moldeador del pelo.

Dejo a mi vecino en su portal y, antes de irme, me dice que mañana tiene algo que decirme. No me lo dice serio, pero tampoco me lo dice contento. Me quedo un poco rayado y, cuando llego a casa, me pongo *Gladiator*. Y me quedo dormido pensando que ha sido el mejor fin de semana en mucho tiempo. Y pienso en que a ver qué me van a decir mañana...

CATORCE

Me he levantado muy inquieto. No dejo de darle vueltas a lo que el vecino tiene que decirme y, la verdad, no estoy para estreses. Hasta Sam se da cuenta de que estoy un poco revirado, porque no me hace mucho caso y esta mañana, mientras me daba la ducha, ni siquiera ha entrado en el baño. Y Sam siempre está mirándome cuando me ducho, que lo mismo tiene complejo de «vigilante de la playa» y siempre se pone ahí, no vaya a ser que me ahogue.

Después de organizar un equipo de producción para una canción en la que voy a trabajar, me piro al gimnasio porque Chris y yo esta semana entrenamos por la mañana, que es el mejor momento para darle a la mancuerna. Chris, nada más llegar, me pregunta por el vecino nuevo (y guapo) y me dice que le encantó conocerle y que hay que ver la buena pinta que tiene. También me dice que a ver a qué narices estoy esperando para saltarle encima cuando le cuento lo del beso y lo de las manos en el cubo de las palomitas.

Mientras entrenamos, yo pienso que poco a poco estoy en un sitio de mi vida donde todo está bastante en su sitio, me empiezo a encontrar seguro, el curro va de maravilla y, claro, pues me da un miedo terrible arriesgar todo esto que me está costando conseguir. Porque todo es un riesgo y yo sigo sin estar para sustos. Disfruto más que nunca de sentarme en el suelo de la cocina a leer un libro que ha escrito Ariel Capone (un amigo supertalento) y de que se me pase el tiempo así, a lo tonto.

Me agobio un poco y llamo a Vanessa desde el vestuario para contárselo. Vanessa hoy no va a estar disponible hasta tarde, porque está de curro hasta arriba. Y yo la echo de menos una barbaridad, porque a pesar de tener la capacidad de ponerse como las locas en dos minutos, es al mismo tiempo una tía muy centrada y con una capacidad de decisión admirable. Apenas podemos hablar, porque la pillo entre reuniones, pero me dice que, ante todo, no deje que nada me perturbe el momento tan bueno que estoy pasando, que ella me ve cada día más animado, más gracioso, y me recuerda que he estado en un after y eso solo puede ser una buena señal.

Salgo del gimnasio y me sigo notando un poco ansioso. Pienso un rato en «el difunto» y me da casi dolor de estómago. No es que «el difunto» me lo provoque, es la situación. Ni me apetece repasar ni recordar. Solo quiero guardar lo bueno en el disco duro.

Llego a casa y compruebo con espanto que, o me como dos trapos de cocina o tengo que ir al supermercado, porque, desde que estoy soltero, hay que ver lo que estoy comiendo. Menos mal que con el calorcito de los últimos días me ha dado por la fruta, que me llega a dar por los mazapanes y ya estaría como Antonio Resines, es decir, con mi futuro sentimental reducido a los bares de osos. Y eso ni Paqui la Fandanguilla ni yo lo queremos.

Suena el teléfono justo cuando voy al supermercado cargado de bolsas de esas reciclables (Al Gore, cuánto daño me has hecho), suena el teléfono y es el vecino, que me dice que me invita a tomar un té con hielo en el Starbucks de Fuencarral. Yo le digo que voy con la condición de que me acompañe al supermercado. Él accede.

Y justo ahí se produce el minidesastre. Mientras espero a que el vecino saque los tés del bar, aparecen en la misma terraza «el difunto» y su hermana (una tía maravillosa a la que tengo un cariño enorme). Y claro, la situación es de un incómodo que asusta, al menos para mí. El vecino me rescata de la conversación y, claro, tengo que explicar quién es el otro, y entonces comenzamos una conversación sobre los ex de camino al súper. El vecino nuevo (y guapo) es listo y él solito se da cuenta de que lo mejor que puede hacer es sacarme de esa terraza en menos de lo que Malena Gracia te hace un *Interviú*. No quiero que nadie piense que me llevo mal con «el difunto». No lo he dicho nunca, pero es un tipo encantador. No era para mí, pero es alguien que se merece toda la felicidad del mundo y me siento orgulloso del tiempo que pasamos. Eso de poner verde a los ex siempre me ha parecido un horror. Tengo dos ex parejas y ambos dos son hoy grandes amigos. Si he pasado una parte de mi vida con ellos, digo yo que sería porque me parecen grandes personas... no voy ahora a ponerles verdes.

Mientras hablo con el vecino, estoy como un muelle porque estoy esperando a que me diga lo que me tiene que decir. Y tengo la sensación de que no me va a hacer mucha gracia. No sé por qué, pero tengo esa sensación. Y cuando ya (hasta los belfos de esperar) le digo que me cuente, él me dice que había pensado en invitarme a cenar y así charlar «con calma». ¿Con calma? Claro, yo le digo que no hay problema, pero por dentro que sepan que estoy como cuando Rosa de España fue a Eurovisión. Es decir, empezando a marearme y sin saber muy bien cómo mover los brazos y las piernas a la vez.

Ya de vuelta a casa me digo a mí mismo que hay que tener tranquilidad, y que lo mismo el vecino lo que quiere es que le aconseje sobre gimnasios o supermercados ecológicos. Porque el vecino es un hombre muy de ahora, que come comida orgánica y recicla. Como lo oyen, el tío además recicla. Tiene 40 tacos, un buen curro y se le ve muy independiente y muy de solucionarse la vida sin problemas.

Me intento concentrar en cosas de trabajo con el equipo de producción y pongo, con bastante esfuerzo, el proyecto en marcha. No me gusta nada estar disperso cuando curro. Un proyecto artístico exige una concentración enorme desde el primer minuto, porque se trata de establecer unas bases que eviten futuros obstáculos.

Pongo Tele 5 y me encuentro a una que era peluquera de Rocío Jurado a lágrima viva porque resulta que a su hija le van a joder una exclusiva porque se ha casado preñada y alguien va a filtrar las fotos. Por unos instantes me relajé pensando que, si algún día me caso embarazado, esto no me va a pasar a mí, aunque nunca se sabe.

Me cuentan en un mail que hoy acaba de salir a la venta en formato digital la nueva canción que he compuesto y producido para Lanka. Estoy acojonado y tengo pánico escénico. Vamos, lo que me faltaba hoy. Y Sam, que está muy pitoniso últimamente, ha decidido que hoy ni me pide jamón de york, ni latita, ni nada, que por lo visto me ve muy efervescente.

A pesar de que esta mañana he currado en el gimnasio con Chris de maravilla, me da un «parraque» y decido que el agotamiento físico es lo mejor y, por lo tanto, me casco el disco nuevo de Britney Spears a toda leche (pobres mis vecinos) y me pongo a hacer flexiones y dominadas. Hasta que me duelen tanto los brazos que pienso que la masturbación ahora mismo no es una opción, que lo mismo me desencajo una clavícula y no quiero ir escayolado a la cena.

Llega un sms del vecino, que me dice que me recoge en una hora en mi portal, que está justo enfrente del suyo. ¿Pánico? Que va. Estoy ahora mismo como un concursante de *El juego de tu vida* cuando le preguntaron si se masturbaba en la caseta del perro mientras pensaba en travestis. Resumiendo, estoy nerviosito.

Ducha, crema, afeitado, camisa de rayas. Limpieza de dientes (no vaya a ser que me caiga otro beso) y a la calle. Y ya no estoy nervioso... estoy directamente atacado.

Nos vamos andando hasta la plaza de Santa Ana, donde ha reservado mesa. Hablamos de tonterías varias hasta que llega el postre y me dice que tiene que hablarme de varias cosas, entre ellas de su trabajo. Desde que no se puede fumar en los restaurantes, esto es una putada muy gorda. Gordísima.

Me cuenta que está metido en un proyecto de moda bastante grande y que por eso va a tener que marcharse mañana mismo una temporada corta de Madrid. Y cuando lo escucho se me encoge un poco el estómago, porque me estaba acostumbrando al té verde, al beso en el portal y a las palomitas en el cine.

Yo le pregunto que eso qué tiene que ver conmigo exactamente. Entonces él me empieza a contar que lleva casi dos semanas viéndome casi a diario y que le gusta mucho lo que ve. Me dice que le parezco una persona diferente porque jamás le he dicho que quiero que nos acostemos sabiendo que podría ser muy fácil. Me dice que sabe perfectamente que conmigo todo tiene que ir muy lento. Me cuenta que le gusta hasta la manera en la que ando y que siempre he sido correcto y educado con él. No entiendo que le guste la manera en la que ando, siempre he pensado que soy un poco pato.

Por supuesto, yo escucho callado a cuadros.

Me sigue diciendo que a él le gustaría que esto avanzara un poco más y que, como se tiene que ir una temporada, pues que a ver si me parece bien y me lo pienso y que cuando vuelva, pues que le cuente lo que he decidido. Todo esto me lo ha dicho sin apartar un segundo sus ojos de los míos, y ahora sí que tengo el estómago del

revés. Porque cuando el vecino me habla, no me aparta la mirada ni un segundo. Es más, hasta consigue que yo baje la mirada, cosa que no es frecuente.

Yo le digo que pasa lo que pasa y que estoy dispuesto a pensármelo exactamente por las mismas razones que él. También le digo que estoy hecho un lío y que me da mucho vértigo y mucho miedo todo ahora mismo. Él me escucha atento y me dice que el miedo es bueno cuando te mueve y se convierte en un desafío. Pero yo creo que el miedo a «algo más» me tiene paralizado. Él no presiona en absoluto y soy yo el que le digo que a ver si, aunque esté lejos, podemos llamarnos por teléfono, o mandarnos mails o lo que sea. Porque el vecino no tiene ni Facebook ni Twitter. Él me dice que por supuesto que sí, que faltaría más.

Volvemos a casa y, cuando nos vamos a despedir, me vuelve a dar un beso, y esta vez dura más que el primero. No sé qué decir. No tengo ni idea de lo que tengo que decir. El vecino se va mañana y esta es la última vez que le veo en no sé cuánto. No me ha querido decir cuánto tiempo va a estar fuera. Solo me ha dicho la palabra «semanas».

Me voy a la cama e intento dormir, pero me cuesta una barbaridad. Sam se me pone al lado a pesar de que cuando hace calor le gusta dormir solo. La última vez que miro el reloj son las cuatro y cuarto de la madrugada. Mañana será otro día.

Estoy hecho un lío...

QUINCE

He dormido fatal, me he levantado fatal y me encuentro abotargado. Me he despertado y he visto que el vecino nuevo (y guapo) me había mandado un sms en el que me daba los buenos días desde el aeropuerto y me decía que si podía me daba un toque a la noche cuando aterrizase. Y es que se va muy lejos.

No me he levantado de buen humor, porque pienso que las cosas son a veces demasiado complicadas. Sam me da cariños mientras me tomo el café en el suelo de la cocina. Y miro el café y pienso en el té verde del vecino. Parece que, cuando tenemos una cosa al alcance de la mano, no la valoramos mucho, pero en cuanto se nos escapa, pues la historia cambia. Y le digo a Sam que eso es un error que todos cometemos a veces. Él tuvo una temporada que se ponía ciego de latitas, y al final ni les hacía caso. Hasta que dejé de dárselas...

Me llama por teléfono un amigo que trabaja en la tele y que es famoso y por eso no puedo decir su nombre (porque me arrancarían los huevos), y me dice que hace mucho que no nos vemos y que qué vergüenza más grande enterarse por el blog de que soy un hombre soltero. Yo le digo que me enteré del embarazo de Mar Flores por el ¡*Hola!* y que tampoco le monté un pollo.

Llego al gimnasio con tal cara de dormido que Chris me dice que a ver si estoy seguro de que quiero entrenar. Yo le digo que sí, que estoy de un humor raruno y que me hace falta echarlo todo fuera. A Chris le extraña que no me haya acostado con el vecino. A Chris y a todo el mundo. A mí no. La verdad es que no. Porque el sexo, o la pasión o lo que sea, termina confundiendo las cosas y liándolo todo. Y eso no me conviene un pelo ahora mismo. Claro que me hubiese gustado, pero es que, si hago todo lo que me gusta, Nena Daconte, por ejemplo, no tendría una carrera musical porque ya le hubiera arrancado las cuerdas vocales con mis propias manos. Es un decir.

Luego me tomo un café con Vanessa, que se queda un poco a cuadros cuando le cuento la historia, porque ella daba por hecho que la relación se había «consumado». Pero es que le cuento que las cosas no tienen por qué ser así necesariamente. Igual el truco, vaya usted a saber, es conocer muchísimo a alguien antes de dar un paso. Lo mismo suena antiguo, pero desde luego que es una opción.

Ahora mismo me parece una opción mucho más razonable. El sexo por el sexo es una cosa que está fenomenal, pero yo ya he cumplido mi parte de eso hace unas semanas y estoy satisfecho.

No quiero caer en esa cosa de te conozco, te pego tres polvos, me enamoro y nos vamos a vivir juntos. De verdad que no tengo la edad ni la paciencia necesaria para eso. Cuando se comparte la vida con alguien, se comparte con una PERSONA. ¿Cómo coño te vas a vivir con alguien al que conoces de hace tres días? Y bueno, si

esto lo haces con 20 años, pues vale, pero cuando ya sabes cómo está el patio es como para estamparte vivo.

Tengo una reunión telefónica que no se acaba nunca acerca de dos proyectos (uno literario, otro discográfico) que no me terminan de convencer. Al otro lado de la línea me dicen que el resultado puede ser muy bueno si me involucro, pero creo que hoy no era el día de las involucraciones.

Como en casa viendo las noticias y, como siempre, Tele 5 viene a rescatarme de un momento chungo. Porque, en menos de cinco minutos, en el programa *Sálvame* están llamando literalmente «ratera» y «golfa» a María José Campanario por no sé qué de un juicio y unas pensiones. Y lo de Tele 5 empieza a ser muy gratificante porque, por mucho bajón que uno tenga, sus vidas siempre serán mucho peores que la mía, incluso por exigencias del guión.

Por la tarde me paso por Kiehl's, donde tengo una reunión con el equipo de Janneth para aprobar el diseño de la invitación de nuestra próxima fiesta. La verdad es que la invitación es perfecta y no tengo nada que decir. Es un gusto enorme cuando la gente trabaja bien.

Saco a Janneth a tomar un café en un bar en el que cené con el vecino (sí, me acuerdo del vecino) y le cuento que esta misma mañana he respondido a un mail que me llegó la semana pasada y que no sabía cómo responder. Era el mail de alguien a quien quiero una barbaridad y que, por cosas que pasan, dejé de tener en mi vida. Hablo de un amigo, del mejor amigo. Todos los días le he echado de menos. Y precisamente por eso le he contestado que yo le sigo queriendo una barbaridad y que solo necesito un tiempecillo para poner mi vida en un sitio en el que pueda sentarme enfrente de él y hablemos de lo que haya que hablar. Contestar este mail me ha costado una barbaridad, pero Janneth (que conoce la historia) me dice que he hecho muy bien en contestarlo. Y es que Janneth es una buena amiga y una buena persona. Ella cree en la Cábala y todos los meses me ata una cinta roja alrededor de la muñeca mientras reza algo para que yo tenga felicidad. No tengo ni idea de qué es la Cábala, pero sé que la energía de Janneth siempre está conmigo.

Y mientras tanto, en Tele 5, una que peinaba a Rocío Jurado sigue aterrada de que le revienten la exclusiva de la boda de una hija que tiene y que es cantante pero se ha casado preñada. ¿Problemas yo? Nah...

Luego decido buscar una tienda por el barrio donde tengan comida un poco sana. Y esto sí que tengo que reconocer que es influencia directa del vecino que lo come todo (es un decir) orgánico y así. Me vuelvo a casa con leche de soja, tortitas de maíz y una cosa que sabe a queso pero que por lo visto no es queso. Grandioso.

Salgo del estanco y me encuentro a un señor que podría ser campeón de lanzamiento de jabalina pero que sin embargo es muy inteligente y trabaja de consultor y que me quería llevar al cine a ver *Scream 4*, la película que más me ha

apetecido ver en mucho tiempo. Ya que estamos ahí, me invita a una cerveza (cerveza él, yo té verde), y paso un rato la mar de entretenido hablando de películas de terror, de lo caro que está todo y de que ninguno de los dos entendemos a Paz Padilla cuando habla. Nos reímos mucho de la peña que pasa por la calle Fuencarral, porque hay algunos cuadros de comedor que son un sofoco. Mientras me habla, caigo en la cuenta de que el consultor es la primera persona pelirroja que he visto que me hace gracia. Pero luego me dice que a ver si quiero picar algo para cenar y le digo que no es el día, que tengo curro atrasado. El chico se lo toma fenomenal y me dice que a ver si el fin de semana nos tomamos unas cañas. Yo le digo que me llame y ya vemos.

Y se me ha olvidado comprar lechuga. Por lo tanto, me bajo a un nuevo supermercado que ha abierto en la calle Augusto Figueroa, que es donde compra ahora mismo todo el *who's who* del centro de Madrid. Y allí mismo me encuentro a Lanka (el cantante con el que estoy trabajando en su segundo single) y su mánager, que lleva los brazos llenos de paquetes de brócoli. Y allí, junto a las ensaladas, nos ponemos a hablar de curro, de que hay que ponerse gracioso para el verano y de que el jueves que viene tenemos una reunión a las cuatro de la tarde. Y menos mal que me lo recuerdan, porque se me va la olla. Y de camino a casa me acuerdo de unas gotas que tomaba mi abuela y que la ponían en su sitio de golpe y la tía se acordaba hasta del nombre de los invitados a su Primera Comunión. Me hago una nota mental para llamar a mi madre y que me diga si se acuerda del nombre de la pócima.

Y es mi madre la que llama para decirme que se ha pasado el día sola con mi padre en una playa de diez kilómetros y que me echa de menos y que hay que ver lo bien que estaría yo allí poniéndome moreno. Por supuesto, le aviso del problema de cáncer de piel y también le digo que, más que un bronceado, me hace falta un cerebro nuevo y un suministro de latitas para su nieto Sam.

Llego a casa, le pongo pienso a Sam y me doy una ducha, y justo al salir me suena el teléfono con un número desconocido. Es el vecino. Y antes de preguntarme qué tal estoy me dice que a ver si sé de alguna web donde pueda ver el partido de fútbol entre el Barcelona y unos ucranianos. Yo le pregunto que a ver si es broma y él me dice que no. Que él es del Real Madrid a muerte y que disfruta cuando pierde el Barça. No sé si reírme o llorar, y por lo tanto me quedo callado.

Nos pasamos un rato hablando de los aeropuertos, de la cantidad enorme de azafatos homosexuales y del calor insoportable que hace donde él está. Me pregunta que a ver cómo está el barrio. Y yo le digo que pues como siempre, con esta mezcla de modernas de pueblo, culturistas anabolizados y gays con chihuahua (es el perro tendencia ahora mismo). Y luego me pregunta que «cómo está el barrio sin él». Y yo le digo que un poco raro y que he estado en una tienda donde vendían lechugas orgánicas. Me dice que eso está fenomenal y se ríe mucho cuando le digo que hacerse un descafeinado con leche de soja es una desgracia muy grande y que mañana mismo

me bajo al chino y me vuelvo a la leche desnatada. Me manda un beso de buenas noches «muy grande» y me dice que mañana me manda mails o algo, que seguro que se va a aburrir en las reuniones.

La verdad es que me quedo raro. Me gusta mucho hablar con él y cuando cuelgo el teléfono me doy cuenta de que es diferente si no me mira a los ojos. Para no pensar, me pongo la película de la Duquesa de Alba (que es lo más punki que he visto en mi vida) y me doy cuenta de que ella también ha tenido una vida supercomplicada a pesar de ser tan rica y tener el mismo pelo que Krusty, el de *Los Simpsons*.

El vecino me manda un sms: «Estarás contento. El Barça acaba de meter un gol». Le contesto: «Feliz como un cerdo en un charco». Luego él me contesta: «La leche de soja te sienta fatal». Y yo le contesto: «Me he tomado un té verde y me he acordado de ti. Buenas noches». Y ya no me responde. Y menos mal, que no saben qué fatiga me dan los sms.

Mientras me cepillo los dientes me llega un mensaje del consultor: «De verdad me caes bien y sería un gusto ver *Scream 4* contigo». No contesto al sms. Casi me trago el Listerine y me da terror que lo mismo se me queda la voz de Carmen Lomana si lo bebo. Me voy a dormir a la cama, que ya paso del sofá.

Me he quedado dormido pensando en el té verde y en si voy a ir a ver *Scream 4* solo o acompañado.

DIECISÉIS

He tenido el peor despertar posible de todos. Tengo una contractura en el hombro que me suele dar problemas de vez en cuando y hoy me he levantado con un dolor enorme que me llega al cuello. Me levanto de un rígido que pienso que estoy empatizando con los andares de la Duquesa de Alba después de haber visto su *tv-movie*...

Me hago un descafeinado (sigo empeñado en dejar la cafeína como sea) y me siento en el suelo de la cocina. Me da un pinchazo tan grande que me acuerdo de toda la discografía de Merche de golpe. Cuando consigo levantarme le mando un mensaje a Chris y le digo que no puedo entrenar porque la contractura me está matando. Él me contesta superrápido y me dice que él está también como los zorros y que entonces hoy descansamos.

Me voy a la ducha y me pongo un buen rato debajo del chorro de agua caliente, a ver si la cosa se alivia un poco, que no me apetece nada volver al fisio y a los antiinflamatorios. Oigo que suena el teléfono, pero pienso que ya lo cogeré luego. Salgo de la ducha y veo que tengo dos llamadas perdidas: una de mi representante (Carmen) y otra de Vanessa, que me dice que tenemos que quedar ya para escribir la crónica del *¡Hola!*, que hoy sale la «Cholo Boda» en portada. Y es que se ha casado una sobrina de Rocío Jurado y aquello va a ser un «me enveneno de oros».

De camino a ver a Vanessa, me pongo al día con Carmen de asuntos de trabajo y nos cuadramos fechas para una reunión que tenemos pendiente con una productora y una agencia de social media para después de Semana Santa. Carmen, que es la primera vez que sale en estas crónicas, es una pieza fundamental en mi trabajo. Es más una amiga que una representante, es una mujer a la que admiro por su inteligencia, por su generosidad con todo lo que le rodea y porque siempre que me llama por teléfono me dice «mi vidaaaaaaaaa» y «te quierooooooo» con una alegría que ella en sí misma es el Carnaval de Cádiz. Además de todo esto, Carmen es un pibón como para caerse de espaldas.

Llego antes que Vanessa a la cafetería y un camarero que me hace ojitos (estoy que no paro... cuanto menos quieres, más te dan) me trae el café (el único que tomo al día) y me dice que si quiero comer algo. Yo le digo que sí, que quiero dos sándwiches mixtos y una napolitana de chocolate. Me mira raro pero me lo trae todo enseguida. Y llega Vanessa hecha una explosión de primavera con el *¡Hola!* bajo el brazo y un escote por el que se podrían derrocar gobiernos.

Hablamos de muchas cosas. Me pregunta si echo de menos al vecino, y yo, en lugar de contestarle, le cuento lo del pelirrojo que me quiere llevar al cine. Ella insiste en lo del vecino y me dice que me ve un poco plof y que debería hacerme una mascarilla o algo así. Luego nos morimos de la risa con las fotos de la «Cholo Boda»

y hablamos de problemas de colegios, maestros, tatuajes en las muñecas y aceite de oliva orgánico. Exactamente por ese orden. Vanessa está enamorada y es una maravilla ver el proceso desde fuera. Quizá hay quien piense que se actúa de manera ilógica, pero me da mucha envidia (de la sana) porque últimamente lo tengo todo bajo control y a veces echo de menos que se me vaya la pinza. Todo está muy bien, pero tengo poco sitio para la emoción y el despiporre.

De vuelta a casa caigo en la cuenta de que no había mirado los mensajes de teléfono y veo que tengo dos. Uno es del vecino, que me cuenta que se acaba de levantar y que está viendo un amanecer tremendo y que si quiero vaya, que me invita a un té verde. Le contesto que no se emocione tanto, que el Barça ha ganado y va a volver a ganar al Madrid el próximo sábado. Él me contesta con un «¿Es esta nuestra primera discusión?» y yo, la verdad, me descojono.

El otro mensaje es del consultor pelirrojo, que me da los buenos días, que me manda «un abrazote» y que me dice que a última hora estará por mi barrio y que lo mismo le da tiempo a una «caña rápida». Le digo que me llame cuando llegue al barrio y que le cuento si estoy libre.

Me pongo ante el ordenador enfrentado al libro nuevo. Aunque en realidad son dos libros y muy distintos entre sí. Especialmente tengo predilección por uno, pero quiero contar una historia que no conozco demasiado y estoy agarrotado. Escribo dos páginas del asesino (en este libro hay muertes) y una me gusta mucho, pero la otra me parece un verdadero espanto. Y es que este libro en concreto no tiene nada de humor, y a la vez que escribo me entra la duda de si a la gente le gustaría leer algo serio y diferente a lo que he escrito hasta ahora.

Más tarde en la calle me encuentro con el mejor amigo de mi vecino, que resulta que es amigo de una de mis mejores amigas, y quedamos que lo mismo a la noche igual cenamos los tres. El mundo es realmente pequeño a veces. Y decido llamar a esta amiga en común para ver si me puede recomendar un supermercado chulo donde vendan comida sana, que entre mi madre y los anuncios del Danacol estoy empezando a tener un terror absoluto al mundo del colesterol. Y yo no tengo el horno para accidentes cardiovasculares. Ni de coña.

Pánico nuclear: el señor del rugby me informa en un mensaje que dentro de poco vuelve a Madrid y que me tiene que decir unas cosas «a la cara». Inmediatamente me visualizo en un aeropuerto rumbo a Uganda con peluca y bigote postizo como cuando a Andrés Pajares le dio un jamacuco gigante y amenazó con una pistola de plástico a un ficus y a una secretaria. Las cosas, que se las diga el del rugby a la cara a su madre. No tengo que hablar nada con este señor y no me da la gana. Es más, me pongo un poco de mala hostia porque no entiendo cómo sigue escribiendo después de no haber contestado a sus últimos veinte mensajes. Veinte.

Por la tarde tengo que echar una mano a una amiga a la que le llega un

cargamento de cosas y debe subirlas a casa.

Con el estado en el que está la contractura de mi hombro, peor *timing* no se puede tener. Pero por una amiga, si hay que romperse una clavícula, uno se la rompe. Por un novio no, pero por una amiga sí.

Ya hay gente que ha escuchado la canción nueva que he escrito y producido. Es aquella canción que hace días les conté que me «hacía un poco de daño» escuchar. Me la he vuelto a poner y ya apenas me hace daño. Es más, esta mañana me he comprado en iTunes el nuevo single de Robyn y lo he escuchado tranquilamente. No me ha molestado nada de nada. Y como siempre pasa con Robyn, es un temazo. La canción se llama «Call Your Girlfriend» y la letra es peliaguda, pero como es tan moderna, tan electro y tan de todo, pues listo.

El vecino me llama por teléfono y me dice que tanto calor le agobia. Yo le digo que hace un día espectacular y que debería ver el reportaje de la «Cholo Boda». Me dice que ya ha encontrado una manera de ver el sábado el partido Madrid-Barça y que podemos hablar por teléfono mientras lo den para discutir. Me dice que a ver si tengo ganas de verle y le digo que sí, que Vanessa no puede con el té verde y que no es lo mismo. También le digo que un chico me ha invitado al cine. Él me pregunta que qué voy a hacer y le digo que no lo sé. Me pregunta si me gusta el chico y yo le digo que es guapo. Me dice que «vale» y que me llama a la noche si me parece bien. Uf.

Me adentro en el mundo del supermercado ecológico con mi amigo José, que se ríe mucho viéndome ahogarme entre hamburguesas de tofu, leche de avena ecológica y siete mil clases diferentes de inciensos. Me compro tortitas de arroz con chocolate ecológico, azúcar moreno de caña y varias cosas más. Y es que ahora cualquier motivación es buena. Si como bien y consigo alejarme de los McDonald's una temporada, pues lo mismo me quedo con tipazo y no tengo los terrores del colesterol rondándome.

A última hora de la tarde me llama mi amigo Gus (yo soy la moda) y quedamos para tomarnos una cerveza (él) y un descafeinado (yo) en una terraza que los del Hotel Óscar han puesto en la plaza Vázquez de Mella. Hablamos de muchas cosas, pero sobre todo de trabajo. Y en ese momento le comento algo que no le he comentado a nadie. El vecino nuevo (y guapo) tiene una cosa que no me gusta. No es cuestión de contarlo. Es simplemente una cosa que quizá podría ser incompatible con mi vida y que a la larga, si yo al final decidiese dar un paso más, me podría hacer infeliz. Gus, que es como para comérselo de buena persona, me dice que al final lo del amor es todo cuestión de tolerancia y de aceptación. Y sé que tiene razón, pero es que me resulta muy difícil ahora mismo esto de la tolerancia.

Estar soltero es, al final del todo, un estado buenísimo porque se aprenden un montón de cosas. Estoy cada día más a gusto conmigo mismo (lo cual ya es un triunfo) y me mantengo muy entretenido entre la ecología gastronómica, el trabajo y

mis amigos. Ahora mismo ya ni siquiera me da vértigo el fin de semana. Lo único que me preocupa, sinceramente, es que arranquen dos proyectos que tengo pendientes y sí, me preocupa lo del vecino porque, aunque no se lo digo, un poco sí que se le echa de menos en el barrio y siempre que paso por su portal (que está enfrente del mío) me acuerdo de los besos.

Y ya, para liarlo todo más, me encuentro con el vecino bombero. Yo le saludo desde lejos y él se acerca para darme dos besos (joder, cómo le pincha la barba), contarme que ha estado de vacaciones en la playa y que a ver si nos tomamos algo ya de una vez. Me da un poco la risa floja y le digo que voy con prisa.

El armario pelirrojo me manda un sms y me dice que al final no puede pasarse por el barrio esta noche porque está de trabajo hasta arriba. Se disculpa y me dice que tiene muy claro que quiere tomar algo conmigo. Para mí casi mejor, porque estoy raro. No dejo de dar vueltas a esa cosa que me distancia mucho del vecino y que, desde que he hablado con Gus, no me quito de la cabeza.

De camino a casa me encuentro con unos amigos y nos tomamos algo. Desde que ha llegado el buen tiempo, hay que ver lo que nos gusta una calle, una terraza y un criticar. Pero la cosa se interrumpe porque me llega un mensaje del vecino, que me dice que a ver si está bien que me llame en veinte minutos.

Hablo con el vecino, que sigue teniendo muchísimo calor todo el rato, y la conversación es un poco difusa porque no se me va de la cabeza esa cosa que nos separa. Él se da un poco de cuenta y llega a preguntarme si estoy ocupado. Le digo que no y también le cuento que al salir del supermercado ecológico casi me atropella un autobús que estaba empapelado con pósteres de *Scream 4* y me ha hecho una ilusión enorme. Lo de la película, no que me atropellen. El vecino me pregunta por Sam (porque un día subió a casa a que le prestara un colador de pasta y se conocieron), y yo le digo que está siendo un hijo admirable. Él me dice que con un padre como yo él también se portaría bien y se pondría panza arriba para que le rasquen. Y yo con el runrún de lo otro en la cabeza. Pero vamos, saco en claro que este sábado me toca ver el partido Madrid-Barça para discutir con él y, por supuesto, para ver cómo gana el Barça. A Guardiola que no me lo toquen, que la tenemos.

Me piro a dormir y el hombro ya me duele un poco menos. En general casi todo me duele un poco menos. Me llevo la tele al dormitorio y veo que en *Enemigos íntimos* una señora que se llama Marlene Morreau y que no tiene pinta de ser Fiscal del Estado tiene un pollo terrible con otra que dicen que es «madame de alto standing», vamos, jefa de un grupo de putas. Decididamente, Tele 5 parece destinada a que yo me sienta la persona más aburrida del mundo.

No tengo ni idea de lo que va a pasar el fin de semana, porque por primera vez en mucho tiempo no tengo planes. Sea lo que sea, me lo voy a pasar bien o, por lo menos, no pienso pasarlo mal. Ni un solo minuto. Porque yo lo valgo, hombre ya.

Me duermo abrazado a una almohada.
Nos vemos el lunes.

DIECISIETE

Y así ha sido el fin de semana.

VIERNES

No voy a ir a ver *Scream 4* con el armario pelirrojo. ¿El motivo? Pues que la distribuidora española de la película me invita al exclusivo pase de prensa que se celebra este mismo viernes a las 12 del mediodía. Los gritos de alegría que doy se oyen en todo el barrio.

Antes de ir al cine tengo que pasar por el banco, y compruebo que se me está yendo la mano con los gastos. Y es que, claro, al estar soltero uno de repente tiene una vida social de lo más intensa y no para de comer y cenar fuera de casa. Y no, ya saben ustedes que he abandonado los McDonald's. De hecho, llevo una semana sin probar bebidas con gas (el champán no cuenta, por supuesto), que he leído en algún sitio que son lo peor.

Ni se imaginan ustedes lo que me gusta la película. Miren que iba pensando que iba a ser un cuadro, pero supera todas mis expectativas y me hace olvidarme de los extractos de la visa. Después como en Bazaar con unos amigos y, claro, me acuerdo del vecino porque la primera noche le llevé a cenar allí. Luego ayudo a una amiga a llevar varias maletas de ropa (se ha mudado a la plaza de Chueca) y ella, que además de guapa es agradecida, me regala una camiseta con escotazo. Fíjate.

Por la tarde llega el drama en forma de sms. El consultor pelirrojo me manda un mensaje en el que me dice que ya solo falta una semana para el estreno de *Scream 4*. Muérete. Se me había ido de la cabeza totalmente. No sé qué responderle sin parecer un cerdo egoísta con el interés que tiene el chico. Creo que lo mejor es mentirle piadosamente y el viernes que viene ir al cine con él. Se me amontona todo ahora mismo.

En casa me echo una siesta y me doy cuenta de que me falta algo cuando me despierto, pero no sé qué es. Por lo tanto, me hago dos sándwiches de paté, me como unas fresas y un poco de piña, que la piña es buenísima para todo.

Me mandan la nueva canción de Lady Gaga y me parece un horror. Escribo la crítica y la llamo de todo menos delgada.

El consultor pelirrojo me llama para decirme a ver si quiero cenar con él. Le digo (mentira cochina) que ya tenía planes y que lo siento mucho. Noto en la voz que se queda un poco decepcionado y me siento un poco mal. El tío se lo está currando. Otra vez el *timing* de las narices.

La verdad es que iba a salir a cenar con un amigo y una amiga, pero al final no puede ser. El día lo termino viendo el calvario televisado de María José Campanario. Me quedo dormido entre gritos de «choriza» y «lagarta». Señor, qué plan.

Me despierto a mitad de la noche para ir al WC y caigo en la cuenta de qué era

«eso» que me faltaba: hoy no he hablado con mi vecino.

Me vuelvo a la cama.

SÁBADO

Por la mañana voy a ver a un amigo que es el director creativo de una firma de moda que tendrá su debut oficial en el verano del 2012. He tenido el honor de ver lo que será la primera colección y me he quedado muy impresionado. Por supuesto, me lo he probado todo. Y es que es un lujo estar rodeado de personas creativas y mentalmente estimulantes. Es un lujo necesario, al menos para mí. En la vida no todo debe girar en torno al amor. La amistad siempre ha sido un puntal esencial en mi vida. Una vez oí que «los novios pasan, pero los amigos se quedan», y estoy más convencido de ello que nunca.

Al salir del despacho de mi amigo voy andando hasta la Glorieta de Quevedo para ir al supermercado. Este fin de semana me apetece pasarlo tranquilito en casa con Sam.

Además se supone que tengo que ver el partido Madrid-Barça para tener mi primera discusión seria con el vecino. Eso, claro está, si el vecino me llama.

Justo cuando estoy pagando en la caja del súper me suena el teléfono y resulta que es el consultor pelirrojo, que me informa de que está exactamente a unos 20 metros de mí. Por supuesto accedo para tomar un aperitivo con él cargado con las bolsas de la compra y saco la conclusión de que es un tío de puta madre. El tipo está tremendo, se ve que tiene la cabeza perfectamente amueblada y además me hace reír. Un bonus innegable es que tiene un culo (perdonen, pero no soy de piedra) como para ponerle una plaza con una placa en su honor. Me dice que me ayuda a llevar las bolsas a casa y me parece bien.

Llegamos al portal y, cuando me voy a despedir, me doy cuenta de que me quiere dar un beso. No sé qué mierda me pasa últimamente con los portales, que parezco Hannah Montana escondiéndome de mis padres para darlo todo. Es una situación incómoda y giro la cara cuando me va a dar el beso. Giro la cara porque desde donde estoy tengo enfrente el portal de mi vecino nuevo y me siento incómodo. Y por alguna razón no puedo. El chico se da cuenta y se despide muy educado. Y se va y yo sé que no creo que le vuelva a ver.

Como en casa pensando que este chico probablemente es buenísimo y es el novio perfecto, pero no es para mí. No tengo ni idea de por qué, pero no es para mí. Me entra un poco de tristeza y un poco de pánico porque pienso que lo mismo me he quedado paralizado sentimentalmente y he perdido la capacidad de ilusionarme. No me gustaría perderla, la verdad, pero ahora tampoco hay mucho más que pueda hacer.

Por la tarde me doy cuenta de que se me ha olvidado comprar plátanos, embutido y limpiacristales. Me bajo a El Corte Inglés y a la vuelta quedo con Vanessa, que, a pesar del calor, sale con chaqueta a la calle. Cuando le pregunto qué por qué va tan

tapada, me dice: «Hijo, es un Chanel y tenía muchas ganas de ponérmelo». Ella es así y yo la quiero así. Nos tomamos un café en la calle Fuencarral y hablamos de las vacaciones, de un viaje que tiene que hacer y ella siempre me pregunta por el vecino nuevo. Vanessa opina que el vecino es exactamente lo que me hace falta: un tipo maduro, con un buen curro, que ya ha vivido lo suficiente y con cara de marido. Ante el terror de verme acorralado por Vanessa, decido que hablemos de las escenas gore de *Scream 4*. Por supuesto, eso le corta el rollo, que ella es muy sensible para las carnicerías.

Me vuelvo a casa y me echo una siesta.

Mi madre me llama desde la playa y me dice que los turistas ya están invadiendo las playas de Huelva. También me cuenta que tiene un nuevo ídolo musical que se llama Juan Santamaría y que está como las locas con un disco que se llama *Las coplas del vaivén*, porque resulta que es un homenaje a Carlos Cano, que es uno de los cantantes favoritos de mi madre. Mientras yo estoy aquí con los calores me alegra mucho escucharle lo feliz que está en Ayamonte, rodeada de gente que la quiere tanto y la trata tan bien. Si ella está feliz, yo más, y encima agradecido a Ayamonte, que a ver si voy más, que no voy nunca.

Suena el teléfono y es el vecino, que me dice que a ver si me bajo un programa que usa todo el mundo y que se llama Skype para que veamos el partido juntos. Por supuesto, no tengo Skype porque siempre he pensado que es una cosa para hacer cibersexo, pero en menos de lo que Paqui la Fandanguilla se arranca las extensiones en directo, ya lo tengo instalado.

Comienza el partido y la situación es raruna. Veo al vecino en camiseta de tirantes y bermudas en la cama de su hotel. Yo voy vestido más decente, pero es una sensación extraña. Charlamos en los intermedios de muchas cosas y me dice que no puede ni soportar las películas de terror (claro, eso le quita como 6 puntos de golpe) pero que le encanta bailar y trabajarse una pista (con esto gana los 6 puntos que había perdido). Me dice que a ver cuándo nos vamos a bailar juntos otra vez, que se lo pasó muy bien en el after conmigo. Miedo me da todo. Y el partido termina con dos penaltis. Uno para el Madrid y otro para el Barça. El vecino tiene el morro torcido porque pensaba que iba a ganar el Madrid, y yo le digo que Mourinho es el colmo del mal karma y que tiene una energía malísima.

A todo esto comienzo a oler como a quemado y me doy cuenta de que se me han achicharrado las palomitas, y hay tanto humo que mi casa parece el plató de aquel programa donde a una mari de Alcorcón la convertían en Shakira mientras Bertín Osborne hacía como que presentaba.

Sigo con el Skype y me doy cuenta de que el vecino tiene tres empujones seguidos (uno detrás de otro) y un culazo que, si fuese cantante, JLo tendría un problema. Perdonen, pero es que ni soy tan bueno todo el rato, ni soy de piedra... y

ya casi no me acuerdo de la última vez.

Cambio a Tele 5 para susto del vecino y le cuento que María Antonia Iglesias la está liando parda. El vecino se ha quitado la camiseta y yo empiezo a hiperventilar. Me acuesto en el sofá con el pijama puesto y me quedo dormido hablando con el vecino por Skype y con las luces dadas. Sam no entiende nada y yo tampoco.

DOMINGO

Visita de «el difunto», que resulta que había olvidado unas cosas en mi casa. La situación, por supuesto, es tensa, a pesar de que los dos nos comportamos como unos señores. Cuando el difunto se lleva lo que se había olvidado hace muchos meses, le cuento a Sam que me siento mucho más tranquilo y que estamos bien. Yo creo que Sam le tenía bastante cariño al difunto y le doy una latita y me siento con él mientras se la come y le cuento que llevamos ya muchos meses viviendo solitos él y yo y que tampoco se va a agarrar un bajón ahora por ser hijo de padre soltero.

Sms del vecino: «A ver si la próxima vez que te veo quedarte dormido es en directo. Por cierto, no roncas».

He quedado con mi amigo José para comer y, claro, el pobre no entiende nada cuando le explico que una de las cosas de quedarte soltero es el marcarte nuevos objetivos y que, por primera vez en mi vida, y aterrado por los anuncios del colesterol de Manolo Escobar, he decidido comer sano y aumentar la cantidad de fruta y verdura. Y es que nadie quiere parecerse a Manolo Escobar, no me jodan.

Le cuento a José lo del consultor pelirrojo y me dice que me comprende. Y me asusto, porque José es la cordura hecha persona y es el hijo que toda madre quiere. José es muy de conseguir objetivos y me dice que el consultor pelirrojo era una distracción en medio del camino. Yo le miro con cara de «tú has fumado algo y no me lo quieres decir», y él me dice que me conoce desde hace muchos años y que me ve de maravilla. Claro, esto me da un poco de terror, que lo mismo cualquier día me doy cuenta de que estoy madurando y entonces sí que me pongo como las Grecas.

Paso la tarde en casa escribiendo mi próximo libro con resultados irregulares. El vecino llama por teléfono y nos pasamos un rato hablando de nuestra adolescencia. Y claro, la risa y el bochorno van a partes iguales, porque yo he tenido una adolescencia que, en palabras de mi madre, «la matanza de Texas a tu lado era un capítulo de Heidi».

Cuelgo el teléfono convencido de que muchas de las cosas que seguimos sin entender tienen una respuesta en la adolescencia. Me paso un buen rato repasando la mía y hay cosas que no me hacen gracia. No siempre he sido el mejor hijo del mundo, por mucho que mi madre diga que llevo diez años que soy el sueño de cualquier madre. No siempre me porté bien con ella y no siempre entendí bien lo que pasaba y por qué pasaba.

Estoy sentado en el suelo de la cocina comiendo fresas y piña y termino la tarde

convencido de que aún me quedan algunas cosas que solucionar conmigo mismo antes de poder compartir cosas con alguien más. Esta semana quiero llamar a mi madre mientras esté en la playa y hablar con ella y decirle cosas que nunca le he dicho. Supongo que es parte del proceso...

Por la noche me vuelvo a encontrar con mi amigo José para ir al cine. Vamos a ver la nueva versión de *Caperucita Roja*. Y sí, esta es otra de las cosas que no consigo explicarme. ¿*Caperucita Roja*? Joder, Abel... estás como para estamparte.

Ha sido un buen fin de semana porque no ha pasado nada de nada. Estoy dejándome llevar por la inercia, que es una cosa que Lydia Lozano ha hecho toda la vida con su peluquera, y si a ella no le va mal, a mí me irá mejor.

DIECIOCHO

Me he despertado con un calentón enorme porque por primera vez en años (creo) he tenido un sueño erótico. Y la cuestión es que tiene que ver con ese sueño recurrente que tengo de que estoy en una playa y llega alguien y resulta que el sol no me deja ver la cara de la persona que tengo al lado... por lo tanto, hago lo que cualquier hombre soltero de mi edad y en mis circunstancias. Es decir, que me dedico al amor propio, aunque se me corta el rollo porque Sam está en una esquina de la cama con cara de «que me pongas el desayuno YA».

Y sentado en el suelo de la cocina me pongo a pensar que lo mismo tengo que volver a intentarlo con las mujeres. Tuve durante tres años una novia y durante los últimos tiempos también he tenido mis rolletes con tías. Mi amigo Nando, sin ir más lejos, me cuenta por teléfono que está encantado porque ha conocido a una tía total y se lo está pasando la mar de bien. Lo mismo es volver a probar, porque es como lo de montar en bicicleta: que una vez que aprendes ya no se olvida.

Sigo ultimando los detalles de la fiesta de aniversario de Kiehl's y espero ansioso que me llegue la prueba final de la invitación. Y cuando llega, pues me encanta y me pongo a trabajar un ratillo para invitar a mis amigos, que siempre se lo pasan pipa entre cremas y gin-tonics.

Luego quedo con Jake, que es el coproductor del segundo tema que he escrito para Lanka, y nos ponemos al día en cuestiones de arreglos, producción y pasta. Jake es un tío con un talento acojonante y trabajar con él siempre es un placer. Hay mucha gente que me dice que debería volver al mundo de la música, pero es que me da una pereza tremenda y solo en ocasiones especiales y cuando el artista me llama mucho la atención estoy dispuesto a hacerlo. Aunque tenga que reconocer que cada vez que vuelvo a entrar en un estudio me siento como en casa...

El vecino nuevo me llama por teléfono y me dice que, cuando vuelva a Madrid, le debería ayudar a encontrar un gimnasio. Yo le digo que encantado. Él me pregunta si entreno solo y le cuento que no, que entreno con Chris, y me dice si existe la posibilidad de entrenar con nosotros, porque como apenas conoce gente en Madrid, pues que le molaría. Yo le digo que se lo voy a preguntar a Chris, pero no creo que haya ningún problema. Le pregunto por su trabajo y me dice que está esperando respuestas a algunas reuniones. También me suelta un puyita cuando me dice que lleva un mes «muy de esperar respuestas». Yo le digo que tengo que salir porque tengo que ir a comprarme un batido de hidratos de carbono...

Mientras escribo en casa una parte de la novela de asesinatos, me doy cuenta de que tengo que escribir un flashback y me hago otro a mí mismo y vuelvo a darle vueltas en la cabeza a lo de la adolescencia. Sigo pensando y estando más que convencido de que ahí, y solo ahí, están muchas de las claves para entender lo que

nos ha pasado cuando hemos crecido. Sigo viendo que tengo que hacer una llamada a mi madre y hablar de muchas cosas.

Y es que, estando soltero, de repente me ha dado por solucionar muchas cosas pendientes que tenía por ahí. Tengo ganas de cerrar algunos capítulos para poder empezar otros nuevos sin tener que mirar atrás. No pienso mirar atrás ni para coger impulso.

Vanessa me dice por el Twitter que está muy liada y que me llama por la tarde. Yo creo que como está superenamorado se le va el santo al cielo con una facilidad pasmosa.

En la calle Fuencarral se me cae el iPod al suelo, y uno que podría ser tronista de *Mujeres y hombres y bíceps berzas* se ofrece a ayudarme. Es verle las cejas depiladas y el cuerpo untado en aceite Johnson y preguntarme que quizá la vida con el físico de Alfredo Landa no es tan mala, después de todo.

Y mientras camino me doy cuenta de que ya hace bastante tiempo que no tengo sexo, con lo que yo soy para esas cosas. Pero la verdad es que no lo echo de menos en absoluto. Y eso que está llegando la primavera y me pongo como los locos con los primeros calores. Pero esta vez no.

El cuerpo no me lo está pidiendo y me da un poco de terror pensando que lo mismo me está llegando la menopausia antes de los cuarenta, pero luego me digo que, si no me apetece, pues no me apetece y no pasa nada. Eso sí, miedo me da el primero que pille después de la abstinencia, que lo voy a dar todo.

Y es que el sexo siempre me ha parecido muy importante, para qué les voy a engañar. Es el complemento perfecto del amor, y con amor es mil veces mejor. El deseo por el deseo está fenomenal para liberar testosterona y quemar grasa, que hay que ver lo que se adelgaza follando, pero ya me resulta un poco aburrido lo del «aquí te pillo, aquí te mato». Últimamente me apetece mucho más la calidad que la cantidad, y me he dicho a mí mismo (y también se lo he dicho a Sam) que la próxima vez que me acueste con alguien va a ser una cosa de mucha calidad. Sam, por supuesto, me mira con cara de «por favor, no los traigas a casa que luego te lías y a ver quién narices me pone la latita».

Y no saben ustedes lo cariñoso que está Sam. Tanto que si fuera un adolescente humano pensaría que me la está liando parda por detrás, porque tanto mimo y tanto buen rollo no es normal en él. Miedo me da salir de casa y volver y encontrármelo todo arañado.

El equipo de *management* de Lanka me llama por teléfono para contarme que Juan Marrero ya ha terminado el videoclip de la primera parte de la canción y que mañana por la tarde habrá un visionado en el estudio de Juan. Por cierto, Juan es un amigo y vecino que es director de videoclips y es un hombre vital, enérgico y que siempre lo tiene todo claro. Tomamos cafés de vez en cuando y nos contamos las

vidas y siempre terminamos riéndonos a mandíbula batiente, que pocas veces me he chocado con una persona tan proactiva para absolutamente todo. Así que mañana me iré encantado a ver qué imágenes ha puesto Juan a mi música.

El vecino me vuelve a llamar (no es que no quiera llamar yo, es que él tiene teléfono de empresa y le sale gratis) y me pregunta por *Scream 4*. Le digo que la vi en el pase de prensa y sorprendentemente se alegra una barbaridad de que me haya gustado. Se alegra demasiado. Y claro, me parece un poco raro y cuando se lo digo me dice que «entonces no vas a ir a verla con el armario pelirrojo ese, ¿no?». Santo Cristo de la Luz. Le digo que hablamos a la noche... y sí, sigo teniendo pendiente una conversación sobre «eso» con él, pero es que no encuentro el momento apropiado.

Como he decidido renovarme por fuera y por dentro, me voy a una tienda donde venden productos para el gimnasio y le cuento al dependiente moderno y con las cejas convenientemente depiladas (¡qué drama, joder!) que necesito algo que me motive y que me dé fuerza. Entonces saca un botecito blanco y me dice que aquello tiene unos polvos que me va a poner la adrenalina rollo como cuando dejas sola a Sonia Monroy en una tienda de tangas. Es decir, que me voy a poner como una moto. Por supuesto, me compro el bote.

Sigo currando un rato por la tarde y me doy cuenta de que aún no he escrito el artículo de este mes para *Oh My God!*, la revista donde escribo la última página todos los meses. Como Lady Gaga está muy de moda porque va a sacar un nuevo disco, le dedico toda la página y la llamo de todo menos «delgada», porque si hay una cosa que me da una pereza suprema en la vida es Lady Gaga. Y sus fans, que son un terror interminable. Por Dios, si es que la chica esta es un travesti con un Casio...

Llamo por teléfono a la revista y le pido cinco mil disculpas a su jefe de redacción, que se llama Víctor y es un tío estupendo, y me dice que no pasa nada, que le encantan mis artículos a pesar de que él se pone loco con Shakira y yo tampoco la soporto. Víctor es un poco fan de Lady Gaga, pero no cuenta demasiado porque es heterosexual y por lo tanto no corre riesgo de terminar con una peluca rubia haciendo un lipdub en una plaza pública.

Me llega un informe del servicio de estadísticas que tengo contratado para controlar el blog, y me informan de que desde que publico estás crónicas el número de visitas ha subido considerablemente. Varios lectores me dicen que esto debería ser un libro, una serie de televisión o un algo, pero vamos, que esto hay que desarrollarlo como sea. Le voy a dar unas vueltas a la cabeza a ver qué se me ocurre.

Mientras estoy en la Gran Vía (hay una cantidad de gente para morir), en el iPod empieza a sonar «Indestructible», de Robyn, y mientras espero al semáforo me doy cuenta de que un pie se me empieza a mover incontrolablemente. Y en ese momento sé que ya me queda muchísimo menos para volver a bailar en un semáforo.

Bien.

Llego al gimnasio acelerado como una ardilla por culpa de los polvos esos que me he comprado y le digo a Chris que lo voy a dar absolutamente todo entrenando el pecho. Chris me dice que le doy miedo del ímpetu, y nos ponemos a comentar el fin de semana. Chris está contento porque ha vivido un momento sexy con su pareja y me pregunta si yo también he tenido un momento sexy. Yo le cuento que he estado como seis horas con el vecino en una videoconferencia. Chris da por hecho que nos hemos hecho un *sexy show* online y yo le aclaro que de eso nada, monada. Entonces Chris me dice que si me falta un hervor, porque a ver cómo soy capaz de pasarme tanto tiempo en una cámara sin enseñarle las tetas al vecino, porque según Chris el vecino se merece eso y mucho más. Yo le explico lo del partido de fútbol, los penaltis y que me he quedado dormido mientras el vecino me veía, y que estoy contento porque, aparentemente, no ronco. Chris, que es chileno y tiene la sangre caliente, me dice que ya vale de tanta poesía y tanto *pretty woman* y a ver si pasamos a la acción de una vez, que me van a salir arrugas de la castidad, que es malísima para todo.

Vuelvo a casa con un acelerón con los polvos esos que cuando les echas agua parece que estás bebiendo Fairy, y me cuesta dormirme una barbaridad. Menos mal que, puntual como un reloj, el vecino nuevo (y guapo) me llama por teléfono y nos pasamos dos horas charlando de tonterías. El vecino me hace reír mucho, porque sabe poner voz de travesti y es una cosa muy sorprendente, porque si ustedes le vieran, jamás lo pensarían. Pero me hace reír mucho. Por supuesto, no encuentro el momento para hablar de «eso» y la cosa comienza a escocerme una barbaridad. Porque depende de «eso» la respuesta que yo podría dar cuando él regrese. Depende muchísimo.

Me cepillo los dientes pensando que de mañana no pasa que hablemos del asunto, e incluso pienso que le voy a decir que ponga la webcam porque hay cosas que hay que decirlas viendo la cara de la otra persona.

Doy mil vueltas en la cama por culpa de los polvos estos y a las tres de la mañana estoy en el suelo de la cocina comiéndome un sándwich de jamón de york y un tazón de cereales light mientras Sam está sentado a mi lado con cara de «que no se le cambie el sueño, por favor».

Creo que me duermo a eso de las cuatro de la mañana y vuelvo a tener el sueño ese de la playa. Y esta vez, aunque sigo sin ver la cara de la persona que está a mi lado, oigo la voz que me dice: «Es todo muy fácil». Y empiezo a intuir...

DIECINUEVE

Por culpa de los malditos polvos esos que me van a poner de un macizo tremendo (es un decir), he dormido como el culo. Hoy me los voy a tomar a las cuatro de la tarde, porque como me vuelva a dar un subidón de hambre y ansiedad como el de ayer soy capaz de enchufar la webcam, de llamar al vecino nuevo (y guapo) y de dejarle con la mandíbula a la altura de los tobillos.

Dormir es fundamental para mirarlo todo con claridad. Y como he dormido mal, me he levantado de un humor de perros, pensando en tres mil cosas a la vez y sin encontrar nada en claro. Está más que visto que la cabeza es una fábrica de problemas, y cada día suspiro más por hacerme mayor y mutar en Paris Hilton, que una vez leí en una entrevista que ella no había vuelto a pensar desde 1993. Y miren ustedes lo bien que le va a la chica que ni baila, ni canta, ni actúa pero factura millones de dólares al año.

La primera sonrisa del día me la arranca mi amigo Dani, que ya está felizmente instalado en Montpellier después de haber vivido muchos años en Fráncfort. Ya sé que es una bobada, pero me alegra mucho que esté un poco más cerca. Dani es una persona que conocí a través del blog y con los años se ha convertido en un amigo casi imprescindible por su generosidad y también (para qué voy a mentir) por un sentido del humor salvaje que nos une mucho. Además, termina todas las frases con la palabra «tía», que empiezo a pensar que es el nuevo «cari».

Para sorpresa mía, me llega un whatsapp a la BlackBerry y es mi amigo Isidro (el policía exótico), que me comunica que está en Madrid porque tiene cita con el dermatólogo y también tiene cita con un señor de metro noventa y cinco que juega al rugby. Por supuesto, es oír la palabra «rugby» y le aviso de todos los males y barbaridades que le pueden suceder, aunque luego me relajó porque hace varios días que no sé nada del señor de rugby casado que mandaba mensajes de amor de manera compulsiva. Isidro me hace reír constantemente y ya se me ha olvidado que me he levantado con un humor de perros. Me pregunta si voy a comer con su jugador de rugby y con él, y le digo que casi mejor que no, que luego me meto en líos.

Curro un rato en casa con lo de la producción de la nueva canción de Lanka (que va a quedar cojonuda), y pienso al mismo tiempo que la música es siempre fundamental para mí. A otros les da por hacerse gogós y a mí por escuchar música constantemente. Me doy cuenta de que hay ciertas canciones que ya forman parte de la banda sonora de mi vida y decido que me voy a hacer una lista para el iPod con esas canciones para evocar ciertos momentos (buenos y malos) y ver qué sensación me provocan ahora al escucharlas.

Por la tarde tengo una reunión en el estudio de Juan Marrero, el director de videoclips más internacional (hablamos de España) que conozco. Como siempre,

nada más llegar todo son abrazos y risas y locura, porque Juan (no me canso de decirlo) es energía y optimismo en vena. Total, que ya me están esperando el artista y su equipo de *management* y le damos al play. El vídeo me gusta mucho porque es raro y refleja perfectamente lo que es Juan como artista visual y Lanka como intérprete. De hecho, estoy feliz como una perdiz porque el estreno absoluto del videoclip tendrá lugar el próximo lunes dentro de esta misma sección para que así ustedes puedan entender más cosas. Y no... la letra que escribí para la canción ya no me hace daño. Nada de nada.

Vuelvo caminando a casa, que así hago cardio, y paro en una tienda de comida orgánica cerca de la plaza Vázquez de Mella para comprar avena (sí, me estoy haciendo adicto al alpiste) y unas tortitas de arroz cubiertas de chocolate que me como con una ansiedad que cualquiera pensaría que soy un exyonqui, que hay que ver lo que les gusta a los exyonquis un dulce. También me paso por una administración de lotería para ver si me ha tocado la primitiva. Y voy pensando en qué haría exactamente si me tocase un millón de euros. Lo primero que me viene a la cabeza es irme al aeropuerto con lo puesto y comprarme un billete para un destino con playa y fuera de España. Cuanto más lejos, mejor. Pero claro, lo chulo del plan ese sería escaparse con alguien, y ahora mismo pues como que la cosa está fatal. La cruda realidad me espera en la administración de lotería, donde me dice que no, que no me ha tocado, y así me ahorro la molestia de buscar un candidato para fugarme. Sería un mentiroso enorme si no dijera que el vecino nuevo (y guapo) me ha venido a la cabeza.

El vecino me manda un sms diciéndome que lleva un día liado y que no sabe si a la noche me va a poder llamar. Yo me quedo entre plof y nervioso porque estaba haciéndome a la idea de que esta noche íbamos a tener la conversación de «eso» y al final lo mismo no puede ser. Le contesto que no pasa nada, que él a su rollo y que ya hablamos cuando pueda. Me contesta que ya le están dando algunas respuestas a sus reuniones y que parece que todo pinta bien. Y yo me alegro. Me encanta que me den buenas noticias, aunque no tengan nada que ver conmigo. Me gusta ver gente feliz a mi alrededor.

Recibo alrededor de 140 mails de fans de Lady Gaga llamándome de todo menos «linsilojan» por la crítica que le he hecho al nuevo single de ese travesti con un Casio. Son casi más malunos que los fans de Mónica Naranjo, y con eso lo digo todo.

Mi amiga Begoña, que es una *trendsetter*, una *it girl* y una aficionada a las hamburguesas de tofu, ha escrito un artículo en su blog diciendo que soy «Bridget Jones con pene». Y claro, me meo de la risa pensando en que, si hicieran una película de esto, lo mismo contratan a Paquirrín (que es muy tendencia y muy *trending topic* ahora mismo) para que haga de mí. Llamo a Begoña y me dice que está enloquecida con la fiesta de Kiehl's y que mañana mismo nos vemos para un café y para hacer

planes.

Empiezo a preparar la bolsa del gimnasio para entrenar con Chris, que me va a dar una paliza con los brazos hoy que me muero. Y es que resulta que Chris y su amigo se van a Bélgica a darlo todo en una fiesta que se llama «La Demence» (al loro con el nombre) y quiere ir hecho un Maciste. A mí me viene bien, porque luego me quedo tan cansado que vuelvo a casa arrastrando los brazos por la calle y no me quedan ganas ni para prepararme la ensalada de lechuga orgánica, tomate orgánico y atún sin aceite que me tomo por las noches. Vamos, un drama.

Llego al gimnasio y aquello está tan lleno de gente que solo faltan unos pódiums para pensar que estoy en una Supermartxé. Total, sudan lo mismo pero por distintas razones. Me lo tomo con calma en el vestuario, porque así la gente se va yendo poco a poco y a Chris le quedan aún diez minutos de cardio, porque estos días está corriendo como si no hubiera un mañana.

Ceno en casa unas hamburguesas de ternera a la plancha con ensalada y pienso que por todo tenemos que pagar un precio en la vida. Si uno quiere tener tipazo, se tiene que pasar los días comiendo cosas que no saben a nada, básicamente. Y es que, como siga comiendo ensaladas a este ritmo, en menos de dos semanas en vez de hablar voy a relinchar.

Y por la noche, por fin, aparece el vecino y yo me armo de valor. Noto que se pone un poco raro cuando le digo que enchufe la webcam, pero la pone. Y entonces hago lo que tengo que hacer: agarrar el toro por los cuernos. Y es que hay que contar las cosas y además decirlas lo más clarito posible. Mientras le estoy contando al vecino lo que pienso sobre esa cosa que podría separarnos muchísimo, me doy cuenta de que el hablar de eso podría suponer que esto que hay entre nosotros se acabe de repente. Y mientras se lo cuento, me da un poco de miedo y me digo a mí mismo que lo mismo me he arrebatado y estoy metiendo la pata porque quizá tenía que haber esperado y decírselo enfrente de un té verde.

El vecino me escucha atento y no dice nada mientras yo hablo. Solo me interrumpe un par de minutos para beberse un té. Yo sigo hablando como un loro y trato de hacerme entender, lo cual no es fácil. Y termino de hablar.

Entonces nos quedamos callados los dos y le digo que a ver qué opina. Y él me mira y me dice que en este tipo de cosas «todo es negociable» y que dos personas cuando quieren estar juntos tienen que aprender a ceder terreno y a negociar «parcelas de libertad» porque, si no, es imposible. Me explica que «eso» de alguna manera siempre va a formar parte de su vida, pero que por supuesto que sería negociable.

Me pregunta que a ver si ya he tomado una decisión y le digo que no. Porque la verdad es que no la he tomado, pero cuando la tome lo quiero hacer con todos los detalles que pueda. No tengo ni idea de si eso me puede ayudar a que mi decisión sea

mejor, pero yo me siento más cómodo y con menos margen de error, lo cual supongo que es una tontería enorme. Respiro un poco aliviado porque el vecino, al menos, es una persona dialogante y que no se cierra en banda a las cosas. Y tengo que reconocer que estoy muy sorprendido y que ya, de golpe, ha ganado 20 puntos.

La conversación sobre «eso» termina ahí y nos ponemos a hablar otra vez de fútbol, porque resulta que el Madrid y el Barça vuelven a jugar este miércoles y me emplaza a una nueva sesión de Skype (bendita tecnología) y me dice que a ver si esta vez tengo cuidado con las palomitas, que la casa me va a terminar oliendo a churrería y eso no es plan. Mientras estoy sentado hablando en el sofá con la cámara puesta, Sam da un bote y se pone a mi lado y el vecino sonrío mucho y me dice que le dé un beso y que haga el favor de darle más latitas. Sorprendentemente, al oír la palabra «latitas», Sam pega dos maullidos como diciendo «esto es un clamor popular, estoy hasta el rabo de pienso». Antes de despedirse, el vecino me pregunta si soy de ese tipo de hombres a los que les gustan las sorpresas. Yo le digo que no y él se descojona. Miedo.

Acabo la charla con el vecino y me siento con Sam en el suelo de la cocina a fumarme un cigarrito y me pongo de fondo un disco de una cantante que se llama Melody Gardot y que siempre tiene un efecto balsámico en mí. Hablo con Sam y le pregunto que a ver qué opina él. Sam se me pega al cuerpo, porque es un friolero, y me mira con cara de «en peores plazas hemos toreado». Miro por la ventana el cachito de cielo y sé que estoy contento. La verdad es que no he tomado ninguna decisión, sobre todo porque me encuentro de maravilla así como estoy, pero, si soy sincero, creo que he dado un paso más hacia el vecino.

Antes de irme a la cama, recibo un mail de un lector del blog que me cuenta que está exactamente en la misma situación que estaba yo hace un tiempo ya, y me dice que leer esto le está ayudando un montón. Y ahí sé que todo, absolutamente todo lo que hacemos, provoca una reacción a nuestro alrededor. El mail que me manda este lector es muy largo y muy detallado, y creo que de alguna manera me está pidiendo consejo. Y no se lo puedo dar y se lo digo. Le cuento que cada día creo menos en las lágrimas y los lutos. Cada día quiero que haya menos espacio en mi vida para cosas que me resten. Seré un nazi de la felicidad y quizá esté huyendo hacia adelante, vaya usted a saber, pero solo quiero cosas que me sumen, cosas que me hagan sentir bien y cosas que me molesten lo justo.

Me acuerdo de una conversación que tuve con mi madre hace unos días mientras nos tomábamos un Martini y ella me decía que tenemos la obligación de ser felices porque «la vida es un ratito» y en cualquier momento todo cambia y no necesariamente a mejor. Ella me dijo que parte de su felicidad consistía en verme feliz a mí y que siempre respetaría que yo persiguiese la felicidad de la manera que fuese. «Si tú eres feliz, yo seré feliz», me dijo. Y las madres siempre tienen razón, por

increíble que parezca. El tiempo me lo ha demostrado muchas veces.

Justo antes de dormir, me entran dos llamadas de curro (a estas horas) y las dos tienen una pinta estupenda. Me meto en la ducha y hago una cosa que escuché en la tele a una vidente. Me pongo un puñado de sal marina en la cabeza, pongo la mente en blanco (o sea, como Paris Hilton) y dejo que me caiga el agua caliente y que la sal se vaya con el agua.

Estoy ya metido en la cama y la BlackBerry me pita diciendo que hay un mensaje. ¿A estas horas? Abro el mensaje y veo que es del señor del rugby. «Estoy en Madrid. Quiero verte».

Y yo que quería tener una noche tranquila.

VEINTE

Miren que yo pensaba que iba a dormir como el culo después de leer el mensaje del pesado del rugby, y no. He dormido fenomenal. Hasta me duele menos la contractura de la espalda. Mientras me desperezo le digo a Sam que me da un poco de miedo salir del portal y encontrarme al señor del rugby. A veces puede sonar sexy lo de tener un *stalker* (en inglés queda más fino), pero luego en la vida real es un coñazo enorme y una cosa incómoda.

Tenía una reunión a primera hora de la mañana pero se cancela, por lo que aprovecho para quedarme en el calorcito de la cama un poco más. Y Sam encantado, que no se imaginan ustedes lo mimoso que está por las mañanas, y cualquier día de estos aprende a hablar para decirme que me quiere porque no ronco.

Me suena el portero automático y es la cartera, que me dice que tengo que bajar a recoger un paquete. Suena sexy. Me pongo un chándal y una chancla y me bajo al portal. Es otro paquete que me manda Jacobo desde Indianápolis y que contiene las siguientes cosas:

—Una gorra (yo colecciono gorras) del equipo local de béisbol de un azul muy chulo.

—Unos *eyepads* para Vanessa. Son una especie de mascarilla para el ojo que, aunque lleves siete días sin dormir subida a un pódium, después de ponértelos parece que estás descansadísimo y que trabajas en un ministerio.

—Un bote de lubricante que ha sacado un actor porno americano cuya textura imita al semen (sí, Jacobo es graciosísimo para sus cosas).

Me quedo mirando al bote y lo primero que hago es comprobar si lo de la textura es real. Y sí, lo es. Sam me mira con cara de a ver si eso es algo de comer y le digo que no, que lo mismo termina con los intestinos sobrehidratados y la liamos. Vuelvo a mirar el bote de lubricante y me pregunto a ver cuándo narices me van a entrar ganas de lubricar a alguien, que parezco una viuda de posguerra últimamente, y Jacobo es del escuadrón de «a follar, a follar, que el mundo se va a acabar».

Por la mañana sigo escribiendo con resultados irregulares, y Sam se sienta en mi regazo mientras escribo y se queda dormido. Y él sí ronca.

Recibo una llamada inesperada y me voy a comer con dos amigos que me cuentan una noticia que me hace feliz.

La noticia afecta al curro de estos dos amigos. Les veo tan contentos y con tantos planes que se me disparan las endorfinas, que es una cosa que supuestamente te pone tan feliz como cuando a Paqui la Fandanguilla (te echo de menos) le confirmaron que sí, que ella tenía un cerebro.

Luego nos vamos a una tienda moderna que se llama Isolee, porque uno de mis amigos me dice que está harto de vestir de negro y de gris y que quiere comprarse

unas zapatillas que le den un toque de color. Veinte minutos después se ha comprado unas Adidas negras, mientras yo hablo con el dependiente, que es un encanto y lleva un tupé espectacular que no puedo dejar de mirar ni un segundo mientras imagino la buena mano que debe tener el chiquillo con el secador.

De allí me marché a Kiehl's para ultimar los detalles de la fiesta del 29. La avalancha de peticiones para asistir a la fiesta ha hecho que la lista se cierre en menos de 24 horas, y me da una pena horrorosa por la gente que quiere ir y no puede por motivos de aforo. Vamos, un putadón, porque va a ser una fiesta espectacular.

En casa enciendo un rato la tele para fumarme un cigarro y, claro, pongo Tele 5, que a estas alturas pienso que debería ser patrocinada por el Gobierno como «subidor de ego oficial». No he visto en mi vida tanta desgracia junta y tan bien contada. Se me queda la boca abierta cuando compruebo que Raquel Bollo se ha hecho una liposucción y las cámaras del programa la entrevistan mientras ella sale de la anestesia. Aunque, claro, si tenemos en cuenta que ella ha vivido mucho con Chiquetete, esto debe de ser pan comido para Raquel. Por cierto... ¿dónde coño está Paqui la Fandanguilla?

Me llega un mensaje del vecino desde ese sitio donde hace un calor aplastante todo el rato y me dice que esta noche tenemos una cita. Como estoy que se me va el santo al cielo y estoy medio drogado porque en la tienda moderna esa he probado como veintisiete colonias distintas que me han dejado el cerebro y los sentidos rollo Paris Hilton versus Paqui la Piraña, le digo que no me entero y él me recuerda que esta noche vuelven a jugar el Madrid y el Barça y que, por lo tanto, nos toca videoconferencia. Y yo sin afeitarme... que estoy de un vago con las rutinas de belleza que el otro día absolutamente dormido me puse en la cara una crema de manos que se había dejado mi madre y que es casi igual que la espuma de afeitarse.

Sigo trabajando en casa hasta que mi amiga Begoña Antón (jefa oficial de las «Malas 2.0»), que es megatrendsetter y mega *it girl*, me dice que está con una amiga que tengo que conocer en un café nuevo que han abierto debajo de casa. No saben ustedes lo cómodo que es vivir en el barrio de moda, que todo quisqui se viene aquí para tomar el café y para hacer los *shoppings*. Mi madre cuando viene ve tanta gente que siempre dice: «Esto parece las fiestas de Bilbao».

En el café me meo de risa con Begoña, que es una mujer impresionante porque hay una parte de su vida que no es nada fácil, pero ella se sobrepone de una manera que es un ejemplo. Ojalá yo siempre pudiera aceptar las cosas de la vida como hace Begoña. Ella y su amiga consiguen que se me vaya la olla y que no me dé cuenta de que se ha puesto a llover a jarros. Y en ese momento Begoña se descojona porque se acuerda de todas las locas de las cofradías que lloran a mares cuando no pueden sacar al Cristo de turno. Es más, Begoña lo remata diciendo que a ella le mola Jesucristo porque es un hombre que nunca se «cruza de brazos». De verdad, me meo.

De ahí me voy al gimnasio, donde me espera Chris para hacer un maratón de bíceps y hombro. Les recuerdo a ustedes que Chris se va a una fiesta de esas de «hombres que bailan y sudan mogollón sin camiseta en bares donde huele a choto» y quiere ponerse como el increíble Hulk. Desde que tomo los polvos estos que saben a Fairy, estoy de un animado que incluso me pienso si a mi edad sería conveniente hacerme un cursillo intensivo de breakdance. Y esto lo pienso porque resulta que he visto en el Facebook (les juro que no les miento) que han abierto una «Escuela de Gogós» en Madrid. Claro, al verlo me ha entrado una risa floja que casi me caigo de la silla. Se lo comento a Chris y me dice que hay que ver lo loca que está la gente y que gogó se nace y no se hace. Yo estoy súper de acuerdo. Para ser gogó hay que saber decir en cada frase las palabras «pelazo», «claaaaro, boba» y «amore» unas siete veces, y eso ahora mismo se me antoja muy complicado. ¿Será «amore» el nuevo «cari»?

Mientras voy a mear, le echo un vistazo a la BlackBerry y veo que tengo siete sms. Uno de ellos del señor del rugby, que me dice: «Estoy aquí». Y yo pienso que es una pena que no esté en Despeñaperros barranco abajo. Por supuesto, cuando terminamos de entrenar le digo a Chris que a ver si me acompaña a casa, que no quiero circos.

Una vez instalado en casa a salvo, y justo cuando me voy a meter en la ducha, me llama el vecino desde ese destino tan exótico y me dice que en diez minutos nos enchufamos al Skype para ver juntos el partido. Le digo que estaba a punto de meterme en la ducha y él me contesta que entonces casi mejor si me llevo el portátil al baño y hablamos mientras me ducho. Y miren ustedes, ahí me ha tocado el orgullo, y para huevos los míos. Y le digo que sí, que sin ningún problema.

Coloco el portátil en el baño en una posición donde solo se me ve de cintura para arriba y le doy a «conectar». El vecino está sentado en la cama comiendo algo que probablemente sea orgánico y que tenga un menos quince por ciento de grasa. Me ducho rápido mientras hablo con él a gritos (por el ruido del agua) y me seco enfrente de la cámara. El vecino tiene una sonrisilla en la cara que me da mucha risa y me doy cuenta de que me está empezando a gustar este juego. Y como dijo Mila Ximénez, «de puta a puta... taconazo».

Una vez ya instalado en el sofá, comienza el partido y yo, sin faltar al respeto a nadie, a los del Madrid los veo muy chungos y muy brutos. El vecino me lleva la contraria con una fuerza que me lo imagino callándole la boca en *La Noria* a María Antonia Iglesias. Mientras vemos el partido, me dice que él ha estado pensando también en los traumas esos de la adolescencia y que es verdad que todos tenemos alguno. Me pregunta por los míos y yo, sinceramente, le digo que no me da la gana contárselos. Primero que nada, tengo que hablar con mi madre, y luego ya veremos si me apetece compartir una cosa así. Él me dice que me entiende.

Estamos terminando el segundo tiempo y nos damos cuenta de que vamos directos a la prórroga. El vecino no está nervioso, directamente está histérico. Y al poco tiempo de comenzar la prórroga, Cristiano Ronaldo (que debería apuntarse a la escuela de gogós) mete un gol y el vecino lo celebra tanto que observo con alegría cómo se pega una hostia del copón contra la mesilla de noche. Por supuesto, le digo que Dios existe y que este es un castigo que él sufre ante la injusticia de este gol. Él se descojona.

Al final el Madrid gana y el vecino está directamente que se sale. Es más, me llega a decir: «Tengo últimamente tanta suerte que hasta gana el Madrid... Ahora solo me falta una cosa», y sigue descojonándose. No hace falta que diga qué cosa le falta porque la sé perfectamente. Pero es que... ¿saben una cosa? Pues que me encuentro de maravilla así. Estoy viviendo un momento chulo en el que no me siento nada presionado gracias a la distancia y, sobre todo, a la inteligencia del vecino, que sabe de sobra que al primer susto podría salir corriendo.

Tras la euforia me pita otra vez el móvil, y el vecino me pregunta que a ver quién narices me envía a estas horas mensajes. Le digo que es el señor del rugby, que me pregunta que a ver por qué no le contesto. Le digo que le voy a contestar y le pongo la pantalla del móvil para que vea la respuesta. El vecino opina que soy un poco bruto, pero es que el vecino no sabe todos los detalles. El sms que le mando dice: «No te contesto porque me tienes hasta los cojones. Tengo tantas ganas de verte como de tener un herpes. Das miedo».

Me quedo un rato charlando con el vecino ya tumbado en el sofá y hablamos del fin de semana. Todo el mundo se va fuera en Semana Santa y creo que me voy a quedar solo, pero es una cosa que me apetece una barbaridad. Tengo que aprovechar para escribir, para hacer planes, para terminar de organizar la fiesta del próximo viernes (tiene que ser un éxito sí o sí), para pillar a mi madre con un ratillo y charlar con ella de cosas que me hacen falta, para dedicarle tiempo a Sam y empezar a concienciarle de que se acerca la fecha de su baño anual y para un montón de cosas más.

El vecino me pregunta por la trilogía de *Historias de Chueca* y quiere saber si va a descubrir cosas de mí leyendo los libros. Le digo que por supuesto que no, que la ficción debe ser siempre ficción, porque si metiera cosas mías aquello sería un lío terrible y no se entendería nada de nada. Se encoge de hombros y me dice que cuando vuelva a España se los piensa comprar de todas formas. Yo le digo que no se preocupe, que se los regalo, que con todo lo que su empresa va a pagar en factura de teléfono este mes, así como que le compenso un poco.

Sam me pega cuatro berridos como diciéndome que ya es hora de dormir y que empieza a estar del ciberromance este hasta las zarpas. El vecino me dice que a ver si me importa dejar la cámara encendida y que hagamos como el otro día. No me

importa nada de nada y hasta me parece algo diferente. Nunca utilizo la webcam y creo que le estoy dando un uso bastante humano y bastante menos carnal de lo que debería. Se lo cuento al vecino y me pone cara de «no te creo» cuando le digo que nunca he sido muy de Internet para las relaciones personales. Ni tengo perfiles en sitios para ligar, ni chateo por el Messenger. Siempre he sido mucho más de contacto directo. Necesito oler, ver y tocar para saber si quiero comprar.

Me queda todo el fin de semana por delante para seguir avanzando, porque ahora sí sé que me queda muchísimo menos para bailar en un semáforo.

Sam y yo nos dormimos mientras el vecino nos mira desde muy lejos.

Hasta el lunes.

VEINTIUNO

Esto es, con todo lujo de detalles, lo que ha pasado el fin de semana.

VIERNES

Me doy a mí mismo la bienvenida a las vacaciones de Semana Santa, un momento de pasión que comienza con un tiempo horroroso. Sam y yo miramos por la ventana (a Sam le gusta que le suba a la encimera de la cocina) y nos damos cuenta de que ha vuelto el frío, y eso Sam lo lleva fatal. Por lo tanto, le enchufo una manta eléctrica y él se pone como las locas. Tengo claro que ya, en todo el día, no va a mover el culo de la manta.

Me hago el desayuno y tengo una conversación por Skype con el vecino. Es una conversación rara, sobre nada en particular, pero tengo la sensación de que el vecino me malinterpreta algo y se pone raro, como muy para adentro, muy Nuria Espert. Le digo que me voy a la ducha y que ya hablamos luego.

Salgo de la ducha, me voy a la calle a comprarme el *Vanity Fair* (donde sale la pesada de Lady Gaga en portada) y como solito en un restaurante que se llama Ginger y que me gusta mucho. Mientras como, veo a la gente pasar por las ventanas y observo que existen turistas con un nivel de idiotez francamente excitante. Sacan fotos hasta de las alcantarillas.

Luego quedo con mi amigo José, que está por el centro y me acompaña al supermercado de El Corte Inglés en Callao; si le ponen pódiums aquello también podría ser un bar de «hombres sudados que se frotan entre ellos mientras canta Chaqueta Marrón (Rebeka Brown)». Nos reímos mucho en la sección de hortalizas, por lo que todos ustedes se imaginan. Mi amigo José me pregunta por el vecino y me dice aquello de «ese chico te conviene». Yo le digo que un viaje a Isla Mauricio también me conviene mucho y que tampoco lo tengo.

Al salir del súper me pide que le acompañe a un par de iglesias porque a José le gusta mucho el arte religioso. Entramos en una de la calle del Carmen y luego en otra en la plaza de los Cines Luna. Y me da miedo. El fervor religioso es una cosa que me da mucho pavor. Las religiones me parecen horribles y que están dedicadas a hacer que sus fieles vivan con una constante sensación de culpa. También me doy cuenta de que el noventa y nueve por ciento de los feligreses están por encima de los sesenta años. Menos mal que las nuevas generaciones estamos haciendo algo bien.

Vuelvo a casa y otra vez estoy con el vecino en Skype. Le digo que a ver qué coño ha pasado antes y me dice que había malinterpretado un comentario mío y que primero se había enfadado conmigo y luego consigo mismo. Maravilloso. Lo arreglamos hablando de la angustia que tengo porque no sé nada de Paqui la Fandanguilla. Yo creo que él piensa que me faltan varios tornillos, y ese pensamiento es cierto. Es evidente que me faltan varios tornillos.

Hay un momento en que hablamos de su ex. Y todo el mundo sabe que los ex de los demás son horribles. Pero el suyo tiene pinta de ser especialmente horrible y de ser una de las cosas que peor llevo en la vida, un vampiro emocional. Una de esas personas que te quita la energía y que solo está bien cuando tú estás mal. Una verdadera pesadilla que todos padecemos en algún momento de nuestras vidas. Le recomiendo que salga corriendo lo antes posible y que no mire atrás. Él me mira serio.

Después de hablar con el vecino, me doy otra ducha con sal en la cabeza y me acuerdo de que esto me lo recomendó Esperanza Gracia, que es una señora que vive desde hace años instalada en el «mi queridísimo Piscis» y de quien, a pesar de que creo firmemente que abusa de los carajillos, me creo a pies juntillas las predicciones. Me deja un poco acojonado porque esta noche dice: «Escorpio, es probable que lleves unos días soñando la misma cosa y ten bien claro que se trata de un sueño premonitorio que se va a hacer realidad». Y pienso en ese sueño recurrente en el que estoy en la playa y no veo la cara de quien está a mi lado.

Ya instalado en la cama, Sam pega un salto y se pone a mi vera con su cabeza apoyada en mi pecho. Como han bajado las temperaturas, el pobre tiene frío y se me acurruca por necesidad más que por cariño. Y eso que esta noche le he puesto media latita. Nos dormimos los dos como troncos pensando yo en el vecino y su ex y él probablemente en todo lo que le haría a la pesada de Hello Kitty...

SÁBADO

Me levanto a las once de la mañana y Sam sigue roncando. Sigo con la dieta y por tanto desayuno un bol de cereales orgánicos, un plátano orgánico, una cosa de esas que te reduce el colesterol, una pastilla de multivitaminas, un descafeinado, y me fumo un cigarro que no creo que sea muy orgánico.

Voy al baño y compruebo maravillado que las cosas estas que dicen de la fibra en la tele son absolutamente reales.

Vanessa me llama por teléfono y me cuenta que todavía le duele la espalda de pasarse tantas horas currando frente al ordenador. Hablamos de su novio (ella está de un enamorado que da terror), de mi vecino, de la poca calidad que hay en el mercado de hombres y de que, efectivamente, Lady Gaga es fea. Quedamos para desarrollar todos estos temas frente a un té verde por la tarde.

Luego me llama mi madre y me pregunta si está todo bien, porque apenas la llamo y la tengo muy abandonada. Le digo que no se preocupe, que estamos aquí Sam y yo pelando la pava y viendo cómo pasan las horas. Me cuenta lo triste que está la gente en Ayamonte porque no pueden salir las procesiones y que, aunque ella no es nada religiosa, respeta mucho las creencias de los demás y que le parece una faena.

Cuando abro la nevera, me doy cuenta de que está prácticamente vacía y que no me queda otro remedio que ir al súper a abastecerme para el fin de semana, lo cual

me da una pereza enorme. Y justo cuando voy a salir al súper, resulta que me llaman unos amigos que viven muy cerca (y que son un peligro) y me dicen que me invitan a comer y a tomar café en su casa, que viene una gente estupenda que me va a encantar conocer. Y, qué quieren que les diga, era esto o el súper. Así que decido que yo puedo con todo y primero me voy al Carrefour y después me encamino a casa de mis amigos con dieciséis preciosas botellas de Coronita debajo del brazo.

Aquí comienza la debacle. Efectivamente, el grupo de gente allí reunido era una verdadera maravilla y enseguida me hago uña y carne con una mujer madura que tiene un Yorkshire que es homosexual pero ella, como madre enamorada, no se da cuenta. Es llegar y vernos el Yorkshire y yo, y decidimos que nos vamos a enamorar como si no hubiera un mañana. No tengo demasiada hambre, pero tengo una sed que me muero. Y resulta que en la terraza (porque estos tienen un terrazón en el centro de Madrid) pega un rato el sol y me salgo con mi nuevo novio (el perro) y un par de cervezas para que nos conozcamos un poco más y podamos pasar directamente a hacer el amor. Para retratar el momento y que se vea que no miento, ya un poco pedo como Alfredo decido hacerme unas fotos con las cervezas y otras con el perro enamorado ya hasta las zarpas, y las subo al Twitter y al Facebook.

Las horas pasan, y con la alegría de las cervecitas me quedo dormido y en tetas en un futón en la terraza con el perro instalado en mis brazos. Me despiertan mis amigos, que han decidido que también quieren un poco de sol y me informan de que hay «cigarritos de la risa». ¿Y saben ustedes una cosa? Pues que estoy hasta las trancas de ser bueno y responsable. Llevo un tiempcito que ni bebo, ni fumo, ni voy con mujeres y ni siquiera doy sustos a mis vecinas ancianas en el portal. Estoy empezando a mutar en algo parecido a Lydia Bosch y he decidido que hoy la lío parda. Por lo tanto, hago lo que cualquier soltero que se ve en tetas en una terraza con un Yorkshire enamorado bajo el brazo: organizo allí mismo una Supermartxé y decido que, si Britney Spears puede bailar así en sus vídeos, yo también tengo derecho a ser gogó un rato.

Me saco el iPod del bolsillo y pongo una lista de reproducción que se llama «Destrucción Dance», y desde ese momento recuerdo las siguientes cosas:

—Decido que voy a hacer un pase de modelos con la colección de gorras de mis amigos. Y sí, sigo en tetas.

—Cuando Kylie canta «The One» (Freemasons Club Mix), lo estoy dando todo de tal manera que observo que en la terraza de enfrente unos vecinos me jalean mientras una amiga de la fiesta se me acerca y me dice que debajo de la camiseta no se me intuyen «esas tetas».

—Noto que el perro se desenamora un poco cuando me ve que estoy completamente entregado a la fiesta y que los cigarritos de la risa en la pista nos están llevando a un divorcio exprés que ya lo querría Liz Taylor, que en paz descanse.

—Y hay un momento que me pone triste de golpe y porrazo. Hay una canción que se llama «Fall in love» (Seamus Haji Club Mix) que ustedes deberían escuchar y que la canta una chica que se llama Estelle. Ya está anocheciendo, yo he perdido la cuenta de las cervezas y hasta el perro me ha abandonado. Estoy solo en la terraza y empieza esa canción, y yo no dejo de bailar y miro al cielo. Y entonces me quedo parado y la cara del vecino nuevo (y guapo) se aparece en mi cabeza y ya no se va, y recuerdo que una vez me dijo una cosa que no entendía y que ahora, por desgracia, la entiendo. Y me quedo muy triste y creo que hasta lloro un poco. Y lo peor de todo es que no sé por qué... o sí, y por eso lloro. Menos mal que no me ve nadie. Se ha puesto a llover un poco, pero yo sigo bailando.

Lo siguiente que recuerdo es que es la una y media de la madrugada y que me quedo dormido (y completamente vestido) en mi cama. Les prometo que no tengo ni idea de cómo he llegado a mi casa. Y no lo quiero saber. Estoy vestido y, por lo tanto, no he sido abusado.

DOMINGO

Me despierto ya pasado el mediodía y no sé dónde narices tengo la cabeza. Me siento tan culpable que llamo a mis amigos y me dicen que no me preocupe de nada, que el desfile de gorras fue maravilloso y que hay que ver lo divertido que me pongo cuando me suelto. En concreto me dicen: «Hay que ver lo fresquito que estabas». Me quedo más tranquilo al saber que me van a seguir hablando. Del perro no dicen ni mu, y yo ni pregunto, por si las moscas.

Le pongo a Sam media latita y él me mira con cara de «¿esto es para que no te recuerde nunca lo cocido que llegaste anoche a casa, mal padre?». Y yo le digo que esto no va a volver a suceder y que no llame al defensor del menor, porque con Andreíta ya tenemos bastante, y que no nos falta otro fan de Justin Bieber con problemas.

El domingo me lo paso catatónico y mi madre me llama un par de veces desde Ayamonte para confirmarme que han salido dos cofradías con sus Cristos y esas cosas y que, aunque ella no lo pilla, le emociona muchísimo el fervor de la gente creyente. Mi madre y yo somos muy de empatizar con movilizaciones ciudadanas, qué se le va a hacer. Ella, para que yo me haga a la idea del momento de fervor popular, me pone el móvil con el altavoz para que escuche la música que ponen cuando pasa la Virgen de no sé qué y me dice que pida un deseo, que en Ayamonte toda la gente pide un deseo cuando pasa esa Virgen. Por si las moscas, apoyado en la encimera de la cocina, cierro los ojos y pido un deseo.

No tengo ni idea de qué está haciendo mi vecino hoy. El último sms lo mandó ayer antes de que llegara a la comida en casa de mis amigos. Y hago una burrada brutal. Le mando un mail con la canción de Estelle y la letra. Le subrayo una parte de la letra que dice: «*We walk by each other daily / But there's something about today*

that says maybe». No tengo ni idea de por qué hago esto, pero lo hago.

No recibo respuesta al mail hasta última hora. Me dice que ha recibido mi mail y que mañana hablamos, que (debido a la diferencia horaria) ya se va a meter en la cama. Le contesto simplemente con un «ok» y me hago la cena mientras le digo a Sam que le agradezco que me quiera tanto a pesar de estar como un cencerro. También le digo que, aunque me vea un poco flojo, no se me va de la cabeza que se acerca el momento de su baño anual y que no me valen ni mohines, ni zarpazos, ni carreras por la casa, porque como tengamos una bronca los vecinos van a pensar que somos dos participantes de *El Reencuentro* en Tele 5, y eso sí que no. Ni hablar.

Esta noche en la ducha he decidido rebelarme contra las enseñanzas Jedi de Esperanza Gracia y no me da la gana ponerme sal en la cabeza, mi queridísima Piscis de los cojones.

Termino el día con un poco de nervios porque hoy, ahora que ustedes están leyendo esto, van a saber un poco más de mí porque se estrena el videoclip que ha dirigido Juan Marrero para la canción que he escrito y producido para Lanka, un artista que ya se ha convertido en un amigo y al que llevo en mi corazón. Esta es la letra que hace tiempo me hacía daño y que con el tiempo se convirtió en algo casi premonitorio de lo que me estaba por llegar. Ahora todos ustedes van a poder escuchar esa letra que escribí y la canción que he producido después de muchos años alejado de la música. Espero de todo corazón que les guste. Para mí es importante que les guste. Mañana vuelvo pero les dejo con el estreno.

VEINTIDÓS

El sábado fue espectacular y el domingo fue raro. Y el lunes me levanto con el cuerpo un poco del revés, como si tuviera frío por dentro. Pero resulta que cuando estaba empezando a pensar que tenía un desarreglo hormonal, van en la tele y me dicen que el tiempo sigue siendo una mierda y que las temperaturas siguen bajando. Vamos, un asco...

Y encima nada más levantarme tengo varias reuniones telefónicas que, realmente, no me solucionan nada. Estoy dentro de un equipo que va a sacar un proyecto adelante, y como resulta que estamos todos con unas vidas tan liadas, conseguir que podamos coincidir es como pretender que Carmen de Mairena salga a la calle con la cara lavada y que nadie pida socorro. Vamos, complicado.

Me voy al baño para comprobar si lo de la fibra sigue siendo cierto y me leo de un tirón la entrevista de Lady Gaga para *Vanity Fair* (mi revista favorita). Me llama la atención cuando ella dice: «Si me pongo mala, vomito entre bambalinas porque no quiero que mis fans me vean y piensen que soy humana». ¿Es Lady Gaga la única persona en el mundo más desgraciada que Paqui la Fandanguilla?

Acto seguido estoy tentado de darme otra ducha con la sal en la cabeza, pero caigo en la cuenta de que, con el planning que tengo hoy, lo mejor que puedo hacer es echarle valor, prepararme esa cosa que sabe a Fairy y largarme al gimnasio, que generalmente los días que no estoy de buen humor es cuando mejor entreno. Debe de ser la mala hostia, digo yo.

Llego al gimnasio y veo que en Semana Santa se han dedicado a hacer reformas y que parece hasta nuevo. Esta semana no voy a entrenar con Chris porque, aparentemente, sigue atrapado en esa fiesta de hombres modernos en Bruselas. Anoche le mandé un mensaje por el móvil para que me confirmase que seguía vivo, pero hasta el momento no he recibido respuesta, lo que quiere decir que o lo han asesinado y están vendiendo sus órganos o se lo está pasando tremendamente bien.

En el vestuario me llevo un susto de morirme porque me estampo contra un chico que podría ser el doble del vecino nuevo (y guapo). Él debe de darse cuenta de que se me ha quedado la cara rara y me saluda y me dice que acaba de apuntarse. Yo sigo un poco abrumado y no le miro a la cara, porque se parece muchísimo al vecino pero no tiene los ojos del vecino. Me pongo a entrenar el pecho y veo que el chico nuevo mira todo el rato por el espejo, pero evito la mirada porque los ojos no son los mismos... ni de coña.

Salgo del gimnasio y mi madre me llama por teléfono y por supuesto me echa una bronca enorme. En realidad, cada vez que le nombro que voy al gimnasio empieza una perorata un poco larga diciendo que con el cuerpo tan bonito que yo tenía... y que ahora parezco un descargador de camiones y que estos brazos que tengo son

horrorosos. Me dice que a ver por qué narices no hago natación o ando en bici. Yo le explico que la natación te deja las tetas blandas, pero a ella le da exactamente igual y dice que los gimnasios, además, son un foco de bacterias terrible y que ni se me ocurra ducharme allí, incluso si llevo chanclas. En ese momento estoy a punto de explicarle a mi madre que los vestuarios de los gimnasios masculinos del centro de Madrid efectivamente tienen bacterias, pero no del tipo que ella piensa. Al final, decido no explicarle este asunto porque lo mismo se presenta en mi casa con un crucifijo y un cilicio.

Tengo que irme a la zona de Arturo Soria a una cosa de curro, pero antes tomo un café con Vanessa en la Calle Fuencarral. Y hoy, además de guapa, hasta parece que está más alta. Y teniendo en cuenta que mide 1,75 descalza y que lleva tacones de 12 centímetros, pues más alta empezaría a parecer raruna. Le cuento lo del pedo del fin de semana y ella se muere de la risa cuando le digo que sigo sin noticias del Yorkshire y que a ver qué va a ser de mí si ya ni consigo tener una relación formal con un perro de dos kilos. Por supuesto, a la vez que habla conmigo, ella lo sigue dando todo en Twitter, porque el Twitter y Vanessa, desde hace unos meses, son la misma cosa.

Me voy a la reunión con Britney Spears gritándome en los oídos que «vamos a bailar hasta que el mundo se acabe» y me vuelvo a acordar del fin de semana y del momento en que empezó a llover. Y por un ratillo me vuelvo a encontrar triste. No es nada grave, es como si por unos minutos me diera miedo todo, y me baja el ánimo. Yo creo que entre la sal de Esperanza Gracia y los berridos de Britney esto lo soluciono yo en un pis pas.

Salgo del metro (siempre voy en metro a todos lados) y me suena el teléfono con «número desconocido» en la pantalla. Contesto y resulta que es el vecino, que está a punto de terminar de comer. La conversación es un poco incómoda, sobre todo cuando me pregunta por el mail que le envié. Me dice que la canción le gusta mucho y que incluso le gustaría más que un día fuéramos a bailarla juntos, porque resulta que al vecino le gusta mucho trabajarse una pista de baile. Se me va la lengua y le digo que me gustaría mucho. Después me dice que no sabe si ha entendido bien el mail. Me dice que la parte de la letra que le he subrayado termina con la palabra «quizás». Yo asiento y él me pregunta que a ver si le quiero decir algo. Yo le digo que no sé a qué se refiere. Y él directamente me pregunta si la respuesta a la pregunta que él me hizo es «quizás».

Me da mucho miedo contestar a la pregunta. Porque, a veces, con una simple respuesta se puede cambiar el curso de los acontecimientos de manera definitiva, ya saben, lo del «efecto mariposa». Y, a veces, la gente puede salir herida por estas decisiones y estas respuestas. Decido contestarle que sí, que quizás es una buena respuesta ahora mismo. Él se ríe y me dice que, desde luego, un «quizás» es

muchísimo mejor que un no y que le acabo de alegrar la tarde.

Cuando cuelgo el teléfono sí que tengo miedo. Tanto que me meto en un bar y me pido una tila y llamo por teléfono a los de la reunión diciendo que llego un poco tarde. Me da miedo que el vecino se alegre tanto y que luego me dé el miedo, o que no responda a las expectativas, o yo qué sé. En ese momento prefiero que se me trague la tierra o, lo que es lo mismo, meterme debajo del edredón con Sam y no salir en dos días.

Mi madre vuelve a llamar por teléfono para preguntarme por el nombre de las vitaminas que tomo y también me dice que, como ella se entere de que tomo batidos de proteínas o alguna porquería de esas, que se coge un avión, se planta en mi casa y me estampa. Y en ese momento recuerdo que se me está acabando el batido de hidratos de carbono. También caigo en la cuenta de que llevo una barbaridad de tiempo sin tener sexo.

Después de la reunión regreso al centro y en el metro me pongo a hacer sudokus, que es una cosa que me relaja una barbaridad. Hace años era el Tetris, pero de un tiempo a esta parte no hay nada que me relaje más que un sudoku. Me bajo en Tribunal con el orgullo de haber resuelto dos sudokus del nivel «maestro» y me voy a la tienda de los batidos con el fantasma de mi madre en un hombro llamándome «mal hijo». El dependiente, que tiene el contorno de pecho de Hulk y las cejas de María Félix, me atiende como si me estuviera haciendo un favor y mentalmente pienso en que me encantaría arrancarle lo que le queda de cejas con cera hirviendo.

Vuelvo a casa, mando unos mails y le pongo la merienda a Sam, que sigue con el culo pegado a la manta eléctrica. Recuerdo que tengo que llevar tres pantalones a arreglar porque todos se me rompen por la parte de la entrepierna, y esto es una cosa que no consigo entender porque yo, lo que es deformidades, no tengo. En la tienda me dicen que pase el viernes a recogerlo todo.

Justo cuando me están cogiendo el bajo de un pantalón, que aún no se me ha estallado a la altura testicular, me llama el vecino y me dice que a ver qué pienso hacer este verano. Yo le digo que en principio trabajar y tomar el sol. El vecino me dice que este va a ser su primer verano sin playa y que lo lleva como el culo de mal. Yo le cuento que lo mismo la casa de Huelva está vacía en verano y que igual me bajo. Me dice que, si yo le invito a Huelva, él me invita a Cádiz. Le pregunto que a ver si es una proposición indecente y él me dice que por supuesto que sí, que a ver qué me había pensado. Me descojono.

De camino a encontrarme con Gus en la terraza del Hotel Óscar, vamos hablando de las piscinas madrileñas y le digo que antes de frecuentar una piscina gay soy capaz de depilarme las pestañas con aceite hirviendo. Él me dice que está muy de acuerdo porque los guetos son una cosa malísima. Mira tú por dónde el vecino está empezando a dar señales de cosas que me agradan. Y esto es bueno porque, al final,

si no pasa nada, tengo la sensación de que podríamos ser muy buenos amigos. Sobre todo porque me hace reír, y yo ya estoy en un momento en que necesito, y mucho, que me hagan reír, que es de lo más fundamental del mundo.

Gus acaba de llegar de Marbella y me dice que debido al mal tiempo han estado atrapados y que solo salieron una noche en Torremolinos, que para mí es uno de los sitios más artísticos del mundo. Cuando era un niño, me fui a pasar varios años seguidos las vacaciones de verano, y recordar las cosas que hice me da mucho terror. Eso sí, no puedo parar de reírme cuando me acuerdo de que un día (pedo como Alfredo) me subí con mi exnovia Carolina al pódium de una discoteca y nos tiramos encima de la gente como si fuéramos estrellas de rock. Nos echaron a patadas, pero hay que ver lo que nos reímos. Como lo oyen, con una novia en Torremolinos, pero es que tenía 20 años y la sangre caliente.

Como siempre, me muero de la risa con Gus y hablamos de lo maravillosa que es nuestra amiga Begoña y que tiene un sentido del humor a prueba de bombas.

Llego a casa y veo con alegría que la nueva canción de Lanka está gustando muchísimo y se lo cuento a Sam en el suelo de la cocina mientras me pongo morado a tortitas de arroz, porque ahora siempre tengo hambre. También le cuento a Sam que estoy feliz de que mis libros ya hayan salido a la venta en Argentina y México y que a ver si me llevan a firmar libros, y le presento una gata argentina que creo que son de un sexy que te mueres. Él me mira con cara de «que me des latita y te dejes de idioteces, que me castraste a los cuatro años» y me hace sentirme el peor padre del mundo.

Para cenar me hago un pescado a la plancha y una ensalada de lechuga, tomate y queso fresco. Me siento un poco Cindy Crawford y casi tengo una erección pensando en un menú del McDonald's, pero es cierto que la dieta esta sin cafeína y con menos grasas me tiene el cuerpo bien en su sitio. Hasta duermo mejor. Supongo que, en parte, es culpa del vecino, y así se lo cuento a mi amigo Phil, que está en Chicago y me manda fotos desde la ventana de su hotel. Me acuerdo de que la única vez que he estado en Chicago ligué en una discoteca con una negra de metro ochenta y al final la cosa me dio miedo y me fui solo a casa.

Termino el día tumbado en el sofá con Sam en el pecho y contándole al vecino lo de la fiesta que organizo con Kiehl's este viernes y que estoy contento porque va a venir mucha gente a la que tengo ganas de ver y dar un abrazo y muchos besos. Menos mal que Janneth está pendiente de todo y me tranquiliza una barbaridad cuando ve que me da el pánico escénico. El vecino me dice que parece que Sam ha engordado, y yo le cuento que deberíamos inventar el pienso orgánico para gatos, porque, como la dieta le sienta tan bien como a mí, en dos semanas lo tengo hecho una pantera.

También me cuenta que quiere ver la película *Thor* y que los rubios le ponen

nerviosito. Yo, en un arrebato de orgullo, le digo que soy moreno y español, y él me aclara que no quiere producto extranjero en su vida, que una vez ya tuvo y que ni hablar del peluquín. Es curioso que el vecino y yo tengamos ambos un rubio extranjero en nuestras vidas.

Me quedo dormido en la cama con el portátil en un lado y Sam en el otro, y lo último que recuerdo es que el vecino me vuelve a hacer la misma pregunta:

¿Te gustan las sorpresas?

VEINTITRÉS

Por supuesto, me he levantado de un rayado que da miedo. ¿Te gustan las sorpresas? Eso es lo último que escuché del vecino. Y lo curioso del caso es que también me lo preguntó la semana pasada. Claro, mientras me preparo el desayuno (todo orgánico menos el cigarro) le digo a Sam que a ver si a él le gustan las sorpresas. Por supuesto, telepáticamente me contesta que «si vienen en forma de latita, sí». Yo le digo telepáticamente que es un hijo de mierda y que no me está solucionando la papeleta...

Me como los cereales y caigo en la cuenta de que mojar serrín con leche debe de ser una cosa parecida, porque desde luego el sabor es de todo menos excitante. También me percató de que los últimos días me apetece comer cordero asado una cosa mala. Me digo a mí mismo que esta tarde tengo que ir a la farmacia y pesarme para ver si la dieta esta funciona. En el fondo me da lo mismo (es una distracción como otra cualquiera), pero tengo que reconocer que duermo muchísimo mejor desde que no tomo cafeína ni bebidas con gas y que estoy flipando con el poder de la fibra. Ustedes ya me entienden, y no me hagan ser ordinario.

¿Te gustan las sorpresas? Pues no lo sé. En teoría a todo Cristo le gustan las sorpresas, pero todo en su momento justo. Yo no sé si ahora mismo estoy preparado para sorpresas. Poquito a poco voy sacando la cabeza y ya muevo un pie en los semáforos, pero tampoco me apetece algo que me venga grande y me sobrepase. No quiero que me den nada que no pueda devolver. Por lo menos quiero ser justo. Pero sí, me gustan las sorpresas y hace muchísimo tiempo que nadie me da una, al menos agradable.

Esta semana, como Chris está en Bruselas (aunque llega esta noche) me da una pereza enorme entrenar. Por eso llamo a mi amigo José y le digo que mueva el culo y se venga conmigo, que le invito a mi gimnasio. Es puro egoísmo, porque José tiene unos brazos un poco enormes también y me va a venir de perlas. Una vez ya con los calentadores (es un decir, coño), nos ponemos a darle a la mancuerna y ya de paso le explico lo de la fauna de mi gimnasio, que en realidad es una gente estupenda y muy discreta para como está la zona.

Mientras entreno, me llama por teléfono desde Buenos Aires mi otro amigo José, que es un cerebro del marketing farmacéutico y al que su empresa ha mandado allí a poner orden en la filial argentina. José 2 me dice que hay que ver la cantidad de gente guapa que ve por la calle y el poco tiempo libre que le queda para dejar a la madre patria en un buen lugar.

«¿Te gustan las sorpresas?», le pregunto a mi amigo José en el gimnasio. Se me pone superserio y me dice: «No mucho, depende. A veces me dan miedo». Y entonces le explico lo del vecino nuevo (y guapo) y él me dice que en este caso

seguro que es una sorpresa agradable y que a ver si hago el favor de relajarme un poco y de dejarme llevar. José conoce al vecino y me deja un poco a cuadros cuando me dice que «lo vuestro es inevitable».

Salimos del gimnasio y me voy a ver a Janneth para terminar los detalles de la fiesta del viernes en Kiehl's. Los dos estamos un poco nerviosos porque es el primer evento que organizamos a puerta cerrada y con lista de invitados. Nos juntamos a comprobar la lista de invitados y caemos en la cuenta de que hay varias celebrities de las que molan, lo cual siempre viene bien. Le digo a Janneth que tengo muchas ganas de que pase ya la fiesta, que esta semana está siendo un poco coñazo y que no veo la hora de que llegue el sábado para tirarme en el sofá y apagar el teléfono.

En casa, mi amigo Iván me manda un vídeo de Youtube donde Lady Gaga canta por Los Chichos y la Pantoja. A todo correr lo coloco en el blog y las visitas suben como la espuma. Me tranquiliza saber que España se siente aliviada riéndose de la nueva ídola de las peluqueras de provincias, con todo mi respeto para el gremio, por Dios.

Me tengo que poner en serio con el nuevo libro, porque el de los crímenes (en realidad solo hay un crimen pero es la hostia) lo tengo completamente bloqueado. Y es una cosa rara, porque sé exactamente todo lo que pasa, sé quién es el asesino y por qué mata. Lo sé todo y, sin embargo, me cuesta una barbaridad escribirlo. El prólogo y el primer capítulo me han quedado espectaculares, y creo que puede ser de lo mejor que haya escrito. Del resto no estoy nada, pero nada satisfecho.

Mañana tengo una reunión con una editorial que podría estar interesada. Ellos conocen el concepto del libro y les gusta mucho. Ahora quiero hablar con ellos de qué pueden hacer para promocionarlo en condiciones. El negocio editorial es muy complicado, y la verdad es que hay que currárselo mucho y hace falta mucha promoción. Hasta ahora he publicado en una editorial pequeña, con pocos recursos, y tengo la suerte de que las dos primeras novelas estén ya en la segunda edición. Pero quiero más.

Me voy a dar unos rayos UVA (se entera mi madre y me mata) porque me veo un color cetrino y quiero estar presentable el viernes. Estos sarcófagos me dan claustrofobia y me pongo música para que el tiempo pase rápido. Salgo de allí con olor a patata frita.

Mi madre me llama por la tarde y hablamos de la boda del hijo de Lady Di, que es el que parecía que iba a ser el guapo pero los años le han dejado fatal. Yo le digo a mi madre que no entiendo nada las bodas y ella me dice que se alegra una barbaridad, porque no quiere que me case. Me dice que ahora hay muchas maneras de compartir la vida con alguien sin tener que casarse y que, al final, no sirve para mucho. También me dice que en sus tiempos era impensable vivir con un hombre sin estar casada y hablamos de que las cosas han cambiado una barbaridad y casi siempre para

bien. Cuando le cuelgo el teléfono, me doy cuenta de que todos los días ella me sigue enseñando y me gusta mucho que me trate como si fuera un descerebrado de 14 años. Me reconforta mucho su cariño y sus broncas. Además, llevamos una semana sin discutir si es peor la Campanario o la Esteban, y eso solo puede ser bueno.

¡SORPRESA! Paqui la Fandanguilla ha vuelto a Tele 5 (mi terapia favorita), y me entero porque un lector me avisa por el Twitter. Pongo la tele y me dejo fascinar por el nuevo peinado de Paqui con unas mechas que parecen haber sido diseñadas por James Cameron directamente. Paqui tiene un momento en que quiere ir a una sala VIP para pegarles dos hostias a una hermana suya que tiene una dentadura horrorosa y los de seguridad se tiran en plancha para evitar el desastre. Paqui está aprendiendo a dosificar los «parraques» y yo me alegro mucho, a pesar de las mechas y de esas botas que lleva que me recuerdan una barbaridad a Chenoa.

Me tiro a las calles de nuevo porque tengo que seguir haciendo cosas de la fiesta del viernes. Por el camino me suena el teléfono y es el vecino desde el más allá (porque está lejísimos) y me pregunta por mi día. Yo luego le pregunto por el suyo. Me cuenta que está bien, aunque tiene muchas ganas de volver a Madrid y poder instalarse definitivamente en su nueva casa. Yo le pregunto que cuándo vuelve y él me dice que aún no lo sabe, que el nuevo proyecto está siendo más complicado de lo que pensaba y que la cosa se alarga. Le pregunto por una fecha aproximada y me dice que no lo sabe, así, un poco seco. Él me dice si tengo ganas de verle y le contesto que sí, porque es verdad y porque día a día se está metiendo un poco más en mi vida. Incluso caigo en la cuenta de que le he hablado a mi madre de él y se lo digo. Él se ríe y me dice que tiene que dejarme y que a ver si nos vemos a la noche por Skype. Por supuesto, antes de colgarme me dice que tenemos una cita de la que no me puedo escapar porque vuelven a jugar el Madrid y el Barça. Yo resoplo.

Janneth y yo nos sentamos en una terraza de Fuencarral y se nos va la olla comentando lo arriesgado de algunos estilismos. También decidimos que el naranja nunca puede ser el nuevo negro y nos quedamos alucinados cuando comprobamos que los del catering de la fiesta van a servir algo que se llama «nubes de pollo», y le digo a Janneth que yo creo que Isabel Coixet debe de alimentarse exclusivamente de eso.

Después, quedo con mi amiga Begoña Antón (soy el mal 2.0) y me cuenta que ella y sus amigas modernas van a retransmitir en *streaming* la fiesta del viernes gracias a un dispositivo que se han implantado todas ellas en los iPhones. Begoña y yo llegamos a la conclusión de que el mundo de las drogas y la alta peluquería están muy cerca el uno del otro cuando Begoña confunde el GHB con las planchas de pelo GHD y la Keratina con la Ketamina. Nos da un ataque de risa muy grande y decidimos que tenemos que hacer alguna maldad enorme con este concepto en el Facebook. Por cierto, el Facebook nos da un poco de pereza últimamente.

De camino a casa, caigo en la cuenta de que se me ha olvidado sacar el pollo del congelador. Pues vaya. Y además tengo que poner lavadoras y ahí hago un descubrimiento. Resulta que mi lavadora tiene tecnología Bluetooth y podría incluso programarla con el móvil (alucina, vecina). El descubrimiento me deja tan descolocado que le digo a Sam que somos una familia del siglo XXI y que esta noche ponemos la lavadora de color con el teléfono. Me paso unos veinte minutos intentando buscar las instrucciones pero, como soy un desastre, termino poniendo la lavadora digitalmente, es decir, con el dedo.

He cerrado un desayuno de curro mañana a las diez. Es decir, me tengo que levantar a las siete y media para hacer cosas de curro. Estoy a punto de un parraque pero, como Paqui, me contengo.

Descongelo el pollo en el microondas mientras curro en la nueva canción de Lanka con el equipo de producción. Me prometen tener hechos unos cambios que quiero para finales de esta semana. Lo de llegar al punto exacto de una canción es muy complicado. Producir o escribir una canción no es hacer churros. No hay un proceso demasiado mecánico, aunque se necesiten máquinas. Es complicado.

Ceno el pollo y le doy a Sam un poco de jamón de york, que el pobre, con la bajada de temperatura, me mira con cara de abuela que se ha caído por las escaleras. Menudo es el cabrón para hacerme chantaje.

El vecino llama a última hora y nos conectamos por Skype. Tiene cara de cansado y le pregunto si todo está bien. Me dice que a veces se siente un poco solo en el hotel y que tiene ganas de llegar a casa. Hablamos de lo que es estar con las maletas arriba y abajo, porque yo me pasé tres años así y al final uno va perdiendo calzoncillos por el mundo. Le hago reír un poco porque me parece que necesita que hoy alguien le haga la noche más llevadera. En realidad, para él es bastante tarde pero me dice que no hay problema, que esta tarde ha podido echarse una siesta de dos horas y que no tiene sueño.

Me cuenta que está un poco harto de estar todo el día rodeado de la gente del trabajo y que no tiene una noche buena. Me pongo a contarle tonterías e incluso me saco un as de la manga que nunca falla. Es un chiste de unas cerdas que necesitan ser inseminadas y, por supuesto, cuando se lo cuento le da un ataque de risa enorme. Me doy cuenta de que me gusta verle sonreír, y eso (si esto fuera una película de Meg Ryan) debe de ser una señal de algo.

Me he puesto el ordenador en el suelo de la cocina y me ha entrado una sed terrible. Le cuento que mañana el Barça les va a dar una paliza a los del Madrid mientras me bebo una cerveza de frambuesas que venden en una tienda cerca de mi casa. Sam pasa delante del ordenador ochocientas veces para insinuarme (a grito limpio) que ya es hora de que nos vayamos a la cama. Y tiene razón, que mañana hay que madrugar. El vecino me pregunta si alguna vez tengo pensado dejar de fumar y le

digo la verdad, que la idea me ronda por la cabeza, pero que nunca encuentro el momento apropiado para hacerlo. Me dice que debería intentarlo y del tirón, que él lo dejó hace cinco años sin pastillas ni acupuntura ni parches y que se encuentra de maravilla y la vida es mucho mejor.

Me pregunta si hoy va a ver cómo Sam y yo nos quedamos sobados y le respondo que hoy no, que me está empezando a dar un jamacuco como si fuera un concursante de *Gran Hermano*.

Y antes de terminar, le digo la verdad. Le cuento que en realidad se me ha olvidado si me gustan las sorpresas o no porque hace mucho, mucho tiempo que nadie me ha dado una.

VEINTICUATRO

Ha salido el sol y me he levantado con una forma, un brío y un de todo que me doy miedo a mí mismo. También le doy miedo a Sam, porque salta de la cama y se esconde en la habitación de invitados, parece que hoy ni quiere desayunar. Y esto es raro y me lo cuento a mí mismo con unos cereales con chocolate que en realidad no es chocolate pero que sabe igual (¡qué maravilla!) y por lo tanto no engorda.

Al enchufar el móvil (me he levantado superpronto) he visto que tenía un mail del vecino. Me contaba que a él le gusta, en general, dar sorpresas porque él es una persona a la que le encanta ver feliz a la gente. También me dice que a veces piensa en darme una sorpresa, pero que como yo le digo a todo «quizás» pues que se encuentra un poco que no sabe qué hacer. Para terminar me dice que no entiende que no tenga sorpresas en mi vida, porque él cree que me las merezco todas. Y yo no sé qué contestar al mail.

Me doy una ducha sin sal en la cabeza (Esperanza Gracia, que sepas que no eres infalible) y salgo a la calle canturreando en el ascensor. Y justo cuando pongo un pie fuera es cuando me choco directamente con el señor del rugby. Por supuesto el shock es inmediato y, una vez pasado, me entran ganas de arrearle una hostia con la mano abierta.

Me dice que no me asuste, que lo único que quiere es hablar conmigo para explicarme algo. Me pongo de un nervioso que le llamo absolutamente de todo en menos de dos minutos. Pero supongo que tengo que escuchar lo que me tiene que decir, porque quizá esa sea la manera de quitármelo de en medio. Así que me saco un cigarrillo, me apoyo contra un coche y me dispongo a escuchar que:

—Se ha separado de su novio.

—Ha vuelto a Madrid a vivir y está buscando piso en el barrio (esto me provoca un sudor frío que nadie se lo imagina).

—Tiene ya varias entrevistas de trabajo concertadas.

—Quiere saber si existe la posibilidad de que seamos novios (este no se ha cortado un pelo, este no quiere «conocerme más», este quiere directamente instalarse en una luna de miel enorme).

Le contesto que, en realidad, me la trae al paio si se ha separado de su novio o si se ha quedado embarazado de un jugador de tenis y se va a poner extensiones (prometo que es exactamente lo que le digo). Después le digo que, tras los dos mil mails, cuatrocientos sms, setecientas llamadas perdidas y demás, me provoca de todo menos felicidad y paz que se instale en mi barrio y que hay otras zonas de Madrid donde puede ser inmensamente feliz. Le digo que me alegro mucho de lo de sus entrevistas de trabajo y que espero que le vaya bien (esto se lo digo sinceramente). Y para terminar le digo que no puedo ser su novio porque, entre otras muchas cosas, ya

estoy saliendo con alguien. Cuando me pregunta que con quién estoy saliendo, inconscientemente pero muy consciente a la vez le describo al vecino. Él se queda patidifuso. Ya un poco rayado, le digo que por favor me deje en paz, que no es cuestión de estar así. Parece que me entiende y me largo con viento fresco. Llega a insistir y le repito que un herpes me parece un planazo comparado con él...

Llego al gimnasio histórico perdido porque, entre lo del señor del rugby y los polvos estos que me tomo para entrenar y ponerme fuerte, pues soy una hiena. El gimnasio está tranquilísimo y sigo sin noticias de Chris después de recibir un mensaje en el que me dice que está tan destruido que no puede coger el teléfono porque ha perdido la voz. Sospecho que la ha perdido en una discoteca, pero no le digo nada.

Parece que mi madre me tiene localizado por satélite, porque es poner un pie fuera del gimnasio y llamarme ella. Tengo la suerte de tener una madre inteligente y que sabe que no ha podido domar a su hijo en la vida. Ella es más de «si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él», y tenemos una relación total. Hablamos de tonterías y sí, ella también me pregunta por el vecino porque, como el vecino tiene 40 tacos y un buen curro, pues eso a ella le suena a candidato a yerno. Le cuento lo del vecino y me dice que haga lo que tenga que hacer para estar contento y que no le dé tantas vueltas a la cabeza, que no sirve de nada.

Y cuando le cuelgo el teléfono, directamente me estampo contra la cantante favorita de mi madre, que se llama Diana Navarro y, aunque no nos vemos mucho, nos tenemos cariño y hay que ver los besos que me da. Diana me cuenta que el viernes lo mismo se pasa por la fiesta con Pablo Alborán y que está estudiando interpretación y preparando un nuevo disco de flamenco clásico que va a grabar en mayo. Yo le digo (y es verdad) que no soy muy de flamenco, pero, como ella sabe que su voz me vuelve loco, lo voy a escuchar y seguro que me va a encantar. Por supuesto, Diana me manda recuerdos para mi madre (se conocieron una noche y acabaron ambas encantadas), y yo inmediatamente llamo a mi madre, que se pone como unas maracas de la alegría.

He quedado para tomar un té en la terraza del Starbucks con un tipo que lleva días mandándome mensajes. Este no tiene pinta de rugby, este es un poco más como el padre perfecto que sale en anuncios de seguros de hogar. Es amable, tiene un buen culo (no nos engañemos, si no tienen buen culo no hay cita) y la charla es agradable. Pero no hay química ninguna y yo creo que es por culpa del señor del rugby, que me ha dejado las pilas puestas. Y es que parece que no hay nadie perfecto, porque el señor del rugby lo tiene todo para que yo me pasase la vida dándole lo suyo y lo de su prima de Cuenca, pero claro, tiene un proceso cerebral que es un cruce entre un caniche rosa y Hannibal Lecter. Y no es plan...

Me vuelvo a casa a comer y a darle vueltas a un documento que tengo que enviar a Carmen (mi representante) para un asunto con una editorial que quiere tener una

opción de mi libro nuevo. A la tarde me reuniré con Carmen y quiero llevar las cosas claras a pesar de que el libro nuevo es más un concepto que un libro, pero como Carmen es un hacha para estas cosas, pues a ver qué pasa.

El vecino se me representa vía telefónica y me pregunta cómo me va el día. Le digo que ni fu ni fa y que esta tarde tengo lío. Me pregunta también por la fiesta del viernes y le digo que luego tengo la última reunión, porque se nos está yendo de las manos la cantidad de gente que quiere venir y hay un aforo. Me recuerda que esta noche tenemos cita por Skype sí o sí porque es el tercer partido que enfrenta al Madrid y al Barça. Le digo que espero llegar a tiempo a casa y le mando un beso.

Me piro a la reunión con Janneth y comentamos la jugada. Ya está confirmado que Sandra Love puede cantar en la fiesta y me alegra saberlo, porque alguien tiene que cantar el «feliz cumpleaños» y yo canto como el culo. También terminamos de comprobar el catering y le cuento los temazos que voy a poner porque yo quiero que la gente baile. Ver a la gente feliz y dándolo todo en un tiendón de cosméticos es una experiencia estupenda y me gusta mover a la gente con la música.

De ahí me voy a la reunión con Carmen y me la encuentro más pibón que nunca. Le cuento que no sé qué narices hace representándome, porque podría ganarse la vida haciendo de modelo de bragas finas de Victoria's Secret. Ella, por supuesto, se descojona. Me confirma que nuestra amiga común Carme Chaparro también viene a la fiesta y me pongo como una ardilla de contento. Carme es el carisma y las risas hecha mujer. Y punto. También va a venir a la fiesta una mujer que es importante para mí, se llama Amalia Enríquez, es periodista y lleva muchos años siendo para mí un modelo de corrección, elegancia y saber hacer que admiro enormemente, pero nunca se lo digo porque me da cosa.

Hablamos del libro y Carmen me dice que en estos momentos tenemos encima de la mesa tres opciones para tres editoriales distintas. Me da todo esto un poco de pánico (no me mola crear expectativas) y le digo que quiero que nos movamos rápido. Ella sabe perfectamente elegir lo mejor para mí. Y además, es una amiga. Nos pasamos el resto de la tarde hablando de nuestras solterías y yo le digo convencido que creo que ella, al ser tan alta, tan tipazo y así pues que lo mismo amilana a los hombres y que puede ser que no se le acerquen por miedo. Ella me dice que está frita. Yo le digo que tiene que echarse un novio vasco, porque los vascos estamos educados en el matriarcado y que una mujer fuerte nos gusta mucho. A mí me encanta trabajar con mujeres fuertes. Y ya, entre risas también le digo que las mujeres fuertes lo hacen todo mejor y le ponen mucho más interés al sexo. Ella se pone las gafas de sol, coquetona para no decirme con los ojos que, efectivamente, es así.

Decidimos tomarnos otro té en el Hotel Óscar y allí nos encontramos con un actor de musicales que nos cuenta que se va a México a probar suerte. Por un momento me paro y pienso que a mí se me ha pasado ya el arroz y que no me imagino dejándolo

todo atrás y largándome solo a un nuevo país a ver qué pasa. Aunque debe de ser un plan muy excitante.

Llego a casa justo cuando va a empezar el partido y el vecino me espera en camiseta de tirantes y pantalón corto.

Y justo en ese momento pienso de nuevo en todo el tiempo que llevo sin sexo. Más que lo pienso, lo noto en mis propias carnes. El vecino me pregunta si estoy raro y le digo que no, que en Madrid hace calor (mentira cochina) y que me pilla sofocado.

El Barça le ha metido dos goles al Madrid y yo lo celebro cogiendo a Sam en brazos (para espanto del pobre) y haciéndole gestos obscenos al vecino sin parar. Vamos, que estoy hecho un *hooligan* de tomo y lomo. El vecino parece que lleva mal la derrota y se queda muy callado. Yo sigo descojonándome. Le pregunto si le tengo que volver a contar el chiste de las cerdas que necesitan ser inseminadas, y vuelve a sonreír.

Pasamos una horita hablando de cosas que no importan y me dice que le esperan unos días de curro muy intensos y que incluso va a tener que currar el fin de semana. Le digo que vaya putada, y me dice que no, que como se aburre pues que le viene bien. Nos despedimos y me manda un beso por la webcam, que yo devuelvo.

Se ha puesto bien la noche, estoy feliz por lo del Barça y decido que me voy a dar un capricho. Carmen esta tarde me ha dicho que los solteros tenemos que mimarnos una barbaridad y que incluso debemos malcriarnos a nosotros mismos todo lo que podamos, que un día sin esperarlo nos volvemos a enamorar y ya se nos complica todo. Por eso agarro una chaqueta, el iPod y me voy al Vips a comerme una doble hamburguesa porque, para ser sincero, si esta noche vuelvo a ver una pechuga de pollo rodeada de ensalada me da un ataque.

Termino de cenar y me vuelvo dando un paseo a casa. La calle está llena de gente y ya se nota que llega el verano y la peña quiere calle. Voy pensando en Ana María Matute, una escritora que hoy ha dicho una frase que me deja pensando: «El que no se inventa no vive». Y supongo que eso es lo que estoy haciendo, inventándome cada día, aunque yo esté más cerca de Madonna que de la Matute.

Se lo cuento a Sam en el suelo de la cocina mientras miro varias revistas que me he comprado en el Vips y me tomo un descafeinado. La noche hoy es muy oscura. Me suena el teléfono y resulta que casi a la una de la madrugada me avisa de que tengo un sms. Pienso que es el vecino pero no. Es el consultor pelirrojo y me pregunta que por qué no ha podido tener una oportunidad. Me dice que es solo curiosidad. Y no le puedo contestar porque, si le digo la verdad, incluso a mí no me gustaría la respuesta.

Me voy a la cama con Sam, que me da varios besos porque como no me he afeitado le da gustito frotarse contra mi barba. Me quedo mirando al techo y me

agobio un poco pensando que quizá las cosas cambien pronto y lo mismo no estoy preparado y lo hago todo mal. Se me hace un nudo en el pecho y me duermo y vuelvo a soñar, la playa, esa cara que no veo y esa voz que me dice: «Es todo muy fácil».

VEINTICINCO

Son las ocho de la noche. Hoy es viernes y no suelo publicar los viernes, pero hoy lo hago porque estoy nervioso. Hoy es el día de la fiesta y les quiero contar lo que pasó desde ayer hasta justo una hora antes de que comience la *party*.

JUEVES

Me levanto muy relajado porque hoy prácticamente me he dejado el día libre para poder escribir y hacer cosas varias como amo de casa. Mientras desayuno miro de reojo a la pantalla del ordenador y me da pereza. Entonces hago lo que cualquier hombre haría en mi lugar: ordeno las camisas del vestidor por colores mientras Concha García Campoy (mi exjefa) cuenta en la tele las movidas del partido Madrid-Barça de ayer.

De ahí me piro al gimnasio y hago dorsal, que por lo visto es una cosa muy importante para reventar las camisas. El gimnasio siempre está tranquilo por la mañana y yo estoy un poco vago, para qué nos vamos a engañar. Me paso un rato jugando con el perro del dueño del gym, que es muy suavito y al que le encanta que le acaricien. Pienso en la posibilidad de un perro y al mismo tiempo pienso en el infarto instantáneo que esto le puede dar a Sam.

Al salir me da una cosa que no me da casi nunca. Se me ha olvidado por completo pensar en la ropa que me voy a poner para la fiesta, y es que llevo una temporada que no me apetece ni afeitarme, a no ser que tenga una reunión de curro, y lo hago para parecer que no tengo bronquitis y así. Voy a casa, dejo la bolsa, me hago un batido y hablo por teléfono con el presidente de una discográfica que siempre me hace reír, para solucionar una cosa de unos contratos.

Me paso lo que queda de mañana yendo de tienda en tienda con escaso éxito. Las camisas de cuadros son tan tendencia que siempre tengo la sensación de estar entrando y saliendo de la misma tienda. Encuentro una camiseta blanca (sin dibujos) que me gusta pero son 120 euros y decido que ni hablar del peluquín, a no ser que la camiseta (a ese precio) sepa hacer felaciones, que es una cosa que me vendría de maravilla, más que nada para acordarme de lo que se siente.

Hago un parón y como cerca de casa en un sitio donde hacen hamburguesas de carne ecológica (¿esto es cuando no maltratan a la vaca antes de matarla?), y cuando salgo de allí me voy a la calle Barquillo a mirar una tienda nueva que me han recomendado. Sigo sin encontrar nada y sin decidirme por nada, pero como tengo una necesidad imperiosa de gastar dinero me voy al supermercado de El Corte Inglés a comprar lechuga, tomates, pechuga de pavo y unos solomillos de ternera.

Tengo la última reunión con Janneth para comentarle que hay dos personas que tienen que entrar sí o sí en la nueva lista de invitados y que me paso el aforo por los muslos. Cuando vean las fotos de la fiesta, probablemente comprenderán.

Vuelvo a casa y me encuentro con una persona que hace mucho que no veo. El encuentro no es agradable, y hay una cantidad de hipocresía por ambas partes que me piro a casa sintiéndome fatal y diciéndome que la próxima vez le va a saludar su prima de Burgos.

Las teles, las calles, todo... todo inundado con información de la boda del hijo de Lady Di y una nueva aspirante a rizarle el pelo (del miedo) a Rania de Jordania, que es la top de las princesas. Sigo pensando que las bodas son innecesarias y un horror sin límite. Mi amiga Celeste me dice que ese pensamiento es fruto del desamor, que cuando ella se enamora lo primero que quiere hacer es casarse como una loca. Gracias a Dios, Celeste tiene un novio maravilloso pero sigue soltera.

Por la noche, como no estoy de muy buen humor me pongo Tele 5 para ver una especie de *reality* donde mezclan a gente de muchos *realities*. No me entero de absolutamente nada, pero veo a mi amigo Jordi González dominar un plató con mano de hierro y guante de seda. Me flipa lo bien que curra y mañana le tengo que decir que le admiro mogollón.

El vecino me llama y tenemos una conversación de lo más absurda porque no consigo centrarme. Me cuenta su día y me pregunta que a ver si mañana me levanto pronto, porque el viernes tiene una reunión detrás de otra y le va a ser complicado charlar. Y cuando él pueda charlar yo me estaré currando la fiesta. Me apetece mucho hablar con él, en serio. Pero es que no sé muy bien qué le quiero contar. Estoy bloqueado por completo y no consigo entenderme.

Ni pollo ni lechuga. Me hago unos sándwiches mixtos con bien de queso y me los como con Sam en el suelo de la cocina. A veces tengo la sensación de que me viene otro bajón, pero prefiero ni pensar en ello. Me ducho, me lavo los dientes y me voy a la cama mientras Jordi sigue dándolo todo en el plató.

Hoy no sueño nada.

VIERNES

He dormido fatal. Pero fatal, fatal. Y sin embargo hoy me he levantado muy enérgico. Me preparo el desayuno orgánico y tengo casi una erección pensando en donuts de chocolate. A ver si al final va a ser verdad eso de que el chocolate es un sustituto del sexo. Me horrorizaría mucho que fuera así, porque empezaría a sentirme como un primo segundo de Bridget Jones, un personaje que no soporto, aunque mi amiga Begoña diga que soy Bridget Jones con pene...

¡SORPRESA! Efectivamente he recibido una sorpresa. Me han tocado el timbre justo cuando salía de la ducha y era el cartero, que tenía un paquete para mí. Por cuestiones de curro me mandan muchas cosas a casa, pero esta vez me ha dado que era diferente. Y así ha sido. Le he firmado en toalla al cartero, que ha debido de pensar que estaba viviendo un momento Bárbara Rey.

El paquete me lo ha mandado el vecino. Al abrirlo he visto un par de latitas para

Sam y una caja de bombones de Armani Dolci (sí, Giorgio vende hasta bombones) con una nota que decía: «Hoy es un día importante para Sam y para ti. Espero que esto os alegre y os dé energía. Tengo muchas ganas de verte».

¿Me he emocionado? Mucho. ¿Me ha gustado la sorpresa? Mucho. Tanto que me he sentado en el suelo de la cocina nervioso. Sam se ha metido inmediatamente en la caja (le gusta mucho meterse en cajas) y me ha mirado con cara de «bueno... ¿y?». Entonces le he contado a Sam una cosa que siempre se va a quedar entre él y yo. Se lo cuento siendo consciente de que, como es un gato, pues no lo va a poder largar. La verdad es que no me lo esperaba ni de coña. Incluso algunos lectores del blog me decían que lo mismo el vecino se presentaba hoy, y por alguna razón yo sabía que no. Pero el vecino ha dado hoy veinte pasos de gigante, y me doy cuenta porque leo la nota una y otra vez. También me doy cuenta de que hace muchísimo que no tenía una sorpresa así. Si fuese Ben Affleck, estaría llorando y besando un poster de JLo, probablemente...

Inmediatamente le llamo por teléfono, pero no me contesta y me da una cosa entre el tabardillo y el parraque. Menos mal que a los dos minutos me llama y le doy unas trescientas veces las gracias mientras él se ríe. Me dice que sabe que es un día importante para mí y que quería estar ahí de alguna manera. Yo le digo que me ha gustado mucho y que sobre todo me gusta lo listo que está siendo para todo. Él se queda callado y luego me dice que a estas alturas ya debería tener claro que soy el tipo de hombre que a él le importa. Se me hace un nudo en la garganta. Le digo que a ver si hablamos antes de la fiesta y me dice que sí, aunque hoy va a estar pillado de curro hasta arriba.

Salgo a la calle con una energía que me encuentro con la vecina del cuarto y me dice que estoy guapísimo. La vecina del cuarto le pega al whisky, y tampoco es cuestión de que me lo crea, pero alegre una barbaridad. Hablamos de la boda de William y Kate y decidimos que ella va graciosa. Lo que la vecina dice del modelo de Letizia no lo puedo poner porque me cierran el blog, el e-mail y tengo al servicio secreto en casa en diez minutos. De ahí me piro al gimnasio y, aunque Chris sigue desaparecido en combate, entreno la pierna que se me ponen los muslos de un capitán de rugby en cuarenta y cinco minutos.

Mi amigo José 2 acaba de llegar de Buenos Aires y dice que está en Tirso de Molina y que a ver si comemos. Le digo que sí y acabamos en un restaurante espantoso de Chueca donde a un camarero se le caen los platos sin parar.

Después decido hacer un *tour* rápido de tiendas por si ocurre el milagro y encuentro algo pero nada de nada. Parece que esta semana estoy peleado con la moda.

Paso por Kiehl's y compruebo que las listas de invitados están definitivamente cerradas, que ya ha llegado el mobiliario de las barras, el catering, y está todo listo.

Yo empiezo a ponerme nervioso, porque siempre pienso que no va a venir nadie y que todo va a ser un cuadro. Janneth, que hoy está sorprendentemente tranquila, me dice: «Abel Arana, ya te han confirmado más de 350 personas, relájate».

Me voy a casa y mientras me afeito intento llamar al vecino y no tengo éxito. Le dejo un mensaje en el contestador y le digo que le voy a echar de menos. Porque es verdad.

Al final he pillado una camisa negra, un pantalón negro y unas Nike que me regaló mi madre que son la pera. Ahora solo me queda pasar un ratito con Sam, contarle que hoy probablemente voy a llegar tarde. Le dejo una de las latitas que ha mandado el vecino.

Agarro la bolsa con el portátil, la música y todo lo que necesito y salgo a la calle. A algunos de los lectores de estas crónicas les voy a conocer hoy y me hace mucha ilusión. Ahora solo espero que todo el mundo lo pase bien y que sean felices. Ahora mismo solo me interesa eso.

Nos vemos el lunes.

VEINTISÉIS

Aquí está lo que me ha pasado este fin de semana. Probablemente el más intenso en años...

VIERNES NOCHE

Salgo de casa con todos los bártulos necesarios para la fiesta. Cuando llego a Kiehl's, Janneth aún no ha llegado y el técnico de sonido está en un atasco. Maravilloso. Me va a dar un parraque, pero me arrastro por los suelos para apañar yo lo del sonido. Los del catering también llegan tarde. Yuju.

Sorprendentemente, en unos quince minutos todo se ha arreglado y la fiesta va a comenzar. De las primeras que llegan es mi amiga Amalia Enríquez, y como aún no hay mucho jaleo pongo en play el disco nuevo de Melody Gardot para hablar con Amalia y contarnos todo lo que ha pasado porque hace casi dos meses que no nos vemos y, por supuesto, hay novedades.

Los invitados van llegando en manada y se producen los típicos líos de «usted no está en la lista de puerta». Yo meto a todo el mundo para dentro, que esto es una fiesta. Me doy cuenta de que estoy muy nervioso y no me entiendo, porque todo está saliendo rodado. Los vips han llegado puntuales, se han hecho sus fotos y todo el mundo sonríe, come y bebe como si no hubiera un mañana. Y justo cuando está sonando «The One» de Kylie Minogue (una mujer con la altura de un taburete que gusta mucho a los gays), el portero me dice que hay dos personas en la puerta que preguntan por mí y que salga para ver si se permite el acceso.

EL VECINO NUEVO (Y GUAPO) SE HA PRESENTADO.

No sé qué decir. No sé qué hacer. ¿Dos besos o la mano? ¿Me caigo al suelo espatarrado como Paqui la Fandanguilla? Tiene una sonrisa en la cara que me deja mudo, pero no tan mudo como para decirles a él y a su mejor amigo que pasen y que en cuanto pueda les atiende.

Desde ese momento el estado de mis nervios, de mi cerebro, de la bragueta, de las manos y hasta de las puntas del pelo se descontrola. Me pongo nervioso porque de repente caigo en la cuenta de que hay muchos lectores del blog en la fiesta y se pueden dar cuenta de que el vecino es el vecino y... es que el vecino no tiene ni repajolera idea de que yo estoy escribiendo esto. Terror absoluto que lo arreglo con dos gin-tonics.

Son casi las doce de la noche y la fiesta está a punto de acabar. Me despido de toda la gente (que me dicen que quieren seguir bailando) y quedo con el vecino en verle a la vuelta de la esquina. Salgo de la tienda como alma que lleva el diablo y me reúno con el vecino, que me dice que hay unos amigos suyos esperándonos en un club que está muy cerca.

Vamos andando por la calle y me dice: «Bueno... ¿qué?», y le pongo cara de «¿y

ahora qué coño te cuento si es que estoy volado?». Le digo que antes de ir al club necesito pasar por casa a dejar los trastos. Me acompaña a casa y lo que pasa en el ascensor no lo puedo contar aquí porque no quiero que mi madre deje de hablarme por el resto de mi vida.

Estamos de camino al club y casi que lo agradezco, porque verme a solas con el vecino así, de golpe y porrazo, me deja un poco espeso y necesito un par de horas en mi cabeza para ver lo que quiero hacer. Estoy bloqueado. «¿Te gustan las sorpresas?» me dijo el cabrón. Y me ha dejado con la boca abierta.

En el club seguimos con los gin-tonics, y yo me encuentro tan gracioso que no puedo parar de hablar de Raffaella Carrà, que, aparentemente, es una cosa que al vecino y a mi amigo Gus les hace una gracia horrorosa.

Y claro, llega el momento de irse. Y resulta que el club está exactamente a una calle de donde vivimos el vecino y yo. Y entonces nos vemos solos andando por la calle y llegamos al portal, y el vecino me dice que a ver si le voy a dar un beso de buenas noches en condiciones. Le digo que no, que no le voy a dar el beso, que casi mejor le invito a dormir a mi casa. Y claro, me dice que sí.

SÁBADO

Apenas he dormido y no me voy a poner a explicar la cosa, que no es de buen gusto. Son como las dos de la tarde y creo que hemos dormido unas tres horas. Mientras me cepillo los dientes en el baño y compruebo que no tengo la cara de un oso hormiguero, pienso en el concepto de «lo estamos dando todo».

Cuando vuelvo al dormitorio (que huele a choto, por Dios), me encuentro al vecino apoyado en la cama y a Sam subido encima. El vecino me dice: «Parece que le caigo bien», y yo me callo porque lo que en realidad pienso es que Sam está desesperado por comer jamón de york y está utilizando todas sus malas artes para conseguirlo. Pero claro, ver la escena me gusta y se me debe de notar en la cara, porque el vecino me dice que se me pone una sonrisa de «tonto encantador» que le deja desarmado.

Otra vez vuelvo a la cama y, para cuando caemos en la cuenta, son casi las cinco de la tarde. Me levanto, me ducho, voy a la nevera y le pregunto al vecino si quiere algo. Cuando el vecino abre la nevera y ve tanta lechuga, tanta zanahoria, tanta cosa orgánica desnaturalizada y tanta fruta me dice que no se esperaba esta nevera y que se alegra de que me haya tomado en serio lo de comer mejor. Yo le digo que es por su culpa, y él me dice que me está saliendo un cuerpazo peligroso y que lo mismo me raptan por la calle.

Nos ponemos morados a fresas y plátanos, que es una cosa rápida que te quita el hambre en un pis pas y ya, de paso, es sexy. Porque ponerte morado a fruta en calzoncillos me hace recordar aquella película en la que Mickey Rourke (antes de operarse) se lo daba todo a Kim Bassinger (antes de engordar).

Después de eso nos duchamos y el vecino me pide que le acompañe a su casa, es decir, al portal de enfrente, a cambiarse de ropa. Una vez allí (nunca había estado en su casa) y mientras se está cambiando en el baño (pero si ya le he visto desnudo), por supuesto hago lo que cualquier hombre sensato: escaneo el apartamento como si fuera un superespía internacional. Gracias a Dios no encuentro nada raro. No hay ni pistolas, ni cadenas ni discos de Mariah Carey. Parece que es una casa como la mía, de soltero. Me quedo más tranquilo y le pregunto si nos vamos a la calle a dar una vuelta.

La calle Fuencarral está hasta arriba de gente, y el vecino decide ponerme la mano en el hombro. Me siento un poco raro. Me siento bastante raro, pero no es plan de quitarle la mano. No me molesta en absoluto, pero es raro. Lo primero que hacemos es ir al bar adonde íbamos siempre y pedirnos un té verde.

Después de eso, el vecino me dice que tiene que reunirse un ratillo con una gente del proyecto en el que trabaja y que va a terminar pronto. Mientras tanto, yo me voy a tomar un café con Janneth y a terminar de editar las fotos de la fiesta del viernes. Miro el móvil varias veces hasta que me aparece un mensaje del vecino, que me dice que me echa de menos y que vaya a buscarle, que hemos quedado para ver a su mejor amigo.

Pasamos la noche en casa de su mejor amigo y de ahí nos volvemos otra vez a mi casa, donde Sam recibe al vecino con unos pasos de flamenco para caerse de espaldas. El vecino me pregunta si el gato es siempre así de original, y yo le digo que el gato, por una loncha de jamón de york es capaz de cantar pop bielorruso si hace falta. Llevo al vecino a la nevera y le doy instrucciones para que le dé el jamón a Sam, que está a punto de cantar algo de Hannah Montana de la ilusión.

Luego le pregunto que a ver qué le apetecería hacer, y me contesta que tirarse en el sofá conmigo a ver una peli. Empezamos a hacer zapping y vemos a Jordi González en *La Noria* y presenciamos la entrevista más surrealista e incómoda que hemos visto en años. Al vecino le cae realmente mal el presentador de *Sálvame*, y yo le intento defender diciendo que lo que él hace debe de ser bastante difícil. Pero el vecino es de ideas fijas y dice que no le soporta. Cuando acaba la entrevista, nos ponemos a hacer zapping e intentamos concentrarnos en una película donde sale Kim Bassinger (otra vez), pero no hay manera y terminamos como terminamos.

DOMINGO

Nos hemos levantado sorprendentemente pronto y con un hambre como para comernos una vaca. El vecino me dice que, si yo quiero, él prepara el desayuno. Yo encantado de la vida, porque me pone tarumba que alguien me cocine. Probablemente soy de las personas que peor cocina en el mundo, entonces soy agradecidísimo para estas cosas.

Cuando me levanto hay tostadas, huevos revueltos, un bol con fresas, otro con

piña («es muy digestiva», me dice) y un descafeinado. Él se ha hecho un té con unas bolsas que un lector del blog (gracias, Fernando) me regaló el viernes en la fiesta y que por lo visto está buenísimo (el té, quiero decir).

Después del desayuno, llama mi amiga Begoña Antón (soy el mal 2.0), y se me había olvidado que había quedado con ella para irnos de cañas por La Latina el domingo. Le cuento por teléfono que han cambiado los planes, y ella me dice que vaya inmediatamente con el vecino, porque ella le tiene que dar el visto bueno a todo. Y es que Begoña, además de mona, vegetariana y muy inteligente, ella es muy como de «aquí lo tengo yo todo controlado, y como te pases un pelo te destruyo en Internet con un clic».

Nos encontramos en el Mercado de San Miguel con ella y nos ponemos morados a butifarras, pintxos (a veces echo mucho de menos la comida de mi tierra), trozos de tarta y, por supuesto, vinitos. Vemos que nos hemos enchispado un poco y llamamos a nuestra amiga Ana para que se una a nosotros. Ana es un poco como Cameron Díaz (la llamamos Cameron de la Isla) cuando se toma un par de copas, para que se hagan una idea. Por supuesto, nos morimos de la risa.

Pero la risa se me corta en seco a eso de las seis de la tarde cuando el vecino me informa de que tenemos que ir yendo porque tiene que recoger la bolsa y marcharse al aeropuerto. Es un poco como lo de *La Cenicienta*, que el vecino tiene que pirarse antes de convertirse en calabaza.

Nos despedimos de las chicas y vamos a casa del vecino a recoger sus cosas. De ahí nos vamos al aeropuerto en un taxi y me dice con un poco de sorna que se ha dejado su cepillo de dientes en mi casa. Yo le digo que no pasa nada, pero realmente no sé si pasa algo o no.

Aunque es muy tarde, hay una cafetería del aeropuerto que está abierta y decidimos que podemos cenar algo porque, como el vecino no factura, hay tiempo. Yo me como un bocadillo de jamón serrano y, como me doy cuenta de que tengo un poco de ansiedad, pues me como otros dos.

El vecino me pregunta si siempre como tanto y hace una broma diciéndome que no piensa casarse conmigo en la vida solo para no pagarme una pensión alimenticia si nos divorciamos.

Y llega el momento de despedirse. Le acompaño hasta el control de pasaportes y allí, claro, hay un silencio incómodo de narices. Odio las despedidas, nadie se imagina cuánto las odio. Me hace daño ver a gente marcharse. Cada vez que acompaño a mi madre al AVE, paso un rato fatal y no creo que esto se me pase con la edad. Nos damos un abrazo largo, le doy las gracias por la sorpresa y nos damos un beso. Lo surrealista de la historia viene cuando un par de chicas se nos acercan y nos dicen que son lectoras del blog y le preguntan a él que a ver si es mi vecino. Él se queda con cara de «no entiendo nada y quiénes son estas dos», y yo me quiero morir.

Él se queda asombrado y me pregunta: «¿Qué blog?». Y es que resulta que el vecino no sabe nada de esto. Le digo que mañana por la noche se lo cuento todo. Nos damos otro beso y él se va hacia el control de pasaportes.

Salgo del aeropuerto y no quiero mirar atrás para ver si él se ha dado la vuelta para mirarme, porque, conociendo al vecino, lo más probable es que se haya dado la vuelta. Y lo sé porque yo, en otro tipo de circunstancias, me hubiera dado la vuelta y no me hubiera movido de allí hasta que le hubiera visto desaparecer entre el resto de los pasajeros, pero no lo hago.

Salgo a la calle y lo primero que hago es encenderme un cigarro, y me noto que estoy nervioso y muy incómodo. Y también me noto que se me caen unas lágrimas. Y claro, eso me agobia y, cuanto más lo quiero controlar, evidentemente, menos lo controlo. Vuelvo en el taxi a casa pasando un mal rato como en tiempo no lo había pasado, y otra vez tengo la sensación de pérdida y pienso que esta historia, no sé por qué, no va a funcionar.

Solo quiero llegar a casa y meterme en la cama.

VEINTISIETE

Como es de suponer, he dormido mal. Y encima hoy es fiesta en Madrid y no tengo absolutamente nada que hacer. Para rematarlo, todos mis amigos están desaparecidos y hoy es una putada, porque resulta que hoy lo mismo sí me vendría bien hablar. Estoy de mal humor y los cereales orgánicos, el yogur orgánico y el cigarro no orgánico no me levantan el ánimo.

Me he despertado y en el móvil ya tenía un sms del vecino, que me dice que ha llegado bien y que se marcha directo a trabajar. Me manda un beso grande y me dice que me echa de menos. Me siento en el suelo de la cocina con un bajón enorme y me fumo otro cigarro. Y yo que quería dejar de fumar, pero para la ansiedad casi mejor esto que el chocolate, que no quiero volver a ponerme gordo.

Tengo que contarle al vecino que tengo un blog que lo lee mucha gente (el mes pasado han sido más de 126.000 visitas) y que todas las noches publico esta especie de diario. Pero no tengo ni idea de cómo enfocar el tema, porque me ha dado por pensar que lo mismo se enfada y me manda a tomar por culo. Yo, con el carácter que tengo, creo que me sentaría realmente mal.

Me pongo a trabajar en el segundo single de Lanka. Jake (el coproductor) me ha mandado una demo siguiendo unas instrucciones que le he pasado. Hay cosas que están muy bien y cosas que no. Me pongo a tomar notas y escucho la canción aproximadamente quince veces. Hay que repetir y repetir para encontrarle el secreto a una canción, y en ese momento pienso que lo mismo pasa con las personas. Uno tiene que insistir, equivocarse, y volver a insistir para poder tener un poco de criterio y la esperanza de acertar algún día.

Al mediodía, absolutamente nadie ha dado señales de vida. Parece que es cosa del destino que, cuanto más necesitas a la gente alrededor, menos aparecen. Y yo no llamo a nadie porque tengo la sensación de que soy un coñazo y no me apetece que la conversación gire en torno a esto. No quiero ser pesado. No me siento nada cómodo y, además, siempre he sido bastante práctico. Si contarle me solucionara la papeleta, pues les daría el coñazo día y noche, pero, como no es así, pues calladito.

Sigo fumando y mirando por la ventana y veo que ha salido el sol, lo que me levanta un poco el ánimo. Esta noche he dormido en el sofá. Cuando llegué a casa del aeropuerto, entré en el dormitorio y vi la cama desecha y me di cuenta de que el vecino había dejado su olor. Me entró una mezcla de tristeza, de soledad y de pereza vital. Me puse un DVD e intenté quedarme dormido. Y me costó mucho. Me estoy volviendo a agobiar y me voy a la calle, a ver si me da el sol y me animo.

He decidido ir andando hasta la plaza de Santa Ana (una de mis plazas favoritas de Madrid) para comer en La Mucca, un restaurante al que iba mucho con mi amigo Philippe cuando vivía en Madrid. Han tardado un poco en darme mesa, pero ha

merecido la pena porque me he comido unas croquetas y una pizza que estaban para morirse.

Salgo del restaurante y no sé qué hacer. Justo me llega un mensaje de mi amiga Ana, que me dice que está en los cines Ideal y que a ver qué hago en hora y media. Como estoy supercerca de los cines, voy hacia allí pero, para cuando llego, ella ya debe de estar dentro del cine porque no me contesta al teléfono. ¿Y qué narices hago yo en hora y media? Pues decido que voy a ir a ver una tienda de la que me han hablado muy bien, y la respuesta al «¿qué coño hago ahora?» me llega en forma del consultor pelirrojo, con el que directamente me estampo en medio de la calle. Él también va solo.

Me quedo muy cortado y él se da cuenta. Me pregunta que a ver adónde voy, y le digo que no tengo ni idea porque mis amigos han desaparecido y me han dejado abandonado como a un cachorrillo. Él me dice que había pensado ir al cine a ver *Thor*, que hay que ver lo tremendo que está el marido de la Pataky. Yo, sin pensarlo dos veces (porque soy muy idiota a veces), le digo que sí. Como él tiene iPhone (yo tengo BlackBerry, que es más de hombres, por Dios), se pone a mirar y resulta que en unos cines de la calle Fuencarral la ponen a un horario que nos viene fenomenal.

Por la calle vamos hablando sobre todo de su trabajo, lo que me viene de perlas, porque, como se le ocurra preguntarme por mi fin de semana, lo mismo le da un «parraque» como a Paqui la Fandanguilla. Me cuenta que lo del *consulting* es una cosa que le da pasta para vivir tranquilamente pero que en realidad lo que le gustaría es poder dedicarse a la fotografía, que es su verdadera pasión. En el iPhone me enseña un montón de fotos suyas. Ha ganado concursos e incluso ha expuesto en galerías buenas, lo que me deja gratamente sorprendido.

Llegamos al cine y en la cola de las palomitas él quiere palomitas dulces y yo saladas. Me quedo ojiplático con el precio de las cosas en los cines, y pienso que o se relajan en los precios o al final me veo solo en la sala, porque aún me niego a descargarme las pelis. No hay nada comparable con la pantalla grande. Y el doblaje sudamericano no lo pillo, porque ver a Julia Roberts llamar a Dustin Hoffman «pinche güey» pues como que no me encaja.

Comienza la película y me emboto una barbaridad, porque caigo en la cuenta de que no me va a pasar lo mismo que con el vecino. Él tiene su bolsa de palomitas y yo la mía, por lo tanto, no va a haber frotamiento de manos. La película es un coñazo enorme, y casi que mejor, porque me da por acordarme de cuando fui con el vecino al cine y, claro, esto no tiene nada que ver. Mira que el consultor es majo, está tremendo y tiene una cabeza para los negocios y un cuerpo para el porno. Pero no hay manera.

Salimos del cine riéndonos de lo mala que ha sido la película y que Kenneth Brannagh hubiera tenido mejor publicidad haciendo una *sex tape* con el marido de la Pataky, que tiene una pinta de flojo que te mueres. Me dice que me invita a un café y

le digo que vale, porque al final estoy pasando la tarde entretenido y todo.

Lo malo es cuando me pregunta por cómo me va la vida. Y en ese momento sé que estoy a punto de cagarla de una manera enorme, pero, a pesar de todo, no puedo evitarlo y le cuento la historia del vecino, le explico por qué no le he besado y le explico absolutamente todo. Por contarle, hasta le cuento que me he vuelto del aeropuerto hecho unos zorros. Él me pregunta que por qué narices no le doy una oportunidad al vecino, porque lo describo como alguien estupendo. Y le digo que no lo sé, que no tengo ni idea y me agobio un montón y le digo que me tengo que marchar, que se me hace muy tarde y tengo que poner lavadoras.

Le he dicho a un buen chico que le dejo porque tengo que poner lavadoras. Tócate los huevos. Por supuesto, camino de vuelta a casa sabiendo que lo más probable es que la próxima vez que el consultor me vea por la calle se cambie de acera o se coloque un collar de ajos alrededor del cuello, porque me he portado de verdadero espanto. Y esto me hace sentirme fatal.

Nada más llegar a casa, me suena el fijo con número desconocido, y es una pesada de esas de las que me quiere ofrecer un servicio de telefonía. Me pilla tan sensible que estoy a punto de contarle el ridículo que he hecho con el consultor pelirrojo buenorro, pero miento como un becerro (¿los becerros mienten?) y le digo que no soy el titular de la línea y que no puedo apuntarme a ese plan que tanto me conviene.

Mientras estoy en el baño comprobando en carne propia de nuevo lo bien que funciona lo de la fibra, vuelve a sonar el fijo y lo pillo con los pantalones por la rodilla y dispuesto a decirle a la teleoperadora por dónde se puede meter la tarifa plana. Pero resulta que es el vecino y lo primero que me dice es que al día siguiente se celebra el último partido entre el Madrid y el Barça y que no se me puede olvidar.

Todo esto me pilla de improviso y resulta que es él mismo el que me saca el tema de las chicas del aeropuerto. Me veo obligado de golpe y porrazo a contarle que he estado escribiendo un diario y que lo he publicado en mi blog de Internet. Él se queda callado y me pregunta que a ver cuánta gente lo ha leído el mes pasado. Yo le cuento que más de 126.000 visitas, y él me dice que eso no puede ser posible. Después me pregunta que a ver si pongo su nombre y su apellido, y le digo que claro que no. Él me dice que a ver si lo puede leer y yo le digo que abra el Google y escriba «Abel Arana crónicas de un soltero». Me dice que lo va a hacer y que me vuelve a llamar en un rato. Y me lo dice en un tono absolutamente serio.

Justo en ese momento, y cuando contemplo seriamente la posibilidad de suicidarme por sobredosis de leche de avena (puag), suena el teléfono y es mi madre, que me cuenta que hoy no sale de casa porque en Ayamonte está lloviendo una barbaridad y que tiene unas ganas de playa enormes. Me pregunta por el fin de semana y se lo cuento todo. Absolutamente todo. Por supuesto, me pega una bronca

horrorosa por escribir de alguien sin pedirle permiso, y me dice que ella no me ha educado así. Yo se lo intento explicar y al final la sangre no llega al río.

Me hago la cena.

El vecino sigue sin llamar y han pasado cuarenta y cinco minutos.

Me ducho y me lavo los dientes.

El vecino sigue sin llamar y ya ha pasado una hora.

A la hora y media, el vecino llama y me dice que, ahora que lo ha leído todo, lo comprende todo un poco más. Me dice que le han gustado mucho las crónicas y que le parece todo muy simpático. Le pregunto que a ver si le ha sentado mal y me dice que la verdad es que no. Me dice que él no tiene ninguna intención de ser conocido, pero que no le molesta. En concreto, me dice que desde este pasado fin de semana no le molesta en absoluto. Me pregunta que a ver qué repercusión puede tener esto en nosotros. Yo le digo que estoy escribiendo esto sin pensar en la repercusión, que escribo por instinto. Él me dice que, en cierta manera, es un honor que yo escriba sobre él y que me agradece las buenas palabras que le dedico. Yo le he dicho que es verdad lo que digo de él y él me pregunta que a ver si lo cuento absolutamente todo. Yo le digo que no, que absolutamente todo no. Me dice que me quiere preguntar una cosa. Yo le digo que dispere, y él me pregunta que a ver si me he tirado al consultor pelirrojo cachas y no lo cuento por quedar bien. Le digo que no, porque la verdad es que no lo he hecho, pero también le cuento que esta tarde he estado en el cine con él. Me dice que eso, sinceramente, no lo entiende. Y yo le digo que prometo darle una respuesta definitiva cuando vuelva. Más que nada porque no entiendo esto a distancia, para bien o para mal.

Me cuelga diciéndome que a partir de ahora lo va a leer todos los días y también me dice que haga el favor de no hablar así de Mariah Carey en el blog, lo que me da un poco de terror, para qué engañarnos. También me dice que hay que ver la mala hostia que tengo a veces y que (y esto me da pánico) me va a buscar en el Google a ver qué encuentra. Yo le digo que lo mejor que puede hacer es preguntarme a mí todo lo que quiera saber. Pero sé que no me va a hacer caso.

Quedamos al día siguiente para ver el partido de fútbol juntos vía Skype, y yo me quedo tan inquieto que, siguiendo los consejos de Esperanza Gracia, me vuelvo a duchar, pero esta vez con medio kilo de sal en la cabeza. Intento poner la mente en blanco, pero resulta que me he puesto tanta sal que se me mete en los ojos y he acabado estampado en el suelo del baño con los ojos como la niña del exorcista. Vamos, un cuadro flamenco.

Termino el día con Sam y le pregunto que a ver si quiere cama o sofá. Yo juraría que me entiende, porque pega un bote enorme a la cama. Le sigo a la cama y me acuesto y huelo la colonia del vecino. Y me quedo dormido abrazado a la almohada y pensando que tengo que ser valiente. Para lo que sea, pero tengo que atreverme.

VEINTIOCHO

Me levanto un poco espeso porque he vuelto a soñar la cosa esa de la playa e incluso puedo ver que quien está a mi lado lleva un bañador rojo, pero sigo sin saber quién es y lo único que oigo es la frase «Es todo muy fácil». En cuanto pongo un pie en la cocina, Sam me pega cuatro berridos y comprendo cuando veo que su cuenco de pienso está vacío. Se lo relleno y se tira de cabeza. Calculo que me quedan cinco minutos antes de que empiece a bramar porque tiene sed.

Tengo una reunión con mi amigo Andrés a las diez y media y, como somos los dos unos modernos, decidimos que la vamos a tener en un Starbucks. Antes de eso (siempre me levanto temprano), me pongo a contestar los mails pendientes de ayer y de nuevo me encaro al drama del «folio en blanco». Y esto ya empieza a tocarme las narices. Es irritante saber exactamente lo que quiero contar y no poder hacerlo de una manera fluida. Es como si quisiera hablar y me entrara una afonía enorme de golpe.

Antes de salir para la reunión, decido que este va a ser un gran día sí o sí y me pongo musicón para bailar en la ducha. Siempre he bailado en la ducha una barbaridad y me asombra el hecho de que a estas alturas aún no me haya estampado vivo. Por supuesto, también hago playbacks con el teléfono y esta mañana canto a berrido limpio el «Rock Dj» de Robbie Williams, para desgracia de Sam, que me mira con cara de ir a denunciarme al defensor del menor de un momento a otro.

De camino a la reunión en Gran Vía, sigo escuchando a Robbie y, cuando llega Andrés, nos descojonamos porque a mí me dan una taza de porcelana y a él le dan un vaso de plástico. Andrés tiene la teoría de que, como es sudamericano, lo mismo las del Starbucks tienen miedo de que les robe la vajilla. Andrés y yo estamos trabajando a medias en un nuevo proyecto audiovisual, y parece que poco a poco la cosa va cogiendo color y vamos a empezar a currar prontito. Siempre me lo paso bien con Andrés, porque es un tío con un humor muy inteligente y eso, perdonen, pero no es frecuente. Le digo que me haga una foto con las dos bebidas para el blog y él se descojona. Tengo muchas ganas de currar con él porque pienso que entre los dos somos capaces de muchas barbaridades y, por lo menos, nos vamos a divertir.

De vuelta a casa, mi madre me llama por teléfono y me cuenta que la noche anterior ha llovido una barbaridad en Ayamonte y que tiene mono de playa. Yo le cuento que en Madrid ha salido un poco el sol y que tengo ganas de verla. La mujer se emociona siempre que se lo digo, pero es verdad: tengo muchas ganas de verla.

Y justo cuando pongo un pie en casa, me suena el teléfono y es el vecino, que me dice que tiene un cuarto de hora para hablar conmigo. Yo, completamente instalado en el nervio, le digo que de qué tenemos que hablar. Y él me cuenta que anoche me buscó en el Google y que ahora ya sabe muchas más cosas y que se ha quedado sorprendido. Como soy bromista por naturaleza, le digo que a ver si no le importa que

haya tenido una carrera en el porno y él tarda unos segundos en darse cuenta de que estoy de coña, lo que me tiene a carcajada limpia unos dos minutos.

Me da un poco de pudor que el vecino haya hecho eso. Me hubiera gustado haber tenido la oportunidad de habérselo contado yo. Él me dice que no se lo he contado porque no he querido. Yo le respondo que cuando conozco a alguien me interesa mucho más que me cuente cosas que contarlas yo. Él me dice que, a priori, mi vida es mucho más interesante. Yo le cuento que mi vida es como la de cualquiera, solo que mi trabajo es un poco más peculiar. Me levanto a las siete y media casi todos los días y me pongo a escribir, a veces con suerte, otras no tanto. Soy un currante como los demás y no soy millonario. Es decir, una persona normal y corriente. Él me dice que, si yo soy normal y corriente, él es Cindy Crawford, y yo le digo que ni hablar, porque no tiene ni lunar ni los labios gordos, con todo lo que implica tener unos labios gordos. Como la conversación está ya teniendo unos tintes surrealistas, ambos decidimos que nos vemos por la noche en Skype para comentar el partido de fútbol. Yo le digo que, además de perder la liga, esta noche van a perder el partido. Su respuesta es: «No tengo el horno para bollos», una frase con la que siempre he identificado a María del Monte, no me digan por qué.

Salgo de casa de camino al gimnasio y se me funde la bombilla de la lámpara de la entrada, lo que me da una angustia tremenda porque nunca me acuerdo de comprar bombillas. Cuando uno sale a la calle se acuerda del pan, de la leche o de una camiseta molona. Pero... ¿una bombilla? Ni de coña. Haré lo de siempre, escribírmelo en la mano y comprar siete u ocho.

En la recepción del gimnasio, me encuentro a Chris y me pongo contento como una ardilla, pero la alegría me dura poco porque Chris me dice que no se puede quedar a entrenar, que ha venido a pagar y que se pira al curro. En el gimnasio resulta que hay un cliente nuevo y la gente está revolucionada porque es alguien muy famoso que sale en la tele en programas muy famosos. Al natural, desde luego, no es como en las fotos y no tiene para nada un culazo, lo que le quita unos 2000 puntos de golpe.

Como es lunes, entreno pecho, que es el día más cómodo. Las musculocas entrenan pecho el viernes para estar golosos el fin de semana. Yo lo hago el lunes no por llevar la contraria, sino porque es más cómodo y hace como siete años que no me quito la camiseta en una discoteca, que eso es de horteras que se han quedado pillados en 1997. Hay tanta gente en tetas en una discoteca que, precisamente, la única gente que me llama la atención es la que va vestida.

Al salir del gimnasio me doy cuenta de que está cayendo una tormenta de granizo apocalíptica y que voy en pantalones cortos. En la recepción hay una actriz muy famosa que sale en películas de Almodóvar y comentamos que vaya asco de tiempo. Hay que ver cómo se está poniendo el gimnasio de celebrities, lo cual no mola nada porque se enteran las cuatro modernas de turno y se puede poner petado en dos

semanas de gente con camisetas de Dolce & Gabbana (un icono para los *wannabes* mundiales).

Consigo llegar a casa empapado y pensando que es el fin del mundo, y me hago una pasta con pollo y una cosa de avena que, según pone en el bote, «es el sustituto perfecto de la nata para cocinar». Si eso es el sustituto perfecto, yo soy Marifé de Triana, por decirlo de una forma elegante, porque, digan lo que digan, eso sabe a limpiacristales. Y no, nunca he bebido limpiacristales, pero me imagino que tiene que saber así.

A la tarde tengo una cita. Todos los años me hago las pruebas del VIH. Soy de una generación que ha crecido educada en los riesgos de contraer la enfermedad y me las hago casi anualmente desde los 19 años. Me he enterado que los chicos de Apoyo Positivo (una organización con la que colaboro siempre que me lo piden) hacen una prueba fiable al cien por cien y con resultados inmediatos. Así que prefiero hacerla ahí y así no tengo que esperar una semana, como en la Seguridad Social.

Una vez que llego allí después de perderme veinte veces, me recibe una chica encantadora que me explica cómo va a ser la prueba y que me tengo que pasar un aparato rollo CSI por las encías y ensalivarlo. Mientras esperamos el resultado, yo me pongo nervioso y comienzo a repasar mentalmente mi vida sexual desde el divorcio. Por mucho que uno esté tranquilo y que siempre haya tomado precauciones, es imposible no ponerse nervioso mientras se espera. También tengo que rellenar un formulario donde confirmo que no follo ni con drogas ni borracho. Asimismo, confirmo también que no han abusado sexualmente de mí y que no tengo pareja.

Mientras espero el resultado, salgo a fumar con la chica y me dice (para mi sorpresa) que el grupo de mayor riesgo de infección es el de las mujeres heterosexuales menores de 30 años, lo que me deja a cuadros. Después del cigarrillo me da los resultados y sale todo bien. Respiro un poco más aliviado y de camino al metro voy pensando en lo importante que es cuidarse y tomar precauciones siempre. Es una enfermedad terrible que siempre ataca a los inocentes, y me pongo un poco triste pensando en que quizá hoy le tienen que contar a alguien un resultado distinto al mío, y se me encoge un poco el corazón pensando en lo duro que debe de ser recibir esa noticia. La gente nunca rechazaría a alguien con un tumor en el pie, pero a alguien con VIH, claro que lo rechazan. Ni somos tan modernos, ni hemos avanzado tanto. Y hay muy poca información.

Decido llamar por teléfono al «difunto» y contarle que me he hecho los análisis y que todo bien. Es una manera de decirle que siempre me he cuidado (y le he cuidado) y que, si de ahora en adelante él tiene algo, no he sido yo el que se lo ha pasado. Me parece una responsabilidad básica. Solucionamos el trámite muy rápidamente (él es muy educado) y terminamos la conversación de manera civilizada.

Vuelvo al barrio y decido que voy a celebrar lo del análisis con un té verde. Desde

ese bar llamo al vecino más que nada porque allí me tomé el primer té con él y le cuento la noticia. Me dice que se alegra pero que tiene mucha prisa y que se mete en una reunión.

Después de eso me vuelvo a casa a currar un poco y, como estoy un poco sensible, llamo a mi madre por teléfono. Me cuenta lo mismo que a la mañana, pero su voz siempre me tranquiliza. Cuando cuelgo pienso que no sé qué va a ser de mí el día que ella no esté. Vamos, que no soy el colmo de lo positivo hoy.

Tengo que escribir un documento que describa el concepto de mi nuevo libro para enviárselo a mi representante y que ella pueda corregirlo y pasarlo a tres editoriales que han mostrado interés. No ocupa más que un folio, pero me cuesta Dios y ayuda hacerlo. Se me da fatal venderme y creo que tengo el «síndrome del impostor». Le mando el mail a Carmen y le digo que corrija y añada todo lo que haga falta. Carmen está un poco flojilla porque se ha muerto el padre de su mejor amiga y ha sido un fin de semana bastante duro. La noto un poco menos alegre que de costumbre y le digo que la quiero «una jartá» y que nos vemos esta semana sin falta para achucharnos.

Llega la hora del partido de fútbol y ya estoy duchado y con dos sándwiches de pavo (orgánico, creo) y un vaso de leche desnatada frente a la webcam. Nos ponemos a hablar de todo y el vecino no hace mucho caso al partido porque cree que van a perder, y el vecino tiene un muy mal perder. La cosa termina con empate a uno, lo que quiere decir que el Barça pasa a la final, y yo estoy tremendamente feliz. Cada día me cae peor Mourinho y creo que tiene un karma pésimo que afecta a sus jugadores. Hasta Cristiano Ronaldo decía el otro día en un periódico que no le gustaba cómo Mourinho le hace jugar.

Después hablamos de la prueba del VIH y le pregunto si él se la hace. Me dice que sí porque le gusta mucho el sexo y siempre ha tenido bastante cuidado con lo que hacía porque quiere darlo todo muchos años. También me cuenta que los últimos resultados se los dieron a finales de enero y que estaba todo en orden. Y me reconoce que sí, que aunque uno vaya muy seguro, los diez minutos previos a recoger el resultado se pone uno nervioso.

No hablamos mucho más porque tengo que poner una lavadora, intentar escribir algo que sea coherente y preparar una reunión de marketing del día siguiente. Me manda un beso de buenas noches y me dan ganas de decirle que no he cambiado las sábanas y que Sam esta noche ha dormido en su almohada y que, por lo tanto, le gusta su olor.

Hace unos meses, recién divorciado, la cabeza se me despertaba muchísimo por la noche y era un hervidero de ideas. Sin embargo, ahora cada vez me entra el sueño antes y ya no me dan las tantas de la mañana viendo teletienda y queriendo comprar unas zapatillas horribles que por lo visto te quitan la tripa.

Sam ya me grita que tengo que ir a dormir y se me frota entre las piernas mientras

me cepillo los dientes. Voy a la cama y me duermo viendo una película que dan en La Sexta de desastres en la que el mundo se va a la mierda por una tormenta. Sueño que un día me levanto y que no queda absolutamente nada a mi alrededor. No está ni la playa ni la voz que me dice que «es todo muy fácil».

Me duermo asustado pensando que tengo que decidirme pronto, que lo mismo mañana ya es tarde y llega una tormenta y me quita la oportunidad. Estoy asustado. ¿Y si de repente todo desaparece?

VEINTINUEVE

¡Ha salido el sol! Y con ello se me han ido todos los miedos de la noche anterior. Le he dicho a Sam que de ahora en adelante no vamos a ver películas de desastres naturales, de gente con cáncer o interpretadas por Elsa Pataky. Solo vamos a ver comedias americanas de adolescentes en tetas o películas americanas de terror en las que asesinan a adolescentes en tetas. Lo que sea, pero en tetas.

Hoy no tengo reuniones hasta tarde, y por lo tanto me quedo holgazaneando en la cama un rato más con Sam subido a mi pecho. Cuando estoy a punto de volver a quedarme dormido, suena el teléfono y es mi padre. En realidad es mi madre, que llama desde el móvil de mi padre porque en Ayamonte (literalmente) «se me mete la emisora portuguesa y el móvil se vuelve loco». Mi madre, cumbre de la posmodernidad, cree firmemente que lo que tiene ella no es un móvil, sino un walkie talkie.

Nos levantamos y le pongo a Sam un poco de jamón de york. El muy sinvergüenza me mira con cara de «tú me vas a hacer algo» y mira al plato con recelo. Le digo que estoy contento como unas pascuas porque ha salido el sol y él telepáticamente me dice: «Me parece muy bien, pero soy un gato y te odio y no me fío».

Me preparo un desayuno orgánico que sabe a plátano con serrín y Fairy. Voy a la ducha y por primera vez en muchos días compruebo si estoy haciendo progresos con la dieta del vecino o no. Y lo flipo. La tripa ha desaparecido casi por completo. Acabo de salir del grupo de riesgo de terminar como Antonio Resines. Y esto, siendo un soltero y viviendo donde yo vivo, tiene su importancia, porque todos los días me cruzo con dos mil cuerpos genéticamente alterados con esteroides, y eso afecta hasta la visión global de uno mismo.

Un fan enloquecido me manda un mail con la presentación en la tele USA del nuevo single de Lady Gaga. No se puede ser más hortera (ha superado a las de Eurovisión), más cascabelera y más del fondo del polígono. Así lo hago saber en varias redes sociales, y los fans comienzan a desearme incluso herpes vaginales. Angelicos.

Pongo la tele y me encuentro con la cara de mi amiga Carmen dando unas declaraciones porque resulta que Carmen es la abogada de la acusación en un caso muy mediático contra unos violadores que presuntamente abusaban de una niña de 14 años en un hotel. Se me hiela la sangre al conocer la historia y me pregunto cómo Carmen no me lo ha contado. La tengo que llamar.

Me pongo a contestar mails y cierro una reunión (comida incluida) para el próximo lunes con respecto a un proyecto audiovisual del que tengo muchas ganas. Cuando estoy a punto de tomarme los polvos esos raros del gimnasio, me llama mi

amigo Nando y me dice que está en una terraza debajo de casa y que me acerque a tomar lo que sea, porque como ya no tomo café, pues no sabe a qué narices invitarme a estas horas.

En la terraza Nando me cuenta cómo va avanzando su nuevo proyecto laboral (pinta fenomenal) y me dice que se encuentra instalado en la bisexualidad. También me cuenta que me tienen que hacer unas fotos para promocionar no sé qué y que ya me avisa del día. Pero yo insisto en su bisexualidad, y por supuesto en dos minutos le hago veinte chistes sobre ostras, almejas, felpudos y varias cantantes de flamenco españolas. Él se descojona y me acompaña hasta la puerta del gimnasio.

Cuando estoy en gayumbos en el vestuario del gimnasio, justo sale Chris de la ducha y le digo que es un momento muy de Bárbara Rey y Rocío Dúrcal. Él no me entiende, porque en Chile no estrenaron *Me siento extraña*, una obra cumbre del lesbopop español. Ya que estamos allí y no podemos entrenar juntos esta semana por cuestión de horarios, nos ponemos a rajarse de un viaje que tiene que hacer a Barcelona, de lo educada que es la gente en Bruselas y de que ya me he acostado con el vecino. Es decirle esto y se pone como un *hooligan* a felicitarme y pedirme todos los detalles sórdidos. Absolutamente todos. Pero no cuento nada. Siempre me ha parecido un poco raro contar los polvos. No me gusta ni siquiera que la peña se entere de a quién me he trincado. Es una cosa que pienso que se tiene que quedar entre la otra persona y yo... ¿no?

Entreno en el gimnasio y hoy también está el famoso este de la televisión que lo está dando todo en la cinta de correr, y me dan muchas ganas de ir y decirle que debería correr menos porque no tiene culo y menos va a tener como siga a esa velocidad. Y un hombre sin un buen culo es como The Supremmes sin Diana Ross. Existen, pero son un drama.

Hoy me toca hacer brazo, que es mi punto fuerte. Como estoy solo, me pongo musicón en el iPod y vivo un momento *Flashdance* de morirse con 30 kilos en cada brazo. Tengo tiempo y puedo entrenar de maravilla, porque a eso de la una apenas hay gente y todo es más relajado.

Después de eso, vuelvo a casa a dejar la bolsa y a recoger unas pastillas de Omega 3 que tomo entre comidas y que aparentemente me van a dejar la piel como a la Preysler. De ahí me voy a comer con mi amiga Janneth, y por el camino me llama el vecino y me cuenta que ha seguido investigándome en la Red entre reuniones y que eso le mantiene muy entretenido. Yo le contesto que por favor no le dé importancia a lo del vídeo porno con un pastor alemán sumiso, que solo fue una vez, él me sigue el rollo y me dice que él tiene un pasado oscurísimo de *cheerleader*. Le digo que le tengo que dejar y que hablamos a la noche si le parece bien. Me dice que tendrá los pompones preparados.

Sigo sin tener ni repajolera idea de cuándo va a volver, y no se lo he preguntado

este pasado fin de semana. Tampoco le he preguntado que a ver si va a viajar mucho y se lo tengo que preguntar, que no estoy para liarme con alguien que no esté nunca. Y eso por no hablar de las relaciones a distancia, que son un coñazo enorme. Si te mojas, te mojas de verdad, pero lo de medio mojarse no me apetece un pelo.

Mi madre también me llama y me dice que está en la comida de cumpleaños de su amigo Sebastián y que le ha regalado un frasco de Álvarez Gómez, que es la colonia que usamos los hombres en mi familia. Me dice que cada vez está más feliz en Ayamonte y que me gustaría ver que la gente la trata muy bien allí y la quiere mucho. Yo le digo que debería plantearse pasar más tiempo allí. Me cuelga diciéndome que me porte bien y que a ver cuándo vuelve el vecino, que no le hace gracia que esté soltero. Alucina, vecina...

Janneth y yo comemos en una terraza del centro y un camarero que rivaliza en ceja depilada con María Félix nos atiende como el culo. Mi amigo Carlos siempre diferencia a la gente en dos clases: los de ojete relajado y los de ojete apretado. Este camarero, sin duda, pertenece a la segunda categoría, y nos reímos con una maldad suprema cuando se estampa contra una puerta al hacer un giro de cintura muy Beyoncé. Janneth se va quince días de vacaciones a Colombia y me pregunta que a ver qué quiero que me traiga. Le digo que, por querer, querría un cerebro nuevo pero que en realidad con un imán para la nevera o un traje típico regional me doy por contento. También tenemos un apasionado debate sobre la ley antitabaco, los botellones adolescentes, las drogas y las nuevas generaciones, y todo eso desemboca en la pregunta del día: ¿hay futuro para la telerrealidad después de Paqui la Fandanguilla?

Llego a casa sin encontrar respuesta a la pregunta y enciendo Tele 5 con la esperanza de que Paqui me ilumine con un «yo no he zío puta, por Dioh» de los suyos. Paqui no aparece por ningún sitio y yo me quedo dormido mientras dos que trabajan en el programa se insultan a un volumen tan brutal que me aturden. No hay nada mejor para dormir que *Sálvame*. Como no conozco a nadie de los que salen ni sé por qué están ahí, pues me aturdo y me caigo frito rapidísimo.

Echarse una minisiesta es una cosa malísima, porque me levanto embotado. Me acuerdo de que tengo dos novelas pendientes de escribir y telepáticamente le pregunto a Sam si tiene alguna idea para que vuelva la inspiración. Él, telepáticamente, me dice que me vaya a freír espárragos, que sigue muy ocupado atrapado en ese bucle de «te quiero pero te odio». Ten hijos para esto.

Mi amigo Gus (yo soy la moda) me llama y me dice que mañana tenemos que ir a un evento que hacen los de Nike en un sitio para modernos. Me termina de convencer cuando me explica que el evento lo patrocina una marca de vodka. Quedamos para tomarnos algo en la terraza del Hotel Óscar y hablamos de rencillas entre personas, de dos amigas que conocemos que se están portando raro, del vecino y del precio de

la leche en los supermercados modernos. Impresionante.

Vuelvo a casa y, nada más poner un pie, me llama el vecino y me dice que me enchufe al Skype. Yo le digo que no hay partido y él me contesta que tampoco tiene que haber fútbol para que nos veamos. Digo yo que tiene razón y me conecto.

El vecino está con camisa y corbata, y esto es una cosa que me pone nervioso. Tiene la mesa llena de papeles, y donde él está ya es de noche. Le digo que ya debe de ser tarde para él y me dice que sigue con el horario español y que en realidad nunca ha necesitado dormir más de cinco o seis horas al día. Yo le digo que cada día duermo más y más y él me dice que duerme siempre fatal. Me aclara que las noches que mejor ha dormido en años son las que ha pasado conmigo. Me quedo un poco verde con la revelación y también le digo que sepa que no me voy a cortar un pelo a la hora de escribir, aunque sepa que él va a leer el blog todos los días.

Y claro, esto es raro porque lo que yo piense él lo va a saber. Pero es que ya me sentía mal escribiendo de él y que no lo supiera. Muchas veces pienso que en realidad no tengo que tomar ninguna decisión y dejar que todo pase de una forma más natural y más fluida. Se lo tengo que decir al vecino, porque a veces se me aprieta el pecho pensando que todo depende de lo que yo diga. Igual el truco es no decirlo absolutamente todo y dejar que ocurra lo que tenga que ocurrir. Aunque me da la sensación de que el vecino va a seguir erre que erre y me va a pedir un «sí» o un «no». Y eso me agobia un poco.

¿Y el sexo? Pues la verdad (y de esto sí que no me hace gracia que se entere el vecino), la verdad es que estoy encantado. Al margen de él no he tenido sexo con nadie y tampoco he notado que me hiciese falta. Yo creo que conforme pasan los años es una realidad muy gorda eso de preferir la calidad a la cantidad. Necesito sexo del bueno, y en ese aspecto el vecino y yo somos dos mil por cien compatibles. De hecho, me entran sudores solo de pensarlo y vuelvo a preguntarme que a ver cuándo regresa porque, para ser sinceros, me he quedado con ganas de más. Digo yo que eso es una buena señal, porque yo el sexo siempre lo he visto como una forma más de comunicación entre dos personas.

Termino la noche metiéndome en la cama y oliendo al vecino, porque sigo sin cambiar las sábanas. Mientras hablábamos, le he preguntado al vecino qué colonia usa y me dice que este fin de semana no ha usado ninguna. Es decir, el olor de la almohada es el suyo. Y a mí me gusta pero a Sam más, que telepáticamente me dice que «como lave la almohada me arrastra».

Me enchufo Tele 5 porque hoy dan *Enemigos íntimos* y por lo visto hoy quieren destruir a Belén Esteban llevando a uno que hace cuatrocientos años presuntamente le pegó un polvo en un hotel de medio pelo. Estoy muy contento de no ser Belén Esteban, de no haberme quedado embarazado de un tenista y de no llevar extensiones, todo por ese orden.

Mañana me espera un día de gestiones, de bancos, de papeles. Vamos, un coñazo. Pero hoy me acuesto feliz porque todo está tranquilo, no se ha producido ningún terremoto y vuelvo a pensar en los básicos: mi familia me quiere, estoy sano, la tripa ha desaparecido y Elsa Pataky no tiene previsto rodar ninguna película este mes.

Lo único que me preocupa un poco es que todo dependa de un «sí» o un «no». ¿No podrían ser las cosas más fáciles?

TREINTA

Escribo desde la Terminal 4 del Aeropuerto de Barajas y son las ocho de la noche. Obviamente, estoy aquí porque voy a coger un avión, no porque me haya hecho azafato. Y hoy voy a copiar el formato de las series de la tele, llenas de flashbacks para contarles cómo ha sido mi día hasta llegar aquí...

Me he levantado con una pereza que hasta a Sam le dan miedo mis bostezos. Es más, telepáticamente me dice: «Te odio pero no me comas, por favor». Nada más levantarme, me siento tan cansado que me como un plátano orgánico en el suelo de la cocina. Y antes de que me pueda quitar las legañas, me suena el teléfono y es el vecino desde el más allá, porque hay que ver lo lejos que está.

Me pregunta que a ver qué tal he dormido y le digo que regular, porque estoy soñando cosas raras. Y no me acuerdo de qué he soñado, pero era raro. También me pregunta si tengo planes para el fin de semana. Y la verdad es que no, no tengo absolutamente nada que hacer. Espero poder ver a mi amigo Pablo, que está trabajando en Cibeles y cuando le he llamado esta mañana me ha contestado en medio de un desfile y le he preguntado si estaba en Cibeles o en un after, porque vaya musicón.

No tengo planes para el fin de semana. No he quedado con nadie y creo que lo más excitante que tengo que hacer es ir al supermercado, poner una lavadora con las sábanas del fin de semana pasado (sí, ya lo sé) y mirar al techo. También tengo que ir al veterinario a comprar comida para Sam, porque esta mañana se le ha acabado el pienso y no saben ustedes cómo se pone cuando ve el cuenco vacío.

Le cuento al vecino que anoche tenía que haber estado en la fiesta de una marca de zapatillas deportivas, pero que de camino me encontré a Matías y su chico con una amiga en un café del barrio y ya decidí quedarme con ellos tomando una cerveza. Matías, por si ustedes no se acuerdan, es el mejor amigo del vecino. Me pregunta que cómo van las cosas y yo le digo que no sé, pero que todo va bien. Él me dice que me lo piense, que es el mejor amigo del vecino desde hace más de quince años y que nunca le ha visto tan empeñado en algo. Después hablamos de ropa, de la importancia de no mezclar el verde con el marrón y de política, porque Matías y yo votamos al mismo partido y estamos acojonados con lo que se nos puede venir encima.

El vecino, después de escuchar mi discurso y escuchar cómo se lo cuento con el tercer plátano orgánico de la mañana, me corta en seco y me dice: «¿Te siguen gustando las sorpresas?».

Santo Cristo de la luz. Le pregunto si va a volver a venir, porque la misma sorpresa repetida no tiene gracia. Me dice que no, que no puede venir a Madrid y me pregunta si le echo de menos. Le digo que sí y que fíjate cuánto hace que no he lavado las sábanas. También le aclaro que no sé si lo hago por romántico o por vago.

Él me dice que me cuelga y que me vuelve a llamar en un par de horas. Me deja con la palabra en la boca y le noto sobreexcitado, como cuando yo estoy a punto de decir «yuju».

Anoche vi el comienzo de la nueva temporada de *Supervivientes*, porque tenía una noche floja, emocionalmente hablando, y el ver a varias personas aterrorizadas estampándose contra el agua desde un helicóptero me iba a subir la moral, sin duda alguna. Pienso seriamente en que el Gobierno ponga un ministerio de salud mental que se llame «Ministerio de Asuntos Telecinqueros», porque a mí me está salvando de una depresión exógena de tres pares de narices. El problema es que nadie se pega y hay pocos insultos y, claro, si no hay sangre me duermo.

Como el vecino va a tardar en llamarme, decido que me da tiempo a desayunar y a largarme al gimnasio, que como esta semana ha sido fiesta el lunes tengo que recuperar la rutina y hoy he de hacer dorsal y hombro. Mientras voy de camino al gimnasio, caigo en la cuenta de que llevo ya tres semanas sin caféina y que la calidad de mi sueño ha mejorado una barbaridad. He pasado de tomar seis o siete cafés al día a nada. Y la verdad es que no me ha costado absolutamente nada desengancharme. Total, últimamente el café en los bares está fatal y el descafeinado sabe igual.

Llego al gimnasio y me encuentro a dos armarios empotrados teniendo una conversación sorprendente: están hablando del comienzo de la campaña electoral. Como lo oyen, dos amasijos de músculos hipertrofiados con un debate que ya lo querría Jordi González en *La Noria*. Porque, no nos vamos a engañar, son los dos mucho más apañados que María Antonia Iglesias, visualmente hablando.

Me pongo a entrenar al lado de ellos (sí, quiero ser cotilla) y me entero de que uno es del PSOE y el otro del PP. El del PSOE habla de las maravillas de la conquista de derechos sociales, y el del PP le dice que no se va a poder casar porque sin dinero no va a poder celebrar la boda. El del PSOE le dice que no se puede ser gay, y el PP y el del PP le contesta que él puede ser hasta *cheerleader* si se lo propone.

En el vestuario me encuentro a Chris en la ducha y nos ponemos a rajarse de cosas importantes, es decir: el nuevo vídeo de Lady Gaga (que es un horror espantoso de ver), si es mejor la gomina o la cera para el pelo y la importancia del bronceado a la hora de generar endorfinas. Vamos, que estamos viviendo un momento Paris Hilton que es para darnos dos bofetadas.

Mi madre me llama desde Ayamonte contenta como una ardilla porque resulta que desde hace un par de semanas ha decidido hacer promoción del blog entre sus amigas, y mi madre, que tiene mucho poder de convocatoria (de casta le viene al galgo), tiene a medio pueblo leyendo el blog. Claro que la gente de Ayamonte es buena y de momento nadie le ha dicho «qué maravilla tu hijo, que al final se ha tirado al vecino y sigue sin cambiar las sábanas». Es decir, que estoy muy agradecido a las gentes de Ayamonte por su sensibilidad social para con mi madre.

Es ya casi la hora de la comida y el vecino no me ha llamado. Ayer se me olvidó escribir que tuvimos una conversación un poco intensa acerca de su ex. Cuando el vecino me cuenta cómo fue su anterior relación, yo pienso que casi prefiero que Sonia Monroy se me plante en casa con la intención de hacerme un *unplugged* de sus grandes éxitos. Para los que no se enteren, un *unplugged* no es nada sexual, es un concierto en directo. El ex del vecino es lo que podríamos llamar un vampiro emocional que se niega a abandonar su vida. Le llama todos los días, le manda mensajes, le manda fotos de un perro que tuvieron juntos y que el vecino perdió en el divorcio. Vamos, una pesadez. Le pregunto al vecino que por qué narices no le manda a freír espárragos de una vez y el vecino me dice que no sabe por qué. Me dice que le importa un pimiento lo que el otro le cuenta, que le escucha y que cuando cuelga el teléfono le da lo mismo.

Claro, yo me he puesto a pensar que lo mismo el vecino sigue medio enamorado de su ex, pero también sé que no se lo puedo preguntar porque yo no soy nadie para hacerlo. Y es que resulta que yo mismo, por no contestar aún a «la pregunta», me he puesto en un sitio en el que no soy amigo, ni novio, ni polvo. Vamos, que no tengo ni repajolera idea de lo que soy ahora mismo. Pero el asunto del exnovio me deja con un runrún durante un ratillo.

Esto, por supuesto, hace que durante un rato me dedique a pensar en mi ex. ¿Le echo de menos? No. ¿Tengo ganas de verle? No. ¿Le odio? Claro que no. Y estas respuestas me dejan contento, porque pienso que así debe ser. Cuando uno ha compartido su vida con alguien, me parece un poco feo ponerle a parir solo por el hecho de que ya no sea tu pareja. Tengo dos exparejas y, aunque no fue fácil al principio, con el tiempo nos hemos convertido en grandes amigos. Phil (una gran persona y el mejor exnovio del mundo) incluso me anima mucho con el vecino por mensajes de Facebook...

He comido unos sanjacobos y no me he sentido culpable. Yo creo que el cuerpo es listísimo y me pide grasa de vez en cuando. Me he quedado tan satisfecho que me he sentado en el sofá con Sam a ver las noticias y me he quedado frito. La falta de cafeína me tiene como una de esas abuelas que se quedan dormidas en cualquier momento.

Me despierta el teléfono y es el vecino, que me dice que a ver si me ha gustado la sorpresa. Me quedo un poco sorprendido porque no entiendo de qué me está hablando y Sam se ha enfadado porque he dejado de abrazarle. Me dice que a ver si no he mirado el móvil y le respondo que me había quedado frito. Me urge a que mire mis mensajes en el teléfono y en el mail. Lo hago y para mi sorpresa encuentro un localizador de British Airways para un vuelo que sale esta tarde a Londres y que regresa a Madrid el lunes por la mañana.

Estoy tan sumamente aturdido que no sé qué contestar. Que conste que me hace

una ilusión que te mueres, pero es que cuando me pasa eso me suelo quedar sin habla. Le digo que me explique la cosa y me dice que el lunes por la mañana tiene que estar en Londres para visitar unos *showrooms* y tener reuniones y que, ya puestos, pues que se va el viernes noche, que la empresa le paga el hotel y que me invita.

Hostias. Este es uno de esos momentos de «¿y qué coño me pongo?». Pero lo soluciono rápido, le digo al vecino que se lo agradezco una barbaridad y que me voy a preparar la maleta. Él me dice descojonándose que no lleve maleta, que tampoco voy a necesitar tanta ropa. En ese momento visualizo las nalgas del vecino y yo también decido que con una bolsa que tengo de Adidas va a ser suficiente. El vecino se ríe, yo me pongo nervioso, él se ríe más y quedamos en que le llame antes de embarcar porque él se va ya al aeropuerto. Me pide que le mande un mensaje asegurándole que no me he arrepentido y que se lo mande desde dentro del avión para que él vaya a buscarme.

Cáete muerto. Así, por las buenas, un fin de semana en Londres. Claro, esto me pone en un nivel de excitación como la ardilla de *Ice Age* con la nuez, para que se hagan ustedes idea. ¿Y ahora qué mierda meto en la bolsa? ¿Meto una americana por si tenemos una cena formal? ¿Llevo ropa del gimnasio? ¿Es pronto para unos tirantes? ¿Vamos a salir a bailar? ¿Le podré decir a Kate Middleton que me cae muy bien y que se debería zumar a su cuñado?

Me tengo que poner las pilas y llamo a Janneth, que es la tía oficial de Sam, para que se quede cuidándole este fin de semana. He hecho varios castings con Sam y él ha sido el que ha decidido que Janneth es una mujer que le gusta mucho que le vuelque el pienso. Con una llamada lo soluciono (Janneth es la hostia y tiene copia de las llaves de casa).

Miro el reloj y pienso que no me queda tanto tiempo. Me miro al espejo y no me afeitado desde el lunes y parezco un *homeless*. Resumiendo, en una hora me he afeitado, recortado el vello púbico, me he puesto una mascarilla, me he vestido, he llamado a mi madre para avisarle de que no estaré en casa porque me voy a abortar a Londres y me encuentro en el metro ya camino del aeropuerto.

Al final supongo que todo se trata de enfocarlo como si fuera una aventura. Cada vez pienso más que la solución no es un «sí o no». Porque ese tipo de respuesta es bastante radical y puede cambiar el ritmo y la percepción de las cosas. Me recuerdo a mí mismo que soy un nazi de la felicidad y que me sigo moviendo por impulsos positivos exclusivamente. Fuera lo malo y bienvenido lo bueno. Y de verdad, de la buena, no me interesa nada más.

Ya tengo el e-ticket y me voy a comer algo antes de embarcar, que aún faltan cuarenta minutos y en Londres se cena superpronto y para cuando llegue tengo yo la sensación de que el plan no va a ser precisamente ponernos a buscar restaurantes. Aunque me da tiempo a buscar en la BlackBerry un sitio molón para invitar al vecino

a cenar mañana por la noche.

De verdad, no tengo ni idea de adónde voy, ni cómo, ni con quién. Pero me gusta que las cosas sean así.

Besos desde el aeropuerto. Vuelvo el lunes...

TREINTA Y UNO

Esto es exactamente lo que ha pasado este fin de semana londinense.

VIERNES NOCHE

El vuelo a Heathrow se me hace eterno. Por trabajo y por estudios (y por ocio también) llevo media vida viajando a Londres. Y mientras estoy esperando para embarcar recuerdo la primera vez que desembarqué en Piccadilly Circus a los 18 años. Aquello me pareció el centro del mundo y no daba crédito de lo moderno que me parecía todo. Me fui a pasar el fin de semana con una novia que tenía que se llamaba Iciar y que tenía el pelo larguísimo. Después de aquel verano no he vuelto a saber de ella.

Justo antes de embarcar, oigo a mi espalda una voz que dice: «Abel... ¿no me puedo creer que seas tú!». Me doy la vuelta y al principio estoy desconcertado. Pero caigo en la cuenta enseguida. Es Carol, una amiga a la que no veo desde hace casi veinte años. Y la verdad es que el tiempo le ha sentado fenomenal. Carol y yo éramos uña y carne de adolescentes y teníamos una filosofía *hardcore* de la vida que tenía instaladas en el terror a nuestras madres. Eramos unos gamberros, y el tiempo nos ha convertido en adultos no tan políticamente correctos. Carol trabaja para Marc Jacobs entre Londres, París y Milán y está en la puerta de embarque al lado de la mía. Charlamos cinco minutos y nos damos los teléfonos y los mails para no volver a perder el contacto.

Ya solo faltan cinco minutos para aterrizar y se me hace un nudo en el estómago inmenso. No identifico de dónde me viene el apretón, pero me siento como una virgen a la que van a sacrificar, para que se hagan ustedes una idea. En cuanto se abre la puerta de embarque, enciendo la BlackBerry y me pita un mensaje del vecino, que dice: «Estoy fuera. Soy la que va vestida de flamenca y lleva una cabra». No sé si esto me hace gracia o me pone más nervioso.

Como no he facturado, salgo enseguida y le veo desde lejos. ¿Qué hago? ¿Le como la boca ahí mismo? ¿Le doy dos besos? ¿Un abrazo? Es que es complicado conocer el protocolo correcto en estas situaciones. Menos mal que el vecino (que no va vestido de flamenca y la cabra debe de haberla dejado fuera) me da un abrazo y me come la boca, así, por ese orden.

Nos metemos en un taxi que nos lleva al hotel y allí lo primero de todo me doy una ducha mientras el vecino pide algo de comer (pechuga de pollo con pasta) al servicio de habitaciones. Estoy como ansioso y un poco descolocado, y la ducha es un momento para ganar tiempo y pensar. De nuevo las dudas: ¿salgo en toalla?, ¿en pelotas y dándolo todo?, ¿me pongo el albornoz? No. Me pongo una camiseta y un pijama de Calvin Klein que me regaló mi madre (ni se imaginan lo moderna que es para la lencería masculina) y que aún no he estrenado.

¡Mi madre! Caigo en la cuenta de que mi madre, como todas las madres, se pone histérica cuando pillo un avión. La llamo desde el baño y le digo que he llegado bien y me dice que a ver «qué narices es este romance internacional», porque no le hace gracia que tenga que estar para arriba y para abajo.

El pijama me dura puesto exactamente dos minutos, y pasa lo que tiene que pasar.

Llega el servicio de habitaciones con la comida justo después de que pase lo que tenía que pasar.

Comemos y vuelve a pasar lo que tenía que pasar por segunda vez.

Me ducho. Y en la misma ducha vuelve a pasar. Y en esos momentos pienso que, francamente, si algún día me va mal, lo mismo puedo dedicarme al porno.

Me duermo. Ni sueño nada, ni me desvelo, ni me apetece un menú de McDonald's, lo cual es un avance enorme. El vecino no ronca, por cierto.

SÁBADO

Nos levantamos a eso de las doce y media, que para Inglaterra es tardísimo. Mientras desayunamos un té en la habitación que sabe a desatascador de cañerías, contesto a unos mails.

Veo en el Twitter que una productora audiovisual anuncia que ya está grabando material para un proyecto que tienen conmigo. Me da una alegría muy grande y se lo cuento al vecino, que está viendo en la tele un canal de deportes.

Salimos a la calle y hace buen tiempo. Y menos mal, porque no puedo con el tiempo de Londres, que es para ir llorando por la calle de gris que es todo. Nos planteamos ir a ver un musical, pero luego decidimos que es mejor si nos vamos a cenar por ahí, que los musicales son muy de gays.

Comemos en una terraza en el Soho y comenzamos un debate sobre si Dios debería castigar al pueblo inglés por su cocina tradicional. Después nos damos un paseo por el centro y le digo al vecino que siempre que paso por Piccadilly me da un poco de tristeza, porque hace años cerraron mi tienda favorita de discos del mundo, que se llamaba Tower Records, y donde he pasado parte de mi adolescencia. El vecino me dice que iTunes lo cambió todo para siempre.

El vecino me dice que le apetece una siesta, y en ese momento se me ocurre que como siga a este ritmo con las siestas voy a perder dos kilos por fin de semana y voy a poder deshacerme de la dieta orgánica porque voy a adelgazar lo mismo.

Efectivamente, lo de la siesta era una excusa.

El vecino pega un respingo y se pone como loco con la tele porque juega el Madrid contra el Sevilla. No encuentra el partido por ningún lado, pero yo enchufo el ordenador y se lo pongo online.

Fiesta. El Madrid ha marcado seis goles y cuatro de ellos son de Cristiano Ronaldo. Mourinho sigue con esa cara de oler mierda en la punta de un palo y de nuevo tenemos el debate ese en el que yo odio a Mourinho y el vecino me dice que la

culpa es de la dirección deportiva del Madrid, y no del entrenador.

Ducha y a cenar. Hace un poco de frío y decidimos que mejor dentro que en una terraza. Cerca del hotel nos encontramos un italiano muy gracioso y le digo al vecino que necesito pasta y carne porque, con la cantidad de energía que estoy consumiendo, lo mismo me da un «parraque» y tenemos un conflicto médico internacional.

Andamos un poco y volvemos al hotel. Nos pasamos la noche entera hablando de nuestras adolescencias, y no todos los recuerdos son agradables. Ni por su parte ni por la mía. Después de eso, nos ponemos a hablar de nuestras familias. La historia del vecino y su familia no es fácil. Yo le escucho atentamente y pienso que, al contármelo, se está quitando un peso de encima.

Nos quedamos dormidos y con la boca seca de tanto hablar.

DOMINGO

De nuevo hace un buen día y el vecino me pregunta si me apetece desayunar en la cama. Claro que me apetece, sobre todo porque nunca lo hago. A estas alturas, y Sam no ha aprendido a hacer unos huevos revueltos decentes.

Llamo a Janneth para que me cuente qué tal está Sam y ella me dice que Sam está obsesionado con la puerta de la nevera. Le digo a Janneth las palabras mágicas (jamón de york), y ella misma se queda entre sorprendida y acojonada con la reacción de Sam.

Llega el desayuno y, casi con el último bocado de tostada, veo al vecino de espaldas y me doy cuenta de que voy a volver a adelgazar unos doscientos gramos. El culo del vecino debería ser patrimonio nacional, perdonen que me ponga así de grosero, pero es que tampoco soy una flor del campo.

Tras adelgazar, hablo un momento con mi madre, que se va a la playa y está feliz. Ella me pregunta que qué tal y yo le digo que estoy muy relajado. No me pregunten cómo, pero ella entiende perfectamente la palabra «relajado» y me dice que no me relaje demasiado, que lo mismo me da un desmayo. Me meo.

Comemos otra vez en el Soho en otra terraza y de nuevo pienso en el castigo enorme que es la comida inglesa. ¿Pastel de riñones? ¿Estamos tontos o qué?

¡Nos hemos cruzado por la calle con Jude Law!

Volvemos al hotel para la siesta y le digo al vecino que empiezo a pensar que estamos enfermos de algo. Él se ríe a carcajadas.

La tarde la pasamos charlando, viendo un especial de Sinitta en la tele (joder lo bien que le ha sentado el Botox) y haciendo el vago. Paramos diez minutos para contestar cada uno a sus mails y luego decidimos que vamos a cenar en el restaurante del hotel. Yo pido una pasta Alfredo con pollo y él una ensalada que tiene de todo menos grasa. Me confiesa que su mejor amigo le llama «la hierbas», y casi escupo la pasta del ataque de risa.

Volvemos a la habitación, y el vecino quiere que hablemos. Y hablamos. Y le

digo que, en realidad, no quiero decirle ni que sí ni que no. Que las cosas están así bien y que me encuentro cómodo. El vecino me dice que me comprende, pero que no le hace demasiada gracia. Me pregunta que a ver si existe la posibilidad de que yo me acueste con otras personas y le digo que no tengo ni idea, porque me estoy dejando llevar. Me dice que la respuesta no le parece suficientemente clara. Yo le digo que lo está haciendo todo muy bien (porque es verdad) y que me encuentro muy a gusto. Y que, mientras yo esté muy a gusto, lo más probable es que no tenga ni tiempo ni necesidad para mirar a otro lado.

Él me dice que yo vivo en el centro de Madrid, donde hay una oferta constante de sexo y de todo. Yo le digo que llevo muchos años viviendo ahí y que, cuando uno ve lo que ve durante tantos años, como que se narcotiza y busca justo todo lo contrario. También le digo que hace muchos años que no he ligado por la calle porque no me interesa y que por eso siempre voy con el iPod o hablando por teléfono.

Él me cuenta que quiere una relación cerrada y monógama, y que no entiende una pareja de otra manera. No voy a negar que la palabra «pareja» me agobia un poco, pero respiro hondo y dejo que se me pase. Le intento explicar al vecino que tengo un poco de pánico escénico y que, si tengo que ser sincero, no sé si estoy preparado para comprometerme en firme y por esa razón me estoy dejando llevar y dejando que las cosas sucedan y fluyan de una manera natural. Porque si fuerzo las cosas, lo mismo me veo obligado a hacer cosas que no quiero y que me agobian y vuelvo a salir por patas.

Nos quedamos dormidos y el vecino me abraza menos que otras noches. Yo sí le abrazo más que otras porque, mientras me quedo dormido, pienso que así estoy bien y que, en realidad, ahora mismo, no tengo ganas de conocer a nadie más. No se lo digo a él pero, claro, es que hoy mismo él va a estar leyendo esto y se va a enterar de todas formas.

LUNES MAÑANA

Nos levantamos y me acompaña a coger el metro que me lleve al aeropuerto. Casi no nos ha dado tiempo a desayunar y no hablamos de nada importante. Quedamos en que nos llamamos a la noche cuando él aterrice en su destino caluroso. Me da un abrazo enorme en medio de la calle, pero no me da un beso. Apoya un poco su cabeza en mi cuello y no sé cómo lo hace, porque es mucho más alto que yo, pero lo hace. Bajo las escaleras del metro y me doy la vuelta para mirar si sigue ahí. Y no, no sigue ahí...

TREINTA Y DOS

Ha sido llegar a casa del aeropuerto y recibirme Sam a berrido limpio. Yo le he intentado explicar por enésima vez que estoy soltero y que, cuando un vecino con las nalgas más prietas del mundo y una caída de pestañas para el desmayo te invita a un fin de semana en Londres, pues hay que dejarle con la tía Janneth. Le da exactamente igual y berrea como una peluquera de provincias en un concierto de Lady Gaga o de Mónica Naranjo, que pienso que son la misma persona con distintas pelucas.

Por lo tanto he decidido hacer una terapia familiar que consiste en que le pongo media latita y le acaricio el lomo mientras come. Cuando termina, telepáticamente me dice: «Eres un padre horroroso y te odio, pero como soy un gato te quiero al mismo tiempo y, como te vuelvas a ir, cuando vuelvas te vas a encontrar el sofá destrozado. Mamón». Yo le contesto telepáticamente que recuerde que a los cuatro años le castré y que soy capaz de inventarme una nueva operación si el sofá tiene un rasguño.

Me tengo que poner las pilas como sea, porque tengo una comida de curro y una reunión justo después. Me pongo en modo *on* y pongo una lavadora de blanco (he decidido lavar las sábanas porque, total, creo que tengo incrustado ya el olor del vecino en los belfos). Luego me voy a la ducha y a todo correr me pongo a planchar una camisa. Se ha producido un pequeño desastre: como vivo en un piso interior, siempre pienso que nadie me ve y, justo cuando estoy terminando de planchar las mangas, me doy cuenta de dos cosas: la primera es que estoy completamente desnudo, la segunda es que la vecina de enfrente (una madurita sexy con un pelo estropajoso) hace como que riega unos geranios mientras me mira el culo. Por supuesto, el susto es tan enorme que se me cae la camisa, la tabla de la plancha y, si no llego a estar rápido, hubiera sabido lo que es vivir con un «perrito caliente».

Subsanado el momento «pornochocho», y ya con calzoncillos como un hombre decente, me preparo un café y le doy los buenos días a la vecina, que, sorprendentemente, sigue regando unos geranios que están viviendo su particular maremoto. A esta se le pudren las flores en dos días.

Queda hora y media para la comida y decido llamar a mi madre, que sigue en Ayamonte disfrutando de la playa, sus amigas flamencas y haciendo publicidad del blog. Tengo un poco de terror de que le lean la crónica de ayer y se entere de todo lo de Londres, que luego lo mismo sus amigas piensan que soy un pendón y un donjuán. Y no es el caso.

Mi madre (que se está vistiendo para largarse a Portugal a comprarme unas toallas negras) me nota raro y me pregunta que a ver qué narices me pasa. Entonces le digo que tengo una duda y que necesito saber su opinión. Me dice que le doy pánico cuando le hablo así, porque no sabe si estoy madurando o estoy a punto de cagarla de nuevo.

Me armo de valor y le hago la pregunta:

¿Cómo se sabe cuándo alguien es para ti?

Ella me pregunta que a ver si me estoy enamorando y yo le digo que no lo tengo claro. Yo quiero saber lo que ella piensa, porque una madre es la mejor *coach* y el mejor libro de autoayuda que se haya escrito jamás. Y mi madre, que lleva toda la vida llamándome «animal» cariñosamente y me perdona todos los desastres, es la mejor.

Me dice que está «el amor de tu vida», pero que también está «la persona de tu vida», y que esas dos cosas no tienen necesariamente que estar encarnadas por la misma persona, aunque es una maravilla cuando eso sucede. Yo le sigo insistiendo y le pido que me cuente cómo ella se dio cuenta de lo de mi padre. Ella me dice que fue la primera vez que le miró a los ojos. Que entonces supo que se iba a casar con él. Así de claro y así de sencillo. Le pregunto que a ver si no le daba miedo pensar que se podía perder otras cosas, y ella me contesta: «¿Miedo? Aún sigo aterrorizada». Y se muere de la risa. Luego me dice ya más sería que me daré cuenta si me falta el aire, si miro el reloj demasiado o si por las noches cuando cierro los ojos sueño con su cara. También me echa una bronca tremenda porque siempre quiero toallas negras. Como mi cuarto de baño es entero de cemento pulido (suelos y paredes), ella insiste en que deberá meterle un toque de color: «Hay unas toallas de un lila nazareno que son una locura», me dice.

Yo me quedo que no sé qué decir, y ella me dice que está encantada porque hoy va a aparcar a mi padre con unos amigos para irse a Portugal con una amiga que le presta trajes de flamenca. Y es que mi madre es muy de fusión.

Salgo a la calle rascándome la cabeza y haciéndome todas las preguntas que ella me ha hecho plantearme. También me doy cuenta de que mi madre y yo somos de generaciones distintas y, por lo tanto, tenemos maneras diferentes de entender el amor. En su época, una mujer se casaba para toda la vida (eso si no eras Liz Taylor), y sin embargo mira ahora, que Estefanía de Mónaco se ha liado hasta con el domador de focas y nos parece todo fenomenal.

Me meto en el metro con la música a tope y Britney Spears dice en una canción que «me da vergüenza necesitarlo una y otra vez». Me aturdo y no sé qué pensar de Britney y de mi madre. Decido no hacerme más preguntas y centrarme en la comida y la reunión que estoy a punto de tener.

Justo antes de entrar, suena el teléfono y es Carmen, mi amiga y representante, que me dice que me quiere ver el director de un nuevo programa y que quieren que les haga un monólogo. Yo le digo que no he hecho un monólogo en mi vida y que no debería hacer esa prueba, porque, como el director es un tío realmente importante, prefiero ir más seguro y en un terreno que controle. Ella me entiende perfectamente y me dice que no pasa nada, que siempre hay que dejar las puertas abiertas y esperar a

la oportunidad adecuada en el momento adecuado. Y es que, sinceramente, no me veo de monologuista haciendo chistes sobre las virtudes de la masturbación. Es todo muy 1998 de repente.

La comida y la reunión van realmente bien y regreso al centro encantado de la vida. Pero es volver a meterme en el Metro y que me cante Britney Spears (joder, tengo que cambiar la lista del iPod) y se me vuelve a aparecer mi madre. Mientras Britney dice «si lo quieres, haz que suceda», mi madre se me aparece al lado de ella diciendo que las piernas me tienen que temblar.

De vuelta a casa, me pongo a currar en el segundo single de Lanka. Hay algo en la estructura de la canción que necesita ser cambiado y me pongo aproximadamente una hora con la canción en modo *repeat* hasta que se me aparece la Virgen y decido dónde voy a meterle un corte enorme. Lo pruebo en pantalla y, efectivamente, la canción va mucho más veloz. Un problema solucionado.

Recibo un sms del vecino, que me dice que acaba de aterrizar y que hablamos a la noche. ¿Me tiemblan las rodillas? No. ¿Me pongo nervioso? Sí. No tengo ni idea sobre lo que Britney y mi madre opinarían de esto.

Me vuelvo a enfrentar al eterno problema de la página en blanco de la novela de asesinatos. Decido llamar a una amiga que tengo que es psiquiatra para preguntarle sobre la esquizofrenia. En el libro hay un personaje que es esquizofrénico y nadie se da cuenta de ello hasta el final, y porque la lía parda. Le pregunto a mi amiga cómo puede un esquizofrénico ocultar esa condición a su círculo más cercano, y su respuesta me dice que la realidad es mucho más dura que la ficción.

Escribo un par de páginas y hago un parón, porque quiero leer la información electoral. En la novela, el momento cumbre sucede durante las elecciones y un cambio de gobierno, y quiero empaparme de toda la información posible acerca de cómo se hace una campaña electoral. Sean del partido que sean, me parecen los mismo perros con distintos collares. Unos nos van a salvar la vida y los otros dicen que los de antes nos están enterrando en vida. Facilísimo, vamos.

Por la tarde recibo una llamada de mi primer novio, con el que pasé bastantes años. Supongo que él es lo que se llama el primer amor, y hace muchos meses que no hablamos a pesar de que tenemos una relación excelente. Pero es que el chico es como el Guadiana: aparece y desaparece a voluntad propia. Nos pasamos casi una hora al teléfono y al final me confiesa que me ha llamado porque está leyendo el blog y está bastante impresionado. Le pregunto que qué le impresiona y me dice que en casi veinte años no he cambiado absolutamente nada. Me dice que, al leerme, se ha dado cuenta de que todos tenemos una esencia y que permanece inalterable, pase lo que pase. Me dice que sigo siendo «un tontín» y que no tengo arreglo.

Al colgarle el teléfono, pienso que es realmente bueno que después de tantos años uno pueda tener una relación tan civilizada con su ex. Y es que además nos tenemos

cariño, y los malos momentos (que los hubo) han desaparecido por completo de nuestras memorias. Al final, solo ha quedado lo bueno.

De vuelta a casa, tengo que hablar con el vecino, que parece que me observa por una cámara, porque es poner un pie dentro y suena el teléfono.

El vecino está serio y me lo hace saber. Me dice que necesita una seguridad y que no quiere pasarse la vida andando con la sensación de que el suelo se puede romper bajo sus pies en cualquier momento. Él quiere un «sí» o un «no», y lo quiere de manera clara y rotunda. Me pregunta que qué es lo que me hace retrasar tanto una respuesta.

Me escaqueo como puedo de la respuesta. Bueno, en realidad no me escaqueo. Lo que pasa es que me tengo que poner en serio a pensarlo. Me tengo que poner a meditar sobre qué parcelas de libertad estoy dispuesto a ceder. Ahora mismo, como estoy hecho un nazi de la felicidad, pues como que por momentos no me apetece absolutamente nada tener que dar explicaciones o ajustar mis horarios a los de alguien. Pero al rato empiezo a pensar en los ojos del vecino y se produce algo parecido a un temblor de piernas.

Una putada no tener el número de Britney para preguntarle qué narices harían ella y sus extensiones en mi lugar.

Como estoy un poco alterado, me hago una lista de reproducción nueva en el iPod y la llamo «canciones para momentos con problemas». Pongo el disco de Late Night Alumni y el de Iio y los escucho sentado en el suelo de la cocina mientras fumo, me tomo un descafeinado orgánico y compruebo asombrado que Sam ha aprendido a abrir el grifo de la cocina para beber agua pero que no ha aprendido a cerrarlo.

¿Sigo siendo un «tontín» después de tantos años? ¿De verdad no he aprendido nada después de todas las cosas que me han pasado? Tengo la tentación de llamar a mi ex y preguntarle por las cosas que él cree que yo hice mal hace tanto tiempo. Pero claro, tampoco tiene mucho sentido, porque, como dice mi madre, «el que nace tonto, suele morirse tonto».

Cuando me voy a la cama caigo en la cuenta de que tengo que poner sábanas nuevas y, por lo tanto, ya no está el olor del vecino. Quizá me vengan bien unos días de distancia olfativa para verlo todo con perspectiva.

Estoy estresado, sobre todo cuando veo una foto que nos hicimos en el hotel de Londres, y entonces sí que me tiemblan las piernas.

TREINTA Y TRES

El calor empieza a apretar en Madrid y he dormido raro. Me he despertado varias veces, y Sam ha pasado la noche igual. A las tres de la mañana tenía hambre y, como se ha puesto como las Grecas, le he tenido que poner media latita de esa cosa que huele a pies. A las siete tenía sed y me he tenido que levantar a ponerle agua fresca. Me he vuelto a la cama, pero a las ocho menos cuarto me he levantado porque no podía pegar ojo...

Mientras me preparo el desayuno, me veo reflejado en la ventana de la cocina y compruebo asombrado que la dieta está haciendo efecto. Me siento como un pájaro comiendo alpiste, pero al menos funciona. Me preparo el descafeinado, enciendo el cigarrillo (me gusta ser políticamente incorrecto) y me siento en el suelo de la cocina con el portátil sobre las piernas para leer la prensa del día. Leo básicamente lo mismo, que si Bin Laden (mi madre y yo no nos creemos que se lo hayan cargado), que si las elecciones y el mal rollo entre partidos... Vamos, que nada atrapa mi atención.

Hago un par de llamadas antes de ponerme a hacer flexiones mientras veo a Concha García Campoy, que está a punto de entrevistar a Esperanza Aguirre. Trabajé con Concha hace años en *Las mañanas de Cuatro*, y es siempre un placer ver que una tía tan profesional lo sigue haciendo tan bien. Concha será siempre mi «exjefa», y nos decimos cosas por Twitter que es el orgasmo de los sms de la era moderna.

Anoche estuve viendo con el vecino a través de Skype la primera semifinal del Festival de Eurovisión y no pude parar de reírme. Tenía la pantalla del portátil partida con el Twitter en un lado y el vecino en otro. Ya he pasado de los 2000 seguidores en Twitter, y son como una pequeña familia para mí a los que siempre doy los buenos días y las buenas noches. Tengo que reconocer que las redes sociales muchas veces le hacen sentirse a uno un poco menos solo.

Esta mañana el vecino me ha llamado por teléfono y me ha dicho que se acerca la fecha en que va a volver a Madrid. ¿Me ha dado un vuelco el corazón? Pues miren ustedes, sí. No sé si por las razones correctas, pero me lo ha dado. Me dice que no tiene fecha concreta y que por lo tanto no me puede dar detalles, pero que falta poco. También me dice que volver le pone nervioso y que a lo largo de la mañana recibiré un mail que me está escribiendo. Cuando le pregunto el porqué del mail, me dice que ya lo sabré cuando lo lea.

Por la mañana paso un rato con mi amiga Amaya, a la que hace mucho tiempo que no veo porque se fue a trabajar a Pozuelo y eso nos ha distanciado mucho. Ella está guapa y feliz. ¿El motivo? Se ha echado novio. Y mientras me tomo el café con ella, pienso que la mayoría de la gente se pone mucho más guapa cuando se enamora. Debe de ser la cosa esta de que se te disparan las endorfinas.

Me llama Carmen por teléfono cuando estoy decidiendo si unos calzoncillos de Bikkembergs a rayas blancas y azul marino son sexys y me dice que ya está enviando material a una editorial que ha mostrado interés en mi nuevo libro. No me pongo nervioso ni nada parecido, porque ya tengo una oferta en firme de una buena editorial. Si las ofertas que vienen mejoran la actual, pues bendito sea Dios. Carmen siempre me sube la moral, porque me dice todo el rato que me quiere.

Mientras estoy en casa dándole a la tecla y trabajando en la estructura de los dos capítulos finales, suena el teléfono y es mi madre desde Ayamonte, que me cuenta que ha estado en un mitin del PP y que se va a uno del PSOE. Le digo que mejor se vaya al bingo, que aunque pierda pasta se lo va a pasar mejor. Ella empieza una charla de veinticinco minutos acerca de la necesidad imperiosa que tengo de redecorar la habitación de invitados.

Y entonces caigo en la cuenta de que tengo pocos invitados y que casi nunca viene nadie a verme. He perdido mucho contacto con los amigos que tengo fuera y me da un poco de pena, pero supongo que la vida es así. Hay gente que llega y se queda y hay gente que pasa un ratito a tu lado y se va.

Me acuerdo de una amiga que tuve hace mucho tiempo a la que quería una barbaridad y que desapareció de mi vida porque se echó un novio. A ninguno de los que estábamos a su lado nos gustaba el novio en cuestión, y ella decidió dejarnos a todos de lado para vivir su amor. ¿Qué pasó? Pues que aquello fue un verdadero desastre y ella terminó con dos niños y sola tres años más tarde. Un día me la encontré en El Corte Inglés y me hablaba con cara de culpa sabiendo que había hecho las cosas mal. Efectivamente, hizo las cosas como el culo, pero espero que le vaya bien.

Mi madre vuelve a llamar desde el mitin socialista y me comunica que ha decidido que cuando vuelva de la playa nos vamos a ir una mañana al Ikea y vamos a redecorar la habitación. Intento protestar pero ella, sin que le tiemble el pulso, me dice que «me arrastra» como le lleve la contraria, y me hace saber que mi casa «no es una casa decente» porque «a quién narices se le ocurre poner los suelos de cemento».

Me pongo música para escribir y una de las Pussycat Dolls me grita (porque esta no canta, esta grita) que le fascina cómo muevo mi cuerpo y le toco el cucu. Durante aproximadamente diez segundos Sam y yo pensamos telepáticamente en el cucu de Nicole Scherzinger, aunque echemos de menos que Britney Spears y sus extensiones nos den consejos románticos desde el más acá.

Mientras me preparo una pasta baja en grasa (eso dice el paquete), suena un ruidito en el ordenador que me dice que ha llegado un mail. Y como estoy con el runrún de lo del vecino, lo abro como si me fuera la vida en ello. Efectivamente, es el mail del vecino.

Me cuenta que necesita decirme qué quiere exactamente de mí, y que me lo va a

explicar bien claro para que no haya confusiones, y me lo dice por puntos:

—El vecino quiere ser mi novio (y lo tiene de un claro que asusta).

—También quiere una relación monógama (me explica en un párrafo que es muy tradicional para algunas cosas y que no entiende ni las relaciones abiertas ni los tríos ni cosas así. Esto me alegra, porque yo también soy bastante antiguo).

—Me dice que él debería ser mi prioridad cuando yo tenga tiempo libre (me cuenta que, como los dos trabajamos tanto, cuando tengamos tiempo libre deberíamos pasarlo juntos o con nuestros amigos, pero juntos).

—Me dice que, si lo nuestro avanza a una buena velocidad, incluso se plantearía lo de vivir juntos (según él, pagar dos alquileres es tirar el dinero, y ya que vivimos enfrente la mudanza sería muy cómoda. Esto sí me pone nervioso y no creo estar preparado ahora mismo para compartir mi espacio y el de Sam con nadie. Pero supongo que es negociable).

—No quiere que pasemos las vacaciones separados, porque piensa que siempre se pueden ajustar los calendarios (sin problemas con esto).

—Por encima de todas las cosas, quiere buen rollo, paz interior y tranquilidad (solo le ha faltado decir lo de las guerras en el mundo y sería una Miss).

Luego, me cuenta lo que me ofrece a cambio si yo accedo, y esto no lo puedo contar aquí porque es demasiado personal y él lee estas crónicas todas las noches. Incluso les puedo decir que, debido a la diferencia horaria, él siempre se acuesta tardísimo para poder leerlas según se publican.

Por supuesto, se me ha quemado la pasta.

La verdad es que me he quedado paralizado con la cosa esta del mail, y ahora mismo no sé qué contestar. Le llamo por teléfono y está a punto de meterse en una reunión que va a ser larga. Le digo que he recibido el mail y que en los próximos días se lo contestaré. Necesito tiempo para contestar a todo y poder ser realmente sincero aunque sepa que, quizá, gran parte de la respuesta podría no hacerle gracia.

Salgo a la calle y me voy al gimnasio. Hace días que no veo a Chris porque, como tenemos los horarios cambiados, no podemos entrenar juntos. Y es un fastidio, porque me aburro una barbaridad. Incluso estoy a punto de estamparle una mancuerna de 30 kilos a un pesado que me persigue por el gimnasio. No puedo soportar a la gente desubicada que cree que cualquier sitio es bueno para ligar. Llevo puestos los cascos, no suelo hablar con nadie, entreno y me voy. Y nunca me ducho en el gimnasio. Les prometo que, a no ser que sean ustedes ninfómanos, no es una buena idea ducharse en un gimnasio de la zona de Chueca y alrededores.

Termino de entrenar y tengo una reunión con Janneth acerca de la siguiente fiesta que tenemos que organizar el próximo 1 de julio. Nos ponemos de acuerdos para cenar mañana en el restaurante donde su novio es el maître. La verdad es que la mujer lleva invitándome una eternidad y casi nunca puedo. Pero esta vez voy fijo. Janneth,

asimismo, me informa de que tenemos que hablar del «asunto del vecino», y estoy empezando a pensar que mis amigos y el mundo entero están recibiendo sobornos del vecino.

Mi círculo de amigos más cercano ha conocido al vecino e inmediatamente le ha hecho un club de fans. Mi amigo Gus (yo soy la moda) se declara admirador incondicional del vecino y me dice que, como no le diga que sí, no me vuelve a acompañar de compras en la vida, y por tanto iría hecho unos zarríos a los eventos. Mi amiga Begoña está fascinada también porque el vecino hace dieta sana y ella, al ser vegana, pues también muy a favor del romance. Begoña opina que, desde que el vecino ha irrumpido en mi vida, mi estómago está como para anunciar biquinis, y eso (según ella) solo puede ser una buenísima señal.

Hay veces que me da miedo que lo del vecino sea como cuando miles de personas te dicen lo buena que es una película y cuando vas a verla te decepciona. Perdonen ustedes, pero *Memorias de África* era un coñazo interminable y nadie en su sano juicio se creería que Robert Redford iba a matar a polvos a Meryl Streep.

Me enfrento a la cena con una tristeza que parezco Nuria Espert haciendo algo de Lorca. Tengo que cenar una ensalada de lechuga, tomate y queso fresco y dos pechugas de pollo. ¿Por qué nadie dice que el pollo sabe a serrín? Nadie me entiende, pero en estos momentos me ponen una hamburguesa con patatas delante y mataría a Bin Laden con mis propias manos por ella. Porque ni mi madre ni yo pensamos que está muerto. Lo imaginamos operado viviendo en Palm Beach o en Benidorm.

Como me encuentro un poco flojo, decido poner Tele 5, que es la mejor droga contra la depresión, y se me pasan todos los males viendo a Mar Saura intentar ser actriz en una serie donde hace de mala, y luego ya llega la apoteosis con un documental que narra con todo lujo de detalles la vida de... Paquirrín.

Yo soy rebelde porque el mundo me hizo así, y a pesar de que se me avisa de que uno no debe comer cereales por la noche, me pongo un bol que no se lo salta un gitano y medito sobre la suerte que he tenido en la vida al no tener la mirada de Paquirrín ni el contorno de cintura. El chico me cae fenomenal y le veo un *self-made man* que te mueres, pero ser hijo de la Pantoja todo el rato debe de ser muy intenso, muy de copla y muy de vivir instalado en el terror y el clembuterol.

Me voy a la cama con Sam y me llevo una revista para leer una entrevista que Charles Manson ha concedido después de muchos años. No entiendo por qué me fascinan los asesinos en serie y la carrera discográfica de Sonia Monroy. En cuanto me sobre algo de pasta, me voy a ir a un psicólogo, porque los psicólogos son el nuevo Pilates.

Esta noche no he hablado con el vecino.

No me da la gana echarle de menos, porque para independiente y para resuelto, ya estoy yo. Pero le echo de menos.

¿Por qué narices no me ha llamado?

TREINTA Y CUATRO

Hacía mucho tiempo que no me pasaba una noche casi entera sin pegar ojo. Y me ha tocado hoy. También es verdad que esta noche ha hecho mucho calor y me cuesta dormir. Pero es que no he parado de darle vueltas a la cabeza, que es el error más grande que puedo cometer.

Para colmo, me he levantado y no me quedaba tabaco. Claro, me he pasado media noche en el suelo de la cocina mirando por la ventana y fumando. Sam duerme mucho mejor que yo con el calor y esta vez me ha dejado tirado.

Y es que estoy empezando a tener un momento de esos donde noto cómo se me amontonan las cosas. Y eso no es nada bueno.

Me bajo a la calle a comprar tabaco y me estampo contra el vecino bombero, que ya (para terminar de tocarme las narices) está de un simpático que espanta. Me cuenta todas las cosas que ha hecho en estas semanas y lo hace con una alegría que Leticia Sabater a su lado es Benedicto XVI. Yo no me quito las gafas de sol, a pesar de que está nublado, porque debo de tener una cara como muy de folclórica a punto de ir a juicio. Folclórica o mujer de torero, que es una variante del mismo tema. Le contesto todo el rato con «qué bien» y «aha» y me lo quito de encima con la excusa de que me he dejado el fuego encendido...

Vuelvo a casa y digo yo que tengo que desayunar, pero no tengo nada de hambre. Así que me hago un descafeinado y me como un plátano de agricultura biológica o alguna idiotez de esas. No sé en qué consistirá el asunto, pero los plátanos biológicamente incorrectos saben igual.

El vecino sigue sin dar señales de vida y, cuanto más lo pienso, más me agobio. ¿Y si he estirado demasiado la cuerda y se ha cansado? Por lo tanto, hago lo que no debo hacer y le mando un sms que dice: «Espero que pases una buena mañana. Besos». Y en menos de cinco minutos me contesta con un «Que tengas un buen día. Besos».

¿Ya está?

La verdad es que no tengo ni idea y he decidido que no me da la gana pensar más. Si la cosa tiene que ser así, pues así sea.

Me pongo delante del ordenador a currar en un montón de cosas. Hay que subir medio tono la nueva canción de Lanka para que él cante de una manera más cómoda y de paso se luzca mucho más en el estribillo, que es la parte fuerte de esta canción. Miren ustedes por dónde, la canción se llama «Déjame solo» y hoy me viene de perlas.

Hablo por Facebook con Jake, el coproductor, y le hago unas indicaciones que él me promete tener listas antes del fin de semana para que pueda escuchar y empezar a decidir lo que quiero y lo que no quiero en la canción.

Después me pongo a contestar mails de curro, y una de las reuniones que tenía hoy se tiene que posponer por un asunto de patrocinios. Pues mira, casi mejor, que llego a tener que ir y me hubiera tenido que hacer un lifting para parecer un ser humano.

El servidor de Blogger me dice que está siendo reparado y por lo tanto no me deja publicar la crónica del ¡*Hola!* en el blog. Fabuloso. ¿Qué es lo próximo? ¿Qué se me caiga una maceta con geranios en la cabeza?

Miro el teléfono varias veces para ver si tengo algún mensaje del vecino. No hay nada.

Refresco la pantalla del correo electrónico para ver si tengo algún mail del vecino. Tampoco hay nada.

Me pongo las gafas de sol más grandes que encuentro en casa (cuanto más drama, más grande debe ser la gafa) y me bajo a tomar un café en una terraza. Como hoy estoy rebelde y destructivo, me vuelvo loco y decido tomar el café con azúcar y no con sacarina. Para transgresor y violento, yo.

En medio del café, y al otro extremo de la plaza, veo pasar al señor del rugby cargado de bolsas de una ferretería. En ese momento pienso que está montando una cámara de tortura en su casa para secuestrarme, torturarme y hacerme escuchar discos de Amaia Montero y me hundo en la silla presa del pánico.

Hoy soy como la Pantera Rosa cuando lleva encima una nube que le lanzaba agua, rayos y truenos.

Me llama mi madre por teléfono y, para que no se dé cuenta de que estoy como el culo, le miento y le digo que me estoy metiendo en el metro y que no puedo hablar.

Se me hace la hora de comer y no tengo hambre. Como siga a este paso, voy a terminar como Kate Moss, aunque, pensándolo bien, no es tan mala idea, que la muchacha está forrada. Loca como un grillo pasado de Red Bull, pero forrada.

Vuelvo a subir a casa y en el ascensor compruebo por enésima vez que no ha llegado ningún mensaje del vecino. Cada vez que me suena el pitido del móvil me pongo nervioso, y nunca es el vecino. Decido, ante el drama que se avecina, hacer lo que cualquier hombre normal que intenta mantener la calma haría: me como una tableta entera de chocolate de cacao al setenta por ciento.

Janneth, que sabe que soy un desastre, me llama para recordarme que esta noche tenemos que cenar juntos en el restaurante donde su novio trabaja de maître. Le digo que, por supuesto, no se me había olvidado, aunque se me había olvidado por completo.

Y mientras tanto, el del rugby debe de estar taladrando unos grilletes a la pared para que no me sea fácil escapar.

Pongo Tele 5 para ver vidas desgraciadas y por qué los de *Supervivientes* están intentado asesinar a una concursante a la que no nombro por el mal fario en vida. Hoy

ni siquiera ver a la pobre desgraciada llorando en una palmera me pone de buen humor. Y Paqui la Fandanguilla no tiene pinta de ir a darme una alegría al intentar estamparle un extintor en la cara a su hermana la de los dientes raros.

O el día mejora, o soy capaz de hacer una barbaridad en un McDonald's.

Me llegan noticias de un proyecto audiovisual que me deberían alegrar, pero no me alegran lo más mínimo. Me dejan indiferente y con ganas de meterme en la cama a echarme una siesta, pero aún me quedan cosas de curro.

Me tiro en el sofá para intentar dormir aunque sea una hora y doy demasiadas vueltas, por lo tanto me voy al gimnasio mientras Rosa de Benito le dice a la mártir que es muy mala y la otra le contesta que no le ha partido la cara porque había cámaras. Ante esto, Rosa dice que ella lo pasa fatal cuando le quitan la energía.

En el gimnasio no consigo concentrarme y estoy a punto de estamparle por accidente una mancuerna de 30 kilos a una abuelilla que está en una bici estática.

Me meto en el vestuario, que es el único sitio con cobertura, y le mando otro sms al vecino. Le pongo: «¿Cómo va la tarde? Besos». En menos de un minuto tengo respuesta: «Muy liado. Besos».

¿Así va a ser la cosa de ahora en adelante? ¿Me está castigando porque no le he respondido? Me pongo hecho un ñu, dejo el entrenamiento y me piro a casa hecho una sífilis.

Enfrentado a una crisis nerviosa romántica (digo yo), hago la única cosa en el mundo que me pone en mi sitio de forma inmediata: son las siete de la tarde y estoy pasando la aspiradora tan a conciencia que por unos momentos pienso que he aspirado a Sam y no me he dado cuenta.

Tengo el suelo de casa que se podría comer en él, y para celebrarlo me hago un batido, me ducho y me intento poner guapo para la cena con Janneth. Esto incluye una mascarilla de algas de no sé qué, que por lo visto pasas de ñu a Liz Taylor en menos de lo que María Patiño hincha una vena.

Suena el timbre y resulta que es la cartera, que tiene un certificado. Abro la puerta en tetas y con la mascarilla. La cartera da un respingo y creo que piensa que soy un alien musculado. Gracias a Dios, no grita y me entrega una carta del Ayuntamiento en la que se me dice que este semestre tengo que pagar otros 25 euros de tasas de basura. Por supuesto, me acuerdo de la madre y una prima de Toledo del Alcalde de Madrid. Veo a la cartera que pasa del ascensor y va escaleras abajo a una velocidad considerable.

Mi amigo José 1 me llama para contarme que ya ha vuelto de Chicago, que no ha ligado nada y que me ha traído un regalo. Me pregunta por el vecino y Londres y yo le digo que esta tarde es mejor que me pregunte por la masacre de Puerto Hurraco. Quedamos en vernos el fin de semana.

Una hora más tarde, me paso a recoger a Janneth y nos vamos dando un paseo por

la Gran Vía hasta el Teatro Real, que vamos a cenar en un restaurante que está al lado. Decido ser un atrevido gastronómicamente hablando y como unas croquetas de chipirones en su tinta, *foie* con mermelada de tomate confitado y una deconstrucción de huevos rotos con chistorra que es lo más rico que he comido en los últimos años.

Como el chico de Janneth es el maître del local, nos invitan a las copas y nos agarramos un cesto probando una variedad de licores un poco grande. Al despedirnos en la puerta del Teatro Real, vivimos un momento de «te quiero mucho» y ella me dice que no, que ella más. Y en medio su novio con cara de «si lo llego a saber, les doy Trinaranjus».

A pesar de que estoy a punto de caerme en un foso que el Alcalde no ha tapado convenientemente, decido andar hasta casa, que hace una temperatura maravillosa. Son casi las dos de la madrugada y es alucinante la cantidad de gente que hay en Madrid a estas horas. La Gran Vía está llena de gente y un señor me para y me dice que a ver si quiero ir a un sitio a conocer «chicas muy agradables». Por supuesto, se me queda la cara del Pez Dori y estoy a punto de explicarle al pobre señor que tiene el mismo ojo para el marketing que yo para hacer *petit point*.

Llego a casa y le digo a Sam que por favor no me grite, que vengo con un cesto como el de Caperucita. Me meto en la cama y me caigo rendido.

Ha sido una buena idea no saber nada del vecino. Él nunca va a saber por qué, pero yo sí lo sé...

TREINTA Y CINCO

Hoy es viernes 13 y no sé si es coincidencia, pero me da todo mucho terror. No tengo ninguna gana de escribir hoy.

Anoche me quedé en casa para ver la semifinal del Festival de Eurovisión, y yo no sé si es porque estaba de muy mal humor, pero no quise ni terminar de verla. Luego enchufé Tele 5 para ver si viendo desgracias ajenas se me levantaba la moral, pero ni así. Increíble pero cierto.

Supongo que tengo una especie de lucha interna. Es verdad que echo de menos al vecino una barbaridad, claro que sí. Y claro que estoy molesto porque no sé absolutamente nada de él. Desde luego, si lo que está intentando es apartarse para ver si le echo de menos, le está saliendo bien. Aunque este tipo de tácticas no me gustan un pelo.

Siempre he sido sincero y he creído decir que me hace falta un poco de tiempo. Y además yo no he pedido nada a cambio. Si se me quiere esperar, que se me espere. Si no, pues poco tengo que hacer. Pero alejarse así me deja un poco frío. A pesar de lo burro que soy, la única manera de llegar a mí es con buenas maneras y mucho cariño. Mi ex dice que a veces me comporto demasiado como un perrillo apaleado y que no puedo pasarme la vida mirándolo todo de reajo y con la sensación de que en cualquier momento me pueden dar con un palo.

Otra vez he vuelto a dormir fatal y este viernes va a ser agotador. Tengo un montón de cosas que hacer y a las once de la noche terminaré mi día en el teatro, en el estreno de la tercera temporada de *Goodbye Dolly!*, una obra que protagoniza mi amigo JuanFra y que estoy seguro de que, al menos, me hará reír y olvidarme un poco de todo. Le he pedido a mi amigo José que me acompañe, que él es mucho más cerebral que yo y seguro que me da dos berridos, me coloca en mi sitio y se me pasa la tontería de golpe.

Antes de eso tengo una reunión con una editorial, con una productora de televisión, con un estudio de grabación y tengo que seguir escribiendo, que voy tardísimo.

Estoy de un humor fatal.

Todas las noches más de 5000 personas están leyendo estas crónicas en Internet. Y eso, claro, te da un sentido de la responsabilidad enorme. Y esa responsabilidad me pesa hoy mucho. Pero es que estoy empezando a agobiarme un poco y necesito relajarme, que llevaba una temporada muy buena y con las cosas en su sitio y esta situación con el vecino me está desestabilizando un poco. Por eso no me apetece escribir más hoy. Espero que los lectores me disculpen y prometo volver la semana que viene y contar cómo ha sido este fin de semana.

No tengo ni idea de qué voy a hacer estos días.

Necesito alejarme 48 horas del ordenador.
Y no, no he recibido ningún mensaje del vecino.
Vuelvo el lunes.

TREINTA Y SEIS

Y otro fin de semana...

VIERNES NOCHE

Estoy hecho una furia porque resulta que Blogger se ha caído y tengo el blog patas arriba. Muchos lectores anoche no pudieron leer las crónicas y hoy tampoco van a poder hacerlo. Estoy saturado y me pongo a pensar que en el fondo es una porquería depender tanto para trabajar y para vivir de un ordenador, que al final solo es una máquina.

Mi amigo José viene a recogerme para ir al estreno de *Goodbye Dolly!* y me ve la cara. Llegamos al teatro con el tiempo pegado al culo y resulta que se han olvidado dejar mis entradas en taquilla. José Manuel Parada me saluda y paso miedo, sobre todo porque yo a este hombre no lo he conocido en mi vida.

María Novo, una amiga, soluciona el conflicto de las entradas (al final sí estaban, pero la taquillera debía de estar pensando en el vello público de Justin Bieber y lo mismo se había despistado) y conseguimos sentarnos a tiempo para ver la función. A pesar de que es la tercera vez que la veo, Dolly siempre consigue hacerme reír, especialmente con un chiste que dice: «Fíjate si eres guarra, que una vez te pusiste un clavel en el pelo y te agarró».

Al salir del teatro, José y yo cenamos en un Vips de la calle Virgen de los Peligros (qué apropiado todo) y hablamos de tonterías. La BlackBerry se ha quedado sin batería y casi mejor, que así no hago el idiota cada cinco minutos mirando a ver si tengo mensajes.

Una vez en casa, le digo a Sam que el horno no está para bollos y me voy a la cama. Tardo en dormirme una barbaridad y me veo todas las teletiempos del mundo. Es una pena que las zapatillas de adelgazar sean tan horribles.

Me duermo a eso de las cuatro de la madrugada.

SÁBADO

Me levanto tardísimo y caigo en la cuenta de que hoy tengo que comer con varios amigos que están ayudando a decorar el piso a Silvia, una amiga que se acaba de instalar en la plaza de Chueca. La pobre no sabe a lo que se expone.

Estoy muy perezoso y Sam se debe de dar cuenta, porque no me ha dado un solo berrido esta mañana para que le rellene el bol y le ponga agua fresca.

Llego al piso de Silvia y flipo con lo chulo que le ha quedado. Matías, nuestro amigo multifuncional, la está ayudando en la decoración y el bricolaje. Para cuando llego, ya se han pimplado varias cervezas y me uno al grupo como un *hooligan*.

Con la tontería de las cervezas, se me va el santo al cielo y me da un hambre horribles de estas de «o como algo o me desmayo». Casualidades de la vida, mi

amigo José está en el barrio y me bajo con él a comer una hamburguesa.

De ahí vuelvo al piso de Silvia y seguimos con las risas, porque Matías se ha puesto (para pintar una pared) un minishort muy de videoclip de Kylie Minogue y opinamos que no le hace juego con las piernas peludas. Por supuesto, tenemos un debate sobre los hombres que se depilan las piernas y todos estamos de acuerdo en que eso es un horror como una catedral.

Está terminando la tarde y me han entrado unas ganas de comer una palmera de chocolate que no son normales. Después de dos fines de semana con sexo a tutiplén, yo creo que mi reloj biológico me pide a gritos un placer. Y como no tengo ganas de jarana, opto por ir a comprarme una palmera de chocolate a San Onofre. Lo maravilloso del momento es que voy en chanclas y tirantes, y es salir del portal de Silvia y se pone a llover como si no hubiera un mañana. Cuando entro en la pastelería parezco «Miss Camiseta Mojada 2011» pero con nariz grande.

Por cierto, ni rastro del vecino. Ni un «que pases un buen fin de semana» ni nada que se le parezca... Pff.

Llego a casa empapado y a tiempo para retransmitir el Festival de Eurovisión por Twitter. No tenía muchas ganas, pero en los últimos días he recibido exactamente 203 mensajes (Twitter, Facebook y mail) pidiéndome que lo haga. Y esa responsabilidad con los lectores me anima y me pongo manos a la obra.

El Festival me ha dado un poco igual, pero estoy fascinado con ser *trending topic* en Barcelona y Madrid. La audiencia y los *followers* crecen mucho cada vez que me pongo en serio. Debería hacerlo más a menudo, pero hasta ahora se ha impuesto el tener una vida privada más intensa y un poco más lejos del ordenador.

Me voy a la cama pensando en Lucía Pérez, la chiquilla que nos ha representado en Eurovisión. Parece una tía ideal y superpositiva. La putada enorme es esa canción que le han obligado a cantar. Porque una cutrez así uno no la canta por voluntad propia. Ha quedado la tercera por la cola y se le sigue viendo una sonrisa sincera.

Me gusta la gente que sabe seguir sonriendo frente a la adversidad.

DOMINGO

Hoy hacemos una comida en la terraza de Matías, que, además de ser vecino mío, es el mejor amigo del vecino nuevo (y guapo) desde hace más de quince años. Sospecho que Matías me pueda haber invitado para ver cómo estoy y contárselo a su amigo.

Cuando llego allí, nos ponemos con las Coronitas, los bronceadores, las toallas y todo. Es una sensación un poco mágica lo de una terraza en medio de Madrid. Las terrazas de Madrid tienen algo que no lo encuentras en ningún otro sitio del mundo.

Poco después llegan Silvia y Rose, que es la dueña de un Yorkshire que cada vez que nos vemos nos enamoramos perdidamente. El Yorkshire se pasa aproximadamente un sesenta por ciento de su tiempo lamiéndome la barbilla, y hay un momento delicado porque, lo mismo soy yo, que me he puesto fresquito con las

cervezas, pero el perro me mira a los ojos y a continuación intenta lamermel el pecho. Y esto no, por el amor de Dios. Solo de pensar en acabar con un Yorkshire enganchado a un pezón, me tiembla todo del espanto.

Salgo un momento de la terraza hacia el baño y me doy cuenta de que Matías está hablando por teléfono con el vecino nuevo y guapo. Se me encoge el estómago como no se hacen ustedes ni idea, pero sigo muy digno de camino al baño. Al salir, así de golpe y porrazo, Matías me pasa el teléfono y me dice que «me quieren saludar».

El vecino al teléfono me cuenta que se ha ido a pasar el fin de semana a París. Yo le digo que me alegro mucho y que aquí estamos todos muy bien al solecito con las cervezas. Le pregunto que a ver si tenía alguna reunión en París y me dice que no, que ha ido a ver a «unos amigos».

El fantasma de los celos se me debe de haber despertado muchísimo, porque al oír «unos amigos» inmediatamente mi cerebro ha procesado que ni amigos ni naranjas de la china. El vecino está tirándose a alguien en París y esta idea no me ha gustado un pelo. Seguro del todo que se está tirando a alguien. Y esto me pone de un tenso y empiezo a pensar que el vecino es un putón desorejado y que cada fin de semana pasea esas nalgas por alguna capital europea. Muy eurovisivo todo, vamos. Me pongo tenso y hasta borde y le paso el teléfono a Matías, y yo creo que este se da cuenta de que no tengo la cara muy relajada.

Salgo a la terraza y de los nervios me pongo tanto bronceador (protección 30) que se me mete en el ojo y me estampo vivo intentando encontrar un grifo que me alivie el escozor. Estoy quedando fenomenal, vamos.

Nos ponemos todos debajo de una sombrilla a comer helado de vainilla y hablamos de las nuevas generaciones, de que hay que ver que no dan un palo al agua y que nosotros éramos mucho más peleones y teníamos más iniciativa para todo. También decidimos que los ochenta fue la última década en la que se ha inventado algo y desde ahí todo ha sido un reciclar absurdo.

En un momento dado en que estoy fuera hablando por teléfono con mi madre (que está en Portugal agradeciendo los 12 votos que nos han dado en Eurovisión) oigo a Matías que cuenta a las chicas que mi vecino nuevo (y guapo) está en París echando una mano a una amiga que está pasando por un mal momento. Las otras dos en ese momento se ponen a decir que fíjate qué buen chico es el vecino, y yo quiero que la tierra se abra y me trague y arda para siempre en el magma del centro de la tierra.

Esto ya no es meter la pata, esto es cagarla directamente.

Vuelvo a casa y me pongo a ver los resultados del fútbol y a mi amiga Carne Chaparro contar las noticias. Por supuesto, no me concentro ni un poco porque sigo pensando que soy un burro y que he metido la pata.

El caso es que quiero llamar al vecino y pedirle disculpas. El caso es que le echo

de menos. El caso es que no sé cómo solucionar este conflicto de intereses donde yo pueda seguir siendo un poco libre con él en mi vida pero sin pillarme las manos del todo. Nunca he pensado que ser egoísta (en el buen sentido de la palabra) podía complicarme tanto las cosas.

Claro que echo de menos cosas, y claro que me gustaría tener una estabilidad sentimental, como a todo hijo de vecino. Pero para eso necesito tiempo y sé que no puedo dar una respuesta de nada a una persona que ni siquiera sé cuándo narices va a volver a Madrid para instalarse definitivamente.

Dejo que mi cabeza viaje y pienso que, cuando el vecino vuelva, le voy a decir que, si él quiere, pues que podemos ir al cine, hacer cosas y dormir alguna noche juntos. Me agrada la idea de hacer cosas con él. Me agrada mucho. Pero en el otro lado está mi vida y lo que quiero y tengo que hacer. Estoy a punto de meterme en dos proyectos laborales que pueden alterar un montón la forma en que mi vida está estructurada ahora mismo.

Voy a tener que hacer muchas concesiones por culpa del trabajo. No sé si quiero, o si puedo, hacer concesiones en el futuro emocional.

Miro el teléfono y me muero de ganas de llamarle por teléfono. Pero estoy nervioso y tengo miedo de estropearlo aún más. En cuanto me relaje un poco, lo primero que voy a hacer es llamarle...

TREINTA Y SIETE

Efectivamente, anoche tuve un ataque de cuernos o de celos bastante importante. Y miren que eso no es propio de mí en absoluto. A pesar de que he dormido como un tronco y ni siquiera he oído el despertador, ha sido abrir los ojos y darme cuenta de que he metido la pata.

Mientras estaba desayunando, he pensado que esto es idiota. Sé que no estoy siendo exactamente claro con el vecino. Pero es que tengo que elegir entre «yo» y «nosotros». Y, al menos para mí, es una decisión demasiado importante. Porque puede afectar al resto de mis días, a mis planes, a mis días y a mis noches. Porque si yo me implico, me implico dándolo todo. Una vez que estoy metido en faena, me mojo de verdad.

Me llama mi madre por teléfono y se lo cuento. Ella está feliz y relajada en una playa de Ayamonte y charla un rato conmigo. Me dice que me entiende y que, desde luego, hay cosas que hay que pensárselas. También me dice que está absolutamente espantada porque me ve maduro y haciendo mi camino con una cierta inteligencia. Me comenta que tenía más vidilla cuando seguía siendo un burro y ella podía echarme la bronca tranquilamente todos los días. Luego hablamos de las elecciones porque el hijo de unos amigos suyos se presenta a alcalde de Ayamonte por el PP y ella (para hacerle una broma) le ha regalado un sobre electoral con las papeletas de Bildu dentro. Mi madre y yo, obviamente, compartimos un sentido del humor muy negro.

Antes de ponerme a trabajar en la canción de Lanka, decido que quiero ganar un poco de tiempo y le mando un sms al vecino. «¿Te puedo llamar a la noche?», le pregunto. Y en menos de dos minutos me contesta que le puedo llamar siempre que quiera. Menos mal.

Paso un ratillo respondiendo mails y escribiendo el artículo del Día Mundial contra la Homofobia que ustedes han leído antes de este post. Lo hago a petición de decenas de lectores que me lo han pedido.

Me paso una hora cantando. En el segundo single de Lanka, los arreglos vocales van a tener bastante protagonismo y la única manera como puedo hacerlo es cantando, para desgracia de mis vecinos, que cualquier día de estos me denuncian. Y es que canto realmente mal.

Me pongo a responder mails que tengo atrasadísimos y en uno de ellos descubro que la Duquesa de Alba es la protagonista de la portada de *Vanity Fair*, mi revista favorita. Mientras miro las fotos, pienso que Cayetana es la prueba viviente de que nunca es tarde para enamorarse y de que siempre hay luz al final del túnel. Ahí la tienen: hace unos años estaba sola y en estado de salud peliagudo. Y sin embargo un día se enamoró. Y hoy da gloria verla. A mi madre le cae fatal, pero a mí me encanta.

Janneth me escribe desde Colombia, donde está de vacaciones y me pregunta por Sam, por el vecino y hasta casi por el Euribor, una cosa que nunca he sabido lo que es pero que por lo visto es importantísima. Yo le cuento que estoy muy impresionado por la detención del jefe del FMI acusado de haber intentado obligar a una camarera a practicarle sexo oral. Con lo fácil que es pedir las cosas por favor.

Llama mi amigo José por teléfono y tenemos un debate apasionado sobre las elecciones. Él va a votar al Partido Popular y a mí eso me parece una barbaridad. Se me pone de morros y yo le digo que los morros se los ponga a Mariano y que piense que, como un día encuentre novio (o novia, que José es pintoresco), lo mismo no se puede casar si estos nos gobiernan.

Como me he levantado pronto y tengo la casa en un estado estupendo, me digo que lo mejor que puedo hacer es irme a tomar un rato el sol a la piscina del Canal, que me pillan a tres paradas de metro de casa. Me compro los periódicos por el camino y me instalo en una esquina del solárium, que está plagado de señoras calcadas a la abuela de *Algo pasa con Mary*. Es decir, que ya están renegridas y tienen las tetas pellejudas. Durante aproximadamente una hora soy el único hombre en el solárium y me entra un terror muy grande pensando que lo mismo les da a estas por hacerme un *bukkake*, y yo sin depilarme.

Vuelvo a casa andando y pensando por el camino cómo debería enfocar la conversación con el vecino. Voy un poco perdido, aunque en el fondo sé lo que tengo que hacer.

El nuevo disco de Lady Gaga ha llegado y me lo escucho dos veces enterito de arriba abajo para escribir la crítica. Hay tres canciones que me parecen buenas. El resto ni fu ni fa. Pero desde luego, si esta sigue diciendo que ella va a cambiar el futuro de la música y sigue anunciando su arte como la segunda venida de Cristo, se va a pegar una hostia bastante importante. Más que nada porque, al consultar los *charts* para saber el impacto que ella tiene, veo que «Judas» en su cuarta semana ni siquiera puede mantenerse entre los doce primeros puestos del United World Chart. Todo se desinfla en la vida, incluso Lady Gaga. Parece ser que lo único que crece por momentos es el amor de la Duquesa de Alba. ¿Me pasará algo así a mí algún día? Espero que sí, y también espero que no me pille el amor vestido como Krusty, el payaso de los Simpson.

Vuelvo a intentar ponerme con el libro nuevo, pero sigo con el bloqueo. Me acuerdo de que me tengo que cortar el pelo y me bajo a la barbería del barrio. Lo siento, pero no soy de peluquerías modernas. Yo, al barbero de toda la vida, que además hoy la cosa está animada porque el Barça ha ganado la Liga y se lo pienso pasar por el morro a pesar de que tenga una navaja cerca de mi cuello.

Efectivamente, el barbero está hecho una hiena. Me descojono.

Me hago unos sándwiches de pavo con una margarina que me dice que me va a

bajar el colesterol. No tengo colesterol, pero yo la uso, que es mejor prevenir que curar, que me acerco peligrosamente a la cuarentena y no quiero un infarto precisamente ahora, que menudo mosqueo se puede pillar el vecino si la casco antes de contestarle, ¿no?

Decido llamar al vecino antes de que se haga de noche, porque con la diferencia horaria va a ser un poco tarde para él. Ya ven, estoy de un amable y de un corderito que doy miedo. Supongo que es la actitud que tengo cuando me comporto fatal.

Le llamo y no me coge.

Maravilloso.

Media hora después me llega un sms que dice que estaba en una cena de curro con unos clientes y que por eso no me podía coger el teléfono, que a ver si me apetece que nos veamos en cuarenta minutos por la webcam.

Obviamente, le digo que sí.

Aprovecho los cuarenta minutos para ducharme mientras escucho el disco de Gaga por tercera vez. Siguiendo los consejos de Esperanza Gracia, me pongo sal en la cabeza y me siento el tío más subnormal del mundo. Pero uno nunca sabe y el poder de Esperanza debe de ser enorme, digo yo.

El vecino se me manifiesta en pantalón, camisa, corbata y descalzo. Yo me manifiesto al vecino en bermudas y camiseta de tirantes, que en Madrid ya hace calor y estoy fresquito. Fresquito en el buen sentido de la palabra.

Lo primero que me dice es que está flipado de cómo me sigue cambiando el cuerpo con la dieta. Y me agarro ahí para tener una conversación intrascendente e idiota acerca de famosas que promocionan dietas y, sorprendentemente, cada día están más gordas.

Me pongo al lío y de golpe y porrazo le pido disculpas. Él me dice que no sabe por qué le pido disculpas. Yo le digo que el domingo le traté fatal al teléfono mientras él estaba en París. Y entonces me pregunta que a ver por qué narices le traté fatal.

Entonces... ¿se lo digo o no se lo digo?

Se lo digo, vaya que si se lo digo. Y sin pensármelo un minuto, que yo soy muy de agarrar el toro por los cuernos, le explico lo del ataque de cuernos, le cuento que me toca los cojones enormemente que haya dejado de llamarme y le doy todo tipo de explicaciones sobre mi vida (incluido el detalle de que no me he acostado con nadie). Creo que estoy hablando sin parar durante unos veinte minutos, y es que cuando me pongo nervioso y me quiero hacer entender, no puedo parar de hablar.

El vecino se descojona online.

Yo me bloqueo.

El vecino sigue descojonándose y yo debo de tener cara de vaca mirando al tren, porque no entiendo el despiporre que se trae.

Sigo bloqueado.

Me dice que no me preocupe y que ahora le cuadra un poco más todo. Se sigue riendo. Yo sigo un poco absurdo. Me cuenta la historia de su amiga la de París. A su amiga le hacía falta que alguien la cuidase un ratito y él no se lo pensó.

Por lo visto, somos nosotros los que complicamos las cosas cada vez que dejamos volar la imaginación. Nunca el vecino me ha sugerido que había alguien más o que se lo estaba zumbando media Europa. Y sin embargo, yo lo pensé. Es decir, matrícula de honor en idiotez.

Yo se lo cuento y le digo lo bobo que me siento, que mi comportamiento me da vergüenza y que entendería que no me hubiera vuelto a levantar el teléfono y que no sé cómo he tenido el morro de comportarme así, y él me contesta con la frase: «En realidad, es todo mucho más fácil».

Y claro, pienso que ahí me voy a desmayar. «Es todo muy fácil» es esa frase que se repite en ese sueño recurrente que tengo donde estoy en una playa y sé que hay alguien a mi lado diciéndome eso pero nunca puedo verle la cara. No es la misma frase con las mismas palabras, pero quiere decir exactamente lo mismo. Estoy literalmente sin palabras y solo se me ocurre preguntarle una cosa: «¿Cuándo vuelves?», le he dicho. «Mucho antes de lo que tú crees», me ha contestado.

TREINTA Y OCHO

¿Cómo he dormido? Pues así, así. Muy pocas horas pero con un sueño profundo que casi caigo en un coma. Me he levantado muy pronto, a la siete, porque tengo una reunión a las diez y necesito estar despierto. El que hoy no se levanta ni a tiros es Sam. Cuando ha sonado el ruido del pienso en su bol, el tío ni se ha movido de la cama. Le he dicho que tiene que desayunar y telepáticamente me ha dicho: «No seas un brasas, por Dios».

Se me han acabado los plátanos. Terror.

Llevo ya exactamente un mes a dieta. Ayer me pesé en la farmacia y he pasado de 84,600 kilos a 80,900, lo cual me deja enormemente sorprendido. Es verdad que ahora se me caen los pantalones, pero me encuentro mil veces mejor. Y también llevo un mes sin cafeína: supongo que eso tiene que influir en la calidad del sueño, ¿no?

La verdad es que la dieta no tiene nada de especial. Cuando voy al supermercado miro las indicaciones de todo lo que compro y tengo que comprobar que las cosas tengan como mucho un quince por ciento de grasa. Y por la noche siempre cenó pescado o carne a la plancha con ensalada. Así de fácil. Y vaya que si me está funcionando.

A las diez ya estoy en la primera reunión del día, que es con una productora de televisión con la que me voy a asociar en un nuevo proyecto. Andrés me explica cuál es el protocolo a seguir y nos ponemos de acuerdo en todo. Está siendo un contrato complicado porque hay cosas de merchandising, porcentajes, renovaciones y de todo. Pero al final todos estamos contentos y el acuerdo queda cerrado. Supongo que un día de estos (probablemente durante el verano) ustedes se enterarán del proyecto en cuestión. El lanzamiento del asunto este comenzará en Internet y, como varios ya me han preguntado por mail, pues no, no voy a presentar ningún programa. Voy a dar la cara, pero no como ustedes esperan...

He pensado mucho en lo que me dijo el vecino. De hecho, cada minuto que pasa pienso más en el vecino. Y tengo muchísimas ganas de verle. Sé que ya se acerca el momento en que va a volver a Madrid y eso me tiene muy nervioso en el buen sentido de la palabra. Espero tener la oportunidad de conocerle, de saber un poco más cómo es su vida de diario, cómo es su historia. Necesito saber todo eso porque, por lo visto, todo sigue dependiendo de un «sí» o un «no». El vecino sigue insistiendo en una respuesta clara y un compromiso. Vamos, que no se anda con tonterías.

A media mañana me llama mi amigo José, que está por el centro, y me pregunta si le quiero acompañar a la inauguración del Mercado de San Antón. Este mercado está en medio del barrio de Chueca, en la calle Augusto Figueroa, y como me pilla cerca de casa le digo que sí. Nos encontramos en la misma puerta y nos vamos a chafardear. Y la verdad es que el mercado está estupendo y va a mejorar mucho la

calidad de vida en el barrio. Incluso hay un puesto de hamburguesas donde venden unas light que se me hace la boca agua de verlas. En la última planta hay una terraza que está genial y que va a ser un sitio de encuentro todas las noches de verano. Mi amigo José (que es un urbanita y participa en foros de Internet) me dice que no le parece la bomba y que, desde luego, el de Barcelona está bastante mejor. Me dice que es un poco un «quiero y no puedo». Pues vaya, yo encantado y él no tanto.

Cuando nos despedimos, me suena el teléfono y es mi madre en directo desde Ayamonte, que está a punto de irse a la playa. Me dice que mi voz le suena rara y que a ver si estoy bien. Le cuento lo del vecino y ella me pregunta que a ver cuándo narices llega. Le digo que pronto pero que no tengo ni idea, que como el vecino es muy de sorpresas, pues veremos qué pasa. Ella insiste en que me encuentra raro y quiere saber si me pasa algo y no se lo estoy contando. Ya saben ustedes como son las madres.

Caigo en la cuenta de que no he comprado plátanos en el mercado. Vaya por Dios.

Al mediodía no tengo nada que hacer y pienso que lo mismo me da tiempo a ir un rato a la piscina, pero miro al cielo y no me fío un pelo de las nubes. Por lo tanto decido que no.

Al volver a casa, tengo una sorpresa. Mi amigo Manuel me comunica que se va a casar y que estoy invitado a la boda. Casi me pongo a dar saltos de la alegría. Es la primera vez que me invitan a una boda gay, ¿se lo pueden creer? Empiezo a pensar que mis amigos son unos pendones y que por eso no se me casa ninguno.

En principio no me gustan las bodas, ni las gays ni las otras. Creo que tengo pánico al compromiso. Se lo digo a mi amigo Manuel y él me dice que está feliz como una perdiz. Me alegro una barbaridad porque, si hay alguien que es buen chico, es Manuel. Claro, que el marrón llega cuando me pregunta que a ver con quién voy a ir. También me pregunta si sigo soltero (es que hace mucho que no hablamos) y le digo que sí. Con la boca pequeña, pero le digo que sí.

¿Le digo al vecino que me acompañe a la boda? Miren que es a finales de junio y me da un poco un jamacuco, porque ir a una boda con un proyecto de novio lo mismo se puede malinterpretar y el vecino se cree que he pasado del «no sé» al «me caso contigo y te dejo embarazado, te pongas como te pongas». No sé qué hacer.

Justo en ese momento el vecino me llama por teléfono y, como he decidido no comerme la cabeza ni cinco minutos, le suelto lo de la boda. Me dice que las bodas le dan una pereza tremenda. Yo le digo que tengo que ir y él me pregunta con quién voy a ir. Le digo (manda cojones) haciéndome el ingenuo que no tengo quién me acompañe y que me parece de una tristeza enorme ir a una boda. Me vuelve a confirmar que le horrorizan las bodas, pero me cuenta que si quiere me acompaña. Yo le digo que sí, porque creo que ya no estamos para tonterías. Eso sí, espero que no sea cierto eso de que de una boda sale otra, porque a mi madre y a mí nos puede dar un

pasmo muy fuerte.

¿Casarme yo? Por favor...

Después de hablar con el vecino, me pongo a hacerme la comida y a contestar mails de curro al mismo tiempo. Llevo mucho tiempo como autónomo y currando en casa y a veces echo de menos eso de trabajar en un despacho con más gente. Sam es un secretario muy gracioso, pero estoy harto de que me dé los recados telepáticamente. No es lo mismo.

Aunque tengo una pequeña lesión en el hombro, decido ir al gimnasio justo después de comer, y cuando llego me encuentro aquello como si fuera un concierto de Madonna. Por lo visto, todos los gays de la ciudad han decidido entrenar a esa hora en mi gimnasio. Y es un coñazo, porque cuando metes a cincuenta gays en un espacio cerrado con poca ropa, hay mucha gente que le da por pestañear al que tiene al lado y tardan una barbaridad en dejar libres las máquinas. Y eso por no hablar de los vestuarios, que si la gente supiera lo de los vestuarios vivirían instalados en el grito. Como lo oyen.

Por la tarde tengo una reunión telefónica con Carmen, que me cuenta que una de las editoriales ya ha hecho una oferta en firme sobre mi próximo libro y que estamos aún esperando la respuesta de otras dos. Joder. Ni que fuera yo Harry Potter. Hay que ver lo lento que trabaja la gente en este país a veces.

Y hablando del país, flipo con lo que está pasando con el movimiento «Democracia Real Ya». Miles de personas están protestando en toda España acerca de la pésima calidad de nuestros políticos. Y les prometo que no me extraña nada. Siempre he pensado que tenemos unos políticos espantosos, sean del partido que sean. Y por lo visto, la Puerta del Sol está petada de gente que hace concentraciones a diario para protestar sobre este asunto con el lema de «No les votes». Y me fastidia porque se merecen que no les vote, pero como siempre intento ser responsable, pues creo que mi obligación es la de votar, que la gente que vivió cuando Franco no tuvo la suerte que tengo yo.

A media tarde me da una histeria enorme y decido reorganizar la estantería del salón de casa. Dos horas más tarde, tengo tres cajas de libros que voy a donar a una biblioteca y dos bolsas de basura. Si hay una persona en el mundo hoy que no tiene el síndrome de Diógenes, ese soy yo. Me relaja una barbaridad tirar cosas. Cada vez soy menos de atesorar y más de quedarme con lo estrictamente esencial. En todo.

Esto lo pienso porque tengo una persona de la que hace mucho que no sé nada. Y también pienso que no me sale de salva sea la parte llamarle. Hay gente que llega para quedarse y gente que, por sí sola, decide convertirse en prescindible y lo que consigue es que un día te levantas de la cama y ya no te acuerdas ni de qué color tienen el pelo. Supongo que es una criba que la vida va haciendo y así tienen que ser las cosas. ¿Le echo de menos? No, la verdad es que no. Esta persona se ha puesto en

la cajita del olvido y creo que ahí se va a quedar. Tonterías, las justas.

Por la noche me voy a Diesel, porque un amigo que trabaja allí me ha invitado a un evento que tienen para vips y ponen toda la colección de este verano al cincuenta por ciento. Llego a la tienda y aquello parece un after, por el amor de Dios. Como yo no soy de pelearme con nadie por unos tirantes (no se imaginan lo que es capaz de hacer un homosexual de mediana edad acompañado por su mariliendre por una camiseta apretada de marca), en diez minutos he elegido un bañador negro y una camiseta blanca que se han quedado cojonudos de precio. Me vuelvo a casa más contento que todo con la compra tan barata.

Escribo un rato y tengo que empezar a pensar en redactar los agradecimientos del nuevo libro. ¿Y si pongo algo así como «Gracias a todos los que me queréis» y lo soluciono de un plumazo? No sé.

Mi amigo Philippe, que es un prodigio de lo zen ha escrito en su muro: «Soy pesimista por culpa de mi inteligencia, pero soy optimista por la fuerza de mi voluntad». Estoy a punto de llamar a Phil y decirle que en esa frase se resume mi vida, pero lo mismo piensa que me he vuelto loco.

Hoy tengo aún a la plancha para cenar, y mirando Internet mientras cocino he decidido que me voy a pasar una noche tranquila frente a la tele porque esta noche estrenan una serie nueva que se llama *Los Borgia* y me apetece un montón. Sobre todo porque da una imagen de la Iglesia católica de verdadero espanto.

Esta noche, de verdad, quiero tumbarme en el sofá con Sam mientras veo la serie y hablar con él de cosas. Le he mandado un sms al vecino deseándole buenas noches y literalmente le he escrito: «Te mando un beso. Con lengua». Al mandarlo, porque soy humano y no Santa Teresa, he pensado por unos instantes en el culo del vecino y me he sofocado un poco. Si el vecino no estuviera en el extranjero, tan solo hubiera necesitado cruzar la calle y darle lo suyo y lo de su prima, que estos calores me tienen inquieto. El vecino, que por supuesto no sabe lo que estoy pensando, me contesta diciéndome que le ha encantado el beso y que sí, que me acompaña a la boda.

Esta vez no me he puesto nervioso. La verdad es que estoy relajado. Me tumbo en el sofá e inmediatamente Sam viene a mi encuentro y se tumba en mi pecho. Le cuento todo lo que está pasando y él, telepáticamente, me dice que mientras tengas pienso y latitas, pues que le da todo un poco igual. También le digo que existe la posibilidad de que las cosas cambien. Y él, telepáticamente, me sigue diciendo que, como se me ocurra dejarle sin latitas, él puede convertir mi vida en un infierno. Vamos, maravilloso.

Justo antes de irme a la cama me llega un mensaje del vecino, que dice: «Me estoy quedando dormido. Otro beso. Ya falta menos...».

TREINTA Y NUEVE

Me he saturado. La verdad es que los últimos días me he saturado y he tenido que parar un poco el ritmo que llevaba. Sé que hay mucha gente que lee las crónicas cada noche que se ha mosqueado y así me lo ha hecho saber por mails. Suelo tener un sentido de la responsabilidad gigante con los lectores, pero esta vez he decidido que estaba yo primero. A veces hay que saber parar un poco la máquina para volver con fuerzas, así que esto han sido mis últimos días.

JUEVES

Me viene un subidón de curro que me deja loco. Literalmente. Hay reuniones y negociaciones al mismo tiempo sobre un proyecto audiovisual que me interesa mucho.

Desayuno mientras contesto un montón de mails a la vez. Sam sigue en la cama. El vecino me ha mandado un beso de buenos días.

Mientras me ducho, pienso en el vecino y también pienso que me tengo que concentrar en el curro, que, como se me vaya la cabeza con el vecino, luego no doy una.

Mientras me afeito, le llamo por teléfono (con el altavoz puesto) y le digo que voy a tener dos días intensos. Él se ríe cuando le pregunto que a ver si viene de una vez y cuándo lo va a hacer, y primero se calla y luego me vuelve a decir que «antes de lo que pienso». Me tiene frito, la verdad. Y la verdad también es que tengo muchas ganas de que venga.

Tengo una reunión con Carmen por la mañana por las cosas editoriales y luego tengo otra con Jake (el coproductor del nuevo single de Lanka) para valorar ideas sobre la nueva canción y decidir qué día vamos a grabar las voces del cantante, que se encuentra de vacaciones en Turquía y se lo está pasando pipa.

Sigo sin noticias de mi amiga Janneth, que también se ha ido de vacaciones a Colombia con su novio. O los han secuestrado y están vendiendo sus riñones (sí, a veces soy un pesimista) o se lo están pasando de escándalo.

Me hago la comida en casa mientras sigo escribiendo y planeando estrategias a la velocidad de la luz.

A la tarde voy al gimnasio y me encuentro con Chris en el vestuario. Me cuenta que se va unos días a Barcelona por una cosa de curro y se le ve encantado, lo cual es una maravilla.

Todo el mundo se mueve y se va a sitios. Y yo estoy aquí atrapado en Madrid. Hasta mi madre me llama desde Ayamonte para decirme la maravilla que es estar en una playa casi desierta. Pffff.

A eso de las nueve de la noche escribo una nota para los lectores diciéndoles que no me da tiempo a escribir las crónicas y que, como varios de ellos lo han pedido,

pueden mandarme preguntas al mail sobre todo esto, que yo las recopilaré en una entrevista.

Después de cenar, llamo al vecino y nos vemos por Skype. Para el vecino es más tarde que para mí, así que no estamos demasiado rato. Le veo por la cámara y me dan ganas de decirle que ya está bien, que a ver si viene, y que esta sería una noche alucinante para pasarla juntos porque tengo la cabeza a punto de explotar. Por supuesto, y como soy más tonto que un zapato, no se lo digo y me paso media hora hablando de tonterías.

Me duermo viendo lo de la isla en Telecinco, donde, aparentemente, su vida es veinte veces peor que la mía y encima tienen que ver todo el día a Paquirrín medio en pelotas.

VIERNES

Me levanto espeso como pocas veces y me siento en el suelo de la cocina. Me puedo permitir el lujo de jugar con Sam y darle una latita mientras escucho el nuevo disco de Lady Gaga, y es que esta noche tengo que publicar la crítica. A estas alturas supongo que todo el mundo sabe que estos fenómenos para peluqueras de provincia con flequillo peinado a laca me dan bastante igual.

Sigo escribiendo.

Tengo una reunión con la editorial que ha publicado la trilogía de Chueca para ver qué día me viene bien firmar ejemplares en la Feria del Libro de este año. No nos ponemos de acuerdo en una fecha y lo dejamos pendiente para la semana que viene. Me da mucha vergüenza, pero me mola lo de firmar libros en la Feria porque es una manera cojonuda de estar en contacto directo con los lectores y escuchar lo que me quieren decir.

Por la tarde tengo la sorpresa de que Natalia (*a.k.a.* Naty Hilton) viene a pasar el fin de semana a Madrid, y es que ella vive en Casablanca (Marruecos). Natalia es rubia, es sexy, es como muy de la moda (trabaja en moda) y tiene el pelo más alucinante que he visto yo en un ser humano. Y además siempre lleva tacones altos y tiene el sentido del humor de un *hooligan*.

Sigo escribiendo hasta que me avisan los amigos de que están con Natalia en un bar debajo de casa. Así que me atuso un poco y bajo.

Hace una tarde formidable y pienso que es una pena no tener espíritu brasileño para salir en tetas a la calle. En el bar, Natalia me dice que me ve hecho un quinqui y nos pasamos un rato en la calle hablando sobre todo de amor y de cosas así. Ella tiene una historia y yo tengo otra. Tengo que reconocer que la suya es más intensa.

Del bar nos vamos a una fiesta en la terraza de un hotel y paso un momento un poco desagradable. Aquello parece una fiesta del Orgullo Gay para gays que votan al PP, y ya el colmo del asunto viene cuando un calvo pasa por mi lado y con todo el morro me toca el culo. Estoy pensando en estamparle el mojito en la cara pero, claro,

eso no sería bien visto socialmente.

Estoy de un humor de perros y me voy a cenar solo a un Vips. Quiero llegar a casa y hablar con el vecino.

Esta noche hablamos de cosas que queremos hacer en la vida. El vecino se queda un poco asombrado cuando le cuento que la cosa que más me gustaría en la vida es tener un hijo. Me pregunta que de dónde viene ese deseo, y le cuento que viene de las ganas de dejar atrás todo lo superfluo y concentrar mi vida en algo tan importante como educar y querer a una persona de manera incondicional el resto de mi vida.

Juraría que se le han humedecido los ojos cuando se lo explicaba, pero no sé.

Me voy a la cama y sueño que tengo un hijo, que le llevo al colegio, que me da disgustos y que yo le sigo queriendo lo mismo.

SÁBADO

Hoy no pienso contestar un e-mail aunque la paz en el mundo dependa de ello. Así que quedo con mi amigo José, al que no veo desde que ha llegado de Chicago, para irnos juntos al Ikea.

Por el camino hablamos un montón de sexo (el pobre lleva a palo seco un tiempecillo y se le nota en el carácter). Nos reímos una barbaridad con una aplicación que él tiene en el iPhone y que permite ver qué homosexuales están cerca de ti en ese momento. Entramos en el Ikea y nos sobresaltamos como locos porque el iPhone da una cantidad tal de pitidos avisándonos de la homosexualidad que por unos momentos pienso que me iría muchísimo mejor en la vida siendo lesbiana. Eso, o rubia natural.

¿Qué he comprado? Pues miren ustedes. Tengo que reconocer que también en el Ikea he pensado en el vecino y he comprado dos tazas de desayuno con el propósito de que él desayune alguna vez conmigo. También he comprado unos contenedores para el baño para que parezca una sala de disección, servilletas, una tetera grande, unas velas para Matías y unas fundas para almohadas. Es decir, todo lo que no necesito.

Nada más volver, Naty Hilton y compañía me cuentan que están en la plaza de Chueca y que tenemos que comer allí. Naty Hilton improvisa un desfile en la plaza de autopromoción usando al Yorkshire homosexual de una amiga a modo de bolso. Nunca ha habido un perro con más miedo en el mundo, y a escondidas de su dueña le doy una patata frita, que el pobre se ha quedado como Belén Esteban cuando le baja el azúcar.

Con las cervecitas me pongo flamenco, y la juerga sigue porque nos vamos a la terraza del Mercado de San Antón, donde decido que, como ya estoy un poco perjudicado, lo más sensato que puedo hacer es... meterme dos mojitos entre pecho y espalda.

Entre mojito y mojito me da un ataque de romanticismo y me encierro en un

baño, desde donde llamo al vecino y le digo de todo menos recitarle algo de Alberti. El vecino se queda impresionado y me dice que a ver por qué le estoy contando tantas cosas de repente. Le digo que los mojitos me han puesto valiente y que a fin de cuentas él tampoco es rubia natural (*a.k.a.* tonto) y que supongo que no le pilla de nuevas. Él me dice que con lo hermético que soy no se lo esperaba, y que «a ver si tengo huevos de decirle lo mismo a la cara estando sobrio». Vamos, planazo.

A eso de las ocho y media de la tarde, decido que me hace falta urgentemente un bañador y unas chanclas nuevas, porque a ver cómo coño doy yo la bienvenida al verano en condiciones. A pesar de que estoy con la dieta, yo me sigo viendo engordado y es la primera vez en la vida que me tengo que comprar un bañador talla L. O los mojitos me siguen teniendo idiota o los muslos se me están poniendo como los de Beyoncé.

Cuando regreso a casa con las compras, pienso en llamar al vecino y pedirle disculpas por todo lo que le he dicho (que para nada es malo), pero decido que a lo hecho pecho y que ya hablaremos mañana.

Me quedo viendo *La Noria*, que presenta mi amigo Jordi González, y me quedo como un tronco (maravillas del mojito) mientras un señor pequeño que salía en *Crónicas Marcianas* celebra su cumpleaños a la vez que Paz Padilla (santo Cristo de la luz) le dice que le ve «guapísimo».

Duermo como el culo de mal. Pero fatal.

DOMINGO

Me levanto con una resaca e inmediatamente empatizo con Lindsay Lohan, Liz Taylor (desde el más allá) y Naty Abascal.

Tengo que ir a votar. A pesar de que incluso Sam se aterra de la pereza que tengo y telepáticamente me dice que voy a ser un ciudadano de mierda como no ejerza mis derechos democráticos, yo le digo telepáticamente que tiene mucha razón pero que la cabeza me va a explotar y que no me acuerdo de ninguna receta para la resaca.

Me vuelvo a quedar frito.

Suena el teléfono y es el vecino desde el más allá, que es un «más allá» distinto del de Liz Taylor. Me cuenta que él votó por correo y que ha votado por el partido enemigo del que yo pienso votar. Tenemos una discusión-debate de un intenso que pienso que por momentos parece que me he tragado a María Antonia Iglesias. Me da un sofoco gigante solo de pensarlo.

Me ducho (casi me quedo dormido en la ducha) y me visto. En la calle hace un sol de justicia y recibo un sms de Naty Hilton, que me dice que se ha acostado a las ocho de la mañana y que tenemos que suspender la fiesta de «Biquinis y Mangueras» que habíamos pensado hacer en la terraza de un amigo vecino. Menos mal, porque a este paso no llego vivo al lunes.

Tengo la cabeza tan fuera de mí que no consigo encontrar mi nombre en las listas

electorales. ¿Habré desaparecido y el Gobierno habrá borrado mi identidad como le pasó a Sandra Bullock en aquella plasta de película? Un señor con un culo fabuloso me indica que lo que pasa es que llevo diez minutos mirando la lista incorrecta.

Mientras voto, caigo en la cuenta de que el apoderado de un partido de izquierdas me hace ojitos. Cierro los ojos pensando en la posibilidad de volver a tener sexo y me viene una arcada enorme. O estoy perdiendo la libido o ayer me envenenaron con el mojito. Espero que sea lo segundo, por la cuenta que me trae.

Como algo en un restaurante de Malasaña con las gafas de sol puestas y tengo miedo de que la camarera lesbiana (que no deja de mirarme) me confunda con un tertuliano del *Sálvame* que pretende pasar desapercibido. Cualquier persona sabe que solo hay una cosa peor que el infierno o un disco de Celine Dion, y eso es trabajar en *Sálvame*.

En casa me paso la tarde durmiendo y me despierto tardísimo para ver los resultados electorales. Pasa lo que tenía que pasar y me enfada saber que la mitad de la gente que tenía que votar no ha votado. Y luego se quejarán.

Sigo con la cabeza como el encefalograma de Marujita Díaz (es decir, altos y bajos sin parar y con ganas de decir «hago lo que me sale del kiwi» cada dos minutos).

Antes de ir a la cama, me llama el vecino y estoy sudando del calor que hace. Antes de despedirme, me dice: «Más de cuatro pero menos de quince». Yo le pregunto «qué» y él me contesta: «Días».

CUARENTA

Me levanto con resaca poselectoral y sigo con la otra resaca. Mientras me ducho (hoy me ducho antes de desayunar por aquello de cambiar), le cuento a Sam que me ha dado mucho pánico la vejez, que a mí me gusta una fiesta, una pista y un tablao mucho y que como las resacas me duren tanto lo mismo tengo que dejar de salir si no quiero acabar como Lindsay Lohan.

Desayuno sentado en el suelo de la cocina y hago un repaso de la parte buena de estar soltero. Como soy hiperactivo y no me queda nunca demasiado tiempo para deprimirme, la verdad es que he hecho un montón de cosas. Me da un jamacuco muy grande y me digo que esto lo tengo que escribir en un papel. Y esto es lo que escribo:

COSAS BUENAS QUE HE HECHO DE SOLTERO

- Aprender a comer mejor.
- Dormir mejor, aunque sea en el sofá.
- Aprender a decirle telepáticamente a Sam «Yo te estampo», que antes me resultaba difícil.
- Valorar y disfrutar muchísimo más de mis amigos.
- Escuchar (de verdad) los consejos de mi madre y aceptar que ella suele tener razón.
- Abandonar definitivamente la cafeína.
- Obligarme, aunque vengan mal dadas, a salir con una sonrisa a la calle.
- Aprender y utilizar en mi vocabulario diario la palabra «parraque».
- Hacer más deporte y de mejor forma.
- Disfrutar de mirar al techo sin pensar en nada importante y hasta sin pensar (un arte que domina a la perfección Paris Hilton, a la que cada día admiro más).
- Y, sobre todo, he aprendido a no precipitarme en las respuestas, a ser paciente, a que lo sean conmigo y a aceptar que, si algo es para mí, lo será. Y si no, pues no. Ansiedad cero.

Esto último me ha hecho hasta sentirme orgulloso de mí mismo y telepáticamente le digo a Sam que, si tengo que ser sincero, no estoy del todo seguro de lo que le voy a decir al vecino. En un mundo perfecto le hubiera dicho que «sí» a los cinco minutos. Pero esta vez me he puesto yo por delante del vecino y de lo que haga falta. Me he vuelto muy egoísta en el buen sentido de la palabra.

Salgo a la calle para dos reuniones que de alguna manera confluyen. Tengo que cerrar la fecha en la que voy a firmar ejemplares de mis tres primeros libros. Al final

será el 4 de junio, a partir de las 18.30 horas en la Feria del Libro del Parque del Retiro, y también estará firmando conmigo Eduardo Mendicutti, que es una especie de hado madrino literario que tengo y alguien al que le estoy agradecido de corazón por su apoyo a mi curro.

Luego cierro mi participación en un documental después de negociar mucho. Quieren entrevistarme para que hable de mi trabajo en la música y mi faceta de escritor. Y también quieren que hable de que todo esto lo he hecho siendo gay. Digo que tengo que negociar porque lo que escribo o lo que he producido no ha pasado porque yo sea gay. Obviamente, ni he escrito lo que he escrito ni he producido música por ser gay. Negocio que hablo de mi curro pero no de mi faceta de gay, porque es algo que no creo que haga falta en absoluto. Además, qué coño, he tenido novia y sexo con tías hasta hace año y medio, o sea que no sé si soy un ejemplo de gay «de toda la vida». Y encima ni veraneo en Ibiza, ni voy a la We ni me gusta Lady Gaga.

Como he terminado pronto, me voy un rato a tomar el sol a la piscina del Canal porque me encuentro muy a gusto allí. Solo hay señoras jubiladas que toman el sol en tetas y maquilladas. Y llenas de oro, lo que las hace irresistibles. Mientras tomo el sol, me leo los periódicos, que hablan de los resultados electorales y, depende del periódico que se lea, la cosa es muy distinta. Una realidad con dos versiones.

Al mediodía me llama el vecino para contarme que se encuentra muy contento y que ha dormido fenomenal. Se me ha olvidado contar que el vecino no siempre ha dormido bien y que lleva una temporada fenomenal. Dice que tiene ganas de dormir conmigo porque sabe que va a dormir como un tronco. Según él, de agotamiento. Yo le digo que es por culpa de su culo. Él me pide que lo explique. Yo me pongo hecho un ordinario y le digo que cada vez que le miro el culo soy como un paquete de Pringles. Es decir, que si hago «pop» ya no hay «stop».

Cuando le cuelgo, me hago la comida y me doy cuenta de que ya no me cuesta nada comer tanto pavo a la plancha y tanta ensalada. Se está convirtiendo en algo mecánico y me maravillo cuando pienso que ya son dos meses sin haber ido a un McDonald's o sin zamparme cuatro donuts rellenos para desayunar.

Esto me da un poco de alegría, y me pongo a escribir porque parece que me han venido a ver las musas. De hecho, me quedo muy sorprendido cuando veo las estadísticas del blog y compruebo que lo que escribí ayer lo leyeron más de seis mil personas. Me quedo a cuadros.

Mi amiga Natalia (*a.k.a.* Natys Hilton) me dice desde Casablanca que se ha pillado de las crónicas y que le recuerdo a Carrie Bradshaw. Natys, obviamente, no sabe que tengo un odio africano a ese personaje.

Sigo escribiendo hasta que decido que he de sacar cosas que tengo debajo de la cama y seguir con la política de «fuera lo viejo, dentro lo nuevo». Tiro cuatro pares de zapatillas y bastante ropa que no uso hace mucho tiempo. Y me siento tan bien que

me voy hasta el barrio de Salamanca con la sana intención de encontrar unos cojines.

Hace un calor enorme, pero decido ir paseando. Por supuesto, no encuentro nada de nada. Bueno, sí encuentro, pero si cada cojín me sale por sesenta euros, no es plan. Justo saliendo de una tienda me llama el vecino y me dice que se va al gimnasio a hacer sentadilla. Y así, por arte de magia, tengo una erección en medio del barrio de Salamanca parado en un semáforo junto a dos señoras que tienen pinta de echar azufre por la boca si supieran lo que estoy pensando. Por supuesto, le hago saber al vecino lo que estoy pensando. El vecino me dice que me calle, que tiene gente delante. Eso me embrutece y yo sigo diciéndole barbaridades.

Me han invitado a una fiesta que celebra no sé qué de Balenciaga, y pienso ir. Pero resulta que me informan de que tengo que ir con traje, y la cosa me agobia. En la calle, el termómetro marca treinta y un grados y estoy sudando la gota gorda. Ponerme ahora un traje y unos zapatos me agobia una barbaridad, y por lo tanto decido no ir. Es decir, sigo haciendo lo que me da la gana. Y tan feliz.

Al llegar a casa, me voy a la ducha y Sam ni aparece. Yo creo que es porque telepáticamente le estoy diciendo que dentro de nada le tengo que bañar. Y eso para él es el infierno en vida.

Mi madre me llama por teléfono y comentamos los resultados de las elecciones. También me encarga que mire cómo han quedado las cosas en Ayamonte. Yo le doy los datos como si fuera el ministro de Interior y ella se queda encantada. Tengo ganas de hablar con ella más, pero con la vida social que tiene es casi imposible.

Me quedo un poco preocupado con varias llamadas telefónicas. Un proyecto en el que estoy realmente interesado parece que se retrasa un poco, y eso siempre es un fastidio porque no sé exactamente cuándo empiezo a currar y tengo varias cosas pendientes. Y luego recibo una llamada de Carmen. Una amiga a la que conoce desde niña ha fallecido junto a su novio en un accidente de tráfico. Escuchar a Carmen triste por teléfono la verdad es que me deja muy ploff. Ella, que es tan energética, está hoy hecha polvo. Y con razón. Al colgar el teléfono, me pongo a pensar en lo efímero que es todo y que en un instante todo puede cambiar, y no por decisión nuestra.

Cojo a Sam y le digo que necesito mimos y que nos vamos a pasar un rato en el sofá juntos. Ni pienso nada ni hago nada. Miro por la ventana mientras Sam ronronea subido a mi pecho.

Por la noche, el vecino me llama y le digo que estoy un poco bajo con las noticias de hoy. El vecino me pide que ponga la webcam y la pongo. Hablamos de que no siempre se puede tener un buen día en el que todo salga redondo. Yo le digo que sí a todo, pero me quedo flojo. De repente es como si me hubiera quedado triste y sin fuerzas. El vecino, que es la hostia, hace todo lo que está en su mano y también me dice que las penas compartidas son siempre menos penas y que a él le encantaría escucharme siempre que lo necesitase.

Le explico que tampoco es cuestión de eso. A mí también me gusta mucho escuchar. De hecho, desde hace unos años prefiero escuchar a hablar.

Mientras hablo con el vecino, me lavo los dientes y me meto en la cama. Sam se ha subido de un bote, se tumba a mi lado y apoya la cabeza en mi brazo. Me despido del vecino con un beso grande y esperando que mañana sea un día mejor.

CUARENTA Y UNO

Me ha sentado fenomenal dormir bien. Yo no sé si es porque he dejado de tomar café, pero la verdad es que, aunque me acueste con cosas en la cabeza, siempre me duermo antes y duermo del tirón. Creo que ya hace tres semanas que duermo así. Antes me despertaba por cualquier cosa...

Creo que estoy recuperando la libido, porque esta mañana me he levantado que daba gloria verme. El vecino es lo primero que me ha venido a la cabeza, y digo yo que telepáticamente le he transmitido a Sam lo que pensaba, porque ha saltado de la cama a una velocidad que parece que le perseguía Satán. O Celine Dion.

He desayunado en el suelo de la cocina con el portátil y leyendo los periódicos online. Lo típico de después de unas elecciones. Gente esperanzada por un lado y gente con miedo por otro. El caso es no estar contentos. A mí cada día me la sopla más lo de la política, y hablo con una amiga por teléfono y los dos estamos de acuerdo en que, en realidad, nos gobiernan la banca y las grandes corporaciones.

Después he hablado con mi madre y le he dicho que tengo mono de ella. No pasa nada especial, pero tengo mono de madre. A mi edad. Ella, por supuesto, se ha quedado megapreocupada y ha pensado que lo mismo me había pasado una tragedia. Le he tenido que jurar por Ricky Martin que no pasa nada, que esta mañana la he echado mucho de menos y que se lo digo, así de sencillo. Bueno, en realidad le cuento algo más que solo quiero que lo sepa ella. Ella se queda unos segundos en silencio cuando se lo cuento y me dice que está todo bien si así quiero yo las cosas. No se puede tener una madre mejor, y se lo digo mientras se va con mi padre en el coche a la playa.

Después de arreglar varias cosas por teléfono, me pongo con correspondencia atrasada y me doy cuenta de que ya no puedo contestar a todos los lectores que me escriben, lo que me fastidia una barbaridad. Ya que alguien se toma la molestia de ocupar parte de su tiempo en escribirme y contarme cosas, lo menos que puedo hacer es contestar y agradecer. Pero materialmente ya es imposible. Me enfado tanto que me como dos flanes, un yogur desnatado y medio bol de gelatina de frambuesa. Y me quedo con hambre.

Tengo que bajar a comprar comida y me llama mi amigo José, que está por el barrio. Juntos nos vamos a la farmacia, porque me tengo que pesar. Peso exactamente 80,900 kg. Es decir, gracias a la dieta ya he bajado en un mes y medio más de cuatro kilos. La cosa funciona y se me pasa el enfado. José me acompaña al súper y hablamos de los fans de Lady Gaga, del pelo teñido de Rajoy (y su barba canosa), de Paquirrín, de lo de Gadafi y de lo cansino que es a veces vivir en el centro de Madrid. Por ese orden.

Después del súper nos bajamos hasta el mercado de San Antón porque quiero

comprar hamburguesas, fruta y queso fresco. En el mercado hay un ambientazo y hay que ver lo que va a ganar el barrio con esto. Cuando mi madre venga de Ayamonte, tengo que llevarla porque le va a encantar.

Decidimos comer juntos en casa y sorprendo al mundo y a José al preparar una pasta (no le digo que es de sobre) y unas pechugas de pavo maceradas en salsa de lima. De postre preparo un té de la tienda de mi amigo Fernando con hielo y rodajas de limón. Vamos, que no me creo ni yo lo organizadito que estoy.

Por la tarde me pongo muy contento porque mañana voy a ver a mi amigo Pablo. Por cosas de la vida, no nos hemos podido ver desde principios de noviembre. Y ha sido difícil pasar todo este tiempo sin ver a Pablo, que es una especie de hermano al que quiero de verdad.

Me concentro en volver a escribir y, aunque me cuesta un poco, arranco mientras oigo en *Sálvame* que a alguien le tienen que amputar un dedo del pie. Me pregunto si lo van a hacer en directo, porque son muy capaces.

La verdad es que está siendo un día tontuno, porque hace ya bastante calor y yo me aplatano. Cuando el vecino me llama a media tarde, me dice que no tengo ni idea de lo que es el calor. Claro, él está en un sitio donde hace mucho más calor. Me pregunta que a ver si tengo mejor día que ayer y le digo que sí, que bastante mejor. Hablamos de que, en realidad, frente a la adversidad o las malas noticias, todo es cuestión de actitud.

El vecino me está sorprendiendo mucho y para bien. Hay veces que uno siente atracción por alguien (este es el caso) pero no se explica muy bien la razón de esa atracción. Es una sensación que no me mola, porque siempre quiero entender el porqué de las cosas, que luego pasa lo que pasa.

Y con el vecino me está pasando eso. Cuantas más cosas me cuenta, me percató de que quizá yo me había hecho una idea equivocada y que en realidad nada es tan rígido.

El vecino a sus 40 tacos tiene un sentido del humor negro, adolescente y un poco burro a veces, lo que encaja perfectamente conmigo, que suelo ser el que cuenta los chistes en los funerales. Y es listo. Digo que es listo porque sabe lo que quiere, cómo lo quiere y cuándo lo quiere. Eso es esencial. Ser honrado con uno mismo y contarlo al mundo. Se supone que así, con esa actitud, el margen de error va a ser mínimo. Resumiendo: que cuanto más le conozco, más me gusta. Quedamos en que volveremos a hablar por la noche. Sigo con la campaña de «fuera lo viejo, dentro lo nuevo».

Y hoy toca la colección de CDs. Al haber trabajado en la industria de la música durante muchos años, tengo tres contenedores de los grandes hasta los topes de cds. Y es un horror. Decido hacer tres montones:

- CDs sin los que no podría vivir,

- CDs con los que quizá podría vivir,
- CDs que me asustan tanto del horror que no sé qué narices hacen en mi casa.

Como no quiero herir la sensibilidad de los fans, descubro que tengo la discografía completa de varios cantantes españoles y disfruto como un asesino en serie con dos solistas femeninas que van al cubo del despiece sin miramientos, ediciones especiales incluidas. Pienso sacarlos a la puerta de casa y, como vivo en Malasaña, estoy seguro de que algún marifloro va a pasar, va a verlos y le voy a dar la alegría de su vida.

Lo que yo no quiero puede que le haga feliz a otro. Fascinante esto de la vida, ¿eh?

Tras bajar media historia de la música pop española a la basura, me llevo unos pantalones a la costurera y luego me tomo un té en una terraza del barrio. Dos chicas se me acercan y me dicen que a ver si soy Abel, el de las crónicas. Me quedo un poco verde y les digo que sí. Ellas me dan una charla de unos diez minutos sobre por qué le tengo que decir que sí al vecino, porque yo no tengo ni idea de lo mal que está el mercado, sobre todo para ellas.

Soy directamente rescatado por mi amiga Begoña, que llega al bar para tomar un algo con una amiga a la que directamente se le han estampado los ochenta en el pelo. ¡Qué tupé lleno de laca! ¡Qué maravilla! Por supuesto me río mucho, porque las pobres tenían una urgencia de peluquería y el único sitio donde les han cogido era un Marco Aldany, que como todo el mundo sabe es considerado el infierno de las puntas abiertas.

Me vuelvo a casa dando un paseo y me cruzo con una pareja que debe de estar viviendo un momento mágico. Ella le agarra por la cintura a él mientras él le besa como si le faltara el aire. Eso me paso a mí una vez, que me faltó el aire. La pregunta es: ¿puede eso suceder más de una vez en la vida?

Llego a casa y me pongo a escuchar unos discos que me han mandado. Hay un poco de todo, pero más bien la cosa es pelín mediocre. Al final le voy a tener que dar la razón a mi amigo Doron (vive en Tel Aviv y escribimos canciones juntos) cuando dice que la única estrella del futuro es Beyoncé.

Lo bueno de tener un portátil con cámara es que uno puede convertir su vida en un Gran Hermano con un clic. Digo esto porque esta noche el vecino y yo nos estamos viendo por la cam y el pobre hombre asiste en vivo y en directo a:

- Verme cocinar.
- Verme discutir con Sam porque solo quiere beber agua del grifo de la cocina.
- Verme desearle buenas noches a mi madre.
- Verme ducharme (de cintura para arriba).
- Verme cepillarme los dientes.

- Ponerme el pantalón del pijama.
- Y meterme en la cama.

Como tengo una cama un poco grande (¿qué quieren con esta espalda?), como de 1,80 de ancho y 2 metros de largo, tengo sitio más que suficiente para poner el portátil a un lado y seguir con la charla. Pero esta noche soy yo el sorprendido. Sorprendentemente, el vecino se ha quedado dormido como un tronco mientras le hablaba de unos fans de Lady Gaga que han salido en el telediario. Duerme de lado, de cara a la cámara, y tiene una especie de sonrisa permanente.

Santo Dios.

CUARENTA Y DOS

Todo el día de hoy se puede resumir con un mensaje de texto que he recibido a las nueve y media de la mañana: «Llego mañana por la noche».

Directamente, he tenido que sentarme y asimilar esas cinco palabras.

No sé qué o cómo he pasado el resto del día. Estoy en estado de alarma.

CUARENTA Y TRES

Estoy inquieto. Supongo que se acerca el día, claro. Y sigo creyendo firmemente que nada pasa por casualidad, sobre todo porque esta mañana, moviendo unas cajas, se me ha caído en la cabeza un libro que me regaló Vanessa hace casi un año. El libro se llama *Piense y hágase rico*. Y el título, desde luego, no podía ser más desafortunado...

Lo que el libro cuenta no tiene nada que ver con el dinero. Tiene que ver con la capacidad que todos tenemos para visualizar por dónde va nuestra vida. Y mientras voy por la Gran Vía a pillar un taxi que me lleve a un estudio de grabación a supervisar la mezcla final de una canción, pues voy pensando que, en realidad, nosotros siempre lo sabemos todo y, si nos centramos un poco, pues no es tan difícil saber por dónde van a ir las cosas. A mí, por lo menos, centrarme y encontrar un sitio en mi cabeza para tomar decisiones me cuesta una barbaridad. Pero es que también está LO INEVITABLE. Y sé que puedo alargar la toma de una decisión todo lo que quiera para encontrar un espacio donde me sienta a gusto, pero, si soy sincero, no tengo que rascarme mucho la cabeza para saber que lo inevitable siempre va a ser inevitable.

El taxista es un maleducado de cojones y me da por pensar que debe de ser una persona complicada que ha escogido el camino equivocado. Es mucho más fácil ser amable. Siempre hay dos caminos para todo, y aunque la gente piense lo contrario, el camino de la felicidad siempre es más fácil. Hay momentos en que no es nada fácil aceptar lo que se nos viene encima. Yo he pasado un tiempo con una lucha enorme encima, desde que el vecino me dijo que me lo pensara. Y luego, claro, después de la noche de la fiesta... las cosas se complicaron aún más.

Llevo muchos días con una lucha por dentro, y el otro día se lo contaba a Juan Ramón por teléfono. El estar soltero, en cierta manera, es un estado maravilloso porque refuerza una barbaridad el egoísmo que todos necesitamos para querernos. Cuando se pasan los lutos, las lágrimas, las ansiedades y los «parraques» (gracias, Paqui la Fandanguilla), yo, al menos, me he quedado en un estado de placidez, silencio y tranquilidad pasmosamente agradable. Los malos tiempos siempre pasan, nos pongamos como nos pongamos. Por eso cada día estoy menos seguro de lo de pasar «el luto». Cuanto antes dejemos atrás las desgracias, antes vamos a empezar a ser felices. Y la vida es un ratito y no hay que perder el tiempo, que lo mismo me atropella un autobús y me pierdo un montón de cosas. Una amiga mía decía que hay que tener cuidado con llorar demasiado, porque cuando lloras se te emborronan los ojos y por tanto la realidad se queda desenfocada y, claro, uno está tan empeñado en llorar que por delante le pueden pasar veinte mil oportunidades y sería incapaz de verlas, por tener los ojos llenos de lágrimas...

Llevo todo el día mirando al cielo como si quisiera mirar a los aviones y averiguar en cuál viene el vecino. Y cuando miro al cielo sé que las dudas se han despejado, para bien o para mal, pero ya no hay dudas. Hay que arriesgarse, aunque sea para quedarse solo y disfrutar de la compañía propia. Hasta que no estoy tranquilo conmigo mismo no consigo estarlo con los demás, así de sencillo. La vida es una sucesión de accidentes que nos llevan a interactuar con personas. Algunas se quedan y otras se van, pero todas ellas, casi siempre, nos dejan algo de lo que podemos aprender, aunque sea algo malo. Porque yo, al menos, lo que sí tengo clarísimo es lo que NO quiero en mi vida.

He pensado en algunos amigos que se han quedado a mitad del camino y, si me pongo serio, me doy cuenta de que todos hemos dejado algo, aunque a veces sea malo, en la vida de los que tenemos cerca. No me da nada de miedo mirar atrás y ver a los que se quedaron atrás. Todos ellos están encerrados en un cajón por alguna razón. A veces yo habré sido el injusto, pero es que, como cada día soy menos católico, pues por eso cada día tengo menos sitio para la culpa. ¿Que me he portado mal a veces con personas que no se lo merecían? Pues claro. Pero ¿qué quieren? Ni me voy a flagelar, ni me voy a quemar a lo bonzo. Sí, me he equivocado, lo siento y voy a intentar aprender. Pero ahí termina el asunto. No puedo pasarme la vida como Ana Obregón, intentando volver a cocinar una paella para Spielberg.

Esto lo hablo con Lanka mientras escuchamos las mezclas finales de su nuevo single, que se va a llamar «Déjame solo». Es una historia que escribí hace tiempo y trata de una persona que sabe que ha cometido errores, que sabe que se ha enamorado de la persona equivocada, pero que lo asume y que quiere quedarse solo aceptando el error. Ya ven ustedes lo espeso que me pongo a la hora de escribir canciones. Y no, no es autobiográfica en absoluto. Una relación fracasada para mí no es un error ni un final. Es siempre un punto de partida al futuro (Lanka me mira con cara de «este se ha fumado algo»), porque el futuro es impredecible pero el presente no. Lo mejor que he hecho en los últimos años es coger la maleta y marcharme. Ahora miro al primer capítulo de estas crónicas y me doy cuenta de que, en realidad, estaba asustado ante la incertidumbre, pero no ante la pérdida. Resumiendo: no estaba enamorado; por lo tanto, la pérdida no era tal. Y a estas alturas Lanka (que es una buenísima persona) me mira con ojos de «tengo un amigo psicólogo que te quiero presentar».

Ahora mismo estoy enfrente del cine Capitol en la Gran Vía y me he quedado como idiota en una esquina. Llevo la música puesta a todo volumen y «Fall In Love» de Estelle ha vuelto a sonar en mi iPod. Y esta vez no lo he podido evitar. He ido hasta el semáforo y los pies solos se han puesto a bailar. Al darme cuenta, he sonreído tanto que me duelen los mofletes. Pero es que no puedo dejar de bailar. Tampoco es que esté haciendo breakdance, pero estoy bailando.

He vuelto a bailar en los semáforos.

Me ha costado meses, pero lo he conseguido yo solo. Y mientras me dirijo a la calle Fuencarral, voy pensando en mis amigos y en la gente que me quiere. Y me emociono. Todos ellos han sido una especie de balsa en medio del maremoto. Me han abrazado, me han echado la bronca, me han emborrachado y me han dicho que me quieren. Mi madre, en la distancia y la cercanía, no ha dejado de vigilarme, aunque no me hiciera falta. Y sigo sonriendo por la calle porque yo estaré soltero, pero de alguna manera nunca he dejado de estar rodeado de amor. Al principio fui tonto y solo pensaba en «ese tipo de amor». Y tenía los ojos emborronados, porque, aunque no lo haya contado, he llorado muchas más veces de las que he escrito. Lo que pasa es que, como soy burro, casi siempre me lo como todo solo. Es un error en el que tengo que trabajar. He llorado a veces solo porque me daba la gana, porque hombros donde apoyarme no me han faltado.

Entro en la calle Fuencarral de camino a ver a mi amiga Janneth y sigo escuchando la canción de Estelle. Y me acuerdo de aquella fiesta en la terraza de mis amigos cuando me di cuenta de todo. Ahora miro atrás y me doy cuenta de que lloré por lo inevitable. Porque entendí las cosas y me di cuenta de que lo que pasaría de ahí en adelante era inevitable.

Me tomo un café con mi amiga y cruzamos conversaciones personales y de trabajo. Yo creo que no lo he dicho nunca, pero Janneth es una superviviente y solo hay que mirarla a los ojos dos minutos para darse cuenta. Sin decirme ni una palabra, muchas veces me ha quitado los miedos pero con guante de seda. Ella me ha enseñado muchas veces que tenemos derecho y casi obligación de equivocarnos, tenemos derecho a llorar y a gritar y a todo lo que haga falta.

Me despido de ella como siempre, con un abrazo largo, y oigo al mismo tiempo que me suena un mensaje en el móvil:

«Ya he aterrizado. Estoy esperando a la maleta. ¿Cena?».

Claro, los tobillos se me han disparado y las pulsaciones se me han acelerado. Y justo cuando le voy a contestar que sí a lo de la cena, me llama mi amigo Nando para decirme que me tiene los dos sitios guardados en la presentación de la pasarela Fashion As Wave, que es una iniciativa con la que he colaborado como medio de comunicación oficial.

Nada más colgar a Nando, vuelve a sonar el teléfono y es Juan Ramón, que, casualidades de la vida, también acaba de aterrizar porque viene a pasar unos días a Madrid a un congreso. Me dice que Nando le ha invitado también a lo de la pasarela y que a ver si vamos juntos. Y a JuanRa yo no le digo que no a nada.

Por lo tanto, se me ha juntado el vecino, un evento y un amigo.

¿Y ahora qué narices se supone que tengo que hacer?

ÚLTIMO

Como un león enjaulado, así estoy.

De repente se me amontona absolutamente todo. Tengo que contarle a Juan Ramón lo del vecino, pero no me da tiempo a quedar antes con él para explicárselo todo. También tengo que llamar a la organización del desfile para decir que necesito tres sitios en vez de dos. Y en medio de este caos... mi madre al teléfono.

Le digo que voy como los locos, pero a ella le importa un pimiento. Desde que está en Ayamonte tiene un relax tan grande que, si no la conociera, sospecharía que está fumando porros. Se lo pregunto y me dice que nada de porros, que ella es así y que parece mentira la idiotez que le he preguntado. Me dice que me nota nervioso y yo le respondo que no estoy nervioso, que estoy más allá del ataque. Le explico por qué y ella me dice que esa no es la actitud. Me dice que uno no se puede enfrentar a un momento importante lleno de nervios, porque total, si va a salir mal, va a salir mal, pero que lo más probable es que todo salga bien porque soy su hijo y ella me conoce. Me dice que no se me olvide nunca que tengo un corazón de oro y que las personas así sufren más que el resto pero que el lado bueno es que todo se disfruta mucho más y se es más feliz.

Estas palabras de mi madre me dejan parado en el suelo de la cocina y decido hablar con Sam (que ya está frito de los calores y parece una jubilada en Benidorm) y tener una charla de padre a hijo. Telepáticamente, me dice que él también me quiere a pesar de que soy muy bruto a veces, y que el sentido de la sensibilidad felina lo tengo en las nalgas. Yo le digo que es un buen hijo y que no sé qué narices hubiera hecho sin él a mi lado. Él telepáticamente me dice que, en la vida, hasta el amor tiene un precio y que, en este caso, con dos latitas a la semana podemos arreglarlo. Fantástico.

Llamo al vecino por teléfono y le explico el huracán de acontecimientos de tal manera que al pobre hombre no le queda más remedio que acompañarme al desfile y a lo que haga falta. Perfectamente podía haberle dicho que nos veíamos después del evento. Pero tengo ganas de verle y sobre todo tengo ganas de saber qué es lo que me va a pasar por la cabeza cuando le vea.

Después de colgarle me quedo muy relajado porque no tengo que pensar en qué ponerme. Mi amigo Gus (yo soy la moda), que es un estilista enorme, me ha comprado unas cosillas y el grito viene cuando me doy cuenta de que se me ha olvidado comprarme unas zapatillas azul marino que Gus me había dicho que tenía que llevar o su ira caería sobre mí.

Diez minutos después, estoy en chándal corriendo por la Gran Vía hablando por el móvil con Gus, que me da instrucciones de dónde puedo encontrar las putas zapatillas. Esto a un hetero no le pasa. Ellos son más de depilarse las cejas y las piernas, y esto lo pienso al ver al dependiente que mientras me cobra le dice a un

compañero que se «ha trajinado una chorba enorme», y eso lo dice con las cejas de Eva Longoria.

Llego a casa con las zapatillas en la mano y la lengua en el suelo pero feliz de no haberme depilado nunca nada. Bueno, casi nada. Mientras me ducho, pongo el altavoz y quedo con Juan Ramón y con el vecino a la misma hora en el mismo sitio. Es decir, en la plaza de Callao.

Mi madre vuelve a llamar para ver si sigo nervioso. Le confirmo que sí. Me dice que soy un lelo. Yo le digo que la quiero. Ella se emociona mientras yo me lavo los dientes, me pongo desodorante, gomina y crema en los pies y todo al mismo tiempo. Se emociona no por lo mío, sino porque esta tarde ha quedado con un montón de amigas en casa de otra amiga. Han decidido vestirse de gitanas y hacerse una sesión fotográfica que, según mi madre ha comentado, «tienes que publicar en el blog porque esto a tus lectores les va a encantar». Vivo más instalado en el terror que hace cinco minutos, si eso fuera posible.

Cuando llego a la plaza de Callao, me encuentro a Chris, mi compañero de gimnasio, que está hablando con Iván, un amigo de San Sebastián, y resulta que también vienen al evento. Juan Ramón, que es el colmo de la puntualidad, me da un abrazo enorme nada más llegar y casi que me estrangula, porque mide como metro noventa o así. Y justo cuando quiero contarle rollo telegrama todo lo que está pasando, oigo a mi espalda que alguien dice:

«Hola, vecino».

Efectivamente, es el vecino, que también me llama vecino a mí.

Me doy la vuelta y en un segundo se me para hasta el tráfico. El vecino no es que esté guapo, es que hasta me han dado sudores de repente. Lleva un pantalón negro, unas zapatillas negras y un polo azul marino. Me quedo parado incapaz de decir ni mu y observo que la gente que está a nuestro alrededor carraspea un poco. El vecino me planta un beso y me dice que a ver adónde vamos. Por supuesto, y presa de los nervios, no paro de hablar en los siguientes quince minutos. Yo, o le aturdo, o le aturdo.

Llegamos al desfile y ya está toda la prensa haciendo el *photocall*. Los directores de la cosa, Nando y Ana, me piden que pose con ellos. Mientras nos disparan los flashes, entre la multitud, en lo único en lo que enfoco mis ojos es en la cara del vecino, que me mira con cara divertida. Debo de estar saliendo con una cara de panoli maravillosa.

El desfile se me hace eterno. Tengo ganas de que esto se acabe.

Tengo ganas de quedarme a solas con el vecino.

Aunque se me encoge el estómago cuando pienso en quedarme a solas con él.

Y cuando acaba la cosa, Juan Ramón me dice que a ver si vamos a cenar y yo le digo que sí. Porque él es mi amigo y los amigos tienen prioridad absoluta sobre todas

las cosas. Además, cenar con él y con el vecino puede ser hasta divertido.

Y, efectivamente, pasamos una cena llena de risas. El vecino y Juan Ramón no se conocían y la conversación es de lo más ameno. Hablamos de medicina, de traficantes de órganos, de la actitud de ciertos empleados de Inditex y de que alguien debería regalarle un bozal a Lady Gaga. Por ese orden. Me lo paso pipa.

Al terminar, Juan Ramón se va para su hotel porque a la mañana siguiente tiene el avión muy temprano. Siempre me da pena despedirme de Juan Ramón, porque vive superlejos y muchas veces pienso que, si viviese en un sitio como Madrid, su situación daría un vuelco más grande que la carrera de Chenoa, que ya es decir.

El vecino y yo cruzamos la Gran Vía y llegamos a la plaza de Vázquez de Mella. Justo cuando pasamos por delante del Hotel Óscar me dice que a ver si nos tomamos una copa, que seguro que la cosa está tranquilita.

Meterte en un ascensor con alguien a quien tienes ganas de... todo, pues es un poco incómodo. Debería existir un protocolo para estas ocasiones. Quién da el primer paso, si beso con lengua o sin lengua, etc. Yo creo que estoy tan nervioso que, para cuando me doy cuenta, el vecino está ya fuera del ascensor y me pregunta que a ver si voy a salir o no. Debo de parecer un poco mongolo ahora mismo.

La verdad es que hace una noche alucinante, con una temperatura perfecta y además no hay mucha gente. Nos pedimos dos vodkas con limón y nos sentamos en una mesa desde la que se ve todo el *skyline* de Madrid. Nos ponemos a hablar de cosas del desfile, de la cena y de lo contentos que estamos en general. Hasta que el vecino, así por las buenas, me dice:

«Bueno, algo me tendrás que contar... ¿no?».

Y la cosa es que estaba tan a gustito que se me había ido el santo al cielo. Del todo.

Entonces, en cuestión de segundos, todo, absolutamente todo lo que ha pasado en los últimos meses, me ha pasado por la cabeza.

He cerrado los ojos.

Y cuando los he vuelto a abrir, el vecino me estaba mirando con esos ojos negros tan grandes que tiene. Y yo le he cogido la mano.

«Sí», le he dicho.

«¿Sí... qué?», me dice.

Y le he contestado que claro que quiero intentarlo con él.

Se ha quedado callado y me ha preguntado si eso quiere decir que somos novios. Se me han humedecido los ojos, ya ves qué cuadro. Y le he dicho que claro que sí. Y también le he dicho que me gustaría hacer planes con él. Desde el primer momento en que le vi supe que quería hacer planes. También le he dicho que estoy muerto de miedo, que soy muy burro y que va a tener que ser paciente.

Me es completamente imposible escribir lo que me dice con los ojos, pero solo

puedo decir que en ese momento se me ha pasado el miedo, que respiro mucho mejor y que, por alguna razón que no alcanzo a explicarme, todo está en su sitio. O al menos en el sitio donde yo siempre he querido estar. Él me mira y el mundo se me ha parado. Es por eso por lo que he sabido poner nombre a lo que necesitaba. Por sus ojos.

Nos hemos quedado sentados bajo la luna que ilumina Madrid en una tumbona al lado de la piscina. Y sé que, justo ahí, una parte de mi vida queda atrás y una parte de «nuestra vida» va hacia adelante. No tengo ni idea de lo que va a pasar, pero ahora mismo... soy el hombre con más suerte del mundo.

Y de eso se trata, ¿no?

Soy feliz.

EPILOGO

VARIOS MESES DESPUÉS

Estoy con un pedo enorme de mojitos. Y en la Gran Vía hace un calor infernal a las tres y media de la madrugada. El vecino y yo venimos de la boda de mi amigo Manuel. Ha sido una boda espectacular.

Durante la ceremonia, que ha tenido lugar en la terraza del Hotel Urban al atardecer, ha habido un momento en que se me han humedecido los ojos mirando al vecino. Y a él le ha pasado lo mismo. La cosa ha tenido tal intensidad que me ha mandado un sms al móvil que dice que «a veces tiene que pellizcarse para creerse que todo es verdad».

Nos hemos reído lo más grande, hemos bailado, hemos cantado, nos hemos emocionado con los discursos y, claro, al final lo hemos dado todo en la pista de baile sin separarnos de la barra libre de mojitos.

Estamos subiendo por la Gran Vía y el vecino está completamente callado. Yo me quito la corbata. Me pregunta que a ver en qué pienso. Yo le digo que, para ser la primera boda gay a la que he ido, la verdad es que ha sido muy chula y nada hortera. Él me dice que siempre que va a las bodas coge ideas para lo que no quiere hacer en la suya.

Le pregunto entre risas que a ver si se va a casar, y se me pone muy serio, me agarra por los hombros y me dice:

«Contigo, si tú quieres».

«¿Perdona?».

«Lo que has oído», me dice.

Y ahora... ¿qué narices contesto?

¿Cómo le cuento esto a mi madre?



ABEL ARANA es comunicador. Tras su paso por los medios de comunicación más importantes de España se dedicó durante una década a la música, produciendo a artistas como Kylie Minogue, Cher, Santana, Mónica Naranjo o Marta Sánchez. Tras su paso por la música comenzó a trabajar frente a la cámara presentando programas para Fashion TV y colaborando en programas como Las mañanas de Cuatro, MTV Kabuki o La Noria donde actualmente presenta una sección dedicada a las redes sociales. Además, desde 2009, trabaja ocasionalmente como guionista de formatos musicales para RTVE. Su blog La columna de Abel Arana cuenta con más de 120.000 lectores mensuales y su presencia en redes como Facebook o Twitter es buena prueba de su tirón mediático. Crónicas de un soltero es su cuarta novela después de la «trilogía de Chueca» que se inició con Historias de Chueca (ya en segunda edición), continuó con Más y finalizó con Telón, todas ellas publicadas con gran éxito por la Editorial Egales.